3 1761 09544660 5

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

TRADICIONES Y LEYENDAS

ESPAÑOLAS

I

21187 tr

TRADICIONES Y LEYENDAS
ESPAÑOLAS

LA NOCHE TOLEDANA

Nuño el Fuerte
Beatriz de Moncada y Guillermo de San Martín
Un crimen del orgullo.—Un invencible vencido
La leyenda de los siete panes
El perdón de Alhamar, el Nazarita
fundador de la Alhambra
El rey de la mano horadada.—Macías el Enamorado
La batalla de los siete condes
El señor de Giribaile no se muere de sed ni de hambre
El gabán de don Enrique el Doliente

POR

D. LUCIANO GARCÍA DEL REAL

47479
23/2/00

BARCELONA
LUIS TASSO, EDITOR
1898

Es propiedad del editor

IMPRENTA, LITOGRAFÍA Y ENCUADERNACIÓN

de LUIS TASSO

Arco del Teatro, entre los núms. 21 y 23.—BARCELONA

LA NOCHE TOLEDANA

LA NOCHE TOLEDANA

Antecedentes

Noche toledana, en la opinión general, significa noche de confusión, de ruido y de intranquilidad; y para el vulgo representa una idea cómica. Pero las personas cultas, las que conocen la historia de nuestra patria saben que el origen de tan popular expresión es harto trágico.

Desde el siglo IX, año 805, la historia y la tradición señalan *La Noche Toledana* como noche de sangre, de duelo, de venganzas y de horrores.

El Teatro se apoderó de la idea, unas veces para alterar fantásticamente las propor-

ciones del asunto; otras para ponerlo en caricatura.

Nosotros sólo hemos acudido á las fuentes de la verdad para la narración presente, á historiadores de nota, á autoridades como Conde y Gayangos, y á los cronistas de aquella época, lo mismo los nuestros que los de los árabes, singularmente al arzobispo D. Rodrigo y á Aben-Adharí, que fué coetáneo del protagonista de la tragedia.

Siendo la tradición rigorosamente histórica, hay que enlazarla con los antecedentes que influyeron tanto en el hecho como en sus consecuencias. Para ello es preciso volver la vista muchos años atrás, pero lo haremos con gran brevedad, consignando únicamente los datos indispensables.

I

Las sediciones de Toledo

Abderramán I veía aproximarse el fin de sus días, y con tal motivo reunió en Córdoba á los jefes de las provincias, los gobernadores de las ciudades principales y los altos dignatarios del reino, nombrando ante todos por sucesor de la corona á su hijo menor Hixem-

Ar-Radhí, hijo de la Sultana favorita Giamel Howara; la cual influyó directamente para que se le otorgase tal honra.

Merecíala el elegido, por ser «justo, virtuoso y entendido, dispuesto de lengua, fácil de entendimiento, sabio en la Zuna y en el Corán, y tan limpio de conducta que ni se conocía de él delito en su juventud ni travesura en los días de su infancia». Así lo dice textualmente Aben-Adharí.

Efectuada la elección, á la que nadie se opuso, los otros dos hijos del Califa, Suleymán y Abdalláh, walíes de Toledo y Mérida, resentidos de la preferencia que tanto enaltecía á su hermano menor, volvieron á sus gobiernos concertados para las eventualidades futuras.

Pocos meses después falleció Abderramán, el 30 de septiembre del año 788, á los treinta y tres de un reinado, si no pacífico, lleno de glorias y de triunfos. Quedaba por entonces tranquilo su imperio, que había dividido en seis provincias: Toledo, Mérida, Zaragoza, Granada, Valencia y Murcia.

Fué proclamado Hixem I y se le dió el dictado con que le distingue la Historia: *Ar-Rhadí*, que significa el benigno. Suleymán y Abdalláh recibieron, con la noticia de la muerte de su padre, cartas del recién procla-

mado, haciéndoles partícipes de su poder y soberanía, y colocándoles en posición adecuada á su rango, con generosidad raras veces vista en casos semejantes.

Suleymán y Abdalláh correspondieron á esa generosidad con la insurrección de Toledo, en donde se juntaron. Su primer acto de rebelión fué encarcelar, cargado de cadenas, al gobernador de la ciudad, por haberse negado á secundar sus planes traidores.

Hixem les pidió satisfacción de tal desacato y la respuesta fué empalar al desgraciado Gobernador y decir al enviado del Califa: «Vuelve á explicar á tu señor lo que importa su imperio aquí, y adviértele de nuestra parte que queremos ser independientes en nuestros pequeños territorios, en compensación de los que él nos ha robado.»

En pos del mensajero partió Suleymán con grueso ejército para Córdoba, allegando más combatientes en el camino; pero Hixem fué á encontrarle junto á la fortaleza de Vilches *é lidió con él, é vencióle, é fizo rendir á todos los que hi fueron, é fizo tomar todas las cosas que hi fallaron en la hueste... é dessi fizo matar á todos los presos; é Zuleimán escapó de la batalla á poder de cauallo.*

Así lo refiere el cronista moro Rassis.

Pero, á pesar de tal desastre, la rebelión

no concluía, y Toledo continuaba en poder de Abdalláh. Por consecuencia el vencedor apresuró su marcha y apareció ante los muros de la ciudad imperial con un ejército de 20,000 hombres, muy suficiente para apoderarse en seguida de una población menos prevenida que aquélla.

Por espacio de dos meses y algunos días sostuvo Hixem el cerco; la manera de rendir á la famosa Tolaitola, como los árabes llamaban á Toledo, es uno de los rasgos que mejor revelan el carácter del heredero de Abderramán.

Es el caso que, siguiendo el sitio con todo rigor, ni la ciudad podía recibir víveres de ningún punto, ni la llegaban los socorros que con engaño se la habían ofrecido por el rebelde príncipe.

El descontento y la desesperación se hacen sentir en la mayoría de los habitantes; Abdalláh teme sus efectos, y para salir del apuro, le ocurre pasar al campo de los sitiadores, á parlamentar con su hermano.

Hixem le recibe cariñoso, y al verle y oir sus palabras de magnanimidad diríase que ha olvidado la rebeldía.

Abrazados permanecieron ambos unos instantes en presencia de sus ejércitos, y cuando se hubieron perdonado así los agravios, como

correspondía entre hijos del grande Abderramán, concertaron la entrega de la plaza con las mejores condiciones.

Ofreció el Califa olvidar todo lo pasado, á excepción de las prescripciones de su padre, y dió á su hermano rentas considerables y además una posesión de recreo en las inmediaciones del Tajo, para que viviese en ella.

Como acto de reparación, Hixem nombró walí de Toledo á un pariente del que había sido sacrificado por servirle con lealtad. En seguida partió en busca de Suleymán, que reunía otro ejército hacia Murcia, para tentar de nuevo fortuna en la rebelión.

Pero, antes que él, encontróle su hijo, el impetuoso Alhakem, quien derrotó á su tío en los campos de Lorca. Pocos se libraron del filo de sus cimitarras; y entre ellos huyó Suleymán á Valencia; pero acosado por todas partes, tuvo que solicitar la gracia de Hixem.

Otorgósela, mas á condición de que estableciese su residencia fuera de España. Entonces Suleymán pasó el estrecho de Gibraltar, yendo á vivir á Tánger. Así terminó la guerra civil en el imperio de los Abderramanes, el año 788.

Mucho hubiera durado la paz interior, si la muerte de Hixem, ocurrida ocho años

después, no hubiera despertado las ambiciones de sus rebeldes hermanos. Proclamado Alhakem, acudieron á Carlo Magno, para la mayor seguridad de su empeño; y, obtenido del emperador franco el apoyo que solicitaban, mientras su hijo Ludovico Pío, rey de Aquitania, recuperaba á Narbona y se apoderaba de otras importantes poblaciones que hubieran conquistado los árabes, volvieron Suleymán y Abdalláh á unirse en Toledo, y dominaron por completo en la población, seduciendo al Kadí Obeydah ben Hamidel Amza, hombre de audacia y resolución extraordinarias. Este se hizo dueño sucesivamente de las puertas de la ciudad, del Alcázar, de los castillos y de otras fortificaciones de la provincia.

Tan formidable renacía la rebelión, que Alhakem tuvo que reunir lo más florido de sus ejércitos para poner cerco á Toledo, como su padre lo había hecho.

Dirigióle personalmente apretando mucho á los sitiados durante algunas semanas. En esto anunciáronle que el hijo de Carlo Magno hacía grandes progresos en su marcha victoriosa por la España Oriental, y tomó la resolución de ir á su encuentro, dejando en el ínterin encomendado el sitio á Amrú ben Jussuf, alcaide de Talavera, á quien las cró-

nicas nuestras designan con el nombre de Ambroz, el único que le había permanecido fiel entre los caudillos de aquella región, pues los demás obedecían á Suleymán y á Abdalláh. Amrú es el protagonista de *La Noche Toledana*.

El nuevo jefe sitiador varió de plan de ataque. En vez de renovar las acometidas furiosas y los combates encarnizados, procuró encender el fuego de la discordia en el interior de la plaza.

Una astucia extraordinaria le sirvió de auxiliar poderosísimo, y empezó á realizar su proyecto yendo y viniendo por las cercanías de la ciudad, hasta que entró en relaciones con algunos vecinos que le prometieron apoderarse de la persona de Obeydáh; y de tal modo logró reducirles á la realización de su intento que, á pocos días de celebrado el trato, acudieron á Talavera, donde Amrú tenía su cuartel general, á presentarle la cabeza del Kadí rebelde.

Mostróse Amrú muy satisfecho, y obsequió á los asesinos con numerosas mercedes, recibiéndolos en su propio hogar. Sin embargo, la fatalidad puso término á esa concordia: los berberiscos de su guardia supieron con indignación la llegada y el agasajo de semejantes huéspedes, á quienes odiaban por

la sangre derramada en las rebeliones anteriores, y entrando una noche en su alojamiento, los asesinaron á todos.

Opina algún cronista que el mismo Amrú fué instigador secreto de ese crimen, puesto que envió á Alhakem sus cabezas juntamente con la de Obeydáh; pero esta circunstancia, á nuestro juicio, no autoriza dicha opinión: más bien debió sentir verse privado tan pronto de unos auxiliares eficacísimos para sus planes de traición. El sacrificio de aquellos hombres debía aumentar la desconfianza de los sitiados respecto al astuto sitiador, y eso á todas luces no le convenía.

Prueba de ello es que el efecto que aquellos crímenes produjeron en los toledanos fué el de unirlos en un sentimiento de indignación y disponerlos á una resistencia más porfiada.

Aquí citaremos el testimonio del arzobispo D. Rodrigo, el cual refiere que, después de los mencionados asesinatos, el Califa envió á los toledanos cartas *suasorias*, recomendándoles que se sometiesen á Amrú; pero hicieron muy poco caso de la recomendación.

Abrieron las puertas de la ciudad únicamente al portador de las cartas, que era el mismo Amrú, según cuenta Aben-Adharí, pero las cerraron á su ejército.

Finalmente la empresa de someterlos llegó á ser tan difícil que el propio Califa se resolvió á emprenderla.

Venía entonces Alhakem cubierto de gloria: en batalla campal había vencido al ejército mandado por el hijo de Carlo Magno; había recuperado á Huesca, Lérida, Barcelona y otras plazas; y, dejando la guarda de los Pirineos á su Hagib ó primer ministro Abdelkerim, vino á acampar delante de Toledo, que había acrecentado sobremanera sus medios de defensa.

Conociendo que no podría apoderarse de la ciudad sin la pérdida de muchos de sus valientes guerreros, apeló á un ardid muy diferente de los que usaba Amrú.

Después de haber derrotado á sus tíos Suleymán y Abdalláh, obligándoles á la fuga, aparentó efectuar una excursión á tierra de cristianos. Dos cosas meditaba al desaparecer de los campos toledanos: una evitar que volviesen á Toledo con refuerzos Suleymán y Abdalláh, y otra sorprender á la población, cogerla descuidada, cuando menos esperase su presencia.

Alhakem ocultó sus intentos aun á los mismos jefes de su ejército y se dirigió á sentar sus reales en Gingilia (Chinchilla), adonde debían acudir los alcaides de la pro-

vincia. De esta manera simulaba preparar nuevas empresas.

Los toledanos, que vieron desaparecer á la gente que les combatía, se creyeron libres de peligro, y saliendo de entre los muros donde tanto tiempo hacía que estaban encerrados, se esparcieron por la campiña á cuidar de sus huertas.

Espías prevenidos con la mayor discreción avisaron á Alhakem de lo que pasaba, y cuando adquirió certeza del descuido de sus adversarios, retrocedió; luego, apoderándose á su paso de las personas que hubieran podido adelantarse á dar la voz de alarma, en una noche de marcha rapidísima, se aproximó á Toledo sin que le sintieran los confiados habitantes.

Abiertas halló las puertas al rayar el alba, y un escuadrón de su guardia penetró hasta la plaza de Zocodover, causando no menos maravilla que espanto.

En pos del escuadrón entró el Califa con el grueso del ejército, y cortando la salida á los de adentro, como la entrada á los de afuera, se enseñoreó completamente de la ciudad rebelada, sin verter ni una gota de sangre.

Aquel gran guerrero no abusó de su fácil victoria y ofreció á los toledanos perdón y ol-

vido de sus agravios. Ellos, movidos de agradecimiento, prometiéronle sumisión completa, y admitieron como gobernador á Jussuf, hijo de Amrú.

II

La Tragedia

Inexperto, voluntarioso y soberbio el nuevo gobernador empezó á tratarles con tan desusadas violencias é inauditas crueldades que se exasperaron los ánimos, promoviendo un grave tumulto en la ciudad.

El pueblo apedreó el Alcázar é hirió á muchos de los guardias de Jussuf. Éste se escondió, mostrándose cobarde como todos los villanos. A pesar de eso hubiera perecido si las gentes principales de la población no le hubiesen sacado del apuro, costándoles gran trabajo persuadir á los revoltosos de la conveniencia de la tranquilidad, pero no sin que hubiera que apelar asimismo á las armas, en ayuda eficaz de las razones.

Trocó él entonces su cobardía en arrogancia, y como se hallase dispuesto á efectuar un terrible escarmiento entre los sublevados, los mismos nobles que les hubieran contenido

tomaron la extremada resolución de sorprender la guardia del temerario gobernador, apoderarse de su persona, invadiendo el Alcázar, llevarlo preso á la fortaleza de Jadraque, y enviar inmediatamente un mensaje al Califa, pidiendo que le relevase de su cargo que tan tiránicamente había desempeñado hasta entonces.

Alhakem recibió el mensaje hallándose en camino para Pamplona, consultó con Amrú, el padre del prisionero, y ambos convinieron en lo peligroso de la vuelta de Jussuf á Toledo.

Sin embargo, se le dió la alcaldía de Tudela, sacándole de la prisión de Jadraque, y Amrú solicitó para sí el reemplazarle, pretextando que conocía perfectamente el carácter de los toledanos, y que le convenía aquel puesto para descansar de sus prolongados servicios.

El Califa le otorgó la gracia que pedía, y Amrú vino á ocupar el Alcázar de Toledo, disimulando su afán por vengarse de los que habían preso á su hijo, para evitar sus desmanes. No atendía sino al ultraje, sin tener en cuenta ninguna de las consideraciones que lo atenuaban.

«De seguro no puede adivinarse — dice Gamero en su *Historia de Toledo* — hasta

qué espantoso extremo le arrastró la insaciable pasión de la venganza. ¡Tan extraordinaria é inconcebible fué la infame satisfacción que proporcionó á su alma ruin, llena del veneno de los celos y del odio que habían vertido en ella, con distintos motivos, sin saberlo, los infelices ciudadanos de Tolaitola! Su nuevo walí fingió halagarla por algún tiempo; se mostró liberal y generoso con los nobles que habían depuesto á su hijo, y, para irles infundiendo confianza, frecuentemente les llamaba á su consejo, les consultaba los proyectos que traía entre manos, y les pedía parecer sobre los negocios arduos que le ocurrían.»

Ya bien preparadas las cosas, acertó á pasar por la provincia un ejército de 5,000 caballos, que Alhakem enviaba á la España Oriental, bajo el mando de su hijo Abderramán, joven de quince años.

Amrú salió á saludarle, y le suplicó que descansase unos días en su Alcázar.

Admitida la invitación, entró el príncipe con una escogida guardia en la ciudad y se hospedó en el palacio-castillo que era entonces el Alcázar.

Procuró el gobernador que los nobles á quienes llamaba sus amigos, y cuantos habían intervenido en la deposición de su hijo,

fuesen convidados á un banquete con que obsequiaba al hijo del Califa, dirigiendo al efecto las invitaciones en nombre del mismo Abderramán. Todos los nobles habían sido invitados.

El Alcázar se hallaba sobre la colina que dominaba el barrio de Montichel, una de las siete que, á semejanza de Roma, descollaban entre el área inmensa de la ciudad imperial.

Aquel funesto día del año 805, las galas de la primavera, siempre pródiga en las riberas del Tajo, contribuían á realzar las que adornaban el Alcázar.

De gala vestían también los nobles convidados, como correspondía á la honra de acompañar en el festín al heredero de su soberano. Recordaban la magnanimidad de su padre.

Gran número de ellos eran hombres jóvenes, y no faltaban los guerreros ilustres ni otros personajes de calidad.

Ninguno iba armado, al menos ostensiblemente. Ninguno recelaba una traición.

Declinaba la tarde. Era tan hermosa, que cuando aquellos hombres, satisfechos, serenos, muchos con la sonrisa en los labios, iban subiendo por la colina, al llegar á la escalinata del Alcázar, antes de transponer los umbrales, casi ninguno dejaba de volverse

un momento á contemplar el sol, que majestuosamente desaparecía detrás del cerro de San Cristóbal...

¡Ah! no sabían que era la última vez!..

El ocaso de aquel sol señalaba el de sus vidas.

Aunque parte de ellos iban llegando en grupos más ó menos numerosos, al penetrar en las habitaciones del Alcázar se les separaba uno á uno, se les amordazaba para que no gritasen, y por una escalera interior se les conducía á los subterráneos.

Allí los iban degollando, sin que sus gemidos, sin que un eco siquiera de su agonía llegase á turbar los placeres del festín.

Nadie tenía noticias de aquella hecatombe sino Amrú y los verdugos que la ejecutaban.

Eran tantas las víctimas que, cansados de herir unos verdugos, había que sustituirlos con otros.

Hay historiador que supone que murieron aisladamente todos aquellos infelices, sin que ninguno se apercibiese del suplicio de los demás, por ejecutarlos en varios departamentos. Pero esta circunstancia no basta para hacer verosímil tal suposición.

Cuatrocientas cabezas de caballeros aparecieron expuestas al público á la mañana siguiente de la infausta *Noche Toledana*.

¡Considérese el dolor, el espanto y la indignación de los habitantes! Algunos enloquecieron.

Entre los detalles y las circunstancias que añade al hecho la tradición popular, citaremos los siguientes:

Uno de los caballeros pudo escaparse merced á sus fuerzas hercúleas, que le permitieron abrirse paso por entre los satélites del feroz walí, cuando trataban de amordazarle, y llevar la alarma á la ciudad, contando lo que pasaba en el Alcázar. Pero en vano concitó los ánimos á la venganza, pues se encontraban entonces en Toledo los 5,000 jinetes que mandaba el hijo del Califa, además de la fuerte guarnición que obedecía á Amrú.

Digno de mención es también que uno de los sacrificados, caballero de una de las más ilustres familias, había sido requerido con vivas instancias por su esposa para que no fuera al Alcázar, porque tenía el presentimiento de una desgracia; pero él rechazó el aviso por quimérico, y acudió al convite con la misma tranquilidad que los demás.

Aben-Adharí afirma que fueron 700 las víctimas, y alguno las hace ascender á 5,000; pero ya hemos consignado la verdadera cifra

que señalan la mayor parte de los historiadores, incluso los cristianos, cuyo testimonio es muy atendible.

Aunque en rigor no puede achacárseles á Alhakem ni á su hijo responsabilidad en aquella horrorosa matanza, son culpables ante la historia de no haber castigado al bárbaro instigador.

Dicen que el joven Abderramán tuvo que contener la indignación que le causó, porque el astuto Amrú se había escudado con las secretas órdenes que recibiera del califa.

El príncipe salió de Toledo al frente de sus tropas, al día siguiente de la espantosa tragedia.

Más probable es que Alhakem tuviese alguna noticia anticipada de los proyectos de Amrú, aunque éste le ocultara su ardiente deseo de venganza; y probablemente el monarca creyó que su walí se limitaría al castigo de los elementos levantiscos de Toledo; pero resulta increíble que le diera órdenes para cometer un crimen tan sin ejemplo y tan inmotivado.

Ya no temía á sus tíos, pues Abdalláh se había sometido voluntariamente, después de algunos reveses, y Suleymán había sido muerto en una batalla; y ya, por último, no podía convenirle concitar de nuevo los odios

y rencores contra su gobierno, en una ciudad tan importante como Toledo.

Sin embargo, aunque este sea nuestro juicio y dejemos consignada la responsabilidad que le corresponde al famoso Califa, no debemos omitir que, respecto á eso, aparece muy dividida la opinión de los historiadores. Gamero es quien le carga mayor culpa, dando por casi indudable lo de las órdenes secretas á Amrú. Le parece que el carácter generoso de aquel gran guerrero varió mucho en los últimos años de su vida, y aduce, en prueba de ello, la matanza de judíos que ordenó en los arrabales de Córdoba.

Dicen los autores árabes que Amrú y su hijo Jussuf sobrevivieron poco á la satisfacción de su venganza, y manifiesta alguno que quizás el remordimiento apresuró su muerte.

«Los frutos de la venganza son amargos como el cinamomo, y el árbol que los lleva ni echa profundas raíces, ni da sombra á muchas generaciones.»

Aquí pondremos punto á nuestra relación, pues no falta nada esencial para que el lector conozca la inolvidable tradición y la espantosa página que en nuestra historia se llama *La Noche Toledana*.

NUÑO EL FUERTE

(LEYENDA DE LA ÉPOCA FEUDAL)

NUÑO EL FUERTE

(LEYENDA DE LA ÉPOCA FEUDAL)

Preliminar

En uno de los valles más amenos de Asturias, junto á la desembocadura del río Nalón, á poco más de una legua de la villa de Pravia, se alza firme sobre una roca gigantesca el castillo de San Martín de las Arenas, viva memoria de una edad de hierro y uno de los monumentos predilectos de la tradición en aquel país, que es la cuna de la nacionalidad española.

Los campesinos de la comarca le nombran sencillamente *el castillo*.

Concurren á su nombradía las historias extraordinarias que de él se refieren, mucho

más que la belleza sorprendente de su situación y el notable aspecto de su torreón principal, magnífico modelo de solidez gótica. Espesísimas capas de hiedra decoran sus almenas, como para ponerlas á cubierto de los embates de los siglos, y además le circunda una fuerte muralla.

Antes de ofrecer al público la más dramática de las leyendas que se relacionan con el *castillo*, hay que dar una pincelada panorámica del lugar de la escena.

No es posible encontrar un paisaje más hermoso que el que se descubre desde el castillo en una tarde de primavera. El Nalón, lamiendo humildemente su granítico asiento, como un vencido á los pies del vencedor, luego de haber intentado ahogarle, estrechándole impetuosamente entre sus brazos titánicos; los alegres caseríos que en considerable extensión le rodean, y que, al impulso de cien generaciones, nacen y fenecen á sus plantas, como viven y mueren las margaritas bajo la protección de un tronco secular; el mar, que allá al Norte se descubre, y que, en su imponente calma, parece mirarle con el desdén de atleta invencible; el cielo, uniéndose al mar por medio de inmensa zona verde-rojiza, con cambiantes azulados, y cuyos términos se pierden entre

la vaguedad de las nieblas, forman la decoración cuya riente galanura contrasta con el sombrío y majestuoso castillo que se destaca en su fondo.

Al contemplarle ahora no es difícil representársele tal cual era en la época de la leyenda. Vemos coronarse las murallas de hombres atléticos, cubiertos de hierro; oímos el estruendoso concierto de las armas y el relincho bélico de los caballos. Vemos cruzar por el patio anchuroso grupos de gentiles pajes y graves escuderos. Sentimos el vibrante sonido de una trompa y escuchamos la voz de alerta del atalaya.

Vemos alzarse, como por ensalmo, el pesado rastrillo del puente, y llegar y atravesarle, sobre soberbios palafrenes, ricamente enjaezados, garridas damas de continente altivo; como siguen en pos de ellas y se apresuran á descabalgar bizarros caballeros, que se quitan los brillantes guanteletes y van sirviéndolas hasta las puertas del castillo, y como allí las aguardan sus vistosos pajes.

Ahora á la leyenda.

I

Drama en el atrio de una ermita

La tempestad desencadenaba toda su furia sobre las riberas del Nalón, secundada en su efecto de horror por los mugidos del oceano. Formaban con ellos pavoroso concierto el fragor del rayo y el retumbar del trueno.

Torrentes de agua inundaban los valles, cayendo cada vez más impetuosos de las alturas.

Imposible parecía que algún sér humano se atreviese á afrontar tal tormenta, á la media noche; y más imposible aún que el atrevido siguiese adelante, con ánimo impasible, por una estrechísima senda que conducía á un bosque.

El paso de aquel hombre á través de obstáculos insuperables, denotaba una voluntad tan poderosa, que sólo Dios hubiera sido capaz de detenerla.

No le contenía ni el temor del rayo, que le avisó de su temeridad tronchando un roble cerca de su camino.

Pero en el fondo del bosque había una ermita, y el afán de llegar á este sitio sagrado tal vez disculparía su atrevimiento.

Cuando estuvo allí, al brillo de un relámpago podría habérsele visto quitarse respetuosamente el ferrado casquete de cuero que cubría su cabeza, y moverse sus labios cual murmurando una plegaria.

Su semblante era rudo, enérgicas sus facciones y hercúleas las proporciones de su cuerpo. Ofrecía entonces su aspecto cierta extraña grandeza, mezcla del asombro del salvaje ante las maravillas del cielo y de la intuición del hombre superior que comprende la inmensidad.

Penetró en el atrio reducido de la ermita, é indiferente á la tempestad, que arreciaba con redoblada furia, y al lastimoso estado de su traje, se apoyó tranquilamente contra uno de los ángulos del edificio.

Parecía dispuesto á reposar, cuando se sintió el repentino galope de un caballo. Entonces irguióse repentinamente, y en seguida, conociendo que se acercaba, se escondió detrás del atrio.

Su movimiento no fué de temor, sino de cautela.

El galope cesó, y momentos después un nuevo personaje penetró en el atrio. El rumor de choque de armadura y rechinamiento de acicates denunciaba á un caballero.

A la luz de un relámpago se vió que lle-

vaba un bulto grande, resguardado bajo los pliegues de un ancho tabardo: bulto que colocó sobre un banco de piedra que había á la puerta.

Agitóse el bulto ligeramente, y de él se desprendió un débil gemido, tan débil, que no fuera fácil adivinar lo que le produjo, si no se hubiese acentuado al repetirse luego, como la queja de una dulce voz de mujer.

Dura y amarga fué la respuesta del caballero.

Replicó la mujer con sollozos ahogados, á los cuales fulminó él una horrible maldición, y entonces otro acento se unió de un modo conmovedor á las lágrimas de la mujer. Del seno de ella salía aquel acento.

Era el grito lastimero de un niño recién nacido, según pudo juzgar el hombre oculto.

También éste, al cárdeno fulgor de los relámpagos, vió al caballero, lívido de ira, arrojarse sobre la mujer, que no se cuidó sino de cubrir con su cuerpo al niño con celo maternal.

Estremecióse de indignación el hombre escondido y se lanzó fuera de su escondite.

Si hubiese tardado un solo momento, acaso no hubiera podido evitar un crimen.

Durante ese momento, el caballero había levantado en alto al inocente, atenaceando sus delicados hombros con sus manos cris-

padas por la cólera, y fulgurando miradas de venganza, ya sobre la mujer, ya sobre el niño, avanzó un paso, con horrible designio sin duda.

Pero también sin duda la mano de Dios impulsó á la del testigo de la escena con fuerza sobrehumana, para sujetar al caballero y contenerle amenazando á su pecho con una daga.

Y en verdad que si el caballero parecía capaz de cometer un crimen y una villanía, también lo fué de mirar frente á frente á la muerte con ánimo sereno. Repuesto súbitamente de la sorpresa, y uniendo la voz al ánimo, exclamó:

—¡Atrás quienquiera que seáis, y no oséis oponeros á mi voluntad!...

—¿Y quién sois vos para impedirme que me oponga á una infamia?—respondió el interpelado sujetándole más y procurando reconocerle, como lo consiguió al momento.—¡Oh! señor don Álvar, por cierto que debí conoceros antes, y siento en el alma haberos causado este mal rato... ¡Ea! libre sois, siempre que no abuséis de vuestra libertad... y á condición de que me entreguéis este inocente para volverlo á esos brazos, que son mucho más suaves que los vuestros.

Y así lo hizo aquel hombre rudo, obte-

niendo de la asustada madre una mirada de infinita gratitud.

—¿Quién sois?—preguntó el caballero con altanería, aunque acababa de verse dominado por la fuerza y la resolución de su interlocutor.

—Extraño es que aun no me hayáis conocido á mí... ¿Pues qué?... ¿Ya no os acordáis de Nuño el Fuerte?

Y, al hablar el que así se nombraba, cruzóse desdeñosamente de brazos.

Con desprecio profundo le miró á su vez quien acababa de encontrarse en su poder: lucha silenciosa de dos caracteres de hierro.

Lentamente dijo:

—¡Nuño el Fuerte! ¡el capitán de bandoleros!

— Como queráis... Veo que no se os olvida mi nombre, puesto que el noble castellano de San Martín de las Arenas me concede el honor de pronunciarle con la añadidura de mi rango... A bien que la diferencia no es tan grande entre los dos, y casi puede aproximarnos... Vos imperáis despóticamente en vuestra fortaleza y en vuestros pecheros, y yo reino en las montañas y en las llanuras; pero yo no despojo, como vos, á los pobres y débiles, sino á los soberbios y fuertes; también—no lo olvidéis—podría rei-

nar en vuestro castillo, si un día me diera este capricho.

—¡Tú, miserable!

—Yo. No os enojéis, y decidme, ¿por qué queríais matar á ese niño?

—Aunque nada debe importarte, iba á realizar una venganza justa...

—¡Una venganza justa contra un inocente que acaba de venir á la vida! ¡Pardiez que es digna de un caballero! ¡Ah, señor de San Martín!... el capitán de bandoleros, que peleando frente á frente con hombres valerosos, mil veces se cebó en su sangre; Nuño el Fuerte, el bandido de corazón de roca, se siente enternecido por la criatura que intentabais sacrificar; Nuño el Fuerte, el anatematizado por la justicia humana, llega ante vos como inflexible representante de la justicia divina, y en su nombre os demando: ¿qué os ha hecho ese inocente?

—¿Qué?... ¡Una mujer, á quien fié mi honor y á quien dí mi nombre, los ha manchado y arrastrado por el cieno de su liviandad, y la muerte de ese niño, fruto de ella, me libraría de la deshonra! Habla ahora, Nuño, de otra justicia superior á la de mi venganza...

Mientras don Álvar se expresaba así, la mujer protestaba de sus palabras con movi-

mientos y con gemidos; y era indudable que no hablaba á causa de su gran debilidad.

—Yo no puedo permitir el sacrificio de un inocente,—respondió el Fuerte.—Entregadme ese niño, y nadie más que Dios y nosotros conocerá su existencia.

Hondamente contrarió á don Alvar esta proposición, á juzgar por el sombrío silencio con que otorgó su consentimiento y por la torva mirada con que acompañó la entrega del niño al capitán de bandoleros.

Arropóle éste cuidadosamente bajo su tabardo de pieles, dirigiendo una mirada tranquilizadora á la pobre madre, que no se atrevió á hablarle sino con sus lágrimas de gratitud, y desapareció momentos después con su dulce carga por la senda más intrincada del bosque, en tanto que el señor de San Martín, colocando á la dama á la grupa de su fuerte cabalgadura, tomó un camino enteramente contrario.

II

Bandidos caballeros.—Providencial descubrimiento

Hermanando la tradición con la historia, á fin de que no falte ningún fundamento á la

verdad de esta relación, es oportuno dejar consignado que en ninguna parte de España se hizo sentir tanto como en Asturias el bárbaro poder del feudalismo.

Con raras excepciones, cada caballero dueño de un castillo ú otra fortaleza, era un déspota insufrible, mezcla de reyezuelo orgulloso y de bandido procaz; particularmente en la época en que tuvieron lugar los sucesos que aquí se refieren, durante los primeros años del reinado de D. Alfonso VII.

Buena prueba de ello nos ofrece la carta-puebla que otorgó ese rey á la Pola de Siero, donde se expresan las terribles vejaciones sufridas por dicha población, como por otras muchas, y con tal motivo se les conceden notables derechos para defenderse «*contra los ladrones caballeros y otros malhechores*» (1).

D. Álvar Peláez era uno de los que más se distinguían por sus empresas de bandidaje; verdadero buitre que, desde el nido seguro de su alta roca, caía sobre sus presas, arrebatando cuanto apetecía su insaciable voracidad.

Dotado de un carácter cuya dureza ha demostrado la escena precedente, sólo poseía

---

(1) Textual.

una cualidad que hubiera sido muy apreciable en una alma generosa: el valor indomable. Pero era el de la fiera sanguinaria, el pérfido valor del tigre.

Había deseado la posesión de una mujer, rica-hembra del país, la cual amaba con pasión á otro caballero, cuyos escasos bienes de fortuna fueran obstáculo insuperable á que el padre de ella consintiese en otorgarle su mano.

Llamábase el amante D. Ares de Miranda y la rica-hembra doña María de Lena. Sólo atendían á su pasión correspondida, y ni se cuidaron de las severas amonestaciones del padre, ni de la imperiosa porfía del castellano de San Martín.

Pero llegó el caso de obedecer al inflexible mandato paternal, que obligaba á doña María á casarse con el terrible D. Álvar; y ella, por evitarlo, por ver si desistía de su pretensión y de este modo la dejaba realizar sus legítimas esperanzas, decidióse á confesarle lo que ninguna mujer quisiera que saliese del sagrado de su conciencia, un secreto que afectaba á su honra y á su ventura. Le reveló que era madre, y que el hijo lo llevaba en su seno.

El tigre no se ablanda, y D. Álvar no se ablandó: ni pensó siquiera en desistir. Doña

María era rica, y esto le importaba únicamente. Lo demás lo haría su venganza, que cumplió á medida de su rencor, casándose con ella y haciendo asesinar á D. Ares, con el propósito de que su hijo sufriese un día la misma suerte.

Ya se ha visto cómo Nuño el Fuerte desbarató el último proyecto. El niño fué entregado por él á una aldeana, mujer discreta y de toda su confianza.

Y desde aquel día el mal caballero y el noble bandido se juraron un odio de exterminio. D. Álvar formó una liga con varios hidalgos, acostumbrados como él á la rapiña y al escándalo, y Nuño el Fuerte triplicó el número de aventureros audaces que ciegamente obedecían sus órdenes.

Por espacio de quince años duró la lucha, harto devastadora para el país. Fácilmente se explica tan extraordinaria duración, porque las gentes de Nuño el Fuerte no sólo procuraban no malquistarse con los campesinos y el pueblo, sino que solían repartirse con ellos las presas que arrancaban á los caballeros bandidos.

Estos excedían á sus contrarios en la crueldad y en los mismos procedimientos para el pillaje.

Pero el término de tales horrores debía

llegar, merced á la propia causa de su origen, al inocente niño salvado por Nuño el Fuerte.

Pronto hemos de verlo.

Se había desarrollado y robustecido como los árboles de aquellas montañas, y su protector, que le servía de padre, le había educado rudamente, sí, pero cultivando con esmero los sentimientos honrados que, como se ha visto, podían caber en un bandido de aquella época excepcional. No le había revelado cuánto sabía de su origen, pero sí que era hijo de padres hidalgos. Hasta la edad de quince años había ido dilatando el satisfacer la ansiosa curiosidad de Rodrigo, que así se nombraba el huérfano del infeliz don Ares; mas en cambio, cada día le inspiraba mayor odio hacia el castellano de San Martín.

Nuño el Fuerte, gran soldado, que había dejado de guerrear contra los moros, cuando vió que había caballeros que, llamándose cristianos, hacían más daño á su país que los mismos invasores africanos, enseñaba á Rodrigo el manejo de las armas, y cuando llegó á la adolescencia, ya acompañaba á su maestro á los combates, distinguiéndose pronto por su valor y ardimiento, así como por su destreza en la lucha.

Un día Rodrigo, escudriñando los alrede-

dores del castillo, encontró, por la parte del río, una salida tan perfectamente oculta y disimulada, que había pasado inadvertida ante el ojo penetrante del capitán. La galería á que daba paso, se había cerrado con escombros, probando esto claramente que hacía tiempo no la usaban los habitantes del castillo.

Gran alegría causó á Nuño el Fuerte la noticia. Abrazó á Rodrigo y exclamó:

—Aun no sabes, hijo mío, cuán precioso es y cuánto te importa personalmente tu descubrimiento...

—¡Hablad, padre!—contestó él ansiosamente.

—Justicia providencial pone en tus manos la vida de ese impío señor de San Martín de las Arenas. Hoy podrás vengar á tu padre, que fué asesinado por mandato de ese hombre antes que tú nacieras, y libertarás á tu madre—¿oyes, Rodrigo?—á tu infeliz madre, esposa, á la fuerza, de ese asesino, y que gime, encerrada por él, en el más horrible calabozo del castillo.

—¡Oh! ¡mi madre! ¡madre mía! ¡Mis brazos te arrancarán de esa mazmorra, y mi espada atravesará el corazón del asesino de mi padre!...

—Eso me toca á mí, Rodrigo,—interrum-

pió el capitán, calmando la exaltación del joven, para ocuparse en los preparativos de la expedición proyectada.

III

La invasión nocturna. — Frente á frente

Inusitada animación reinaba en el castillo la noche designada por Nuño el Fuerte para su atrevido golpe de mano.

Refluía principalmente dicha animación á una sala espaciosa, situada en el piso bajo, al lado de la plaza, y que era el punto donde solían celebrar sus orgías el señor de San Martín y sus satélites, los castellanos que con él rivalizaban en los procedimientos de rapiña, y los deudos que seguían sus banderas: una manada de lobos.

En aquella sala se fraguaban las abominables correrías, y se repartían los frutos de ellas, unas veces entre risas y algazaras, otras entre blasfemias y violencias.

La extraordinaria animación de la noche mencionada, provenía de celebrarse el santo del patrón del castillo.

Don Álvar, excitado por la embriaguez, que igualmente se revelaba en los amoratados

rostros de sus compañeros, contábales con repugnante minuciosidad, ora los detalles de un robo, ora los de una violación ó un asesinato, en los que él desempeñaba el papel de protagonista.

Con los vasos en alto, rebosando de espirituoso licor, torvas ú obscenas las miradas, pronunciaron todos aquellos hombres impuros un brindis al santo con unánime voz; brindis que era una de las más groseras blasfemias que hayan salido de humanos labios.

Pero no acabaron de pronunciarle, porque antes llegó la voz de la muerte á atajar sus voces febriles: era un inusitado y sordo rumor que por lo extraordinario y por lo próximo, tan próximo que parecía sentirse bajo sus pies, y á la vez de la parte de afuera, heló la sangre en las venas de aquellos hombres belicosos.

Pronto el rumor se aclaró: era el choque de las armas, gritos de venganza, gemidos de agonía, imprecaciones, blasfemias: la feroz alegría de los vencedores y la rabia sangrienta de los vencidos.

Al pronto los menos borrachos se creyeron juguetes de un sueño; pero luego el rumor se condensó furibundo sobre las dobles puertas de la sala, y entonces algunos empuñaron sus armas.

En seguida cayeron las puertas estallando, y más de la mitad de los convidados se alzaron, venciendo su terror á la embriaguez que los aplomaba.

Uno de los primeros que desenvainaron la espada fué D. Álvar.

Frente á frente tenía á Nuño el Fuerte blandiendo la suya ensangrentada hasta el puño, mientras sus hombres invadían como un torrente incontrastable todo el castillo, cerrando las salidas y precipitándose en la sala sobre los demás convidados.

—Te prometí que vendría, y ya ves como cumplo mi palabra, vil castellano de San Martín. Me llamaste bandido, y este bandido que no ha asesinado ni violado á nadie, como tú, es ejecutor de la justicia de Dios: ¡ha llegado tu hora!

Dijo con voz tonante, y haciendo saltar la espada de D. Álvar, cuando éste la asestaba contra su pecho, le atravesó el corazón.

Hay que renunciar á la descripción de la escena de carnicería que sucedió á la muerte de D. Álvar.

No terminó tal escena hasta el postrer aliento del último de los defensores del castillo.

No se ha hablado de Rodrigo aquí, porque la misión sagrada que llevaba al castillo el

huérfano de D. Ares de Miranda exige una página aparte. Precederá á sus pasos el pensamiento de los lectores, acompañándonos á presenciar otra escena que, aunque muy triste, ofrece algún consuelo y, sobre todo, un vivo contraste con la escena anterior.

IV

La madre y el hijo

En un calabozo inmundo del torreón más alto del castillo está una mujer arrodillada sobre un lecho de paja y con las manos elevadas á un crucifijo toscamente labrado.

No es fácil distinguir su rostro á la escasísima luz que se filtra por un agujero, única claraboya abierta en el muro por la piqueta del tiempo.

Doña María rezaba fervorosamente.

En la grandeza de su dolor, al dirigirse al cielo, no quería recordar los quince años de su martirio en aquella mazmorra. Sólo recordaba su culpa, sin considerar cuánto la atenuaban las circunstancias en que la cometió.

Resignada, aguardando un término pronto á sus sufrimientos, no pedía únicamente perdón para ella; á semejanza de los mártires de

la fe, lo pedía también para su verdugo. ¡Quién la había de decir que en aquellos momentos comparecía aquel hombre delante de Dios!

Para animar su espíritu y dar algún alivio á su corazón, el cielo enviaba en su auxilio el dulce rocío de las lágrimas; pensando en su hijo, sentía que acariciaban su frente las alas del ángel de la esperanza.

A la dulzura de las lágrimas acompañó la de los recuerdos. Pasaron los de sus amores y de su infancia como nubes de nieve y grana ante su alma, y luego soñó... ¡Soñó con el hijo de su amor infortunado, con aquel tierno niño!... No debía haber muerto, puesto que Dios la infundía una firme esperanza. Soñó que volvía á verle, ya hecho un hombre, y gallardo como había sido su padre.

Otras veces lo había soñado también, pero ninguna con la convicción que ahora: una misteriosa confianza desvanecía sus dudas y recelos...

Absorta y enajenada con esa idea, no pudo oir descorrerse suavemente los cerrojos de su prisión ni percibir el murmullo de estas palabras, dichas con voz muy recatada:

—Ten prudencia, que la puedes matar de alegría... Esa es tu madre... Ponte detrás de la puerta, y no te muevas hasta que yo la haya preparado.

Ella, continuando en su enajenamiento, volvió á rezar, acercando más su rostro al tosco crucifijo, y murmuró:

—¡Dios mío, concededme que le vuelva á ver... entonces no sentiría la muerte!... ¡Por el amor de vuestra Santísima Madre!... ¡Una vez siquiera!... ¡Que sepa, al menos, que vive, y que es bueno... y tal vez priensa en mi sufrimiento porque no le veo!...

Nuño el Fuerte contuvo á Rodrigo, que quería lanzarse hacia su madre, y dulcificando cuanto pudo su acento varonil, y descubriéndose con gran respeto, la llamó:

—¡Doña María!...

Volvióse ella con movimiento de sobresalto, pero éste desapareció en seguida.

Al apartarse de la puerta, que era estrecha y baja, la figura atlética de Nuño, penetró alguna luz en la prisión, y ella pudo distinguir la ruda, pero noble fisonomía de aquel hombre y su actitud respetuosa, que tanto contrastaba con la brutalidad de sus carceleros.

—¿Quién sois? — le preguntó ansiosamente.

—¿No me recordáis?...

—Vuestra voz no me es desconocida.

—Me habéis visto, señora, hace quince años...

—¡Quince!... ¡Ah!

—Y fué una sola vez, á la luz de los relámpagos...

—¡El salvador de mi hijo!... ¿Dónde está?.. ¿Dónde?...

—Calmaos... Está bueno y acordándose siempre de vos...

Doña María cayó de rodillas á los pies de Nuño, se apoderó de una de sus manos y la cubrió de besos y de lágrimas de gratitud.

—¡Ea... esto no es para mí!... Sal, Rodrigo...

Y al salir el hijo á estrechar y levantar en sus brazos á la madre, Nuño el Fuerte tuvo también que enjugar las propias lágrimas, las que corrían por su rostro curtido.

Pasada la efusión delirante de los primeros momentos, un tanto aplacada la sed de caricias de la madre y del hijo, sin desprenderse ella del todo de sus brazos, le apartó suavemente, y contemplándole con arrobo exclamó:

—¡Eres como yo te había soñado, hijo mío!

—Y tú ¡cuánto debes haber sufrido, madre mía!

Y Rodrigo contemplaba á su vez con intenso dolor su rostro cadavérico y hondamente surcado por el sufrimiento moral, aun

más que por el físico, por el duelo del alma infinitamente más que por los rigores del cuerpo en aquel sombrío calabozo, casi sin luz y sin aire; por lecho un montón de paja; por abrigo una áspera manta, que debía ser un cilicio para aquel cuerpo delicado; por alimento un pedazo de pan negro y duro.

Vió la mirada apagada de aquellos ojos, que habían sido deslumbradores; vió su cabellera, prematuramente blanqueada; vió sus vestidos rotos, que no bastaban á cubrir su cuerpo, macilento y encorvado como el de una anciana, y no pudo ver más.

Nubláronse sus ojos y estalló su pecho en sollozos desgarradores.

Entonces su madre volvió á estrecharle con delirio contra su corazón, y con los besos, se bebían mutuamente las lágrimas.

—¡Madre—clamó él varonilmente—ya estás libre de tu verdugo!

Momentos después los tres actores de esta conmovedora escena, arrodillados ante el tosco crucifijo daban gracias por tanto bien.

Nuño el Fuerte fué luego el objeto de la predilección de madre é hijo y cuando le manifestaban que, por mucho que hiciesen, nunca podrían satisfacerle la inmensa deuda que con él habían contraído, les dió esta respuesta sublime:

—Habéis hecho brotar mis lágrimas, y no podríais hacerme un beneficio más grande que éste.

Dos días después Rodrigo era reconocido como sucesor del castellano de San Martín de las Arenas, y aclamado unánimemente dentro y fuera del castillo.

Se había acabado la bárbara tiranía del bandidaje caballeresco en aquella hermosa comarca.

Doña María, vuelta á la vida, por decirlo así, repuesta poco á poco, por virtud de la ventura del amor de su hijo y de los aires puros de la campiña, fué ángel de paz para los hasta entonces tan oprimidos y desgraciados habitantes.

Rodrigo les eximió del pago de tributos durante dos años, á fin de que pudieran reponer sus pérdidas, y además se los rebajó para los años sucesivos, estimulándoles al trabajo é indemnizando á aquellos infelices que lo habían perdido todo.

El producto de las rapiñas de su antecesor, lo que éste había ido atesorando codiciosamente, sirvió para obra tan reparadora.

Nuño el Fuerte no cabía en sí de satisfacción, porque aquella obra bien podía decir

que era suya. Los campesinos lo sabían y le veneraban lo mismo que á su joven señor y á D.ª María.

¿Qué había sido de su gente, de sus aventureros, de sus bandidos, como D. Álvar los nombraba? Los había licenciado á todos: unos habían vuelto á hacerse colonos, dejando la espada por el arado, y otros habían acudido al llamamiento de Alfonso VII, que preparaba las conquistas gloriosas de su reinado.

En cuanto á su capitán, ni debía ni quería separarse de Rodrigo. Era su hijo de adopción; queríale tanto como si llevase en las venas su propia sangre, y para Nuño el Fuerte no había satisfacción que igualase á la de servirle de escudo contra los posibles peligros de aquella época anormal y sangrienta.

Así, cuando Rodrigo le hizo alcaide del castillo de San Martín, pudo decirle muy oportunamente:

—Acepto el cargo, porque no me impide conservar el de escudero: desde el día que naciste vengo sirviéndote de escudo... ¡Dios permita, hijo mío, que siga siéndolo hasta la hora de mi muerte!

BEATRIZ DE MONCADA

Y

GUILLERMO DE SAN MARTÍN

BEATRIZ DE MONCADA

Y

GUILLERMO DE SAN MARTÍN

PRELIMINAR

Desde la primera estación del ferrocarril de Barcelona á Zaragoza se distinguen sobre un monte las ruinas del famoso castillo de Moncada, cuyo nombre va unido á sucesos de gran importancia histórica y á numerosas tradiciones y leyendas de extraordinario interés.

Radicaba allí el señorío de los barones que tanto se distinguieron en la epopeya de la Reconquista, pero que, á veces, en las luchas civiles, se mostraron harto soberbios. Bien pueden perdonarse los excesos de un carácter altivo y dominador, comunes á los

caudillos de distintas razas, en aquellos tiempos de batallar incesante, si consideramos cuán pródigamente vertieron su sangre por la independencia y la gloria de España.

En apoyo de nuestra idea nos basta citar un hecho: dos Moncadas murieron heroicamente en la conquista de Mallorca por don Jaime I.

Después de este breve preliminar, indispensable para el conocimiento de las tradiciones y leyendas que se refieren á Moncada, vamos á escoger las principales, porque sería interminable insertarlas todas. Formaremos con ellas un ramillete, después de haber leído á los cronistas de mayor crédito, y sin desatender á los poetas. La primera es BEATRIZ Y GUILLERMO: seguiremos el orden cronológico.

Hemos consultado las obras de Pujades, de Pons y de Bofarull, lo mismo que las de D. Buenaventura Carlos Aribau y las de don Víctor Balaguer.

I

LA COPA DE ORO

El año 1134, el senescal D. Guillén de Moncada alzó pendón de rebeldía contra el

Conde de Barcelona D. Berenguer Ramón IV. El motivo era el siguiente:

D. Guillén había mandado á los suyos destruir la acequia que conducía las aguas del Besós á los molinos del Conde, fundándose en que dichas aguas procedían de Moncada y pasaban por debajo de su castillo; que, por consiguiente, aquellas aguas le pertenecían, siendo su perjuicio considerable, pues las que iban á los molinos del Conde hacían falta en los suyos.

Mostróse enojadísimo el Conde, más por la forma que por el fondo del hecho, y en pocos días llegaron las cosas á un rompimiento deplorable.

Don Guillén recurrió á las armas, haciéndose fuerte en Moncada y fortificando á la vez su castillo de San Lorenzo, de Tarrasa.

Declarada la rebeldía contra el Conde de Barcelona, el Senescal llamó en su ayuda á sus deudos y partidarios, los cuales con gentes de armas y con dinero acudieron á ponerse á sus órdenes.

Entonces ocurrieron los dramáticos sucesos de la tradición que primeramente ofrecemos al lector.

Entre los caballeros auxiliares del de Moncada contábanse Pedro Udalardo, Riambaldo

de Baseya, Bernardo Gelabert, Berenguer de Queralt y Guillermo de San Martín.

Respecto á éste había motivos para sospechar que le guiaba un impulso amoroso más que un empeño de guerra.

Guillermo de San Martín era trovador y guerrero, y la gentileza de su cuerpo, la blancura del rostro y la dulce expresión de su mirada formaban vivo contraste con la generalidad de sus compañeros de armas, menbrudos, atezados y de rudeza notoria.

Conocía desde niño á doña Beatriz, la esposa de D. Guillén, y sabíase que, cuando soltera, la había cantado trovas, que ella escuchara desde la gótica ventana de su mansión.

Lo cual no la había impedido casarse con otro. No ignoraba el marido tales antecedentes; pero como no afectaban á la reputación de su digna esposa, ni podía rechazar el auxilio que hidalgamente le ofrecía Guillermo de San Martín ni dejar de recibirle en su castillo con las consideraciones debidas.

Sin embargo debió preocuparle la turbación que advirtió en Beatriz á la impensada vista de aquel compañero de la infancia, á quien había inspirado el primer amor, y al cual acaso hubiera correspondido.

D. Guillén había dispuesto romper las hos-

tilidades con una correría por las tierras de los caballeros más adictos al Conde de Barcelona.

Según costumbre de la casa de Moncada, antes de que emprendiesen los suyos alguna peligrosa expedición, celebraban un festín en la sala de armas, y á los postres debía presentarse la castellana, investida de la facultad de nombrar el jefe que había de mandarlos.

Como símbolo de esa autoridad entregaba al favorecido una copa de exquisito vino.

En efecto, en el apogeo de la animación estaba el banquete, cuando á la luz de las antorchas, colocadas en garfios de hierro fijos en los muros, apareció la bella Beatriz con majestuoso continente, precedida de sus pages.

Uno de éstos llevaba la copa, que era de oro, cincelada, sobre una bandeja de plata.

Escanció en ella otro paje el exquisito vino y brilló en seguida en la mano de Beatriz.

Unos momentos se detuvo, como si vacilase en la elección: momentos de ansiedad que se reflejaron en los viriles rostros que la rodeaban, pues era natural que aspirasen todos á honra tan envidiada.

Uno solo aparecía tranquilo y sonriente, con no fingida modestia, como si fuese aje-

no por completo á los impulsos de la emulación.

Era el guerrero trovador; era Guillermo de San Martín.

Y, en verdad, si á él no le ocurría ni remotamente aspirar á la elección, siendo caballero novel, ninguno pensaba que hubiese de obtenerla sino un caudillo muy experto en las lides.

No se sabe si el ritual de aquella costumbre caballeresca prevenía que la noble castellana mojase sus labios en la copa; pero ello es que la hermosa Beatriz tocó el vino con los suyos rosados, y que, después del breve rato de vacilación, se adelantó con paso resuelto y entregó la copa á Guillermo de San Martín.

El amante, sorprendido por un favor tan señalado, que le revelaba que ella tenía muy presentes los recuerdos de su primer amor, ebrio de ventura al considerarlo, no advirtió, ó no quiso mostrar que advertía el murmullo de desaprobación y de protesta que simultáneamente se alzó de toda la sala.

Con la misma emoción que si hubiese besado la frente de Beatriz, rozó con sus labios el deleitoso vino que habían perfumado los de ella.

Era también costumbre que la copa, des-

pués de ese acto del elegido, circulase en torno, de mano en mano, probando su exquisito contenido todos los caballeros.

Así se hizo entonces; pero al llegar la copa á manos de D. Guillen, éste la apartó de sí, reprimiendo un movimiento de cólera. Luego se levantó y, mostrando una gran fuerza de voluntad al dominarse en tales circunstancias, dijo á sus huéspedes:

—No toméis á desaire ni á agravio lo que acabo de hacer. Es que he resuelto suspender esta expedición, y preparar otra de mayor importancia.

Un cronista afirma que «el Senescal arrojó la copa al suelo con furor, y levantándose repentinamente dió por terminado el convite y por aplazada la correría».

Pero, como á pesar de un agravio de tal gravedad, inferido á Guillermo de San Martín, revela que éste continuó varios días hospedándose en el castillo, tenemos por más ajustada á la realidad la versión que damos del hecho, que D. Guillén de Moncada era un cumplido caballero á pesar de su carácter violento, y no hubiera cometido tan grosera falta de urbanidad cuando Guillermo no le había ofendido (al menos hasta entonces).

Además, si bien aquel joven no hubiera podido adquirir aún gran experiencia en las

cosas de la guerra, había dado ya suficientes pruebas de valor, y no era indigno del nombramiento de capitán, que con la entrega de la copa se le otorgara.

II

Revelaciones

Entre los preparativos de la importante expedición que el Senescal proyectaba, nunca permanecían ociosos sus huéspedes, empleando el tiempo en útiles exploraciones para el reconocimiento de las fuerzas que aprontaban sus enemigos, y en ligeras escaramuzas que anunciaban la próxima lucha.

Al parecer habíanse adormecido en el alma de D. Guillén las sospechas respecto á una inteligencia entre su esposa y Guillermo de San Martín, puesto que iba con él á alguna de esas exploraciones, y en ninguna ocasión se alteraba la armonía de su trato.

Pero el amor es difícil de ocultar, y los enamorados no suelen aconsejarse de la prudencia.

Un día el Senescal vió al joven caballero ciñendo á su pecho una banda con los colores de la Baronesa, y una de sus doncellas

le denunció que aquella banda la había bordado ella misma.

Y fatalmente, como si ese hecho no fuera ya sobrado para avivar sus celos, casi al mismo tiempo le avisaron de que un soldado solicitaba hablarle con empeño.

—¿Qué es eso, Jaime?—preguntóle, reconociendo en él á uno de sus fieles veteranos. —¿Viene el enemigo? ¿Has descubierto alguna añagaza?

—Señor, durante la ronda de esta noche he visto una cosa que me creo obligado á participaros...

—Habla...

—Al pie de la torre baja había un bulto sospechoso; debía ser un hombre; no tuve tiempo de distinguirle bien, á causa de la oscuridad de la noche, y porque al apercibirse de mi llegada huyó rápido por entre las revueltas del muro...

—¿Qué más?—interrumpió D. Guillén con ansia febril.

—En una de las ventanas vi otro bulto... éste de mujer...

—¿No la conociste?

—Señor... en una noche sombría puede equivocarse la vista más ejercitada... más perspicaz...

—Pero no la tuya... Sabes perfectamente

qué habitaciones son las de esa torre... No temas... dime la verdad...

—Señor... bien podría ser una doncella de la señora baronesa...

—¿Cuál era la ventana?

—La de la derecha...

—La de su dormitorio... Basta... Vete...

Y ya se iba el veterano, asustado del terrible efecto que su revelación causara al Senescal; pero éste le hizo volver al momento.

—¿Y alguno de tus compañeros ha sido testigo también?...

—Yo solo.

—Pues guárdalo en tu pecho...

—Señor, mi lealtad os responde de ello.

—¡Sí, de la lealtad tuya no puedo dudar, mi valiente Jaime!

—Señor, no olvido que salvasteis mi vida, arrebatándola del poder de los moros, con gran riesgo de la vuestra...

—¡Ah! pues, en pago, poca cosa te pido; que no me ocultes nada... No te detenga ninguna consideración... Dime ¿no es verdad que la conociste?...

—¡Señor, no podría jurarlo!... Un instante la vi no más... y desapareció de la ventana con la misma rapidez con que la figura del hombre se desvaneció entre las sombras del muro... Aunque me haya parecido lo que

teméis, juro que no tengo seguridad para afirmarlo.

Al escuchar estas sinceras palabras, el barón de Moncada despidió con un gesto al leal soldado, y rechinando los dientes de rabia, murmuró:

—¡Venganza!

III

Un castigo terrible que resulta venturoso

Resuelto á la venganza y al castigo, don Guillén no quiso ver más á su esposa. La había amado tanto que temía dejarse conmover por sus lágrimas.

Valiéndose de Jaime y de un escudero de toda su confianza, la hizo conducir á un profundo subterráneo del castillo, al mediar la noche, y sin que se enterase ninguno de los demás servidores.

A este fin se vieron precisados á amordazarla, pero sólo mientras la conducían. Era tan honda aquella cárcel que, por mucho que allí gritase, nadie la habría oído, sino Dios.

Así, pues, la dejaron en el subterráneo sin traba alguna, y sin pan, sin agua y sin lecho.

El ofendido esposo la condenaba á morir de hambre y de sed.

Y condenaba también á la misma pena á su cómplice; pero no tenía la crueldad de separarlos en aquel trance. Pronto le enviaría á reunirse con ella.

En seguida llamó á sus deudos Pedro de Udalardo y Bernardo de Gelabert, y acompañado de ellos entró en la habitación de Guillermo de San Martín.

El joven dormía á pierna suelta, desquitándose del desvelo de la noche anterior, pues ya habrán comprendido nuestros lectores que no era otro el rondador nocturno á quien Jaime había sorprendido bajo la ventana de Beatriz.

Su estupor, cuando le despertaron, no fué menor que su asombro al verse rodeado de aquellos tres hombres, silenciosos y de aspecto imponente; y á pesar de su probado valor, sintió helársele la sangre en las venas á la mirada de D. Guillén.

Vistióse apresuradamente en medio de aquel silencio de muerte, y al fin se decidió á preguntar qué querían de él.

Con ironía sangrienta y con calma terrible, el Senescal le respondió:

—Daros lo que merecen vuestra lealtad y vuestra audacia.

—¡Me han descubierto!—murmuró para sí el amante.

En esto aparecieron dos atléticos guardianes del castillo.

—Seguid á esos hombres—añadió don Guillén.

Guillermo de San Martín vaciló. Ya afrontaba su suerte, y su mirada altiva ni se humillaba ni pedía compasión á sus jueces; pero su juventud y su amor revelábanse contra aquel mandato glacial, nuncio de la muerte.

—De grado ó por fuerza—dijo el ofendido esposo, haciendo una seña á los hombres de armas.

Pero el joven evitó que se arrojaran á sujetarle, ofreciéndose voluntariamente á seguirles.

Después que le dejaron en el subterráneo, entre cuyas tinieblas penetró el joven, sin sospechar que allí se encontrase Beatriz, porque sus conductores habían respondido con el silencio á cuantas preguntas les dirigiera, cerraron sólidamente la entrada.

Así, pues, no quedaba esperanza alguna de salvación.

Como esto es una tradición histórica, y no una novela, vamos á ser muy sobrios, al

llegar al interés conmovedor de la página presente.

Ese interés no decrece, aunque Beatriz de Moncada y Guillermo de San Martín aparezcan como culpables.

Supuesta ó verdadera, más ó menos grave su culpa, iban á pagarla con una muerte horrible ¡de hambre y de sed!

Apresurémonos á decir que ese espantoso castigo lo evitó un olvido ó un descuido providencial.

Es el caso que el subterráneo tenía una salida muy oculta ó disimulada, debajo del mismo lecho del río Besós, y que aquella salida conducía á la orilla del mar.

Allí se salvaron los amantes del terrible naufragio que amenazaba á su existencia.

Acudieron á implorar la protección del Conde de Barcelona, que se la otorgó de muy buen grado.

El Soberano logró que el Papa anulase el vínculo de doña Beatriz con el Senescal y fué padrino de las nuevas bodas con Guillermo de San Martín, á quien otorgó el puesto que merecía entre sus capitanes.

¡Eran de oir los detalles dramáticos que el trovador guerrero contaba de su aventura prodigiosa!

Su breve relación será el final más oportuno de esta historia.

Héla aquí:

—Cuando me dejaron encerrado en el subterráneo quedéme inmóvil. Era tan profunda la oscuridad que no me atrevía á dar un paso, temiendo caer en un abismo. Aunque me aguardaba la muerte no quería apresurarla. Era mi tumba aquel sitio lóbrego, pero mi desgracia no me quitaba el ánimo: Dios me lo fortalecía.

Pasé un rato en aquella inmovilidad y confiaba en que, habituados mis ojos á las tinieblas, acabaría por ver algo. Pero no fué así: ni veía nada, ni llegaba á mis oídos rumor alguno. Entonces hubo momentos en que me aterró la imagen de aquel sepulcro... Dirigí las manos en torno y encontré el vacío; tenté bajo mis pies, y hallé tierra pedregosa, húmeda y helada. Resolví dar algún paso, con grandes precauciones, y al ruido que hice moviendo una piedra sentí un acento humano, un contenido grito de terror.

Había sido exhalado sin duda involuntariamente y yo debía ser la causa de aquel terror. ¡Oh! ¡qué emoción experimenté! ¡Qué consuelo me causó aquel acento angustioso y desconocido! ¿De quién podría ser sino de

otro desventurado como yo?... ¡Ya no moriría solo!...

Por lo leve y lo rápido, ni siquiera podía presumir de qué parte procedía, aunque no debía ser lejos.

—Quien quiera que seáis—dije—nada temáis de mí.

Un nuevo grito me interrumpió, pero vibrante de sentimiento; la dulce voz que resonaba en mi corazón desde la infancia...

—¡Aquí estoy, Guillermo!

—¡Beatriz!

Nos arrodillamos para dar gracias á Dios porque en nuestra terrible suerte nos deparaba la inefable ventura de morir juntos y bendijimos á D. Guillén, porque tan noblemente se vengaba.

¡Con qué ansiedad pasamos el resto de la noche! Sabíamos que en aquel profundo subterráneo no era probable que penetrase ni un solo rayo de luz, y, sin embargo, sentíamos una vaga esperanza. De pronto exclamó Beatriz:

—¿No oyes, Guillermo?

—¿Qué?...

—Un rumor que sin duda el viento produce...

Ambos suspendimos el aliento para percibirle mejor. Era un murmurio débil y acompasado sobre nuestras cabezas.

—¡Ah! no es el viento—respondí.—Es el río... estamos debajo de él... ¿Quién sabe?

—¿Por qué te reanimas, Guillermo?

—Porque el río, si es un vecino peligroso, también puede ser un amigo...

—Me parece que no nos moriremos de sed—añadió Beatriz.

—Veremos mañana...—la dije, imaginando que ya un rayo de luz atravesaba las tinieblas que nos envolvían.

No podría explicarlo, ni concretar el motivo; pero lo que entonces me reanimaba era un presentimiento. Me parecía que el río con aquel suavísimo rumor me decía: ánimo, que acaso os salvéis.

Por fin llegó el día, enviándonos, aunque muy apagados, algunos de sus fulgores. No llegaban á través de la bóveda de peñascos que nos cubría, sino por la parte más baja de una estrechísima garganta que se abría delante del sitio donde estábamos.

—¡Beatriz! —prorrumpí radiante de esperanza—esa luz es vida; vamos á su encuentro.

Penetré en aquel estrecho pasaje con gran dificultad; pero por fortuna las paredes eran de tierra y yo llevaba una daga.

Sin duda D. Guillén no había pensado que pudiéramos pasar por allí, ó no conocía bien aquellos lugares.

Pero el ansia de librar á mi compañera y de salvarnos, multiplicó mis fuerzas y las suyas. Sí, ella también, valiéndose de una piedra cortante, quitaba tierra de un lado, mientras yo despejaba el otro.

A medida que avanzábamos la luz llegaba más francamente. Parecía decirnos:

—¡Adelante!... yo os anuncio que seguís un camino salvador.

Y nos salvamos.

Cuando, después de algunas horas de esfuerzo incesante, llegamos al término de aquella garganta y vimos el mar á pocos pasos de nosotros ¡con qué emoción consideramos la misericordia de Dios! Contemplábamos la imagen de ella en la inmensidad que surgía ante nuestros ojos.

Caímos entonces de rodillas, y á la oración de la gratitud unimos nuestras lágrimas de alegría.

UN CRIMEN DEL ORGULLO

(TRADICIÓN ENLAZADA CON LA FUNDACIÓN DEL MONASTERIO DE LAS SANTAS CREUS)

UN CRIMEN DEL ORGULLO

(Tradición enlazada con la fundación del Monasterio de las Santas Creus)

I

Uno contra doce

Así como hubo en tierra de Castilla un tiempo en que las discordias de la nobleza tomaron cuerpo en dos bandos que acaudillaban las poderosas familias de los Castros y de los Laras, lo mismo ocurrió en Cataluña, siendo los que atizaban la lucha los Cervellones y Castellvines. Estos nombres se daban á los partidarios de las casas de Castellví y de Cervelló.

En esa época, y en el año 1148, tuvieron lugar los hechos de la tradición que vamos á referir.

Como entonces la autoridad de los monarcas podía muy poco para enfrenar á la alta nobleza, necesitando de su ayuda contra los árabes, había ocasiones en que la guerra civil se recrudecía de un modo alarmante.

Una de esas ocasiones fué el sitio puesto á Tortosa por el conde de Barcelona D. Ramón Berenguer para arrancarla del poder de los musulmanes.

En vez de dar tregua entonces á su lucha, los Cervellones y Castellvines se aprovecharon de la ausencia del soberano para enconarla en tales términos, que el Conde vióse precisado á intervenir, dejando el sitio de Tortosa encomendado á D. Ramón de Moncada.

Este logró apoderarse de la plaza, habiendo mostrado en la ardua empresa tanto valor é inteligencia, que su soberano dióle en señorío buena parte de la ciudad conquistada.

Deudo de Cervelló el victorioso caudillo, parecía natural que, al regresar de aquella campaña, se valiese de su influencia y de su prestigio para lograr al menos una tregua en la sangrienta discordia, ya que no fuese posible una paz completa entre bandos tan enemistados.

Pero sucedió lo contrario: la intervención de Moncada fué resuelta en favor de los Cer-

vellones, y su poderoso apoyo llevó el desconcierto y el pánico al bando de los Castellvines.

Viéndose éstos ya como perdidos, celebraron sus jefes una reunión en el castillo de Rosanes, próximo á Martorell, y convinieron en la necesidad de librarse de D. Ramón de Moncada, por cualquier medio.

Pero á aquella reunión asistía el arzobispo de Tarragona, D. Berenguer de Vilademuls, deudo de Castellví, y aunque muy conforme en la precisión de que desapareciese el formidable obstáculo que tenían en la persona de Moncada, se opuso con gran resolución al asesinato que proponían los más de ellos.

—¿Qué haremos entonces?—exclamaron.

—Hay un medio seguro de ponerle fuera de combate y de librarnos de él sin asesinarle.

Un murmullo de duda acogió esas palabras.

—Atended, que os convenceréis todos en seguida,—continuó el arzobispo:—D. Ramón de Moncada es un león, y, como el león, se atreve á ir solo por sitios peligrosos, confiando demasiado en su esfuerzo. A veces regresa de Barcelona á su castillo, á hora avanzada de la noche, sin que le acompañe un solo escudero; y bien sabéis que á tales

horas no pasa un alma por gran parte de aquel camino.

—¡Magnífica ocasión para deshacernos de él!—interrumpió uno.

—¡No!—replicó el enérgico prelado;—si no me dais palabra de respetar su vida, aviso á Moncada del peligro que corre.

—Guardaos de ello y decidnos qué hemos de hacer...

—Apoderarse de su persona, preparándole una celada en el sitio más á propósito. Si se defiende mucho se le hiere, pero no se le mata.

—Bueno,—repuso Castellví;—escogeré y mandaré allá media docena de mis hombres de armas...

—No bastan seis: que vayan doce,—prosiguió Vilademuls con acento de profunda convicción.—A menos de que caiga en un pozo, al león no se le coge nunca desprevenido, y yo he visto batirse á D. Ramón de Moncada: su destreza y soltura no son menores que su arrojo y su fuerza hercúlea. Quizás el cogerle cueste la vida á cinco ó seis de los que le asalten; pero este sacrificio evitará mucho mayor derramamiento de sangre.

—¿Y no teméis que luego continúe más encarnizada la lucha?—interrumpió Castellví.

—No: con Moncada en nuestro poder impondremos las condiciones á nuestros enemigos para una avenencia forzosa. Si es preciso les amenazaremos con su muerte. Vale él tanto, que pasarán por todo antes que perder tal jefe.

Estas razones del sagaz D. Berenguer de Vilademuls acabaron de convencer á los caudillos Castellvines, y aquella misma noche enviaron los doce hombres de armas al acecho del león de Moncada.

Iban seis á caballo y los otros á pie.

Emboscados junto á un recodo del camino, entre el boscaje que á trechos le bordeaba, mandaron por delante dos jinetes, como exploradores, á ver si le encontraban.

En caso afirmativo, estos jinetes tenían orden de continuar su ruta, pasando delante de él hacia Barcelona, á fin de no infundirle sospechas; pero debían volver luego sobre sus pasos, á todo galope, cuando calculasen que se acercaba al sitio de la emboscada. Entonces podrían arremeterle súbitamente por la espalda.

Halláronle casi á mitad de camino, bien armado, sobre su caballo de guerra, porque en aquellos tiempos azarosos, en que á cada momento se ponía en riesgo la vida, ningún caballero, por mucho que confiase en su va-

lor, para salir de un castillo ó del recinto de una ciudad, descuidaba el prevenirse de la cota de malla, ni se privaba de la fiel compañía de su espada.

Llevaba además, pendiente del arzón de la silla, su hacha de armas, tan temida de los árabes, y con la cual hendía de un solo golpe el casco y la cabeza de un guerrero.

Así al divisarle en el camino los de la emboscada, á la claridad de una noche serena, aunque valientes y en tanto número, comprendieron que no podrían rendirle si no le mataban el caballo ó no le herían gravemente.

Los jinetes permanecieron ocultos entre el boscaje, pero dispuestos á acometerle por diversas partes, y los peones se adelantaron agachándose por ambos bordes del camino.

Por no herir al caballero, la puntería de sus ballestas se dirigió hacia el vientre del caballo. Pero Moncada tenía vista penetrante, y observando en seguida los bultos y los movimientos sospechosos, hizo dar un bote al animal y, en vez de retroceder, se arrojó temerariamente al peligro.

Su maniobra evitó por de pronto la muerte del caballo, porque solamente una de las ballestas le hirió en el anca; herida leve que sirvió de aguijón al noble bruto para el ím-

petu de su avance. Derribó y pisoteó á uno de los peones, y cuando el caballero hendía el cráneo del segundo con su hacha de armas, dieron sobre él los cuatro jinetes que estaban ocultos, lanza en ristre.

No llevaba escudo, y ya que no podía evitarlo, procuró atenuar la gravedad del choque con la habilidad de jinete consumado. Así únicamente le alcanzaron en el pecho dos de las lanzas, que si bien no pudieron traspasar su ferrada cota de mallas, habrían puesto en grave apuro su firmeza sobre la silla, á no tropezar con aquel cuerpo de acero.

—¡Ah! villanos... ya os conozco, rugió Moncada.—¡Tomad, asesinos!... No mancho yo mi espada en vosotros...

Y haciendo girar á su caballo con la viveza del relámpago, cogió de lado á sus acometedores, y en menos tiempo que el que empleamos en referirlo, derribaba su hacha á dos jinetes para no levantarse más.

En esto llegaron á todo galope los que habían pasado adelante de exploradores; volvióse el héroe y en el momento en que su terrible hacha segaba la vida del cuarto, una ballesta diestramente arrojada atravesó de parte á parte el cuello de su caballo.

La sangre del noble animal saltó á borbotones, revelando la gravedad de la heri-

da, y los Castellvines lanzaron gritos de triunfo.

Todavía, sin embargo, pudo el caballero aprovechar las últimas fuerzas del caballo, rompiendo por el círculo que peones y jinetes se apresuraron á estrechar en torno de ellos. Entonces su hacha fué el rayo de la muerte para el quinto.

Pero al mismo tiempo hirieron nuevamente á su caballo en uno de los remos.

Vióse obligado á desmontar y á echar mano á su larga espada, porque en tales circunstancias era el arma más á propósito para tener á raya á los satélites de Castellví.

Pero no le dieron tiempo á desenvainarla. Aprovechando aquel momento en que se hallaba desarmado, echáronse sobre él seis hombres á la vez, sujetáronle, y le condujeron en seguida al castillo de Rosanes.

Se había cumplido la predicción del arzobispo de Tarragona. D. Ramón de Moncada, antes que le pudiesen coger, se había deshecho de seis hombres: cinco de ellos muertos, y el otro magullado y pisoteado por su caballo.

II

Justicia vengativa

En el castillo de Rosanes encerraron al heroico Moncada en un lóbrego calabozo, poniéndole los pies en un cepo, como un criminal vulgar.

Cómo sentiría esa afrenta un hombre tan orgulloso, bien puede colegirse por lo que después sucedió.

Al cabo de algunos días de cautiverio entró en el calabozo á visitarle el arzobispo D. Berenguer de Vilademuls.

Iba á tratar de las condiciones que les imponían para su rescate, tanto á él como á sus deudos los Cervellones.

Rechazó el preso la proposición, lleno de cólera, diciendo que era preciso, ante todo, sacarle de allí, guardándole las debidas consideraciones, y «*aliviando al menos su prisión*».

Subrayamos esas últimas palabras porque se hallan conformes en ponerlas en boca de D. Ramón de Moncada lo mismo los antiguos que los modernos cronistas.

Esas palabras sirvieron de pretexto al arzobispo para hacer befa de aquel hombre tan

altivo, y la consecuencia de esto fué por todo extremo terrible.

Para responder á Moncada volvióse el arzobispo á un familiar que le acompañaba y le pidió un cortaplumas.

Luego que el familiar se lo entregó, cortó con él una leve astilla del cepo que sujetaba los pies del héroe, y le dijo con sorna:

—Servido estáis en lo del alivio, puesto que el cepo no tiene ya tanta madera.

El insulto era intolerable. Centelleó en los ojos del preso la cólera y el deseo de la venganza, y prorrumpió en estas históricas palabras:

—«Pedidle á Dios, don Arzobispo, que no salga jamás de esta cárcel, pues si llego á salir, sea cara á cara, ó á traición, como vos habéis hecho conmigo, ¡juro que me la habéis de pagar!...»

Poco afectó la amenaza á D. Berenguer de Vilademuls, porque no creía que el preso pudiera cumplirla; pero no se atrevió á replicarle, y salió silenciosamente del calabozo.

Al preso entonces se le hizo mucho más insufrible la cárcel, pues el ansia de vengarse multiplicaba sus deseos de libertad y su impaciencia.

A la noche siguiente, á deshora, desconfiando ya de su buena estrella, y cuando su

pensamiento pugnaba por sumirle en la desesperación, oyó golpear en el muro del calabozo.

El sonar discreto y, por decirlo así, temeroso de aquellos golpes, inundó su corazón de esperanza.

Redoblaron los golpes y fueron acompañados del ruido de piedras y cascote que caían del muro.

Momentos después, por el boquete abierto saltaron dentro los que así se arriesgaban para salvarle.

Eran dos hombres, un caballero y un soldado: se distinguían á la luz de la luna que entró con ellos á animar la prisión.

El primero, su deudo y su mejor amigo, Pedro Alemán de Cervelló, le estrechó entre sus brazos, mientras el soldado libraba sus pies del cepo.

—¿No me conocéis, señor?—preguntó el soldado.

—¡Ah! mi valiente Roger, mucho sentí que me dejaras cuando fuí á la conquista de Tortosa...

—Señor, porque tengo hijos; me casé con una sirvienta de este castillo y...

—Y así ha podido prestarnos este grandísimo servicio—dijo Pedro Alemán.

Conmovido el ilustre caudillo, que le de-

bía la libertad y tal vez la vida, estrechó fuertemente la mano de aquel humilde soldado, diciéndole:

—Volverás al servicio mío con ascenso.

Saltaron inmediatamente afuera, donde les aguardaban con caballos otros dos hombres de armas de Castellví, seducidos por Pedro Alemán, y al emprender la fuga explicaron á Moncada cómo habían podido libertarle.

En el muro del calabozo había habido una ventana, tiempo atrás, y había sido tapiada, abriendo un respiradero hacia el interior; descubriendo dicha ventana se logró la afortunada empresa que acabamos de referir.

Libre ya, no pensó Moncada sino en su venganza. A todo trance quería realizar el terrible voto que le hiciera al arzobispo de Tarragona.

Para lograrlo púsose de acuerdo con sus poderosos amigos, entre ellos Pedro Alemán de Cervelló, el almirante Galcerán de Pinós y el vizconde de Cabrera.

Turbó el miedo al astuto D. Berenguer de Vilademuls; y juzgando ya harto posible lo que no imaginara cuando se burló del prisionero en su calabozo, acudió á refugiarse en Barcelona, pidiendo amparo á su soberano.

Creyó el Conde de Barcelona conjurar el peligro que corría el arzobispo nombrándole embajador suyo cerca del Papa y evitar la desgracia y el escándalo que podrían ocasionar á su estado las amenazas de Moncada, haciendo con aquel cargo doblemente inviolable la persona de D. Berenguer.

Esto realmente hubiera bastado para disuadir de sus propósitos á otro noble cualquiera, aun el de carácter más díscolo; pero no á uno de aquellos leones que tenían su guarida en el castillo de Moncada.

Habíanle inferido una grave ofensa y le era preciso verter la sangre del ofensor.

Y á pesar de que el Conde de Barcelona dió una fuerte escolta al arzobispo para que emprendiese su viaje á Roma, casi á las mismas puertas de la ciudad de los Condes se apoderaron de él sus enemigos, dispersando á la escolta.

D. Berenguer de Vilademuls fué conducido al castillo de Moncada. Su altivo señor tan cierto estaba de que había de caer en sus manos, que ya le aguardaba para juzgarle, presidiendo un tribunal cuyos jueces eran Pedro Alemán de Cervelló, el almirante Galcerán de Pinós, Guillén de Anglesola, y el vizconde Ponce de Cabrera.

—Jamás un Moncada ha faltado á su jura-

mento, don Arzobispo—díjole el Presidente; —pero yo no sigo con vos el proceder que usasteis conmigo. Nada de cepo: se os va á juzgar en toda regla, y la sentencia se cumplirá sin humillaros.

El Arzobispo respondió:

—No hay en la tierra tribunal que pueda juzgarme, si no está de acuerdo con mi señor el Conde de Barcelona.

—A nosotros, para juzgaros, nos basta estar de acuerdo con la justicia—replicó Moncada—y estad seguro de que el Conde de Barcelona no ha de impedirme que se ejecute la sentencia.

No volvió á despegar sus labios D. Berenguer de Vilademuls; conociendo que el tribunal sería implacable, no quería pedir gracia á su enemigo.

Aquellos ilustres guerreros, después de exponer uno por uno los cargos que resultaban contra el Arzobispo y las ofensas que había inferido á Moncada, le condenaron á muerte sin la menor vacilación, y con absoluta unanimidad.

La tradición revela que ni siquiera se alzó una voz que atenuase las culpas del reo ni pusiese reparo en lo sagrado de su carácter.

No le dieron más que una hora para cum-

plir en tan supremo trance sus deberes y encomendarse á Dios.

Luego el verdugo ejecutó la sentencia.

Fácil es comprender la indignación del Conde de Barcelona.

Pero D. Ramón de Moncada, aunque harto poderoso para sostener una rebelión que volviese á llevar los horrores de la guerra civil á todos los ámbitos de Cataluña, quiso evitarla, y al efecto, pudiendo más en su ánimo ese impulso generoso, ó bien la consideración de haberse excedido en la sentencia del desgraciado Arzobispo, determinó marcharse á Aragón.

Confiscóle el Conde de Barcelona sus feudos y castillos, pero no tardó mucho en devolvérselos, por haberle prestado allá Moncada valiosos servicios, mediando en el casamiento del Conde con D.ª Petronila, hija de D. Ramiro el Monje y contribuyendo á la unión de Cataluña y Aragón.

Entonces no sólo le perdonó la muerte del Arzobispo, volviéndole á su afecto, sino que influyó para que el Papa le perdonara igualmente.

El Padre Santo se lo otorgó con una condición, á la cual debemos uno de los mo-

numentos más bellos del Arte cristiano que nos quedan de aquella época: el Monasterio de las Santas Cruces.

El Papa le pidió que le fundase y que le dotara, ayudándole á ello Galcerán de Pinós, Pedro Alemán de Cervelló y demás jueces que habían sentenciado á D. Berenguer de Vilademuls.

Así lo hicieron D. Ramón de Moncada y sus ilustres compañeros, con una esplendidez que todavía ha de asombrar á muchas generaciones.

UN INVENCIBLE VENCIDO

UN INVENCIBLE VENCIDO

I

El sitio de Moncada

La tercera tradición que escogemos, rigurosamente histórica, entre las que se refieren á Moncada, es un siglo posterior á las dos que anteceden.

Corría el año 1243: era á principios del reinado de D. Jaime el Conquistador, el cual si entonces por la edad aun no podía llamársele mozo, no contando sino catorce años, por la energía, por el valor y por el esfuerzo ya se mostraba como un hombre.

Como fundamento á la tradición transcribiremos textualmente algunos párrafos del famoso y fidelísimo cronista Zurita. Dice así:

«D. Guillén Ramón de Moncada, Senescal de Cataluña y Vizconde de Bearn, ayuntó un día mucha gente de sus parientes y amigos en Cataluña para entrar á correr el Condado de Rosellón y hacer guerra en las tierras del Conde D. Nuño Sánchez; de quien al parecer tenía que reclamar agravios. Quejóse al Rey el Conde de Rosellón, y D. Jaime, habido consejo en Cortes, mandó requerir á D. Guillén para que desistiese de proseguir su pretensión por aquella vía, si no quería que le pesara.

»D. Guillén era demasiado soberbio de raza para ceder al requerimiento del monarca. Lo que éste consiguió fué sólo que aquél adelantase su proyecto: á principios del 1243 entró en el Rosellón con los barones y caballeros de su linaje, talando la tierra, tomando el castillo de Alvari y apoderándose de Perpiñán.

»Grande enojo hubo el Rey de la desobediencia de D. Guillén, y declarándole rebelde, reunió toda su gente en Aragón y cayó sobre las tierras del de Moncada y los de su linaje y valedores, tomándoles ciento treinta fortalezas entre torres fuertes y castillos de homenaje.

»En seguida, comenzado ya el mes de agosto, puso cerco al castillo de Cervelló, que, á pesar de ser muy enriscado y fuerte, fué ganado en catorce días; y corrióse á

poner sitio al mismo castillo de Moncada, en el cual estaba ya D. Guillén, de vuelta de su incursión por las tierras de D. Nuño.

»Cuatrocientos caballeros iban con el Rey; ciento treinta se habían encerrado en el castillo con D. Guillén.»

Hay que advertir que los cuatrocientos caballeros representan un número proporcionado de infantes ó peones, que irían también con el Rey, aunque Zurita no los cite expresamente: de igual manera debe entenderse que D. Guillén contaría en su castillo con muchos más de ciento treinta combatientes.

En casos como este, al nombrar caballeros, por cada uno se sobrentienden de cuatro á cinco peones. Y, aunque no tuviéramos certeza de ello por varios testimonios de aquella época, basta el claro juicio del lector para figurarse la verdad; por valientes que fueran los caballeros que acompañaban á D. Jaime, no irían solos á una campaña en que tuvieron que poner sitio y se apoderaron á viva fuerza de tan considerable número de fortalezas.

Además, el propio Zurita viene á revelárnoslo después. He aquí sus palabras:

«Llegado allá, D. Jaime mandó requirir al de Moncada para que le acogiese en su castillo; pero respondió que «*de buena voluntad*

le recibiera, si se lo demandara de otro modo; mas, visto que el Rey había hecho tanto daño en su tierra, é iba con ejército contra él, no era obligado de entregarle el castillo».

Al decir «ejército» no aludiría sólo D. Guillén á algunos centenares de caballeros. Seguramente el número de los sitiadores pasaba de 2,000; y llevaban las máquinas de guerra de aquel tiempo, en que aun no se había descubierto la pólvora. Con ellas se arrojaban grandes piedras contra los muros y otros elementos de destrucción.

La altiva respuesta de D. Guillén obligó al Rey á principiar el sitio; y aunque le apretó con vigor, dando pruebas en edad tan juvenil de la inteligencia y del verdadero genio militar que evidenció después en tantas conquistas, vió sucumbir en los asaltos, á la flor de sus caballeros, sin lograr una ventaja decisiva. En ello influyó una circustancia muy importante: héla aquí:

Si D. Guillén Ramón de Moncada era soberbio con sus enemigos, gozaba de gran estimación entre toda la gente de guerra por la liberalidad que acompañaba á su valor. Y esto explica un hecho que parece extraño y que nos revela Zurita en los siguientes términos, al tratar de aquel sitio:

«Muchos caballeros del mismo ejército del

Rey, á quienes desplacía que recibiesen daño D. Guillén de Moncada y los que con él estaban, proveían de vituallas á los cercados; lo cual desalentó á D. Jaime, y viendo que perdía el tiempo en aquella porfía, mandó por fin alzar el cerco.»

II

El Rey y el caballero

Ya empezaban á hacerse los preparativos para ello en el campamento de los aragoneses, obedeciendo la orden del monarca, y daban muestras de júbilo igualmente los sitiados que los sitiadores, cuando vinieron á anunciar á D. Jaime que un caballero, al parecer desconocido, solicitaba la honra de hablarle.

Era al caer de la tarde. El caballero en su porte revelaba una persona principal, pero traía echada la visera del casco, y así no era fácil conocerle.

Solamente le acompañaba un escudero.

Á tratarse de un rey más ceremonioso que D. Jaime, no se hubiera mostrado propicio á una visita misteriosa, sin saber primero quién fuese y de dónde vendría el visitante; pero en

la sencillez de costumbres del futuro Conquistador no cabía el recelo.

Antes de contestar á quien se lo anunciaba, salió á la entrada de la tienda real y vió al caballero, que se paraba en la linde del campamento, aguardando respuesta.

Su instinto certero avisó al joven monarca de la trascendencia de aquella visita, y sus ojos de águila descubrieron que debía llevar un nombre ilustre quien tenía el continente dominador de aquel incógnito.

Mandó en seguida que le dejasen el paso franco hasta su tienda.

Al ejecutarse esta orden, el capitán de la guardia advirtió al caballero que debía levantarse la visera del casco.

—Lo haré cuando llegue á presencia del Rey—dijo él con tono tranquilo, pero con tal acento de autoridad que no osó replicarle ninguno de los que le oyeron.

Momentos después llegaba el misterioso caballero á la tienda del Rey, que mandó retirarse á cuantos le acompañaban.

Quería recibir á solas aquella visita.

Y en el instante de quedar solos, el misterioso caballero alzó la visera de su casco y humillóse ante el Rey, hincando una rodilla en tierra.

Grande fué la sorpresa del monarca al re-

conocerle, y en su juvenil y enérgica fisonomía brilló al pronto la expresión de la cólera; pero esta expresión desapareció como un relámpago, siendo sustituída por la de una emoción apacible.

—Levantaos, D. Guillén Ramón de Moncada—le dijo.—No debía pensar que fueseis vos y sin embargo lo presentía...

Permaneció el caballero con la rodilla en tierra y respondió:

—Señor: en cuanto supe que ordenabais levantar el cerco del castillo no sentí otro deseo que el de suplicaros vayáis á honrarle con vuestra presencia.

—Y para eso habéis venido á poneros en mis manos...

—Es que os conozco, señor. Si os hubierais apoderado del castillo, si vuestro ejército me hubiera obligado á rendirme, no me hubiese humillado á pedir gracia; sólo hubiera acudido á vuestra magnanimidad para los míos... Pero desde el momento que deponéis vuestra fuerza soy todo vuestro, y no quiero que se diga que ha estado mi Rey en el término de Moncada, sin que su presencia honrase el hogar de mis mayores.

A estas palabras conmovióse el Rey, y tendiéndole los brazos, replicó:

—Grande fué vuestro atrevimiento, pero

me lo haréis olvidar con la grandeza de ésta acción.

Entonces Moncada se levantó y al abrazo del joven monarca correspondió con la efusión de un padre y el respeto del más leal de los súbditos.

Y D. Jaime I entró luego en el castillo de Moncada acompañado de los principales caudillos de su ejército; día memorable de fiesta para aquella ilustre familia.

La tradición refiere que en el banquete con que celebraron la reconciliación que había de ser tan fecunda para el bien de la patria, dijo el futuro Conquistador:

—Bien podéis decir, Moncada, que me habéis vencido.

—¡Oh! señor—respondió él—vos sí que me habéis vencido con vuestra magnanimidad.

Y este gran Moncada contribuyó después eficacísimamente á las empresas de aquel gran reinado. Su vida acabó de la manera más gloriosa, abriendo paso con su espada al ejército que plantó la enseña de la Cruz sobre las torres morunas de Mallorca.

LA LEYENDA DE LOS SIETE PANES

Origen del escudo de Moncada

LA LEYENDA

DE LOS SIETE PANES

Origen del escudo de Moncada

Para completar el ramillete de tradiciones que hemos ofrecido, referentes á un nombre tan famoso en la historia de España, contaremos un hecho que por lo prodigioso y poético merece singularmente la calificación de leyenda.

Ya lo hemos mencionado en el epígrafe: es el origen del escudo de Moncada.

El hecho ocurrió en la época de D. Jaime el Conquistador y durante la conquista de Mallorca, donde tanto se distinguieron los Moncadas.

Rendida ya la capital y destruído el ejér-

cito moro, sus restos habían buscado refugio en las grutas de Artá. Acudió D. Jaime á sitiarlos allí, y llegaron á escasear tanto los víveres en el campamento cristiano que, para evitar que decayese el ánimo de sus guerreros, el mismo rey daba el ejemplo de una extremada frugalidad, no probando apenas alimento.

Alguien llegó á participarle que había pan en la tienda de D. Hugo de Moncada, pan que el heroico caballero había arrebatado á sus enemigos en una arriesgadísima entrada por las grutas.

D. Jaime I dirigióse á la tienda, y, según cuenta la crónica, le acompañaban en la visita D. Nuño Sánchez y más de cien caballeros.

Prevenido ya D. Hugo del objeto de la visita, salió á recibirle á la puerta con el mayor acatamiento. En seguida, despojándose de su rica capa de grana, que se había puesto para aquel acto, extendióla en el suelo para suplir la falta de mesa, y colocando sobre ella siete panes, los únicos que tenía, ofrecióselos al rey y á su comitiva.

—Señor,—dijo,—bien pocos son: no he podido quitarle más al enemigo, porque le escasean tanto como á nosotros. ¡Pluguiera á Dios multiplicar esos panes, por el amor con que os los ofrezco!

Después de esta invocación tan sencilla como elocuente, la historia y la tradición se convierten en leyenda.

Y la leyenda dice una cosa parecida al milagro de Jesús de la multiplicación de los panes y de los peces.

Dice que de aquellos siete panes comieron hasta satisfacer su hambre D. Jaime el Conquistador y los cien caballeros que le acompañaban.

De ahí los *siete panes de oro en campo de grana* que desde entonces ornaron el escudo de los Moncadas.

EL PERDÓN
DE ALHAMAR, EL NAZARITA
FUNDADOR DE LA ALHAMBRA
(LEYENDA ÁRABE)

EL PERDÓN
DE ALHAMAR, EL NAZARITA
FUNDADOR DE LA ALHAMBRA

(LEYENDA ÁRABE)

PRELIMINAR

Hace muchos años que tuvo la suerte el autor de este libro de residir temporalmente en Granada, el país de las leyendas. Sobre ellas departía con mis amigos los poetas granadinos é íbamos recordando sucesivamente las de diversas épocas, las de más colorido dramático y las más populares.

Con el mismo interés evocábamos las que dejaron escritas sesudos cronistas árabes, que las que Zorrilla nos ofrece en su poema *Granada*.

Pero todos mis amigos convenían en que estaban por escribir algunas de las más interesantes.

Entonces uno de ellos, el que solía acompañarme en mis excursiones por la Vega y por la Alpujarra, y era además explorador infatigable y venturoso de archivos y bibliotecas, me dijo:

—Si quieres darte conmigo un paseo de algunas leguas, te llevaré á unas ruinas de donde brota una leyenda incomparable...

—¡Vamos al momento!

—Incomparable por la verdad y por la belleza.

—¿Y está escrita?

—Por ahora como si no lo estuviera...

—No te entiendo...

—Lo está en árabe.

—Pero tú lo posees...

—Y para esto no me sirve, porque mi tío el anticuario, el viejo avaro que guarda el precioso manuscrito, no sólo me amenaza con olvidarme en su testamento, porque me cree un calavera, sino que hace tiempo me ha cerrado las puertas de su archivo, á fin de librarse del disgusto de verme por su casa.

—Entonces ¿cómo aseguras que es tan preciosa la leyenda?

—Porque el vengativo del viejo, para

mayor mortificación, sabiendo que me muero por leyendas de ese valor, me ha revelado un poco, muy poco de la que te hablo, dejándome aún menos que á media miel... En el sitio adonde voy á llevarte ocurrió el desenlace, y Alhamar, el fundador de la Alhambra, es uno de los principales actores...

Interrumpí á mi amigo con una exclamación de entusiasmo, y añadí que era preciso á todo trance conquistar á su tío.

—¡Es inconquistable!—repuso él con desaliento.

—Pues en ese caso... ¡entraremos á saco en su archivo!

I

Las ruinas

Pronto emprendimos la excursión á que me había invitado el amigo. Como la naturaleza en aquella región privilegiada armoniza mucho con nuestro objeto, conviene dar algunas pinceladas que muestren al lector el teatro de la leyenda.

Era uno de esos días que preceden al enlace de la primavera con el estío, cuando las brisas de una tarde de mayo van atenuando el rigor del ambiente del Mediodía.

Llegamos á los cármenes del Darro.

Quien haya tenido la suerte de conocer esos innumerables paraísos que decoran ambas márgenes del río de las arenas de oro; el que haya subido, una vez al menos, por la carrera que lleva su nombre, y después de pasar el puente del Algibillo haya seguido por las cuestas de la Fuente del Avellano, hasta que el placer y la admiración le hicieren detenerse en la explanada inmediata á la misma fuente, quien haya llegado allí, aspirando los efluvios de vida de aquella vegetación exuberante, si pone en armonía los panoramas que descubre con las brillantes páginas que la historia y la poesía les consagran, recordará siempre la emoción que le causan como una de las más profundas y halagüeñas de nuestra peregrinación por la tierra.

Si se consideran aisladamente los cármenes del Darro, son unas quintas ó casas de recreo bastante parecidas á las de otros puntos, rodeadas de álamos corpulentos, de granados, avellanos, naranjos y otros frutales; ceñidas de jardines, algunas con un desorden tan raro como encantador; cuyas flores crecen por donde quiera, por todas partes, ufanas con su lozanía perenne, gracias á la frescura de numerosas acequias que hasta

las altas cumbres llevan sus raudales. Pero nos impresionan mucho más al contemplarlas bajo el marco deslumbrador que las presta Sierra Nevada, y recordando que la naturaleza que allí nos rodea fué la pródiga madre de razas de héroes, dignos rivales de nuestros mayores.

Allí cualquier hombre, dotado de cierta sensibilidad, se siente poeta, y al arrullo embriagador de las brisas cree escuchar los ardientes suspiros de las princesas árabes, y ve las blancas tocas que velan sus formas peregrinas en las vagarosas nubecillas que huyen tímidamente del lecho de flores de los valles.

Gran rato continuamos nuestra excursión tan embelesados que ni una palabra salía de nuestros labios, pero en cambio con los ojos nos entendíamos á las mil maravillas, y el gozo del uno se hacía más intenso compenetrándose en el del otro.

Así llegamos á una parte umbría de la Sierra, próxima al pueblo de Güejar. Allí hay un valle de fecundidad maravillosa, y de su fondo debe tomar el Genil gran parte de sus riquezas. Las oculta luego en el barranco de Guadarnón, para descubrirlas después en el poético curso que emprende, recibiendo el caudal de su primer tributario el río San Juan

y el del pintoresco arroyo de Aguasblancas, que allá á la izquierda se desliza, como una cinta de plata sobre manto de esmeraldas.

Subimos á una eminencia desde donde se descubre un horizonte aun más dilatado, y entonces se nos mostró el Genil en todo su poderío, dando vida y esplendores á riquísimas huertas, y engreído con los cuantiosos caudales que le van entregando sus tributarios de la Vega, el Dilar, el Cubillas, el Beiro y otros. Hasta el mismo Darro le ofrece sus homenajes á las puertas de Granada.

Nuestra imaginación volaba incansable por entre aquellos esplendores de la naturaleza y, continuando nuestro camino, aunque mi amigo le conocía perfectamente, parecía que me guiaba como á la ventura por entre tantas sendas de flores, y á través de las frondas.

Principiaba á caer la tarde.

Poco á poco fué extendiéndose por los valles una niebla blanquecina, que venía en auxilio de mis sensaciones y sentimientos, cubriéndolos sin perder su transparencia, á la manera que una madre amorosa envuelve en blanco cendal los tiernos miembros de su hijo.

—Observa cómo cambia la decoración—dijo mi acompañante, deteniéndose unos momentos.—Nos vamos acercando á las ruinas.

Realmente era notable el cambio. Nuestros pies ya no hollaban verdores sino un terreno árido, sembrado de pedazos de roca, entre los cuales trepaban penosamente algunas plantas parásitas.

Pronto llegamos á una colina, en cuya falda yacen derrumbados los restos de un antiguo edificio.

No era necesario que mi amigo me lo advirtiera: mi emoción, más que mis ojos, me lo revelaba.

Teníamos delante las ruinas de donde brota la leyenda.

Aquí pedazos de esbeltas columnas de mármol de Makaél, ennegrecidos por el polvo y las inclemencias de los siglos; allá un montón informe de escombros, entre los que también predominan trozos de mármol, generalmente pequeños, restos de calados y filigranas de la construcción árabe; y, esparcidos por dondequiera, ya bloques del cimiento que parecen desenterrados por efecto de algún terremoto, ya argamasa granítica deshecha y muy semejante á la que admiramos en algunas partes de la Alhambra.

¡Qué emoción inspiraban aquellas ruinas! De todos sus restos no descubríamos un solo detalle entero.

Eran indudablemente las de uno de aque-

llos maravillosos palacios árabes que surgieron en la misma época en que Alhamar creaba la Alhambra.

Valiéndome de un bastón ferrado que llevaba, me puse á remover los escombros.

—No encontrarás nada—dijo mi compañero.—Yo busqué también otras veces inútilmente. Es muy posible que un terremoto lo haya dejado tan deshecho.

No repliqué, y seguí trabajando con mi bastón, á manera de palanca.

Un grito de triunfo le anunció á mi amigo que mi constancia había sido fructuosa.

De entre los escombros saqué un ajimez casi entero, y le acariciamos los dos como á un viviente que hubiera sido para nosotros mensajero de una gran suerte.

—¡A este ajimez se asomaría la ingrata!

—¡Ah! tú sabes la leyenda...

—Si la supiera ¿sería yo tan cruel que te dejase en esa ansiedad? La ingrata es la favorita de Alhamar, y la leyenda nació de una ingratitud sin ejemplo. Esto es todo lo que sé, porque mi tío no quiso descubrirme más. Si logras tú ablandarle, hasta el punto de que te muestre el inapreciable manuscrito, me harás un inmenso favor, pues no te guardarás el secreto.

—Y se lo contaría al público.

II

Alhamar y Zoraya

Los medios de que me valí para conmover al adusto anticuario holgarían en estas páginas. No es necesario consignarlos.

Basta saber que llegó á mis manos el manuscrito auténtico y que lo tradujo mi amigo, que es un notable orientalista. El autor debió ser contemporáneo de los hechos, pero se echa de ver que los escribió muchos años después de ocurridos.

Para que se vea la autenticidad del documento, transcribiré las mismas palabras con que él me la reveló:

—Aunque no constase la fecha en el manuscrito y la firma del poeta cronista El-Rhadí, la forma, los caracteres y hasta el lenguaje me dirían que pertenece al siglo de Alhamar el Nazarita y de D. Fernando el Santo, su grande amigo...

—Por cierto que de esa amistad muéstranse asombrados algunos cronistas castellanos, como si habiendo llegado á conocerse dos reyes que eran modelos de grandeza de alma, hubieran podido dejar de apreciarse, á pesar de la diferencia de religiones.

Y ahora vamos á la leyenda, advirtiendo que no se altera nada esencial en la narración, ni siquiera en el estilo, con objeto de que la forma corresponda al asunto. Sólo se ha suprimido el preámbulo de invocaciones y de alabanzas hiperbólicas que son de rigor en todo escrito árabe.

Después de ese preámbulo, manifiesta el cronista poeta que hay un recuerdo que le afecta mucho y que por él ha penetrado en el mundo del sentimiento.

«En aquel mundo—dice—vivían en admirable concordia los poetas y los historiadores, los filósofos y los artistas. Todos ellos me recibieron con la sonrisa en los labios y la amistad en el corazón, compitiendo en fraternidad y en el deseo de prestarme sus gratos servicios, y expresando que habían adivinado el objeto de mi visita.

Supliquéles que me hablasen de Zoraya, la Rosa de Hiram, la favorita de Alhamar I el Grande, la que, además de ser reina de Granada, hubiérala destinado Alá para reinar sobre las huríes de su paraíso: que me revelasen cómo el espíritu del mal había podido filtrarse en su alma...

Con unánime asentimiento fué acogido mi ruego, y en seguida dos de aquellos amigos,

á quienes abrieron paso los demás, dirigiéronse á mí.

El uno representaba el apogeo de la vida, mientras que el otro reflejaba su decrecimiento. Aquél asemejábase al enhiesto pino de la montaña: pudiera compararse á su compañero con el añoso roble del valle.

La barba del uno era negra y brillante, cual sus negros ojos rasgados, de mirada intensa; los mechones de la del otro y sus luengos cabellos traían á la memoria las escarchas espesas del invierno.

Sostenía el viejo entre las manos un gran libro abierto por las páginas postreras: en poder del mozo despedía mágicos fulgores una guzla de cuerdas de oro.

El venerable anciano era el intérprete de la Historia; el mozo bizarro el numen de la Poesía.

Invitáronme á tomar asiento en medio de ambos, para que escuchase holgadamente la narración que iban á hacerme alternando, y fué grande mi conmoción al verme tan honrado.

El anciano usó de la palabra el primero: el tiempo y la experiencia daban á su autoridad esta primacía.

Extendiendo su diestra sobre el libro, y señalando con el índice los caracteres rojos

y negros de una de las páginas, dijo con mesurado acento:

—«Dios es grande y omnipotente. Era el más humilde de sus siervos, el poderoso entre los poderosos de la tierra, el Rey entre los Reyes, Alhamar I el Nazarita, Rey de Granada, el bien amado de sus vasallos. Sus guerreros eran tan numerosos como las arenas del desierto y tan valientes como sus leones: sus tesoros tan inmensos como los que encierran los abismos del mar.

La magnificencia de su corte sobrepujaba á las maravillas que se cuentan de las más famosas de la antigüedad. Su alcázar de la Alhambra es obra de los genios inspirados por las huríes del Paraíso.

Los espíritus de la sabiduría constantemente presidían en sus academias, y nunca la Justicia se alejaba de los escaños de sus jueces.

Alhamar era feliz. Era feliz porque creía en la felicidad, porque su pueblo le veneraba, porque le amaba su sultana favorita, porque sus enemigos le temían, y porque su amigo de la infancia, más que amigo, hermano, correspondía cordialmente á su cariño.

El Rey entre los Reyes creía en la felicidad porque todavía no hubiera visto el triste semblante de la desgracia, y porque

no pensaba que un día pudiera encontrarla en el fondo de su corazón.

Alhamar poseía la flor más hermosa desprendida del Paraíso, y aspiraba, embriagado de deleites, su aroma celestial. Ella, Zoraya, la escondida perla de primores peregrinos, no era ya aquella mísera esclava elevada por el amor al rango de sultana, á las alturas de la soberanía, sino la inolvidable compañera, en cuyo dulcísimo seno se aposentaba una joya más preciosa que todos los imperios y poderes del mundo, más bella que todas las maravillas de Granada.

El amor de Zoraya era más que su vida y su alma para Alhamar: era el emblema de su gloria.»

En este punto hizo una pausa el anciano, conteniendo con gesto severo al joven, cuyos ojos centelleaban, animados del numen poético, y cuyas manos recorrían con febril impaciencia las cuerdas de oro de su guzla: aunque éste mostraba gran respeto á su compañero, echábase de ver en su actitud algo de acusador y reprensivo, como si quisiera advertirle que se excedía en sus facultades de historiador, permitiéndose ciertas excursiones á los ideales dominios de su incumbencia.

El viejo le miró afectuosamente. Su mi-

rada significaba satisfacción cumplida para la impaciencia con que le acusaba. Era la súplica de una tregua y la promesa de una restitución.

El fiel intérprete de la Historia pedía dispensa por los rasgos de adorno de que circundara á la verdad, cual un padre solicita la aprobación de su gusto, por las galas con que ha cubierto á su hijo.

Otorgada la dispensa con no menos afecto que pedida, la pausa terminó, continuando el viejo su relato en estos términos:

III

Fatalidad

«Pero ¡ah! la felicidad del hombre es transitoria, sea un rey, sea el más pobre labrador.

¡Cuán lejos se hallaría Alhamar de figurarse que la desgracia había de sobrevenirle de su misma ventura!

El cristiano Julián era su íntimo amigo y compañero de su infancia. Había sido esclavo de su padre, y se habían criado juntos los dos, encariñándose hasta el punto de ignorar la distancia que media desde el mísero

banco del esclavo á las gradas del trono; distancia que salvó Julián cuando se hizo hombre, conducido por la mano de Alhamar, y enteramente libre.

Y no era el cristiano indigno de tanta merced, que la planta de la gratitud había echado profundas raíces en su pecho, y en él competían los nobles instintos de la virtud y los impulsos fieros del valor. Harto lo probara, exponiendo la vida por su señor y amigo en muchas ocasiones, y librándole de la muerte á costa de su sangre.

Mas ¡ay! que la mano de la Fatalidad pesa sobre el destino de los hombres infinitamente más que la voluntad del genio del bien, y la mano de la Fatalidad guió un día á Julián á los jardines reservados de la sultana favorita, frente á frente de Zoraya.»

El anciano exhaló un gemido; cerró su libro; cruzóse de brazos, é inclinando la barba sobre el pecho, miró al mozo con expresión de inexplicable elocuencia.

Irguió el poeta su frente majestuosa; clavó en el cielo sus ojos de águila, é instantáneamente un raudal de armonía brotó de las cuerdas de su guzla; raudal cuya pura belleza no puede reflejar la prosa siguiente:

«Rodeada de una corte de flores, presididas por las gentiles rosas de Hiram y los al-

tivos tulipanes de Estambul, yacía la sultana lánguidamente reclinada.

Las trenzas de su negra cabellera, en cuyos perfumados rizos hallaran el céfiro y la brisa el más preciado edén de sus amores, acariciaban los alelíes y los claveles, los mirtos y las violetas.

Zoraya era más hermosa que la misma aurora.

De su frente copiara la Luna la pureza de sus resplandores y el Rubor hubiera envidiado la viveza y frescura del carmín de sus labios.

Sus ojos hacían estremecer, porque eran negros y magnéticos como abismo sin fondo.

Sentíanse humilladas las azucenas ante la gallardía de su talle y ante la nieve de su garganta, y los lirios temblaban de placer al contacto de sus manos acariciadoras.

Zoraya soñaba cuando Julián llegó. Yacía en el dulce sopor que sucede á un insomnio febril, y que hace confundir las imágenes de la fantasía entre la ilusión y la realidad, entre una esperanza que huye y otra que vuelve á aparecer. Sus labios se entreabrían, mostrando apenas las perlas que guardaban, como el capullo de una rosa descubre, al rayo del sol, las que el alba ha depositado en su cáliz.

Y, confundidas con suspiros, salían palabras de sus labios, llegando sus ecos melodiosos al corazón de Julián que, enajenado de ventura, no se atrevía á dar crédito á lo que escuchaba.

¡Él no sabrá que le han visto mis ojos una vez sola—decía en su sueño la sultana —y que desde entonces le ve siempre mi alma, le guarda siempre mi seno!...

Pero Alhamar... ¡ah! ¡no, no!... ¡le mataría!... ¡y su venganza sería la justicia del Cielo!... Alhamar es mi señor, mi dueño, pero no tiene otras leyes que las de mi amor... ¡Ay! ingrata de mí, que creía amarle... ¡y veo que no le amaba!... ¡No puedo!... ¡Corazón rebelde! ¡Corazón traidor... dime dónde está él!... ¡Me engañas!... ¡Él no puede llegar hasta mí!... ¡Él no conoce á la que le adora!... ¡Él no sabe que la felicidad de la favorita sería el llamarse su esclava, sin más premio que una mirada de sus ojos!...

¡Qué bizarro! Su hermosura no se parece á la de los demás hombres... ¡Es un héroe!... ¡Qué tormento no haberme atrevido á preguntar por él!... ¡Oh! si Alhamar adivinara que mi corazón late por el cristiano Julián!»

Este nombre no acabó de balbucearlo: una voz mágica la despertó: ya no soñaba; allí estaba él!...

Ósculos de amor abrasaban sus manos, y el héroe, fascinado, exclamaba de rodillas á sus plantas:

«¡Yo te adoro, sultana! Tú eres la imagen de mis sueños de amor y de gloria... ¡Perdóname!... ¡Aunque esta locura me cueste la vida, sin pesar la daré por la ventura de estos momentos!... Sólo una vez te había visto, pero desde entonces eres dueña absoluta de mi corazón... Volveré á la esclavitud, pero á la esclavitud de tu amor...»

Sorprendida Zoraya, le contemplaba y le escuchaba con un asombro que tenía algo de incredulidad infantil, con un enajenamiento parecido al de la niña que encontrase de pronto al alcance de sus manos un objeto tan lejano como codiciado. La había parecido imposible, y sin embargo los besos de Julián, al abrasar sus manos, aumentaban el fuego de su corazón.»

IV

La culpa y la conciencia

«Las ilusiones brillan y viven lo que viven y brillan los relámpagos—continuó el poeta.—Fría y terrible llegó la realidad á ano-

nadar las que alimentaban los amantes, á cortar las alas de su esperanza, aun antes que el Rey de Granada descubriese su pasión culpable.

Bastóles considerar un momento su situación para que á los transportes de la alegría sucedieran extremos de dolor. La noble imagen de Alhamar, á quien todo se lo debían los dos, se presentaba á su imaginación implacable como la conciencia y vengadora como el remordimiento.

Compraron á altísimo precio la fidelidad de algunos guardianes del harem, y al principio no vieron el menor indicio que les hiciese temer el descubrimiento de su culpa.

Pero un día observaron que había desaparecido la plácida sonrisa que hasta entonces hubiera animado inalterablemente el rostro del monarca, y Zoraya, llena de zozobra, dijo á Julián:

—Hoy no ha venido á verme, esquiva mi presencia y su mirada triste y sombría me infunde espanto.

—A mí no me ha mirado siquiera: ¡desgraciados de nosotros!—respondió Julián.

—¡Huyamos!—exclamó ella.

—¡No, amada mía! La fuga sería tu perdición... Quizás Alhamar no tenga aún más que sospechas...

—¡Ah! no, conozco que lo ha descubierto... Huyamos, te suplico, que sin duda previene su venganza, aunque es el más magnánimo de los hombres...

—¡Sí, él el mejor! ¡yo el más miserable! Me arrancaré la vida, porque ya no podría soportar su presencia, y así quizás te salvaré á ti...

Diciendo estas palabras, brilló la daga en la mano de Julián, y hubiera realizado su propósito suicida á no haberlo impedido los brazos y las lágrimas de Zoraya.

. . . . . .

Pasaron algunos días en la alternativa de ansiedad penosísima y de enajenamiento amoroso. No se atrevían á huir los amantes.

Y el silencio de Alhamar era cada vez más sombrío y su tristeza más honda. Salió á una expedición guerrera y regresó vencedor, pero triste también.

Un día la infiel tuvo el atrevimiento de preguntarle el motivo de su tristeza.

—Si tu conciencia no te lo dice—respondió él—no te impacientes; ya lo sabrás...

Y con igual tranquilidad con que dijo esas expresivas palabras, desapareció de la presencia de Zoraya, dejándola en una incertidumbre que era mucho más cruel que la seguridad del castigo.

Cuando ella se lo refirió á Julián, nubes lóbregas se oprimieron sobre la mente del cristiano... El genio del mal le inspiraba en la embriagadora sonrisa de Zoraya, le hizo creer que las palabras de Alhamar envolvían una amenaza, y, turbada su razón, acarició la idea del crimen, no por salvar su vida, sino la de ella.

V

Drama en la cámara de Alhamar

El fundador de la Alhambra dormía, al parecer, en su cámara, cuando la idea del crimen guió allá los pasos de Julián.

Era Alhamar tan amado de sus vasallos que, siendo este amor su escudo, no gustaba de guardias aparatosas ni dentro ni fuera de su palacio. Únicamente velaba su sueño uno de sus fieles nubios. Y como éste no ignoraba que Julián, á cualquiera hora que fuese, tenía entrada en la cámara real, al oirle que iba por un asunto urgentísimo, no solamente no puso reparo en que entrase á despertar al Rey su íntimo amigo, sino que se retiró respetuosamente de la estancia dejándolos solos.

Julián dió resuelto los primeros pasos, y acariciaba ya con la diestra la empuñadura de su daga cuando vió el reposo en que yacía Alhamar, cerrados los ojos y resplandeciendo más que nunca en su rostro apacible, pero sombreado de tristeza, la magnanimidad de su carácter.

Entonces se estremeció de horror, de horror de sí mismo, del criminal pensamiento que había trastornado su razón momentáneamente. Asesinar á aquel hombre hubiera sido un monstruoso parricidio, porque Alhamar era más que un hermano para él y le había sacado de la esclavitud, alzándole hasta las gradas de su trono.

—¡Miserable de mí!—prorrumpió gimiendo con desesperación.

Y sacó su daga; mas no para cometer el parricidio.

En el instante en que Alhamar despertaba y, lleno de sobresalto, fijaba en él sus ojos, se la clavó en su propio pecho, y cayó á los pies del monarca, bañado en sangre.

. . . . . .

La herida, aunque no mortal, era tan grave que le hizo perder por completo el conocimiento.

Los médicos árabes eran los mejores que había entonces en Europa, y los de la corte

de Alhamar le garantizaron la vida del herido.

Cuando éste recobró el conocimiento, ordenó el Rey que le dejasen solo, y acercándose á él contemplóle en silencio con ojos de piedad. Aguardaba una confesión.

Y bien completa se la hizo Julián, de toda su culpa, aunque atenuando noblemente la de su cómplice. Los sollozos apenas le dejaban balbucear las palabras, y acabó pidiendo á Alhamar que le entregase al verdugo; que sólo sentía no tener más vidas para expiar su crimen.

—Quiero que vivas—respondió el monarca con acento tranquilo.

—¡No! ¡no! no podría sufrir el remordimiento ni la vergüenza. ¡Señor, que me quiten esta vida mísera que yo no he logrado arrancarme!... ¡No podré vivir!

—Te equivocas, Julián. Dejaré vivir á Zoraya, y viviendo ella, tú no querrás morir.

A estas palabras que revelaban el profundo conocimiento que Alhamar tenía del corazón humano, Julián nada replicó. ¡Harto decía el rubor que encendió sus pálidas mejillas!»

Las cuerdas de oro de la guzla sólo respondían con gemidos, á la invocación del trovador.

Entonces el anciano, el intérprete de la Historia, acudió á su libro, y dijo:

«Alhamar perdonó, porque su generosidad sobrepujaba á su misma grandeza como rey. Y no solamente perdonó, ahogando los instintos de venganza que aun en el corazón más magnánimo fermentan cuando le han arrebatado lo que más ama y le han ofendido en lo que es sacratísimo, sino que unió á su perdón un acto que pasará á las generaciones futuras como incomparable.

Hizo que los artífices de la Alhambra mientras Julián curaba de su herida, creasen otro palacio maravilloso, lejos de su corte, en la lozana región próxima á la Sierra; y este palacio se lo ofreció á Zoraya y á Julián, como recuerdo de lo mucho que les había amado.

Postráronse ambos á sus pies, y la infiel no se atrevía ni á levantar sus ojos del suelo.

—Id—les dijo.—En aquella mansión tendréis los placeres. ¡No permita Alá que el dolor se mezcle con ellos! Pero no volváis por Granada: ¡no he de volver á veros jamás! Os destierro á un paraíso, para que recor-

déis mi perdón mientras dure vuestra existencia...

Y pronunciada esta sentencia sublime, Alhamar I el Nazarita desapareció majestuosamente por las galerías de la Alhambra.»

Aquí termina el precioso manuscrito inédito. El cronista árabe no dice ni una palabra más.

Algo falta, sin embargo, para completar la leyenda: la suerte de los amantes en su delicioso destierro, aunque es de suponer que el remordimiento les amargaría los goces, sobre todo á Julián.

Tenemos que volver momentáneamente á las ruinas é informarnos de lo que dicen los serranos de las cercanías:

—Esas ruinas son las del palacio de la *ingrata*.

También nos hacen una revelación terrible, que saben por tradición, que un terremoto lo había destruído.

Efectivamente, ofrecen las ruinas señales infalibles de tal cataclismo.

Pero la tradición no descubre si el terremoto fué en vida de Julián y Zoraya.

Al preguntar su parecer sobre eso al más

viejo de aquellos hombres rudos de la montaña, me respondió:

—Sí, porque no hay nada peor que la ingratitud, y el terremoto habrá sido su castigo.

EL REY DE LA MANO HORADADA

EL REY
DE LA MANO HORADADA

I

Vencido y fugitivo

El Rey de la mano horadada es Alfonso VI, y esta hermosísima tradición tuvo su origen durante su estancia en el palacio de Almenón (Almamún), el monarca árabe que le dió asilo generosamente cuando Alfonso fué despojado del reino de León por su hermano Sancho.

Antes de llegar á la tradición hay que historiar un poco.

El 27 de diciembre de 1065 murió el rey Fernando I, que había logrado victorias de mucha trascendencia sobre los árabes, ensan-

chando el suelo de la patria y reuniendo las coronas de Castilla, León y Galicia. Pero cometió la falta y la extraña imprevisión de romper la ya pujante unidad nacional con su testamento.

Por consecuencia sus estados se dividieron entre sus tres hijos varones Sancho, Alfonso y García, y sus hijas Urraca y Elvira, á las cuales dejó respectivamente los señoríos de Zamora y de Toro.

La ambición de Sancho, el mayor, bien pronto anuló con sus violencias la última voluntad de su padre, usurpando poco á poco á los otros lo que les correspondía. Y Alfonso, el hermano segundo, á quien había tocado en el reparto el reino de León, fué quien sufrió primeramente las acometidas del ambicioso.

Buscóle Sancho cuando le juzgó desprevenido, y en el año 1068 junto á Plantaca (hoy Llantada) á orillas del Pisuerga, le provocó á una batalla, que fué encarnizada, y perdió Alfonso, viéndose en la precisión de retirarse á su corte.

Tres años más adelante vuelven á pelear embravecidos los dos hermanos en Golpejar, á las márgenes del Carrión. Dos días duró la batalla: durante el primero la victoria parecía inclinarse por Alfonso; pero al segundo día la intervención del Cid Campeador y el peso

de su terrible espada dieron el triunfo á Sancho; triunfo tan completo y decisivo que no sólo acabó con el destrozo de los leoneses, sino que fué coronado con la prisión de Alfonso y la toma de León.

Alfonso fué encerrado en el castillo de Burgos. A ruegos de su hermana, la heroína de Zamora, cambió á poco la cárcel por el claustro y la púrpura regia por el tosco sayal de los monjes de Sahagún; que sólo para que entrase en ésta nueva cárcel le dejó Sancho salir de la del castillo.

Pero luego algunos nobles leoneses lograron favorecer su fuga del claustro, á favor de un disfraz, y le encaminaron á Toledo, en donde Almenón, advertido de su desgracia, le recibió magnánimamente, hospedándole en el alcázar.

El monarca árabe trataba al joven y destronado rey cristiano como á un hijo. Le regaló una quinta de recreo á orillas del Tajo y allí le asistían y le consolaban en su desgracia los hermanos Pedro, Gonzalo y Fernando Ansúrez.

Todos los historiadores están conformes en que Alfonso fué tan obsequiado por Almenón que únicamente pudiera echar de menos el cetro. El toledano Gamero, al consignarlo, concluye así:

«Los blandos regalos de la vida cortesana, propios de un príncipe, y las finas atenciones debidas al que, nacido en alta cuna, cayó en el abismo de la desgracia; vasallos que le obedeciesen y criados que le adulasen, templos católicos en que orar, palacios para residir, cármenes deliciosos y espesos bosques en que divertir las perezosas horas: nada le faltaba, todo lo tenía el hijo de Fernando I en la árabe Tolaitola.»

Sin embargo, en medio de estas satisfacciones sentía Alfonso profunda amargura: consideraba como humillante su situación; se encontraba intranquilo, suspirando por su completa libertad. Rey sin corona, tenía constantemente fijos los ojos en quien se la había arrebatado.

II

Alfonso y Almenón

En estas circunstancias ocurrió el hecho que dió motivo, según la tradición, para que le nombrasen Alfonso *el de la mano horadada*.

El arzobispo D. Rodrigo, en su crónica, refiere que un día, encontrándose Almenón

con algunos de sus caballeros en la quinta de Alfonso, en el jardín, se trabó entre ellos animada conversación acerca de los medios más acertados que serían menester para apodederarse de una plaza tan fuerte como Toledo, que entonces se juzgaba y era realmente inexpugnable.

Varios fueron los pareceres, pero al fin hubo de convenirse en que el mejor era uno que reducía el plan de conquista á talar los campos por espacio de algunos años, de suerte que llegasen á faltar absolutamente los víveres.

Y Alfonso, durante una conversación de tanto interés, se hallaba recostado á la sombra de un árbol próximo, durmiendo ó fingiendo dormir.

Los árabes, temiendo se hubiera enterado del secreto, para cerciorarse de la verdad ó del fingimiento de su sueño, hicieron muchas pruebas, y por último, el arzobispo D. Rodrigo afirma que le echaron plomo derretido en una mano, que mantuvo quieta, sin dar muestra de dolor. De aquí el nombrarle *el de la mano horadada.*

El severo Mariana juzga esto pura invención, diciendo: «¿Cómo habían de tener tan á mano plomo derretido, ni el que mostraba dormir disimular tan grave dolor y peligro?

La verdad es que le llamaron así por su franqueza y liberalidad extraordinarias.»

De esas razones, que aduce Mariana para negar el hecho, la segunda es la de más fuerza; pero pudo haber añadido otras que, así como nos ocurren á nosotros, deben estar en la mente del lector: en primer lugar no es verosímil que los caudillos árabes hubieran tratado con su rey de asunto tan importante y delicado cerca de quien, dormido ó despierto, podría convertirse, andando el tiempo, en un formidable enemigo, como, en efecto, sucedió; pues, á pesar de haber correspondido pródigamente á los favores recibidos de Almenón, nadie ignora que el título más glorioso de Alfonso VI es el de conquistador de Toledo: conquista realizada después de la muerte de Almenón y de la de su hijo.

Hay, además, otra consideración que es extraño no haya consignado Mariana: en las afectuosísimas relaciones que existían entre el destronado castellano y su magnánimo huésped, no es creíble que éste apelara á un procedimiento tan salvaje como el de horadarle la mano con plomo derretido.

Sin embargo, el hermoso espíritu de la tradición vive y vivirá en el romance popular:

«El rey Don Alfonso el bravo,
aquel que, con gran denuedo,
al foradar de la mano
tuvo siempre el brazo quedo.»

Varios autores refieren asimismo que, otro día, en presencia de Almenón, se le encrespa-ron los cabellos á Alfonso, y que, al pasarle aquél la mano por ellos, se le erizaban cada vez más. Cundió por Toledo la noticia de caso tan sorprendente y los agoreros musulmanes declararon que era un signo fatal, que anunciaba la conquista. Y no faltaron consejeros que apremiasen á Almenón á deshacerse del futuro conquistador.

Pero Almenón era un gran rey y un carácter superior en que no hacían mella ni augurios ni supersticiones.

De esa tradición deducen dichos autores que, desde la escena del jardín, meditaba Alfonso la conquista. Pero no es preciso apelar á lo raro ó lo prodigioso para explicar ciertos hechos históricos que entran en la esfera de lo común y muy posible.

Por otra parte no habría de ilustrar mucho al futuro conquistador el plan que dicen que escuchó tendido bajo el árbol. El conocía perfectamente á Toledo y los recursos de que podía disponer en el caso de un sitio, así como los que hubieran empleado contra ella en di-

versas ocasiones los ejércitos del Califato. Antes que alimentar ilusiones tenía que recuperar la posición de que se le había despojado y los pueblos que habían constituído su regio patrimonio.

Su figura es tan interesante en esta época, y aun los primeros años después de la restauración de su trono, que con sólo consignar sencillamente la verdad depurada por la Histotoria, tiene la tradición sobrado para hacernos sentir hondamente y llenarnos de admiración y de asombro.

Sigamos, pues, nuestro relato, hasta ofrecer los rasgos más salientes.

Poco más de un año hacía que se hubiera acogido á la protección del rey de Toledo, y en ese tiempo habían ocurrido sucesos de gran trascendencia en los dominios cristianos. D. García, su hermano, había sido despojado también del reino de Galicia, y se había visto obligado por Sancho á refugiarse en Sevilla. D.ª Elvira había entregado sin resistencia su ciudad de Toro, al primer amago del ambicioso, y D.ª Urraca, sostenida por sus leales vasallos, estaba sufriendo en Zamora, con ánimo varonil, los azares de un cerco apretadísimo, que dió origen á la expresión popular: *no se tomó Zamora en una hora.*

Con estas noticias Alfonso empezaba á

sentir desaliento, cuando la alevosía de Bellido Dolfos, en el sitio de aquella ciudad, puso término á las ambiciones de su hermano mayor.

Bien pronto llegó la nueva á oídos del proscripto en Toledo, al propio tiempo que la de su elección para rey de los castellanos. Se la enviaron D.ª Urraca y la ciudad de Burgos por medio de diligentes mensajeros. Estos sin penetrar en Toledo, informaron á Pedro Ansúrez de lo que ocurría, encareciéndole el sigilo con que debía obrar el príncipe, y aun la necesidad de que se escapase sin participarlo á su protector hasta que estuviese en seguro; no fuera que tratase de retenerle y le impusiera condiciones humillantes, por precio de los favores recibidos.

Alfonso, respondiendo á la gratitud que abrigaba en su pecho, fué á la vez más prudente y más político que los que le aconsejaban tal determinación.

—Yo—díjoles—no debo ocultar nada á quien tan noblemente se ha portado conmigo, y ha sido para mí igual que un padre cariñoso.

Y se dirigió inmediatamente al alcázar á solicitar audiencia de Almenón.

Éste, que nada ignoraba, escuchó con gran complacencia sus propósitos expuestos sin

reserva alguna, y tendiéndole los brazos, exclamó:

—¡Gracias doy á Alá, que te ha inspirado el pensamiento de venir en estos instantes! Él ha querido evitarme á mí una infamia y librarte á ti de un riesgo seguro. Con sólo que intentaras fugarte, sin mi conocimiento, hubieras ido á parar en la prisión ó en la muerte, porque, ocupadas todas las salidas, á cualquier punto que te hubieses dirigido, mis guardias se hubiesen apoderado de tu persona. Ahora marcha, no hay peligro. Toma posesión de tus reinos; y si necesitas alguna cosa, armas ó caballos, dinero ú otro recurso, dímelo, que lo tendrás inmediatamente.

En parecidos términos dan cuenta de ese magnífico rasgo no sólo los historiadores árabes, sino también los cristianos, unánimemente.

Como hijo correspondió Alfonso al abrazo paternal de Almenón.

Algún historiador asegura que fué entonces cuando el árabe le pidió que, bajo juramento, declarase que respetaría sus estados, mientras viviesen él y su hijo mayor; pero otros sostienen, y es lo más probable, que ese juramento ya lo había hecho Alfonso con mucha anterioridad, al recibir las primeras pruebas de la

afectuosa protección del toledano, y solicitado por éste, al efecto.

Además, en la circunstancia de que tratamos, Alfonso espontáneamente añadió otra oferta valiosísima: la de ayudar á Almenón contra sus enemigos en las guerras que se viese precisado á sostener.

Colmóle el Rey árabe de obsequios de todo género; dióle lo que le fué preciso para la marcha á Zamora, y cuando llegó el día señalado le acompañó con la gente principal de su corte hasta el monte Velatón (Nombela), donde ambos monarcas se despidieron de un modo conmovedor.

Era el año 1073.

Dos años después encontró Alfonso VI la ocasión primera de demostrar á Almenón su agradecimiento.

III

Un drama original en la Historia

Había fallecido el Rey de Sevilla, profundamente afectado por la muerte de su hija Taira, maravillosa hermosura, á la cual dicen que no amaba con amor de padre, y Muammad Al-Notamid, que le sucedió, viendo que

Almenón se hallaba en Valencia, que formaba parte de sus dominios, resolvió invadir las tierras toledanas.

Lo supo Alfonso VI y con fuerzas considerables se encaminó hacia Toledo, deteniéndose junto á Olías.

Como en Toledo no se esperaba tal movimiento de las tropas castellanas, causó gran sobresalto; pero el soberano de León y de Castilla se apresuró á tranquilizar á su protector enviándole un mensajero á decir que, fiel cumplidor de su palabra, llegaba para ayudarle contra sus enemigos.

Fué tan eficaz el efecto de la rápida marcha del ejército castellano, que el Rey de Sevilla retrocedió, desistiendo de su empresa.

Pero aun había de darle Alfonso VI una prueba extraordinaria de gratitud, y en forma tan sorprendente como bella.

Principió con un rasgo que revelaba en el Rey castellano tanto valor como confianza: solo, sin otra compañía que la de su espada, dejó un día su ejército, llegó á Toledo, en donde le conocía todo el mundo, viéronle pasar las gentes, llenas de asombro, y penetró hasta el alcázar de Almenón, á suplicarle que le honrase visitando sus reales.

Momentos aquellos de gran regocijo en el alcázar; volvieron á abrazarse los reyes con

gual afecto que dos años antes, y el árabe correspondió á la confianza del cristiano de la propia manera.

El Rey de Toledo se presentó solo en el campamento castellano.

No hay en la Historia de la Edad media escena más dramática que la que ocurrió entonces en la tienda real.

Ni una persona de su servidumbre le acompañaba; enteramente solo llegaba Almenón.

Pero en la línea exterior de los reales ya le aguardaban Pedro Ansúrez y otros caudillos que le recibieron con el acatamiento debido á su altísima jerarquía, y con tanto afecto como respeto.

Atravesó el campamento al son marcial de la trompetería castellana; abatían sus armas las tropas rindiéndole homenaje; todos los rostros le daban la bienvenida, como si todo el ejército se identificase con el sentimiento de su Rey, y cuando llegó á la tienda, á cuya entrada le aguardaba Alfonso tendiéndole los brazos, no había en el mundo un hombre más satisfecho que Almenón, ni tan poseído de noble orgullo como el que brillaba en sus ojos árabes.

Penetran ambos en la tienda, seguidos de los hermanos Ansúrez, y, en presencia de éstos, le dice Alfonso gravemente:

—Es preciso que me releves del juramento que me exigiste en tu alcázar.

Tan estupefacto quedó el monarca toledano que estuvo un rato silencioso, cual si no encontrase palabras para responder. Entonces el castellano añadió:

—Si, encontrándome en poder tuyo, me hiciste jurar que respetaría tus estados mientras vivieseis tú y tu hijo mayor, ahora que te hallas tú en poder mío, igual derecho tengo para exigirte que me releves de tal juramento.

—¡Alfonso!... ¿y tu real palabra?—prorrumpió al fin el árabe.

—La cumplo siempre, pero no la que se me impone á la fuerza ó viene á resultar forzosa...

—Por Alá, que me sorprendes...

—Haz lo que te pido, Almenón, y no te arrepentirás de haberlo hecho...

—¡Sea! Relevado estás del juramento.

Entonces Alfonso se levantó, y poniendo una mano en su pecho, y la otra en la cruz de la espada, habló á su regio huésped en los siguientes ó parecidos términos, que brillan con letras de oro en nuestra Historia:

—Ahora, que estoy relevado de mi palabra, del propio modo que fuí obligado, te la reitero libre y espontáneamente, y juro cumplirla. ¡Ya ves la diferencia que va de un jura-

mento que, á causa de hallarme en tu alcázar, podría darse por nulo, del que hago al presente con mi libérrima voluntad y con toda la fuerza de la mayor de mis obligaciones, la de mi gratitud!

Según el testimonio de los hermanos Ansúrez, en la escena conmovedora que siguió á esas palabras, al evocar recuerdos de la época del infortunio, el sentimiento hizo brillar lágrimas en los ojos de ambos monarcas, y Almenón repitió varias veces:

—¡Yo no podía dudar de ti!

La amistad de aquellos dos grandes caracteres influyó hondamente en el curso de los sucesos de España.

Tan afirmada quedó la alianza que acordaron entonces Alfonso y Almenón, que, uno al lado del otro, los ve la Historia pelear, y vencer al Rey de Sevilla, conquistar á Murcia y causar en su huerta una tremenda derrota á los mahometanos, aliados con el Conde de Barcelona.

Además, sin el concurso de los castellanos no se hubiese apoderado Almenón de la fuerte ciudad de Segura ni de las fortalezas de Auriola y Mulaque: y tanto él mismo lo consideró así que recompensó con extraordi-

naria liberalidad á los caudillos de Alfonso.

Tantos triunfos le hicieron poner los ojos en Sevilla al Rey de Toledo: no quería dar lugar á que Mohammad se repusiera de los desastres de Murcia y decidió acometerle sin demora. En esta campaña puso Alfonso VI á sus órdenes una división de caballería, aguerrida hueste, cubierta de hierro que, según refieren los cronistas árabes, entró por los dominios de Córdoba como una terrible tempestad que asolaba las provincias en pocas horas.

La ciudad de los califas y sus alcázares de Zahara, vencidas las tropas que las guarnecían, cayeron al punto en poder de Almenón. Horrible carnicería ensangrentó el suelo de la en otro tiempo espléndida corte de los Beni-Omeyas; al príncipe Serag-Daula, hijo del Rey de Sevilla, se le cogió prisionero, y su cabeza fué paseada en la punta de una lanza por las calles, mientras el pueblo gritaba: Justicia de Dios, que es el gran vengador de las ofensas.

Dejó Almenón á Hariz de Gobernador de Córdoba y acudió con los castellanos á atacar á Sevilla, con tal rapidez que no fué menos grande la sorpresa que irresistible el empuje.

Sevilla fué tomada, como lo había sido Córdoba, siendo de admirar la porfiadísima resistencia que opuso el famoso alcázar; resis-

tencia que obligó á los aliados á degollar á toda su guarnición.

Inmensos tesoros formaron el botín de tan señalada victoria. Almenón se hizo proclamar Rey de Sevilla, *Señor de las tres Soberanías*, gracias á su amigo y aliado Alfonso VI. Envióle un cuantiosísimo presente, en el que abundaban las joyas del arte árabe, escogidas en los alcázares de Córdoba y Sevilla, y lleno de satisfacción y en el apogeo de su gloria, se retiró á descansar á su querida Toledo.

Poco tiempo pudo disfrutar de sus triunfos. Cuando conoció que se le acercaba la muerte hizo llamar á su grande amigo el Rey de Castilla y de León, y Alfonso VI llegó á tiempo para que fuese tranquila la muerte de su inolvidable protector.

Antes de recoger su último aliento, puso las manos sobre la cabeza de su heredero, y le dijo estas hermosas palabras al moribundo:

—Sin temor alguno puede irse tu espíritu á la otra vida, Almenón; seré para tu hijo lo mismo que tú has sido para mí.

MACÍAS EL ENAMORADO

MACÍAS EL ENAMORADO

Prólogo de la tradición.-Larra y su Macías

Durante la época de apogeo del Romanticismo, cuando la Literatura en España estaba representada por hombres tan ilustres como Espronceda, Larra *(Fígaro)*, Quintana, el Duque de Rivas, D. Juan Nicasio Gallego, Hartzembusch, y otros de reputación europea, un acontecimiento dolorosísimo vino á afectar profundamente á aquella pléyade, causando á la vez penosa sensación en toda España.

Uno de los hombres eminentes que acabo de citar, quizás el de ingenio más penetrante, si no el de inspiración más levantada, el de mayor originalidad en el estilo, si no el

de ideas más corrientes, el numen creador de *Macías,* drama admirado, el rey de nuestros críticos de todas épocas, D. Mariano José de Larra, había puesto fin á sus días, víctima de un amor desgraciado, como el héroe de su drama: con la diferencia de que Macías no tuvo que apelar al suicidio.

El poeta del siglo XV y el del siglo XIX habían amado mucho más de lo que puede anhelar el corazón humano, y el hilo misterioso de sus vidas se había roto cuando su sangre circulaba por sus venas con el impetuoso ardor de la juventud. Macías y Larra, con la intuición de un destino tan triste, concentraron, el uno en su drama, y en sus endechas el otro, la expresión de un mundo de sentimientos sobrehumanos.

Macías tropezó con una desigualdad social y su mayor enemigo fué el marido de su amada: Larra no tenía más enemigo que la fuerza abrumadora de su corazón, y no pudiendo soportarla, ni satisfacer sus aspiraciones, se arrancó la existencia.

Tributado el homenaje de este recuerdo al insigne autor del drama, voy á ofrecer á los lectores la tradición con los fundamentos que debe á la Historia, y sin que esto la prive de sus rasgos poéticos.

Macías el Enamorado es una tradición

que desde su origen salió de los límites del antiguo reino de Granada para difundirse por toda España, alcanzando popularidad extraordinaria.

I

La prisión de Macías

No lejos de la villa de Andújar, en la provincia de Jaén, á su parte de Mediodía; asentado en un llano espacioso; cercado por donde quiera de pintorescos caseríos; bañados sus valles por aguas abundantes y salutíferas; el pueblo de Arjonilla sólo ofrecería al viajero imágenes risueñas, cuadros de animación exuberante, panoramas en que el transparente azul del cielo de Andalucía sirviera siempre de fondo y de luz, de lienzo y de marco, si las patéticas memorias que se invocan entre los restos de su antiguo castillo y el recuerdo trágico de Macías no fuesen objeto preferente de su atención.

«Vivos como están allí los recuerdos del infortunado—dice una crónica—dominan sobre los freires de Calatrava, que conquistaron á Arjonilla, sobre los de los caballeros que la señorearon, sobre los del Arcediano de

Úbeda, que la vendió á Arjona por dos mil maravedís; y se apoderan con tanta fuerza del viajero, que éste no codicia pronto sino ver por sus ojos el lugar de la catástrofe y oir dentro de los oscuros torreones del castillo tan lamentable historia.»

Acaecida en el siglo caballeresco por excelencia, el siglo de los trovadores, el de los lances como *el paso honroso*, de Suero de Quiñones, y hazañas como las de Hernán Pérez del Pulgar, ha llegado hasta nosotros con prestigio análogo.

La historia no nos ha revelado el nombre de la amante de Macías, pero se sabe que era hija de D. Enrique de Aragón, Marqués de Villena, y Maestre de Calatrava. Tal vez hubo motivos muy dignos de respeto para ocultar su nombre, pero yo no podré prescindir de darle uno adecuado. El de Estrella es de los más propios, y en alguna ocasión la invocó Macías con ese nombre.

Ella correspondíale. Macías era notable poeta y doncel de la casa de su padre, quien decidió casarla con el señor de Porcuna; y este suceso fué el origen de la desventura de los amantes y del interés de la tradición.

Preso Macías por orden del Marqués de Villena, á fin de evitar el peligro que corría la vida de su yerno, aunque éste había re-

huído siempre el choque con su rival, que era muy valiente, y diestro en las armas como en las trovas, encerráronle en una torre baja del castillo.

Su cárcel tenía una ventana que daba al poblado, y como le habían dejado su laúd, servíale de consuelo, el único en su dolor y desesperación.

Su voz potente y armoniosa cantaba su pena en endechas tan sentidas, que no solamente acudía á escucharle el vecindario de Arjonilla, sino que, habiéndose difundido la fama del caso, venían las gentes de muchas leguas en contorno, y á medida que crecía el interés por su desgracia, aumentaban también la compasión y el sentimiento de verle en tal extremo.

Por ese motivo se hizo tan popular aquella interesantísima figura de la Edad media, y la tradición se conserva con extraordinaria fidelidad.

Los lectores han de preferir oirla de labios del propio Macías; en las trovas que dejó escritas se halla la historia de sus amores: y si algo falta, se adivina.

Yo deploro únicamente que no la acompañen los sonidos armoniosos de su laúd. Además, en los términos narrativos de la prosa no es posible elevar el tono á la altura

de la Poesía; ni, por otra parte, se pueden conservar las formas de expresión peculiares á la primera mitad del siglo xv.

Oigamos, pues, al trovador preso, cuando contaba su historia á los que iban á escucharle, compadeciéndole:

II

Amante dichoso y hombre desgraciado

«Hermosa como el ángel de la Gloria y como la flor que simboliza á la pureza, vi á Estrella por vez primera en el palacio de mi señor, el Marqués de Villena. Sus ojos eran fidelísimas copias del cielo en el más sereno de sus días. Toda su figura se me apareció radiante de vida, de majestad y de encanto.

Era el reflejo más vivificante de las ilusiones de mi alma. Verla y amarla tenía que ser tan inevitable á mi corazón como suspirar y estremecerse, como atesorar desde entonces aquella imagen sagrada.

¡Oh felicidad! ¡ella me amó también! ¡Sintió como yo sentía: soñó como yo soñaba!

La adversidad depura y engrandece las pasiones, y así la nuestra se agigantó. El

silencio y la soledad fueron sus discretos auxiliares.

Nadie podía distinguir en nuestros semblantes el anhelo inextinguible que los animaba.

Las flores y los árboles de un jardín eran los únicos testigos á quienes confiábamos nuestra ternura, cuando el Sol no podía denunciarnos y las brisas nos arrullaban entre el ramaje espeso.

Confundíanse entonces las almas en el aliento perfumado del amor y no pensábamos que nuestra vida se deslizaba ante la imagen triste del infortunio, que ya nos acechaba desde el mundo.

Yo imaginaba que, habiendo descendido el Cielo á la tierra, para nuestra felicidad, la divina influencia habría de librarnos de todo quebranto.

Aunque la reina de mi albedrío no fuese hija de ningún poderoso monarca, tanto orgullo, sin embargo, y tanta arrogancia como el rey más altivo tenía el Marqués de Villena, el padre de Estrella. ¡Cómo no habíamos de ocultarle nuestra dicha!

¿Quién era yo sino un paje miserable, aunque hijo del más hidalgo de los hombres? Por otra parte, yo mismo me consideraba indigno de obtener la predilección de Estrella.

Por más que me hubiesen dado la auréola del poeta, me faltaba la del guerrero, que en estos tiempos se aprecia más. El ansia de esta gloria se apoderó de mi existencia con no menos ardimiento que el ansia de ser amado.

Y entonces acudí á los torneos, á los combates y á las batallas. Yo, inexperto, demasiado joven, casi un niño, me sentía guerrero consumado, adalid invencible, casi un héroe.

La voz de Estrella me guiaba y me enardecía sobre los sangrientos campos de la guerra. El hierro de mi lanza penetraba por entre lo más cerrado de las huestes moras y la punta de mi espada rompía las cotas más impenetrables.

La sangre me enardecía. ¡Cada corazón que dejaba sin vida, nuevos alientos le daba al mío! Cada bote de lanza fulminado por mi mano me elevaba un grado más sobre el nivel de los otros guerreros, aproximándome á Estrella, para poder mirarla delante de su padre, y lograr que éste me otorgara su mano.

¡Ilusiones engañosas!... ¡Cuán pronto tenían que huir de mi fantasía! ¡Con qué despiadada mano el destino acechaba mis pasos, lo mismo en el fragoroso estruendo de las batallas, que en el silencio misterioso del jardín!

Sin embargo, el Maestre ya no me consideraba como á cualquiera de sus pajes. Había presenciado los hechos de mi brazo y mi temerario arrojo, y me había nombrado su doncel. Debía conceptuarme digno de su hija. Ella no se deshonraría con la mano de quien era respetado como un héroe por nobles y pecheros. ¿Qué importaría ya mi pobreza?

Estos pensamientos ocupaban mi espíritu á todas horas, pero muy especialmente después de los combates. Entonces al ardor del hombre de las batallas sucedía la ansiedad melancólica del amante, con todos sus presentimientos, con todas sus inquietudes.

Así como entre el fragor de la lucha se me había aparecido Estrella, radiante de entusiasmo, infundiéndome sobrehumano impulso, ostentando en su propia frente la corona que había de ceñir á la mía; así, restablecida la imponente calma, sólo alterada por los gemidos de los moribundos, se aproximaba á mi corazón tan calladamente como el aura de la noche, á refrescar mis heridas con su aliento, ó á bañar mi rostro con las lágrimas de su ternura.

Pero llegó un día en que se concitaron para mi desdicha todos los genios maléficos del mundo y del infierno; en que, cuando

brillaba más refulgente el Sol de la Gloria, hubo de anublarle súbita tormenta, sin tregua, sin piedad.

Todavía no se hubieran disipado las nubes de polvo levantadas por el torbellino del combate. Mis compañeros de armas se preparaban al descanso bajo sus tiendas, y poco á poco el silencio iba restableciendo su imperio sobre la vasta llanura que había sido teatro de nuestro esfuerzo.

Yo, apartando la vista y el pensamiento del mudo horror de aquellas soledades, fuí á respirar el ambiente puro de unas selvas vecinas, en lo alto de una roca que las separaba del campo. Desceñidas las armas, apoyada la cabeza sobre ambas manos, meditaba en mi porvenir, pensaba en Estrella con una intensidad de atención cual nunca hubiera podido efectuarlo.

Volvían las ilusiones á acariciar mi pensamiento, y confundidas las imágenes de la Gloria con las de la ventura del amor, debía considerarme fuera de las regiones del mundo que habitamos. El mundo en que entonces me encontraba se había creado únicamente para ella y para mí.

Una mano de hierro me sacó de aquel paraíso, posando sobre mí como pesa el destino sobre todos los humanos.

Era un mensajero de Jaén, donde residía mi amada.

De allí venía y nuevas de su palacio me traía.

¡Pero qué nuevas tan aciagas! ¡Qué mensaje tan cruel!

El mensajero era un amigo. Oíd sus propias palabras. «Olvida, infeliz Macías, tus amores, tus ensueños, tu loca esperanza. Ella no puede ser tuya. Estrella ha tenido que sucumbir á la voluntad incontrastable de su padre. El Marqués de Villena ha dado su mano al poderoso señor de Porcuna. Resígnate y calla, que al daño ya no le cabe remedio.»

Como el Maestre nada sabía de los amores de su hija, no puso obstáculo alguno á mi reinstalación en su palacio, con los honores y distinciones que el nuevo puesto de doncel me aseguraba.

¡Los mismos árboles, las mismas flores que habían sido testigos de nuestras primeras expansiones, volvieron á presenciar las últimas!

¡Y ella pertenecía ya á otro hombre! ¡Y yo no arranqué el corazón á este hombre!

No debía ignorar el cobarde lo que hasta entonces había ignorado el Marqués, ¡el cobarde, sí! porque afuera esquivaba mi pre-

sencia, y yo no debía manchar con su sangre el palacio de mi señor.

¡Ay! Estrella mía... Nunca habían callado tanto los labios, y nunca habían hablado tanto los ojos. ¡Llorábamos! Nuestras lágrimas eran amargas como nuestro infortunio y ardientes como nuestro cariño.

Ella volvió á jurármelo para siempre: que me amaría aún más allá de la tumba. Llorábamos nuestro sino funesto, pero confiábamos en la Providencia.

Noches y noches, horas y horas vimos transcurrir, entre las emociones más conmovedoras que han agitado al corazón humano.

Pero aquella felicidad era criminal para el mundo. Los momentos que robábamos á la confianza de un esposo tenían que ir acelerándose tanto que al fin debíamos de ser descubiertos.

Estrella no había revelado á su padre el estado de su corazón, al imponerla aquel matrimonio, porque temía que el orgullo del Marqués castigase mi aspiración con la muerte. Era mi señor y podía ser mi juez.

Y no tardó en juzgarme, condenándome á un suplicio cien veces peor que la muerte; bien lo veis... á prisión perpetua en este castillo. ¿Cómo habían llegado mis amores á oídos del Marqués? Porque mi cobarde rival,

que al casarse no debía ignorarlos, murmuró á su oído lo que, cara á cara, no había osado decirme á mí. No le importaba al vil que las gentes le creyesen deshonrado: únicamente pretendía librarse de mi espada.»

III

La venganza de un cobarde

Al llegar á este punto el desventurado Macías, no pudiendo refrenar su indignación, exaltábase hasta el delirio.

Y aparecía no menos interesante en los momentos de mayor exaltación que cuando el abatimiento rendía su ánimo.

«¡Oh! memoria—decía—si no hubieras de traer á mi corazón las horas de la ventura, yo maldeciría con toda mi alma tus revelaciones y tus avisos... El alma de mi alma, Estrella, la de mi sér, la que aun me mantiene aferrado á la vida en esta cárcel... no puede pertenecer á otro! ¡Ella es parte de este sér mío!...

¡Rayo de Dios!... ¡Ah, mi buena espada!... ¡Vengan á arrancar á Estrella de mis brazos todas las voluntades de la tierra, y veremos si lo consiguen! ¡A su propio padre! al mismo

Rey se la he de disputar... ¡Dame, amor, tu fuerza invencible! ¡Amada de mi alma, aguarda á tu Macías!

¡Que me maten! ¡Que despedacen mi cuerpo! ¡Que mi cabeza ruede sobre las gradas de un cadalso! ¡Yo he de arrostrarlo todo por tu cariño!... Si la muerte me arrebata de este mundo, antes que tú hayas exhalado también el último aliento de esta vida, vendrás á derramar tu llanto sobre mi tumba solitaria... Tus lágrimas, al calor de los recuerdos, tornaránse en mirtos y en siempre-vivas... Y luego... ¡Dios tiende allá su manto para alfombra de las almas que se aman!»

Callaba entonces; una hondísima tristeza abatía su frente; volvía luego á coger su laúd, y murmuraba una endecha que podemos traducir así:

«El cuerpo sujeto en esta cárcel, y el espíritu volando allá, entre el protector follaje iluminado por la Luna... Sus pálidos fulgores, cuando llegan aquí con la compasión de los cielos, me reflejan el semblante de ella con su placidez candorosa, con su mirada virginal... ¡Oh, si me faltara este consuelo!...

Mi pobre laúd no revela sino los ecos melancólicos de la noche, porque la noche de mi pena no tiene fin. La aurora de la esperanza no ha vuelto á resplandecer para Ma-

cías... Los albores de la ilusión... ¡cuánto hace que se extinguieron!...»

Así se quejaba el Enamorado, y así refería su historia á cuantos se aproximaban compasivos á la reja de su cárcel, viniendo no pocos de lejanas provincias, ávidos de escucharle, porque tal desventura engrandecía su fama de trovador.

A veces cuando llegaba en su narración al trance en que se veía, el dolor le exasperaba hasta la locura; y entonces acusaba á Estrella y la maldecía, por no haberse dado la muerte antes que ser la esposa del señor de Porcuna.

Y á los violentos ataques de la cólera solía suceder un desfallecimiento precursor de muy opuestos afectos: se acusaba y maldecía á sí mismo por las injurias que profiriera contra ella; y no encontraba en su inspiración fuentes bastante dulces y puras, en ensalzamiento de su virtud y de su belleza.

En tales ocasiones brotaban de su laúd armonías sin cuento, como los ayes de su alma. Con fervientes lágrimas suplicaba á aquellos de sus conocidos, que procedían de Jaén, que, al volver allá, llevasen á Estrella recuerdos suyos; que fuesen á decirla su quebranto y su desconsuelo y ofrecerla el homenaje de su adoración.

«El premio de vuestra caridad—les decía—será una mirada de aquellos ojos celestiales, y el influjo de su agradecimiento durará toda vuestra vida.»

En los accesos de su desesperación, al verse encerrado, sin esperanzas de salir de su cárcel, llamaba con frecuencia á la muerte, pero estaba muy lejos de imaginar que la muerte acudiría, como acudió, en efecto, una noche, en la punta de una lanza arrojadiza.

El arma homicida, traidoramente lanzada contra su pecho por una mano oculta entre las sombras, le atravesó el corazón, ahogando el nombre de Estrella antes de salir á sus labios.

Fué un rayo lanzado por los celos en ocasión en que el desventurado trovador estaba tras de la reja de su cárcel, sin duda invocando á la adorada Estrella: y ésta, en honor de la verdad, poco merece participar de la auréola de su amante, aunque le había dado pruebas de cariño. No hay, ó al menos no se descubre en ella, la abnegación. Siendo muy bella, carece de grandeza.

Su marido, el señor de Porcuna (antipático hasta por el nombre) no se había atrevido á defender su honor cara á cara, y halló más cómodo el apelar á la traición. La con-

fianza y la nobleza de su enemigo se la facilitaron.

No hubo testigos del asesinato, pero todo el pueblo señaló el asesino, execrándole para siempre: tanto que el señor de Porcuna desapareció luego del país.

Respecto á Estrella no dice más la tradición: silencio elocuente, que es como un velo echado sobre su figura.

IV

Reflexiones y datos que esclarecen la tradición

Macías fué sepultado en una capilla-ermita que todavía levanta sus humildes paredes entre las ruinas del soberbio castillo, como significando que allí no puede subsistir otro recuerdo que el del desventurado trovador.

Su nombre, grabado en góticos caracteres sobre la losa del sepulcro, surge de la oscuridad del santuario con la luz perenne de la Historia, con los fulgores bellos de la Tradición:

Aquí yace Macías el Enamorado

No dice más. Pero esta inscripción funeraria pudiera servir de lema á la vida de todo aquel siglo.

Macías era hijo de un pobre hidalgo del Padrón, pueblo de la pintoresca Galicia; el cual debe á los caudales límpidos del Ulla la riquísima vegetación que le circunda, esmaltada de flores y frutos. ¡Qué extraño que tal paraíso se hubiera reflejado en la imaginación de quien había nacido poeta, para dar también sus flores y sus frutos en la fugaz primavera de la vida humana, en la edad de los amores!

¡Pobre poeta! ¡Cuán alegres fueron los primeros días de la suya! ¡Cuán fúnebres, cuán terribles los últimos!

Pero el dolor es demasiado contagioso, y el que esto escribe no pretende comunicárselo á sus lectores.

Suponen algunos escritores que la amante de Macías no fué hija del Marqués de Villena, sino la primera de sus doncellas. En mi concepto no es siquiera verosímil que el desgraciado trovador, favorito como era del Marqués, por la circunstancia de que ambos eran poetas, y por la del esfuerzo heroico que Macías demostrara en los combates, hubiese hallado la menor oposición de parte de su señor á la realización de su felicidad, cuando

esta felicidad tan ansiada, por muy grande que fuera en sí, y por muy digno el objeto de ella, no excedía de las proporciones que tiene en todos tiempos el enlace de una criada con un criado; pues, aunque hijosdalgos la una y el otro, en el palacio de aquel magnate bajo ningún concepto podían ser excluídos de la rigurosa escala de sus sirvientes.

Dichos autores, entre otras razones no menos fútiles, se fundan en la que se desprende del texto de una carta de Estrella á Macías, participándole su desventura. Dice así:

«*Forzada de la voluntad del maestre, dióme por prés aqueste matrimonio, que me firió el triste corazón, pues tú eres toda mi membranza: duélete de mí, cuytada.*»

Aun conceptuando de certidumbre perfecta la procedencia de la carta, fundamento bien insignificante sería para la credulidad de personas ilustradas el que en dicho documento se hubiera expresado *del maestre*, en vez de escribir *de mi padre*, como si fuera preciso que con este nombre le designase siempre la hija, y como si no consideraran, además de los consejos de la prudencia y de la circunspección que deben dirigir la pluma de los enamorados, máxime en circunstancias críticas, el estado de las jerarquías sociales en un

siglo feudal, la absorbente significación de los títulos señoriales, cuando la esposa y los hijos, hasta en la confianza del hogar doméstico solían designar á su jefe antes con el calificativo de sus preeminencias mundanas que con los títulos sagrados de la naturaleza.

Además, apreciando tanto á Macías el famoso Marqués de Villena y Maestre de Calatrava, no era regular que por los amores de una criada le castigase con pena tan grave como la cárcel perpetua.

Buena prueba del aprecio nos ha dejado el Marqués en el libro de sus CÁNTIGAS: una de ellas, dedicada á la muerte de Macías, estuvo grabada mucho tiempo sobre el sepulcro del poeta, encima del cual había mandado poner también la lanza que le mató, y á la cual aluden sus versos:

«Aquesta lanza sin falla,
¡ay! coytado,
non me la dieron del muro,
nin la prise yo en batalla
¡mal pecado!
mas viniendo á mi seguro
amor falso é perjuro,
me firió sin tardanza,
é fué tal la mía andanza
sin ventura.»

Cuentan los habitantes de Arjonilla, y se lo oye referir el viajero lo mismo á los jóvenes que á los ancianos, á los caracteres incrédulos como á las imaginaciones infantiles, que no siempre está abandonada la tumba del poeta; que más de una vez se ha visto, al resplandor de la Luna, descender sobre la losa el ondulante ropaje de ideal figura, parecida al ángel de la Inmortalidad.

Tal vez sea la imagen del amor, que vela por el recuerdo del amante. Ó es sin duda la realización del anhelo de Macías. Estrella no habrá muerto para él; y lo mismo se enlazan sus almas en la altura esplendente del Cielo que en la profunda sombra del sepulcro.

LA BATALLA DE LOS SIETE CONDES

LA BATALLA
DE LOS SIETE CONDES

I

El hecho histórico. — Un héroe

Es la tremenda jornada de Uclés, ocurrida el día 30 de mayo de 1108.

La villa de Uclés, célebre por esa batalla y por haber sido metrópoli de la insigne Orden de Santiago, está en la Mancha, á dos leguas al oriente de Tarancón.

Del famoso castillo de Uclés, que á un tiempo fué palacio, convento y fortaleza, apenas se conserva hoy más que la almenada torre donde los caballeros encerraban á los musulmanes cautivos.

Si desde allí se contempla la comarca inmensa que como un desierto se extiende ante los ojos, y es la hora de la caída de la tarde; si el viajero sabe que aquella comarca se llama de *Sicuendes*, abreviación de *Siete Condes*, recordando la Historia, experimentará una viva emoción. Y si es español, no podrá librarse de una tristeza abrumadora. Parece que el sol moribundo al bañar á dicha hora la inmensa planicie, refleja el mar de sangre en que yacieron aquel día los veinte mil cadáveres que allí quedaron de castellanos y almoravides.

Ahora veamos esa página terrible, sin otra advertencia que entonces todavía no era Uclés la metrópoli de la Orden de Santiago (1).

Era el amanecer del 30 de mayo. Los feroces almoravides, que se habían apoderado por sorpresa de la fortaleza, salían por sus puertas con la furia de hambrientos tigres contra el ejército cristiano que acudía á buscarles.

Mandaba este ejército el príncipe D. Sancho, niño de once años, hijo de Alfonso VI y de la mora conversa Zaida. El conquistador

---

(1) No lo fué hasta 1174 por donación real, en premio de los servicios de la Orden.

de Toledo no había considerado una imprudencia el poner á aquel fogoso niño á la cabeza del ejército, confiando en la experiencia y en el valor de su ayo D. García, conde de Cabra, y en la asistencia de los demás condes, cuyo nombre va unido al de esta jornada.

Los almoravides venían á las órdenes de Temín, hermano del califa Alí.

Lo mismo los historiadores árabes que los nuestros convienen en que fué tan formidable y prolongado el choque primero que, fatigados del esfuerzo, los guerreros de ambas huestes permanecieron un rato en descanso, midiéndose con los ojos furibundos, pero sin herirse con arma alguna.

Todavía más furiosa fué la segunda embestida, y ya se inclinaba la victoria del lado del ejército castellano, cuando una imprudencia, un arrebato infantil del príncipe don Sancho, hizo cambiar el aspecto de la lucha.

Sin atender á las amonestaciones de su ayo, el Conde de Cabra, se entró por lo más recio de la batalla, y como era natural, para seguir en su guarda, lo mismo D. García que los demás caudillos á quienes Alfonso VI le encomendara, tuvieron que abandonar sus puestos de dirección en el centro y en ambas alas del ejército.

Con tal motivo cundió el desorden en sus filas, y en pos del desorden y de la confusión vino el desaliento, de modo que á las visibles señales de la victoria no tardaron en suceder los funestos presagios de la derrota.

Como el arrebato del Príncipe le había puesto en gravísimo peligro, lo más florido del ejército se agrupaba en torno suyo; agrupación que hubo de convertirse en amontonamiento informe, cuando cargó sobre ellos toda la caballería almoravide.

El concierto era ya imposible y los esfuerzos del valor y los mayores arranques del heroísmo resultaron estériles.

—«¡Padre, padre!—exclamaba el animoso niño, dirigiéndose al Conde de Cabra—está herido mi caballo; dadme otro.»

—«Aguarda—le respondió el Conde—no te hieran también á ti.»

Y al propio tiempo D. García saltó de su corcel, resguardando al niño como verdadero padre, entre su cuerpo y su escudo, y trazó con su espada un ancho círculo de cadáveres, entre la morisma que se agolpaba á su alcance, ávida de la regia presa.

Largo rato permaneció el héroe castellano infundiendo terror en los más denodados sarracenos. Y ya empezaban éstos á ceder en su empeño, mirando cual sobrenatural el

arrojo del Conde, cuando un alfange certero cortó uno de sus pies.

Don García vino al suelo cogiendo debajo al Príncipe, pero sin que su espada dejase de mantener el terrible círculo. Parecía que el ansia de defenderle dábale un aliento inmortal. Precisas fueron muchas heridas para arrancarle la vida, y todavía amparó con su cadáver el cuerpo del niño que, ahogado y despedazado, exhaló el último aliento bajo sus miembros palpitantes.

Los mismos historiadores árabes relatan ese hecho heroico poseídos de asombro, pero alguno de ellos, al consignar que, muertos el Conde de Cabra y el príncipe D. Sancho, el desastre del ejército cristiano fué ya tan inevitable como sangriento, supone que los otros seis Condes huyeron cobardemente. Este hecho es falso á todas luces, con sólo considerar que los seis perecieron en la batalla. Si todos hubiesen huído, la caballería almoravide no hubiera podido segar las cabezas de los siete Condes; que en el ejército cristiano también había caballos de raza árabe, veloces como el viento.

II

Consecuencias. — La tradición

El desastre de Uclés cubrió de luto á la España cristiana y llenó de desesperación á Alfonso VI, que estuvo á punto de perder la razón; no solamente se acusaba de la muerte de su hijo sino de los millares de guerreros sacrificados por la extraña imprudencia de haber enviado á un niño al campo de batalla: porque, sin eso, la victoria habría sido segura. Los propios cronistas árabes lo reconocen implícitamente en sus relaciones. Victorioso, no hubieran llegado ni á la mitad las pérdidas del aguerrido ejército que mandaba el heroico Conde de Cabra.

De los veinte mil cadáveres que en aquella inmensa llanura quedaron, más de doce mil eran cristianos.

Tanto menos explicable había sido la falta de Alfonso VI cuanto que conocía la fogosidad del temperamento de su hijo y el arrojo excesivo de que ya diera pruebas, como lo confirman varios historiadores.

En la Historia de España sólo vemos un Príncipe que en edad tierna, á los trece años (dos más que D. Sancho), haya mostrado

notable prudencia, á la vez que un valor extraordinario. Fué dos siglos después cuando apareció tan rara excepción. Pero esta excepción era un genio, un gigante de inteligencia, de esfuerzo y de cuerpo: D. Jaime I el Conquistador.

Durante dos generaciones, después de la batalla, continuó Uclés en poder de los árabes, y reinando un silencio de muerte, donde blanqueaban los huesos de los combatientes. Parecía que el pavoroso recuerdo del 30 de mayo de 1108 reinaba sobre aquella inmensa planicie.

Pero luego Uclés fué reconquistado por Alfonso VII, y los valerosos caballeros de la Orden de Santiago evitaron para siempre que la morisma tornase allá á renovar su victoria.

Cuenta la tradición un caso bastante verosímil, que le ocurrió á Alfonso VI, á consecuencia de la desastrosa muerte de su hijo. Pasados los primeros días de desesperación, en que se arrancaba, como loco, la barba y los cabellos, que acabaron de encanecerle rápidamente, cuando después de no hallar consuelo en nada, ni aun en el seno de la familia, se decidió á buscarle en la religión, un monje venerable, pero excesivamente celoso del prestigio cristiano, le dijo:

—Señor, no me extraña vuestra desgracia: yo la había predicho. El príncipe D. Sancho tenía que ser fatal para la cristiandad y para el reino.

—¿Por qué?

—Porque era hijo de mora...

—¡Ya cristiana!—replicó el Rey.

—Perdonad, señor, que me atreva á deciros que, ni aun así, un rey cristiano debe unir su sangre con la de esos perros infieles.

La tradición no nos revela si Alfonso VI perdonó ó castigó el atrevimiento del monje. Más probable es lo primero, por el abatimiento de su ánimo.

En lo que están conformes los cronistas es en que el día de la batalla de los Siete Condes se observaron unas manchas extrañas en el disco del sol, y en que á este fenómeno le atribuyeron las gentes una influencia decisiva en el éxito de tan formidable batalla.

Quien haya visto encendida por los rayos del sol aquella inolvidable planicie de cuatro leguas de extensión que circuye las ruinas de la fortaleza; quien se haya impresionado por el silencio y la soledad imponentes que allí reinan, no es mucho que pudiera figurarse súbitamente interrumpido por el es-

truendo de los escuadrones africanos, por los alaridos salvajes de sus atezados campeones, por gritos de venganza, y por gemidos de agonía.

El fragor de las espadas y de los alfanges; el chasquido de las lanzas; el crujimiento de huesos y de armaduras; el vibrante acento de los clarines; el redoblar de los atambores; el monstruoso zumbido de aquella conflagración inmensa de hombres, caballos, armas; de alientos, de enconos, de rabia, de desesperación; de sangre humeante, de entrañas que palpitan, de polvo espeso, de cálidos vapores; serán las bárbaras armonías que entonces inunden el espacio, á la férvida evocación de la fantasía.

Luego, aun no rendido el espíritu por la fatiga de la imaginación, subyugado por la influencia fascinadora de tantas visiones que han tomado cuerpo de realidades, de tantas memorias que han revivido, nos creemos lanzados al torbellino de generaciones de la Edad Media.

Entonces tomamos parte en la obra de aquellos siglos de hierro; asistimos al concurso de fe, de esfuerzo y de heroísmo que fueron menester en la epopeya de la reconquista de nuestra España, gemimos ante los desastres que la retardaron y nos electriza

el entusiasmo por la grandeza de las victorias.

Y, de este modo, sin olvidar jornadas tan fatales como la de *Los siete Condes*, nos sentimos orgullosos de ser españoles.

EL SEÑOR DE GIRIBAILE

NO SE MUERE DE SED NI DE HAMBRE

(LEYENDA DE LA ÉPOCA FEUDAL)

EL SEÑOR DE GIRIBAILE

NO SE MUERE DE SED NI DE HAMBRE

(LEYENDA DE LA ÉPOCA FEUDAL)

I

UN SERVICIO BIEN PAGADO

Es preciso, ante todo, diseñar el escenario en que tuvieron lugar los sucesos de esta original é interesantísima leyenda, popular en Andalucía.

Nos hallamos en lo más pintoresco del antiguo reino de Jaén, que es el extenso valle que circundan, como dos murallas almenadas, Sierra Morena y Sierra Segura. Conforme se sale de Úbeda y Baeza, y al otro lado de la famosa loma, nos llama la atención

una llanura de algunas leguas de amplitud, en medio de la cual se levantan en primer término dos pueblos, célebre el uno en la Historia y el otro en la Industria: Bailén y Linares.

La llanura se estrecha luego hacia el Norte, dejando á la izquierda á Vilches sobre un áspero monte, tropieza después entre las angosturas de unos cerros, cerca de los cuales se encuentra Arquillos, una de las últimas colonias fundadas por Carlos III; vuelve á ensancharse; deja á Santisteban erguido á la derecha; al Castellar todavía más encumbrado; á la izquierda á la Venta de los Santos; y, si no la detuvieran las asperezas del Barranco Hondo, iría á confundirse con las interminables planicies de la Mancha.

Tres ríos cruzan por esos términos: el Guadalimar, del cual dijo un poeta, no sin fundamento, que parece enamorado de las gigantescas adelfas que se miran en sus aguas cristalinas; el Guadarrizar y el Gualen, cuyo magnífico puente romano, tendido de un monte á otro, parece un reto de la antigüedad á la época actual.

Dilátase por esa llanura la sierra de Chapines y en su parte más alta y más escarpada, en donde anidan las águilas, subsisten las ruinas de un castillo feudal.

Al examinarlas se descubren las huellas de tres razas: la romana, la goda y la árabe. El castillo debió servir eficacísimamente para los fines de los conquistadores.

Por sus cercanías pasaba la gran vía romana y la protegía aquel coloso de granito, igualmente que á su sombra trabajaban los mineros. Centenares de esclavos subían los ricos minerales á los subterráneos del castillo.

Cuando se apoderaron los árabes de una fortaleza tan importante, aun aumentaron sus defensas, de modo que, durante mucho tiempo, pudieron dominar aquella rica tierra, obligando á las huestes cristianas á levantar el cerco cuantas veces lo intentaron. Sobre sus torres parecía invulnerable la Media Luna.

Pero hubo al fin un caudillo, por cierto aventurero, según la leyenda, con empuje y suerte suficientes para abatir aquella enseña ignominiosa, y apoderarse del castillo, que ofreció al Rey.

Era tan grande el servicio, que al monarca hubo de parecerle poco el pagárselo con la donación del mismo castillo, y agregó á este regalo el de todas las tierras que se descubriesen desde la cima de la torre más alta.

El caudillo, bajo el pretexto de que esa torre hubiera quedado algo destrozada duran-

te el sitio, restauróla aumentando su altura cuanto le fué posible, y al asomarse á la cima, quedó asombrado contemplando la inmensa riqueza que representaba el regalo regio: minas, bosques, caseríos numerosos y una extensión incalculable de tierras feracísimas.

¡Buena prisa se dió á bajar de la torre, montar á caballo é ir á poner los lindes de su señorío!...

Castillo y señorío tomaron entonces su propio apellido, Giribaile.

No había para aquel caballero satisfacción como la de subir á la altísima torre y contemplar los dilatados términos, cubiertos de mieses, de olivares y de viñas; los cerros, cuyas entrañas estaban repletas de preciosos metales; los montes, en que abundaba la caza, y por cuyas faldas cruzaban toda clase de ganados; y, por último, aquellos ríos, á cuyos limpias aguas se debía tanta feracidad.

Por consecuencia de tal contemplación, apoderóse la soberbia del afortunado caudillo, y le hizo un día prorrumpir en estos términos:

Soy señor de Giribaile:

No me muero de sed ni de hambre.

Y este dicho soberbio lo repetían todos sus descendientes, hasta que un día.... Pero ahora es preciso presentar en escena á los personajes de la leyenda.

II

Magdalena

Corría un año de principios del siglo xv.

En las inmediaciones de Vilches vivía una de las familias más venturosas, un matrimonio con dos hijos: eran labradores, y si, á pesar de su laboriosidad, no gozaban de holgura, en cambio no les faltaba nada de lo más necesario.

Los padres, Antón y María, viejos vigorosos, mirábanse con amor en la hermosa pareja que formaban sus hijos: él un atleta de 26 años, como un roble, y tan apacible como fuerte: nunca había reñido con nadie ni dado el menor disgusto á sus padres: llamábase Miguel.

En cuanto á la chica, Magdalena, era el embeleso de los padres y la envidia de todas las mozas en seis leguas á la redonda: no fuera posible imaginarse diez y ocho abriles más floridos y mejor logrados. Rubia como la espiga del candeal y blanca-rosada, á pesar de las caricias del Sol de aquella tierra, con ojos del puro azul de su cielo y con gracias de morena; su nacimiento había dado á sus padres doble alegría por lo imprevisto,

pues años hacía que hubieran perdido la esperanza de tener más hijos.

Tan hermosa de alma como de cuerpo, contribuía como su hermano á la felicidad de sus padres y singularmente á embellecer la existencia en aquella limpia casita, cuyo hogar estaba constantemente perfumado con el romero y el tomillo que cogían cerca de la ermita de la Virgen de los Dolores.

Como buena andaluza y el corazón sin penas, la chica era aficionada á cantar, y cantaba como un ruiseñor, ya el repertorio de los juglares y las juglaresas que por aquellas cercanías pasaban, ya villancicos de los que oía á los peregrinos.

Una tarde de verano, á la puesta del Sol, estaba Magdalena desgranando habichuelas á pocos pasos de la puerta, para tomar el fresco, y acompañaba su tarea con una copla de amores.

No tenía novio, y sin duda no la corría prisa, habiendo rechazado hasta entonces cuantos partidos se la ofrecieran, exceptuando á Pedro, un joven molinero, íntimo amigo de su hermano. No estaba enamorada de él ni mucho menos, pero le estimaba algo más que á los otros pretendientes, y cediendo á las instancias de sus padres, que querían asegurar su bienestar, había prometido que,

si dentro de un año no ocurriese novedad en su corazón, ó, lo que es lo mismo, que si durante ese tiempo no aparecía un novio que la conquistase, cumpliría el gusto de su familia, dando su mano al robusto y bien acomodado molinero.

Precisamente el asunto de la copla era una queja á causa de que el sér soñado no parecía.

Magdalena expresaba con tal pasión el sentimiento de ver defraudada la esperanza, que se hubiera dicho que esta esperanza era la suya propia, y existía alguno que se la hubiese inspirado.

Poco á poco, fuese por el calor estival, ó por la influencia de la pasión que la fingía su pensamiento, fué su voz bajando con una languidez encantadora, mientras cerraba casi enteramente los ojos, cual por evitar el reflejo de los últimos rayos del Sol.

De pronto se interpuso un cuerpo: era el de un hombre muy hermoso, de 22 á 24 años; pero una hermosura que, bañada por los rojos fulgores de aquel Sol moribundo, ofrecía extraños caracteres, medrosos á la vez que fascinadores.

Era un caballero en traje de caza, y al quebrarse el Sol en la rica pedrería que le adornaba, y en sus armas, y en los negros

rizos de su flotante cabellera, dábale un atractivo fantástico, sobrenatural.

Fascinada se sintió Magdalena, pero como si esta fascinación la experimentase á su pesar, contra el puro anhelo de su alma, porque los negros y ardientes ojos de aquel hombre la revelaban más codicia que admiración.

Pero no tuvo tiempo á darse cuenta de sus impresiones, porque antes que volviese de su enajenación ni que hiciera un movimiento, el caballero se aproximó á ella diciendo:

—¡Ya te he encontrado, hermosa!

Y el atrevido selló el hallazgo con un beso en sus rosados labios entreabiertos.

La joven dió un grito y apartó con sus manos al osado caballero. Y, cuando al grito acudió la madre del interior de la casa, ya él se alejaba rápidamente.

El rubor, la agitación y el sobresalto de su hija la arrancaron á ella otro grito de alarma. Corrió, llena de coraje, detrás del caballero, y le asió por un brazo.

Volvióse él con semblante airado, y María, al reconocerle, cayó de hinojos aterrorizada.

—¡Perdón!—murmuró.

Miró él de arriba abajo á la humillada madre, sin pronunciar ni una palabra, pero su mirada dura y fría la hizo daño como la hoja de un puñal.

En seguida continuó el caballero su camino en dirección al castillo de Giribaile, mientras la infeliz mujer tornó á su casita sollozando.

—¿Qué?—la preguntó ansiosamente Magdalena, yendo desolada á su encuentro.

—¡Dios nos proteja, hija mía!...

—¿Luego aquel caballero...?

—¡Es el señor!

—¡Ah!—exclamó la joven, con expresión en la cual se mezclaban la sorpresa más viva, el temor más grande y la emoción más profunda. La madre continuó:

—¡Contra él, sólo Dios podrá protegernos!...

Y cuando María alzaba las manos al Cielo con fervorosa súplica, aparecieron su marido y su hijo, que venían del trabajo tranquilos, en busca de los goces del hogar.

Desde aquel momento ya no hubo más de aquellos inefables goces. Pero Antón y su hijo eran animosos.

Para comprender hasta qué punto estaba justificado el terror de la pobre madre, oigamos unos instantes á aquellos hombres.

—Yo—dice Antón—hasta ahora he pagado puntualmente al señor cuantas gabelas nos ha impuesto, aunque van excediendo con

mucho de lo que se nos puede exigir. Todavía me consideraba venturoso al compararme con otros... A Alonso, el herrero, que estuvo trabajando en el castillo una porción de semanas sin cobrar un maravedí, ¿qué diréis que le pasó cuando el infeliz, apretado por la miseria, se atrevió á pedir al señor que le pagase?

—Lo habrá despedido—contestó Magdalena.

—Sí, pero marcándole en la espalda con un hierro candente...

—¡Jesús!

—Y de una manera que hace el caso mucho más horrible: sabed, hijos míos, que le obligó al mismo Alonso á caldear el hierro, para que el verdugo se lo aplicase.

—A Fernán le ha arrebatado sus ganados, le ha vendido la casa y cuanto tenía, y le ha hecho arrojar á palos, cuando el desdichado se presentó suplicando piedad...

—¿Por qué motivo?

—Porque el pobre se atrasaba en el pago: la inundación del Gualen cogió de lleno sus tierras; luego la muerte del hijo, que era su brazo derecho... en fin, que un hombre no puede lo imposible, aunque le ayudamos los amigos...

—¿Y qué dice V. de Men, el de Baeza,

padre?—exclamó Miguel, brillando sus ojos de indignación.

—No quería contarlo por no asustar más á tu madre... pero ¡ea! lo diré... Men se había casado con la moza más garrida de Baeza, y tuvo la mala ocurrencia de traérsela aquí, aunque debía conocer las mañas del señor... La chica era honrada y firme, y resistió á los halagos y promesas que él empleó primeramente; pero temiendo, y con razón, que apelase á la violencia, como acostumbra, avisó á su marido, y acordaron poner tierra por medio, para evitar el peligro, volviéndose á Baeza. Por desgracia ya era tarde... Cuando ese demonio, con figura de caballero, se empeña en una cosa, por injusta y por odiosa que sea... pero ¿á qué repetiros lo harto sabido?... Voy á concluir... Atiende, hija mía, y no te distraigas, que esto debes tenerlo presente tú, aun más que nosotros, aunque á cada momento nos hace estremecer... Ya se volvían á Baeza Men y su compañera, cuando una partida de esos bandidos del castillo, emboscados por orden de su amo, los asaltaron en el camino. Men defendióse como un león, mató á uno de ellos é hirió á otro, pero al cabo le ataron y le amordazaron como á su mujer y se los llevaron á los dos al castillo, entre las carca-

jadas del señor, que había presenciado la escena escondido allí cerca.

—¡Dios mío!—murmuró temblando la madre de Magdalena.

—Sí, podéis rogar á Dios por Men y por ella... A él le colgaron de una almena...

—¡Qué horrible maldad!—prorrumpió la joven.

—Pues á la infortunada esposa no la mataron ellos...

—Pero se moriría de dolor—interrumpió Magdalena.

—No, hija mía... Más que el dolor la mató la vergüenza. Después que estuvo en poder del señor, la desataron... Ella entonces vió el cadáver de su marido, que se balanceaba pendiente de la cuerda, y se arrojó de la torre, estrellándose contra las rocas.

A estas palabras sucedió un silencio de muerte, sólo interrumpido por los gemidos de horror de las mujeres y los acentos de la indignación de los hombres.

Por último, el viejo labrador cerró los puños, alzólos señalando al castillo con energía sorprendente á sus años, y exclamó:

—¡Ah maldito buitre!... ya llegará el día en que te arranquemos las garras y te cortemos el pico... pero lo mejor sería retorcerte el cuello, para que no volviesen á crecerte y

á cebarse en nuestra sangre... Nunca te ves harto de carne de siervos, y te crees seguro en tu roca... ¿Quién sabe?... Procuras arrebatarnos las armas... pero la desesperación afilaría nuestras uñas; y la unión... ¡Oh! si nos uniésemos todos... Pero, aunque todavía no tengamos la unión que ha de hacernos bastante fuertes para destruir tu nido y á toda tu familia maldita, guárdate de mí, de este pobre viejo que crees despreciable... Has puesto los ojos en mi hija, en mi gacela, en nuestro consuelo... ¡Apártalos! ¡no vuelvas! ¡Ay de ti si te atreves!...

Después de esta imprecación, cuya elocuencia acrecentaban extraordinariamente el gesto y la expresión, el viril anciano, uniendo la prudencia á la energía, manifestó á la madre y á la hija las prevenciones convenientes para evitar en lo sucesivo todo encuentro con el señor de Giribaile, ni con sus satélites.

III

El rapto

Por consecuencia de dichas prevenciones, ni la madre se separaba nunca de la hija ni

dejaban de proteger á Magdalena, ya el ojo vigilante de Antón, ya el fraternal celo de Miguel.

Y así transcurrieron muchos días sin que ocurriese el temido encuentro, y aun sin que llegase á sus oídos siquiera ninguna nueva fechoría del castellano odioso. Hubiérase dicho que, ó no estaba en su señorío, ó había dado una tregua á sus desenfrenadas pasiones y á los desahogos de su avieso carácter.

Tantos días pasaron así, que hasta el mismo Antón, desconfiado por naturaleza, no menos que por la presión de las circunstancias, empezó á calmarse. Bien sabía él que, lo mismo que el olmo no da peras, el malo no es capaz de buenas acciones; pero pensó que acaso influiría en el refrenamiento de su señor la indignación producida por su último crimen, porque Men era muy querido en el país.

Ello fué que, sin abandonar la vigilancia de Magdalena, no se preocuparon ya tanto por las consecuencias del suceso de aquella tarde ni por las que pudiera tener en lo sucesivo la osadía del aborrecido caballero.

Por otra parte, entre las ocupaciones de ambas mujeres figuraba la guarda de algún ganado: para no tener que separarse, los

primeros días lo sacaban cerca de casa y lo encerraban pronto; pero esto no podía durar, porque allí escaseaban los pastos, y era preciso llevarlo más lejos.

Generalmente había hecho de pastora Magdalena; pero entonces decidió su madre sustituirla, quedando ella encerrada en casa durante las horas de apacentar el ganado.

A fin de que no estuviese la chica sola tantas horas, la madre alternaba en ese trabajo con un rapazuelo de diez á doce años, que la sustituía en la guarda del ganado más de la mitad del día.

Sin embargo, merced á la previsión del anciano padre, Magdalena no quedaba sola ni aun en las horas que no podía acompañarla su madre.

La acompañaba *Fiero*, un soberbio alano, al cual le habían dado ese nombre por su acometividad extraordinaria contra todo sospechoso de mal querencia para sus dueños y para la casa que defendía.

Además el padre y el hijo no trabajaban muy lejos de la casa, no llegando á media hora la distancia. De manera que, con tales precauciones, no es extraño que Antón y su honrada familia empezasen á recobrar alguna confianza.

Un día notó Magdalena que su madre tar-

daba más de lo de costumbre en venir á casa, y experimentando la natural inquietud, no sabía á qué atribuirlo, cuando llegó apresuradamente una mendiga, á quien conocía, contando que venía de parte de ella, que se había sentido muy mal, cuando regresaba á la casa, y que había tenido que detenerse.

—¿En dónde está?—preguntó ansiosa Magdalena.

—En el Encinar; se ha arrimado á un árbol; pero no se alarme V.: es un vahido que pronto la pasará.

Magdalena reflexionó un momento: el Encinar estaba como á dos tiros de ballesta de la casa, y en breve rato podría hallarse al lado de su madre.

—Pero mi padre—pensó—me ha prevenido que no salga de casa por ningún motivo, cualquiera que sea... ¡Bah! es que mi padre no ha previsto un caso como este... Si envío á la mendiga á avisarle, por pronto que vaya, entre la ida y la vuelta pasará cerca de una hora antes que él y mi hermano puedan estar aquí. Y si entre tanto se agrava mi madre...

Al llegar á esta contingencia, en su reflexión, dirigió una rápida ojeada á la mendiga. No inspiraba desconfianza su franco rostro, demacrado por la miseria, y aunque de edad

muy madura, mostraba el vigor de la gente del campo.

—¿Podría V. ayudarme á traer á mi madre?—la preguntó.

—¡Ya lo creo!... y con muy buena voluntad, porque no olvido que algunas veces me dieron limosna en esta casa...

—Pues corramos, que tal vez esté peor...

—No se espante V.: no debe ser sino un mal aire que habrá cogido, y eso la pasará en cuanto esté abrigada en su cama...

Mientras la mendiga hablaba así, Magdalena trataba de cerrar la puerta de la casa, y que se quedase el perro dentro para guardarla. Pero el animal estorbaba su intento saltando en torno de ella, colmándola de caricias, y empeñándose en acompañarla.

En vano le empujaba al interior: cada vez Fiero se obstinaba más en su afán de salir con ella, ó mejor dicho, de no separarse de su lado, puesto que, hallándose en esta pugna, como se la ocurriese que no llevaba abrigo para su madre, volvió á entrar á buscarlo, y entonces recobró el perro su tranquilidad.

Sentóse á la puerta del cuarto donde ella cogía el abrigo, y su mirada inteligente parecía suplicarla que se quedase. Magdalena lo comprendió, y volviendo á empujarle para pasar, le dijo:

—No, amigo mío, quédate tú, que me espera tu ama.

Volvió el animal á su empeño de acompañarla con extraña porfía, gruñendo sordamente y aullando de un modo lastimero.

Al fin vióse precisada á darle un recio empujón para apartarle y salir. Pero al dar la vuelta á la llave redobláronse los aullidos, y al mismo tiempo se sintieron los saltos y embestidas que pegaba contra la puerta.

Esto impresionó profundamente á la joven; vaciló un momento, como si un impulso instintivo la aconsejase no abandonar aquel asilo; pero á la vez la ocurrió una idea alarmante, y preguntó á la mendiga:

—¿No anuncian desgracia los perros?

—Eso dicen, y yo lo he visto...

—¡Pues sin duda mi madre está muy mala!... ¡Vamos aprisa!...

Y emprendió el camino corriendo de modo que á la mendiga la fué imposible alcanzarla.

Oíanse los aullidos del perro, roncos y lastimeros, cual ecos de desesperación, y como si arreciasen á medida que se alejaba Magdalena.

El noble animal presentía el peligro con certeza maravillosa, como se ha probado mil veces en las razas inteligentes de su especie,

pero no el peligro que imaginaba Magdalena; ¡otro más terrible!

Cuando en su carrera se iba aproximando al Encinar, hirió su oído el son de una trompa de caza que la hizo estremecer. En seguida cruzó á galope una brillante cabalgata los linderos del bosque. Eran un grupo de caballeros y una dama, vestidos de caza, y seguidos de una porción de monteros.

Como á pesar suyo, detúvose un momento Magdalena á contemplar aquella vistosa aparición; y vió que la dama era muy hermosa, pero de belleza provocativa, y que el arrogante caballero que iba á su lado era ¡el señor de Giribaile!

La causaba aversión aquel hombre; sabía sus infamias y crueldades; pero, sin embargo, le miró; no le miró con la atracción de la simpatía, sino con la irresistible fascinación de la primera vez que le tuvo delante.

Estalló entre los caballeros una carcajada cínica, que heló la sangre en las venas de la joven, al propio tiempo que llegaron á sus oídos estas palabras, que uno dirigió á Giribaile:

—Eres el mortal más afortunado... Se te escapa una corza, y encuentras esa pieza, que es mucho mejor...

—¡Magnífica!—exclamó otro.

—¡Ah! ya hace mucho que la buscaba, pero no se me había puesto á tiro... ¡voto al Diablo, que ahora no se me escapará!...

Magdalena no escuchó más; las últimas palabras del criminal señor la revelaron harto claramente el horrible peligro que la amenazaba. Continuó su carrera con cuanta rapidez la permitieron sus fuerzas, pero no podía competir con la del caballo.

Y la alcanzaron dos monteros que envió Giribaile con orden de apoderarse de ella.

En estos momentos llegaba jadeante la mendiga, que había tenido también que correr para alcanzarla.

—¡Madre mía! ¿Dónde está mi madre?—clamó la joven, debatiéndose entre los brazos de aquellos hombres brutales.

Un grito de leona herida la respondió.

Cuando los monteros acababan de atarla los brazos y la cogían para llevársela á caballo, apareció María con pasos vacilantes y los ojos casi fuera de las órbitas. La fuerza de su mal la vencía.

Quiso acudir en socorro de su hija; pero en vano; tendió las manos temblorosas de desesperación; vió que se la llevaban amordazándola para que no gritase y cayó al suelo diciendo:

—¡Maldi...!

Una convulsión la cortó el habla, mas no la impidió fulminar con los ojos la terrible maldición que no pudo completar con los labios.

Resonaron nuevas carcajadas en la lucida cabalgata; los satélites de Giribaile celebraban el cobro de la «magnífica pieza».

Él se puso delante al lado de su víctima; pero los ojos de Magdalena, amordazada, no le miraron ya con fascinación; el odio y el horror se reflejaban en ellos.

Momentos después, en el Encinar únicamente quedaban la madre retorciéndose convulsa por el suelo, y á su lado la mendiga atónita y llorosa.

IV

En el «Molino del oro»

La noche es lóbrega, y el viento y la lluvia azotan los rostros de dos hombres que caminan por las riberas del Gualen.

Van silenciosos y no se detienen hasta llegar á un molino que está casi á nivel del agua en uno de los recodos que forma el río.

Ese molino se nombraba y se nombra el *Molino del oro*, puesto que subsiste todavía,

con la diferencia de una mayor solidez actualmente.

Llamaron en vano repetidas veces. El ruido del viento y de la lluvia debían impedir que les oyesen.

—¡Muy pesado tiene el sueño Pedro!—exclamó uno de ellos, repitiendo sus golpes con una piedra.

—¡Voto á Barrabás!—clamó al fin una voz tonante desde adentro.—¿Quién viene á estas horas al molino?

—Abre á dos amigos...

El molinero asomó su cabeza por una ventana.

—¿No nos conoces? Abre, Pedro, que nos trae la desesperación...

—¡Señor Antón!... ¡Miguel! ¿Cómo había yo de pensar?... Vamos, adentro...

Y así diciendo, el molinero descorrió el cerrojo y apartó la cadena que sujetaba la puerta.

A la luz de un candil ofrecían un cuadro interesante las enérgicas fisonomías de aquellos tres hombres: las de Antón y su hijo revelaban una profunda desesperación, y la del molinero, mocetón de cabeza cuadrada y hombros de Hércules, la sorpresa y la ansiedad.

A la interrogación de los ojos de Pedro, Antón respondió:

—¡Nos han robado á Magdalena! ¡Venganza, Pedro!

Y el viejo completaba su relato y toda su idea vengadora con los ojos centellantes dirigidos hacia el castillo, y el apretar de sus puños.

Al mismo tiempo rechinaban los dientes de Miguel, y su mano acariciaba el mango de un cuchillo.

Fué tan ruda y tan imprevista la impresión del pacífico molinero, que al pronto quedóse como atontado. Pero en seguida se repuso, y lanzando, no un grito, un rugido de venganza, cogió un hacha de leñador, ligera en sus manos como un junco, y la blandió, repitiendo:

—¡Venganza!

En breves términos le refirió Antón lo acaecido, acrecentando el furor del molinero, que adoraba á Magdalena.

—¿Y su madre?—preguntó.

—Tiene una fiebre que acabará con ella, si Dios no lo remedia. Pero en su delirio no dice ninguna locura...

—Dirá que le hagamos tajadas á ese maldito...

—No, Pedro, nos propone otra cosa mucho más razonable: que matemos de hambre y de sed al *Señor que no se muere ni de sed ni de hambre...*

Pusiéronse inmediatamente aquellos hombres á concertar su proyecto de venganza.

Para realizarle tenían que contar con los amigos y deudos. Pedro y Miguel salieron á avisarlos, quedando en el molino Antón, que aguardaría á los conjurados.

Antes de rayar el día siguiente no cabían en el molino los hombres que fueron llamados y que acudieron resueltos á la venganza: unos cincuenta. Todos tenían que vengar sangrientos agravios y expoliaciones, y no pocos tenían que pedirle al señor de Giribaile cuenta de honras y de vidas.

La súbita aparición de una mujer, la hermosísima dama que hemos visto entre los cazadores, les llenó de contrariedad y de zozobra.

Estaba desgreñada, pálida, cubierta con un manto negro y con el vestido destrozado, que denunciaba su paso por entre malezas.

Una voz murmuró:

—¡La amante de él!

—Cierto: yo era su amante, pero no lo seré más. Le odio como vosotros y me asocio á vuestra venganza. No desconfiéis de mí. ¿Veis en qué estado vengo? Bajé del castillo por una escalera falsa, y por un camino que acaso nadie más que él y yo conocemos; he estado á punto de despeñarme muchas veces. He huído para vengarme, y solamente por la

venganza volveré al castillo, si queréis ayudarme...

—Sí—respondieron unos cuantos.

Pero este asentimiento no era suficiente: la mayoría de aquellos hombres murmuraba, recelosa, mostrando á las claras su desconfianza.

Entonces ella se despojó del manto y mostró en el rostro, en el cuello y en los brazos vivas señales de haber sido cruelmente golpeada.

—¿Comprendéis ahora que le odie?—prorrumpió.—Yo cometí la flaqueza de prendarme de ese hombre cuando no conocía todo lo infame de sus crímenes. Si soy hija de un noble, mi madre era plebeya, y mi sangre y mi natural me han hecho interesarme siempre en vuestra suerte. ¡Cuántas veces intercedí por vosotros!... pero casi siempre inútilmente... Sin embargo, recordaréis que me debe la vida Juan el minero...

—Es verdad,—dijo uno.

—Quería colgarle porque se vió en la precisión de matar á uno de los perros de su jauría...

—Que sin duda estaba rabioso,—añadió otro.

—No, es que aquel perro era hijo de lobo...

—Como él.

—Pues, á pesar de que le demostré que el pobre Juan lo había hecho por defender á su hijo, á quien hubiera despedazado el perro, tuve que pedírselo de rodillas; y aun si cedió fué porque le dí aviso de que el descontento y la indignación de los mineros iban cundiendo por todo el país.

—¡Si es más malo que Caín!—clamó el molinero.—¡Llevadnos pronto allá, por ese camino que conocéis...!

—Aguarda un momento, —interrumpió Antón, conteniendo á Pedro.

Y, en seguida, dirigiéndose á la dama, la preguntó:

—¿Habéis visto á mi hija?...

—¡Y bien quisiera no haberla visto! ¡Infeliz!... Yo al menos había ido al castillo por mi voluntad... ¡No puedo quejarme de mi suerte!... ¡Pero Magdalena!... Os juro que el verla acabó de decidirme á romper mis odiosos lazos con ese hombre...!

Al oir estas palabras que la dama pronunció mezcladas con sollozos, todos la pidieron impetuosamente que los guiase á la venganza.

—Conteneos — respondió ella. —Aunque fueseis en triple número iríais todos á la muerte, porque el castillo está muy bien defendido y muy bien guardado. Por el camino secreto que yo he seguido tendríais que des-

lizaros como sombras: el menor incidente, el ruido más leve os comprometería... Basta con que me siga uno solo, mañana, á media noche...

Un murmullo de sorpresa y de incredulidad acogió la atrevida proposición. La dama prosiguió:

—Sí, pero al que me siga, si obra con cautela, podré hacerle entrar, por la misma puerta que me ha dado salida, y por esa puerta le llevaré adonde encontremos solo á nuestro enemigo.

Había tal convicción en el acento de aquella mujer, que ya ninguno dudó: todos querían ser los designados para acompañarla en la arriesgada expedición; y Antón, Miguel y Pedro disputaban la preferencia con el mayor empeño.

Ella eligió al hercúleo molinero, á quien se consideraba como novio de Magdalena.

V

Arriesgada expedición de D.ª Aldonza y Pedro

La siguiente era una hermosa noche estrellada, pero sin luna, y parecióles muy á pro-

pósito. Sin embargo, la dama recomendó al molinero que se envolviese bien en su oscura manta, como ella se cubría, sabiendo que en el alto cerro en que se asentaba el castillo no era la oscuridad tan completa como abajo.

Antón y Miguel abrazaron á Pedro con hondísima emoción al despedirse.

La resuelta dama, que se llamaba Aldonza, se puso en marcha con paso rápido, y con esta rapidez continuaron hasta llegar á la falda del cerro.

Después todas las precauciones les parecían pocas en su ascensión, yendo despacio y, sobre todo, procurando evitar que rodara alguna piedra, porque en el silencio de la noche los rumores crecían extraordinariamente.

Así llegaron con fortuna á la orilla del foso, sintiendo distintamente los pasos de los centinelas.

Ni la dama ni el molinero pronunciaban una palabra. Antes de subir, ella le había advertido que la entrada misteriosa se abría allí mismo, en una de las sinuosidades del amplio foso, cubiertas de arbustos y de malezas, á unos cuatro pies de la orilla; entrada tan perfectamente oculta que ni á la luz del sol hubiera podido descubrirla quien no la conociese.

Doña Aldonza se la mostró á Pedro, y él, á pesar de su corpulencia, se deslizó con menos ruido que un reptil por entre los arbustos.

Ella iba á hacer lo mismo, pero puso un pie en falso, y hubiera caído si él no la hubiese cogido en vilo.

Entonces fué inevitable un leve ruido.

—¿Quién va?—gritó un centinela.

—¡Estamos perdidos! — murmuró doña Aldonza, al oído de Pedro.

Y, en confirmación de esta creencia, pasó una ballesta silbando sobre sus cabezas.

—No os mováis—dijo él, poniéndola á pulso en el suelo para no volver á hacer ruido, con una lentitud que demostraba su fuerza hercúlea.

Repitió su grito el centinela y le respondió el silencio más absoluto.

Pedro era muy valiente y tenía otra condición que en ciertas circunstancias es más preciosa que el valor, la sangre fría.

Comprendió que aquel silencio absoluto, después de la primera sospecha del centinela, sería lo único que pudiera desvanecer esa sospecha, y se aguantó inmóvil como piedra. El instinto del peligro obligó á su compañera á imitarle.

¡Qué angustiosos los primeros momentos que pasaron así!

Hasta transcurrir cosa de un cuarto de hora puede decirse que no empezaron á respirar. No apareciendo muestras de que hubiese cundido la alarma, sin duda el centinela atribuiría á algún animal del monte el leve ruido que la ocasionara.

Pero á la vez Pedro comprendía que su audaz proyecto había fracasado, por ser probable que le quedase alguna duda al ballestero que disparó su arma; y, de todas maneras, redoblaría su vigilancia.

Era preciso retroceder, y también harto peligroso. De noche, y fugitivos, su bajada por entre aquellos riscos tenía que ser muy difícil, aun en el caso de que se libraran de ballestas.

Pasaron otro rato en la más absoluta inmovilidad, y luego, levantándose, Pedro dijo resuelto:

—Vamos.

Con el cuidado que se pone en una cosa en que nos va la vida, volvió á la orilla del foso, previno por señas á D.ª Aldonza que no se moviese todavía, permaneció otro rato agachado, procurando no sacar nunca la cabeza fuera del espesor de los arbustos, y al convencerse de que no se interrumpían los pasos de los centinelas, tendió sus brazos de hierro á la amante de Giribaile, y levantó á

pulso á aquella arrogante moza con igual facilidad que si fuese una criatura.

Era un momento de mucho peligro, pero aun mayor lo ofrecía la bajada por el primer trecho del cerro. Había que efectuarla á gatas, ó poco menos, pues, á pesar de la oscuridad de la noche, en el contorno del monte hubieran destacado sus altas figuras imprudentemente.

Por fin, después de no pocas peripecias, regresaron al molino, declarando D.ª Aldonza á Antón y á los demás que les aguardaban, que ambos debían la vida á la extraordinaria serenidad del molinero.

Había que idear otro plan, y pronto dieron con el más seguro y menos expuesto, inspirándoselo las preciosas noticias que les dió D.ª Aldonza.

Díjoles que el señor tenía convidados para una gran cacería á todos sus amigos y relaciones; y debía efectuarse de allí á dos días.

En esto no había nada de particular; pero lo inapreciable para Antón y sus compañeros fué el advertirles que en días semejantes Giribaile solía ganar á todos en audacia, metiéndose solo en busca del jabalí por lo más intrincado de los bosques.

Era otro dato inapreciable el del sitio por donde habían de dirigirse los cazadores, á la

izquierda del Cerro del Diablo. La topografía del terreno la conocían mejor Antón y sus amigos que los mismos cazadores.

Atendiendo á esas circunstancias, tres hombres resueltos bastaban para dar el golpe, que consistía en el secuestro del señor de Giribaile. Con mayor número se exponían á ser descubiertos. ¡Qué competencia se entabló entonces entre aquellos pecheros tan atrozmente agraviados por su señor!

Pero Antón reclamó el primer puesto con el derecho que le daba su iniciativa en la conjuración, y claro está que para acompañarle no había de designar á otros que á su hijo y al que hubiera querido para yerno.

VI

La daga de Giribaile

¿Y la infortunada Magdalena? Cuando la condujeron al castillo, el ángel de su guardia la inspiró la única manera de librarse de un atropello infame. Fingió resignación y apocamiento, dando casi á entender que no opondría resistencia, y animado aquel bandolero feudal, suavizó un tanto sus maneras, mos-

trando para ella toda la atención de que era susceptible su rudo carácter.

La acompañó á la fastuosa cámara que la destinaba, y al ver la joven una ventana por donde entraba un alegre sol y el aire puro del monte, manifestó deseo de asomarse á ella. No se separó Giribaile de su lado mientras la hija de Antón, á la vez que fingía contemplar el magnífico panorama que desde allí se descubre, observaba el hondo despeñadero inmediato.

Fingió que la placía el panorama y él redobló sus obsequios, figurándose que la triste sonrisa de la joven era el preludio del consentimiento.

En esto trajeron el rico vestido que la destinaba, un brial de seda con adornos de oro; y á su vista un vivo sonrojo sustituyó á la mortal palidez de las mejillas de Magdalena.

Mozo presuntuoso, como señor tiránico, tomó él aquella impresión por un nuevo indicio en su favor, y salió de la cámara dejando á la hija de Antón con una doncella para que la vistiese y aderezase.

Pero apenas se hubo alejado, irguióse Magdalena, centelleando en sus ojos una resolución inquebrantable.

Cerró la puerta por dentro, apoderóse de una daga en una panoplia, y cogiendo por el

cuello á la doncella con la fuerza de robusta campesina, la amenazó con la muerte si gritaba y no la ayudaba á formar un parapeto con los muebles junto á la ventana.

Era tal su decisión, que la doncella, presa de un miedo no inferior al asombro con que la miraba, se apresuró á obedecerla, sin replicar.

Poco tardaron en la obra, improvisando el parapeto con sillones, una mesa y algún otro mueble. Era un semicírculo delante de la ventana.

En seguida entregó á la doncella el rico vestido, y la dijo:

—Id á advertir á vuestro señor que puede aprovecharlo para quien consienta la deshonra que á mí me preparaba. Yo aquí no admito más compañía que la de esta daga, y decidle que prefiero que mis padres recojan mi cadáver á volver á verlos sin honra.

Expresada tan heroica resolución, abrió la puerta para que la doncella saliese, volvió á cerrar por dentro, y, sin soltar la daga, se colocó detrás del parapeto, y al lado de la ventana.

Furioso Giribaile, al saberlo, hizo encerrar á la doncella en un calabozo, en castigo de no haber podido evitarlo.

Inmediatamente mandó que descerrajasen

la puerta, penetró adentro solo, y mordióse los labios de rabia al observar las defensas de su víctima. Pero la vió doblemente hermosa en su heroísmo.

La ventana abierta y la decisión con que empuñaba la daga, no le dejaron duda respecto al resultado de un ataque á aquella fortaleza, inexpugnable por su virtud.

Entonces le ocurrió un pensamiento, que, al retirarse de la cámara, formuló así:

—La rendiré por hambre.

Y pasó el día siguiente en la misma situación.

Y llegó el otro, el de la gran cacería.

En el patio del castillo piafaban impacientes los caballos y empezaba á pasar el puente levadizo la muchedumbre de los monteros y ojeadores con las jaurías correspondientes.

Todo indicaba que aquella expedición sería de las más lucidas de que había memoria desde los tiempos del primer señor de Giribaile.

Apareció el raptor de Magdalena á la cabeza del brillantísimo escuadrón que formaban sus convidados.

Ante el esplendor de una mañana hermosísima y el de aquel espectáculo que tanto halagaba su orgullo, dió al olvido su derrota y su humillación ante la humilde plebeya, y

recordando el lema soberbio que pregonaban sus ascendientes, salió cantando entre sus íntimos, mientras les designaba las riquezas de su dilatadísimo señorío:

> Ya lo veis: el señor de Giribaile
> ni se muere de sed, ni muere de hambre.

VII

Cazador cazado

Los cazadores hicieron proezas, y él más que ninguno. Con la embriaguez que le producían sus triunfos venatorios, había llegado á olvidarse completamente de Magdalena.

Enfrascóse tanto en la persecución de un jabalí, que ni advirtió siquiera que se quedaba solo al apearse del caballo para registrar unos jarales.

Pocos pasos había dado en aquel laberinto del monte, cuando se encontró frente á frente con el padre y el hermano de Magdalena.

Era valiente, pero no le dieron tiempo á manejar su cuchillo de caza. Se le echaron de improviso encima, le sujetaron, amordazándole perfectamente, y aun no habían concluído ésta operación, cuando apareció Pedro,

el molinero, llevando de las riendas el caballo de aquel cazador cazado.

Ninguno de los tres vengadores pronunció una palabra, como si ya hubiesen convenido cuánto habían de hacer. Sólo hablaban sus ojos, con la salvaje y sombría expresión de su vengaza.

En un santiamén le ataron de pies y manos y le terciaron sobre el caballo. En seguida echaron á andar llevándole por lo más fragoso y enmarañado de la sierra.

Aun en poder de ellos, y tan amordazado y sujeto, el señor de Giribaile les amenazaba con su mirada. Mientras fué de día, pareció que alentaba alguna esperanza de que sus gentes llegasen á librarle; pero al llegar la noche se consideró perdido. Harto conocía que aquellos hombres serían implacables; ni les podría comprar con todas sus riquezas, ni había apelación de la sentencia de muerte que leía en sus ojos.

Extrañaba que no se la hubieran dado ya, y esta circunstancia, en vez de infundirle alguna esperanza, le causaba un terror muy grande. Pensó que le destinaban á horribles tormentos.

Cerrada la noche, llegaron á la boca de una cueva. Era un amplio subterráneo, suficiente para que cupieran los cuatro y el caballo.

Tendieron y afirmaron á su víctima sobre un peñasco y sentáronse á su lado. Así pasaron horas y más horas con la mayor calma.

Y amaneció. El rostro del señor de Giribaile estaba muy pálido, pero sereno; la palidez de la cólera y la serenidad del orgullo, que ni aun en trance tan terrible cede. No quería recrear á sus enemigos con el espectáculo de su desesperación.

El molinero salió á buscar comida para los tres.

Cuando regresó y se pusieron á satisfacer su apetito, ni siquiera miraron al señor.

Y así pasó el segundo día.

Transcurrió también el tercero.

Al amanecer del cuarto era amarillenta la palidez de las mejillas del caballero.

Pero ni sus facciones se contraían por el hambre, que debía roerle, ni se abatía la altivez de su mirada.

Los vengadores guardianes sólo de soslayo le miraban alguna vez, cuando comían y bebían.

El mayor tormento de aquel condenado tendido sobre la roca, debía ser el de la sed, producida por las fatigas de la caza.

Próximo se sentía un raudal de agua casi á la entrada del subterráneo, y de ella bebían

con fruición los tres, por ser muy fresca y cristalina.

Unicamente entonces el preso, como á su pesar, entornaba los ojos para ver el agua y abría sus labios secos y ardorosos, cual aspirando sus vapores.

Al quinto día la palidez del caballero se hizo lívida. Su sed debía ser horrible, pues miró el agua con febril avidez y sus ojos se volvieron á sus verdugos: les pedía unas gotas de agua.

El molinero fué el único que se conmovió; si hubiera estado solo se las habría dado.

Al sexto día salió Antón y quedaron los dos jóvenes al lado de la víctima, cuya palidez era ya cadavérica. Con la escasa vida que en sus ojos quedaba, volvió á pedirles agua.

El molinero no pudo más; cogió el cántaro, y cuando iba á acercarlo á los labios del caballero, se interpuso Miguel para impedirlo, diciendo:

—¡Acuérdate de Magdalena! ¡Y acuérdate de tantos á quienes tenemos que vengar!

—Pero un poquito de agua...

—Es preciso que se cumpla la sentencia de mis padres: ha de morir de sed y de hambre, de hambre y de sed...

Entonces el caballero, á quien habían qui-

tado la mordaza, pero que no podía hablar de debilidad, les hizo señas cuyo significado comprendieron: quería decirles algo de Magdalena.

Pedro mezcló un poco de vino con el agua y se le dió al señor de Giribaile, que le pagó con una mirada de gratitud aquel consuelo supremo.

Aun hizo más el molinero: le incorporó para que bebiese mejor.

Reanimado un poco de esta manera, pudo balbucear algunas palabras incompletamente; pero bastaron para llevar al alma de Pedro el inefable consuelo que él le había dado con su caridad.

—Magdalena está pura.

Poco después llegó Antón; dióle cuenta Pedro de lo que había ocurrido, y el anciano miró al caballero, ya moribundo.

A pesar de esto, aun conservaba conocimiento bastante para leer en las fisonomías de Antón y de su hijo la duda y la desconfianza que no abrigaba Pedro respecto á su importante declaración.

Ya no podía hablar, pero por señas, llevando una mano al corazón, y elevando la mirada, como si pusiese á Dios por testigo de su afirmación, les reveló que un moribundo no engaña y que en aquel trance supremo no podía mentir.

Fueron unos momentos en extremo conmovedores.

Antón reflexionó que el caballero no había pedido gracia y que, no pudiendo salvar su vida sino la misericordia de Dios, no debía mentir.

Preguntóle ansiosamente si vivía su hija cuando le sorprendieron en la cacería, y respondió que sí con un movimiento de cabeza.

—¡De rodillas, hijo mío!—exclamó entonces el honrado campesino.

Y se arrodillaron los tres en torno del moribundo.

—¡Señor—añadió Antón, dirigiéndose á él—que os perdone Dios, como yo os perdono, todo el mal que nos habéis hecho!

¡Con qué afan y con qué piadoso recogimiento consideraron aquellos hombres rudos en la fisonomía de su víctima el inefable consuelo que aquel perdón infundía en su alma!

A la vez podían leer en su mirada que él los perdonaba á ellos igualmente.

Instantes después aquella mirada se quedaba fija y vidriosa.

El señor de Giribaile había muerto de sed y de hambre, bien que en su última hora el piadoso molinero hubiese aplacado su sed.

Cuando Antón y su hijo volvieron á su casa se encontraron con un cuadro indescriptible: á Magdalena en brazos de su madre, que recobraba la salud, comiéndose á besos á la hija.

Al preguntarla cómo había recobrado su libertad, respondióles:

—Fácilmente, á favor del trastorno que reina en el castillo, á causa de la desaparición del señor. Los primeros días me tenían encerrada y me vigilaban cuidadosamente, confiados en que él volvería. Pero hoy se descuidaron, la puerta quedó abierta, y salí con esta compañera, que en adelante irá siempre conmigo, como recuerdo, y para librarme de algún otro atrevimiento.

El lector comprenderá que en esas palabras Magdalena se refería á la daga de que se había apoderado en la cámara de Giribaile.

Contóles en seguida el trance en que se viera, excitando su valor el entusiasmo de su familia, y les dijo que en el castillo atribuían la desaparición de Giribaile á una desgracia como el desbocársele el caballo; y que sin duda jinete y caballo se habían caído en alguna sima, puesto que ni uno ni otro parecían.

Por su parte Antón y sus cómplices, para hacer más verosímil esa creencia, desataron

el cadáver, poniéndolo junto al del caballo, debajo de la entrada y en forma que engañase perfectamente: y así fué: y cuando le encontraron nadie pensó en un crimen, que había sido un acto de justicia.

Magdalena hizo dichoso á Pedro el molinero, mas antes de casarse fueron con sus padres en peregrinación á la ermita de los Dolores, llevando á la Virgen la ofrenda de su inmensa gratitud.

De D.ª Aldonza nada más se supo. Ellos no volvieron á verla.

EL GABÁN

DE

DON ENRIQUE EL DOLIENTE

EL GABÁN

DE

DON ENRIQUE EL DOLIENTE

I

El aldeanillo

Esta tradición, rigurosamente histórica, podría compararse con la novela de asunto más extraordinario y sorprendente, porque no inventa la fantasía nada que supere á este cuadro de la realidad, arrancado de la época de la minoridad de Enrique III el Doliente, nieto del primer Trastamara.

Tenía catorce años y vivía casi solo en el vasto alcázar de Burgos, sin servidumbre y sin más compañía que un doncel, cuyo so-

brenombre ha conservado la tradición: el de *Azor*. Se lo había dado el mismo Enrique, cuando eran compañeros de infancia, acaso porque á su fidelidad unía notablemente la astucia y el valor.

Y no sólo se veía sin servidumbre, sino que ni á saludarle acudía ninguno de los cortesanos que poblaban las antecámaras de los gobernadores, de los grandes que regían la nación en su nombre, y que en su nombre también malversaban las rentas, abusando de mil modos de la autoridad real.

Los cortesanos no adulan á la pobreza, y Enrique III vivía entonces en la estrechez, más pobremente que la mayoría de sus vasallos.

Increíble nos parecería, á no verlo consignado en la Historia con testimonios irrecusables, que aquel monarca tuviese que empeñar un día su gabán *para añadir un poco de carnero al producto de su caza, único plato que podía servirse en su cena, y entretanto el mismo día, en el palacio del arzobispo de Toledo, celebrábase un gran banquete al que asistían el Conde de Benavente, el Marqués de Villena, Medinaceli y otros Grandes, gobernadores y dispensadores de las rentas reales.*

En aquella época de estrechez, la ocupación favorita de Enrique III, á quien se llamó

el Doliente por lo enfermizo de su naturaleza, era por precisión, aun más que por gusto, la caza de codornices.

Su fiel *Azor*, que le ayudaba á cazarlas, era quien se encargaba de venderlas, no pudiendo servir á la real mesa un plato que resultaba de lujo.

Pero precisamente cuando iba el doncel á empeñar la histórica prenda, topó con un amigo paje del arzobispo de Toledo, y hablador, como buen paje, el cual le dió minuciosamente cuenta de todos los preparativos que habían de hacer del banquete en el palacio de su amo un verdadero festín de Baltasar.

En seguida el hablador preguntóle á su vez al doncel en términos burlones, qué tal lo pasaba en el solitario alcázar del Rey.

Era *Azor* discreto, y se limitó á contestarle así:

—Bien sabes, como todo Burgos, que el Rey no come tan bien como el último criado de sus grandes.

Guardóse de referirle el detalle del empeño del gabán, y volvió pronto al alcázar á contar el caso á Enrique III.

—Mi querido *Azor*—le dijo el Doliente—quiero presenciar ese banquete.

—¡Pero, señor!...

—Es preciso que vea hasta qué punto llega el derroche de mis gobernadores y su olvido de mí...

—¡Vuestra alteza quiere ir esta noche al palacio del arzobispo!...

—Solo, ó contigo...

—Solo no dejaría yo á vuestra alteza á tales horas, pero...

—Iré disfrazado. Torna á ver á tu amigo el paje: le dices que ha llegado á Burgos un pariente tuyo, aldeano, muy deseoso de conocer las magnificencias de la corte; le suplicas que te deje llevarle allá, y que, por su mediación, el sencillote aldeano podrá presenciar el banquete, escondido cerca del salón donde se celebre.

—¿Y no teme vuestra alteza que le conozcan, si es que le consienten ir...?

—Descuida... ya me ayudarás tú á disfrazarme de manera que no me conocerían ni los mismos convidados; y en cuanto á lo demás, aun te darán las gracias de que me lleves, para que toda la servidumbre se ría á costa de la simpleza del pobre aldeano.

En efecto, se las arreglaron D. Enrique y su doncel de tal modo que nada hubo de faltarle para su transformación en un candoroso aldeanillo, tostado por el sol castellano. Para que nadie pudiese conocerle, se tapó la mitad

del rostro con una venda, fingiendo hallarse herido á consecuencia de una caída.

Y aun el astuto *Azor* supo reforzar la invención, llegados al palacio del arzobispo, puesto que, al preguntarle el mayordomo en donde había caído el aldeanillo, le contestó:

—Al pasar montado en su borriquejo delante de la catedral. Quedóse el simplón tan embobado contemplándola, que soltó las riendas en el preciso momento en que el animalito daba un corcovo; y así, en la caída, si no se deshizo la cara fué por milagro.

En fin, el Rey presenció oculto el festín de Baltasar con que se regalaron sus grandes, uno de los derroches y despilfarros que eran frecuentes en aquella época de desorden, por el predominio de una nobleza turbulenta, cuya insolencia había subido de punto al ejercer la tutela de un Príncipe enfermizo, de un niño á quien no creyeron capaz de ninguna energía.

Y fué testigo, al propio tiempo, de la burla, de la chacota y del escarnio que durante el banquete se hacía de la dignidad real por aquellos que más debían blasonar de respetarla y enaltecerla.

Entonces concibió el proyecto cuya realización ha dado á su nombre tan singular celebridad en la Historia.

II

Sorpresas dramáticas en el alcázar de Burgos

Retiróse al alcázar con su fiel *Azor*, y al día siguiente hizo correr la voz de que se encontraba muy enfermo, y que, por este motivo, quería hacer testamento.

Y mientras cundía por la ciudad la alarmante nueva, el Doliente prevenía á sus guardias que rodeasen el salón del trono y prepararan un departamento misterioso en su inmediación.

Acuden, como esperaba, todos los grandes al alcázar, y con pretexto de evitar ruidos y molestias al enfermo, no se les deja penetrar con acompañamiento.

La primera sorpresa del arzobispo de Toledo y de sus compañeros fué el verse conducidos al salón del Trono, en vez de ser guiados á la cámara regia, y observar la triple fila de guardias.

La segunda sorpresa los dejó absortos: el supuesto enfermo de tanta gravedad apareció más sano que nunca, enteramente armado y con la espada desnuda.

Así subió las gradas del Trono, y cuando

estuvo sentado en él, dirigiendo una mirada serena y dominadora á aquel concurso de altaneros, que ya empezaban á estremecerse, fué preguntándoles uno por uno, principiando por el arzobispo, cuántos reyes habían conocido en Castilla.

De las respuestas resultó que el más anciano de ellos había conocido cinco reyes.

Don Enrique el Doliente le replicó:

—Pues yo, con ser tan mozo, he conocido lo menos veinte: el rey Arzobispo de Toledo, el rey Marqués de Villena, el rey Conde de Benavente, el rey Medinaceli, el rey conde de Trastamara, etc., etc.

Y concluyó de enumerar todos los gobernadores y demás magnates que abusaban en grande de la autoridad real que por delegación ejercían. É inmediatamente añadió con imponente energía:

—Y ya es tiempo, señores, ¡por Santiago! que ya es tiempo de que haya un solo rey.

Al estupor con que escucharon esas palabras sucediéronse en seguida el espanto y el terror.

Hizo una seña el Rey y, descorriéndose el tapiz que encubría el departamento misterioso, apareció el verdugo, cuya atlética figura realzaba siniestramente su traje rojo: su

diestra se apoyaba en el mango del hacha, y ésta en el tajo.

Estrecháronse las triples filas de guardias entorno de los aterrados nobles, y entonces el arzobispo, cuyas canas aumentaban su respetabilidad, cayó de rodillas á los pies del Rey y con lágrimas y sollozos pidió gracia, suplicando el perdón para todos bajo promesa de arrepentimiento y enmienda. Los orgullosos grandes le imitaron, poniéndose también de hinojos.

Dotado D. Enrique III de un corazón harto generoso é inclinado á la clemencia, no quiso revelarles que había presenciado oculto el soberbio banquete: entonces hubiera tenido que castigar gravemente los desacatos que había escuchado referentes á su persona, pero sí les dijo estas memorables palabras:

—Ayer mi fiel *Azor* tuvo que empeñar mi gabán para darme de cenar, y entretanto vosotros os hartabais, con menoscabo del Tesoro real. Podría entregar vuestras cabezas al verdugo, pero no quiero principiar mi reinado con acto tan sangriento. Sin embargo, no os libráis de pena, y os impongo la suficiente para que escarmentéis.

La pena que el Doliente les impuso fué, en efecto, bastante eficaz: los tuvo presos, hasta que le entregaron los castillos y fortalezas reales que custodiaban, y el alcance de las rentas que corrían á su cargo.

¡Admirable rasgo de energía hermanada con la prudencia en un rey casi niño; y lástima que el desequilibrio entre la grandeza de su espíritu y la escasez de su salud no le hubieran permitido reinar muchos años!

ÍNDICE

	PÁG.
La Noche Toledana.	5
Nuño el Fuerte (leyenda de la época feudal). .	27
Beatriz de Moncada y Guillermo de San Martín..	55
Un crimen del orgullo (tradición enlazada con la fundación del Monasterio de las Santas Creus).	75
Un invencible vencido.	93
La leyenda de los siete panes. (Origen del escudo de Moncada).	103
El perdón de Alhamar, el Nazarita, fundador de la Alhambra (leyenda árabe).	109
El rey de la mano horadada.	137
Macías el Enamorado.	157
La batalla de los siete condes..	181
El señor de Giribaile no se muere de sed ni de hambre (leyenda de la época feudal). .	193
El gabán de don Enrique el Doliente. . . .	239

TRADICIONES Y LEYENDAS
ESPAÑOLAS

II

TRADICIONES Y LEYENDAS

ESPAÑOLAS

EL FRATRICIDIO

DE MONTIEL

El Bastardo de D. Álvaro de Luna
La Virgen de la Azucena.—Rey valiente y desgraciado
«Fuente-Ovejuna le mató».—La hermosa de la mancha roja
Primera función de guerra del gran Capitán
Un rey de las leyendas
La Padilla y don Fadrique.—Los farfanes y Don Juan I
El banquete de la marquesa de Falces
La peña de los enamorados y el buitre de Archidona
La leyenda de Cervantes y de Velázquez.—Guzmán el Bueno
Don Fernando el Emplazado y los hermanos Carvajales
La fuente de Guanga.—Marisaltos

POR

D. LUCIANO GARCÍA DEL REAL

BARCELONA
LUIS TASSO, EDITOR
1898

Es propiedad del editor

IMPRENTA, LITOGRAFÍA Y ENCUADERNACIÓN

de LUIS TASSO

Arco del Teatro, entre los núms. 21 y 23.—BARCELONA

EL FRATRICIDIO DE MONTIEL

EL FRATRICIDIO DE MONTIEL

I

Ante el castillo

Hay labriego de la vecindad de Montiel que atribuye las largas sequías de sus célebres campos á castigo de la Providencia por el fratricidio de don Pedro I de Castilla.

Y no falta quien en piadosa romería acude al sitio denominado el Serval, donde se dice que ocurrió, para rezar alguna oración en beneficio del muerto.

Yérguense los restos del castillo de Montiel en abrupta eminencia, junto á los confines orientales de la Mancha, y sobre una espaciosísima llanura.

Cegados sus fosos y cubiertos de maleza, rota su barbacana, despedazados sus férreos contrafuertes, su recinto no sirve ya de defensa al hombre de guerra que en la frontera castellana mantenía á raya el poderío musulmán, ni ondea sobre el adarve el estandarte blanco en que destaca la cruz roja, de la poderosa orden de Santiago.

Derrumbóse la torre del Homenaje con sus blasones marmóreos; las aves de rapiña pusieron sus nidos en los matacanes, y la hiedra, el musgo y el jaramago cubren muros, patios y plataformas. Al contemplarlo surge en la mente la invocación del Duque de Rivas en su *Noche de Montiel* á esas ruinas...

«que viandantes y pastores
miran de noche con susto;
escombros, que han perdonado,
para escarmiento del mundo,
la guadaña de los siglos,
el rayo del cielo justo.
. . . . . .
Pregonero, que publicas
elocuente, aunque tan mudo,
que siempre han sido los hombres
miseria, opresión, orgullo:
de Montiel viejo castillo,
montón de piedras y musgo,
donde en vez de centinelas
gritan los siniestros buhos...
¡Cuán distinto te contemplo
de lo que estabas robusto
aquella noche que fuiste
del rey don Pedro refugio!»

Es que allí se sobrepone á todo la figura sangrienta de aquel rey legendario; y aunque los muros que se desploman y los mutilados cubos, que aun desafían á las tempestades, nos hagan evocar hazañas de noble remembranza, predomina y subyuga nuestro pensamiento el recuerdo del fratricidio, y parece que secuestra la fantasía y la memoria cuanto nos habla del Cruel y de D. Enrique el Bastardo.

Y, sin embargo, entre los numerosos lugares de las cercanías, que son inolvidables los del antiguo Campo de Montiel, tenemos al Toboso con el recuerdo de

Dulcinea, la Torre de Juan Abad con el de Quevedo; y, sobre todo, Argamasilla de Alba, cárcel de Cervantes, en donde escribió su obra inmortal.

Ahora vamos á nuestra tradición.

II

Una profecía y un consejo

Nos hallamos á mediados del siglo XIV, y en plena guerra civil.

A D. Pedro I de Castilla le disputa la corona su hermano D. Enrique el Bastardo, conde de Trastamara. A éste le apoya Francia, y al rey legítimo Inglaterra.

Pero mientras Inglaterra ha enviado á la lucha la flor de su ejército, mandado por el caballeresco Príncipe Negro, como llamaban al de Gales por el color de su armadura, de Francia han venido las tristemente célebres *compañías blancas*, que lo eran de facinerosos, y no de soldados, «que pasaban á cuchillo niños y ancianos, violaban doncellas, profanaban é incendiaban templos».

Con el auxilio del inglés gana D. Pedro la batalla de Nájera, en los campos de la Rioja, donde queda deshecho el ejército de D. Enrique. Líbrase el Bastardo de caer prisionero gracias á la velocidad de su caballo, y no pára hasta refugiarse en Aviñón, residencia entonces del Papa, que le protegía.

Con esta protección organiza Enrique un segundo ejército, para el cual contribuye el Papa no sólo con dinero, sino con hombres. El rey Carlos de Navarra le franquea el paso por sus Estados, y llēga sin obstáculo á Burgos, á favor del descontento que las crueldades de D. Pedro han hecho cundir en el país.

Si el terrible monarca no le sale al encuentro en

seguida, es que se lo impide la rebelión de Andalucía. Córdoba se ha pronunciado abiertamente por el Bastardo, y otras ciudades se disponen á imitarla.

A la vez que al rey de Castilla le preocupa el dejar á su espalda tan graves peligros, para acudir al encuentro de su adversario, el Príncipe de Gales, su antiguo aliado, se niega á auxiliarle en esta ocasión, ofendido por la conducta de un rey que, para satisfacer sus rencores, sacrificaba á los prisioneros de guerra, faltando á la palabra real, y cometiendo otras felonías, harto indignas de un caballero.

Otra grave contrariedad viene á amargar entonces la situación de D. Pedro. Había contado con la ayuda del rey de Portugal, mediante las negociaciones matrimoniales que se seguían para casar al príncipe don Fernando, heredero del trono portugués, con la infanta Beatriz, hija del Cruel; pero, en cuanto se supo en Lisboa el avance del ejército de D. Enrique, fueron suspendidas las negociaciones, negando el lusitano á su hijo el permiso para una boda tan deseada.

D. Pedro de Aragón se hizo el sordo también á la insistente petición de auxilio de su compañero el de Castilla, y por último el Nuncio de la Santa Sede lanza contra él los rayos de la excomunión.

Todo esto era sobrado para abatir un ánimo valeroso; pero el de D. Pedro el Cruel no se rendía á nada. Era supersticioso y, sin embargo, no se dejaba influir por los vaticinios.

Consultó desde Sevilla á Bena-Halín «gran sabidor é consejero del rey de Granada, porque era su amigo, de él se fiaba, y quería conocer hasta lo más triste de su suerte, para afrontarla».

El dato antecedente nos lo suministra la Historia, y lo que dió motivo á la consulta fué lo siguiente:

Había llegado á conocimiento de D. Pedro una profecía del célebre Merlín, encantador de la Bretaña, concebida en estos misteriosos términos: «En las partidas de Occidente, entre los montes é la mar, nascerá

un ave negra, comedora é robadora, é tal que todos los panares del mundo querría acoger en sí, é todo el oro del mundo querrá poner en su estómago. E caérsele han las alas, é secársele han las plumas, é andará de puerta en puerta, é ninguno le querrá acoger, é encerrarse ha en selva, é morirá dos veces, una al mundo é otra ante Dios.»

No se le ocultó al juicio del fiero monarca que el pronóstico referente al «ave negra» ofrecía alguna semejanza con la situación en que él se encontraba; y tal fué la causa de consultar á su sabio amigo Bena-Halín.

La respuesta del consejero del rey granadino es otro documento que la tradición ha grabado en las páginas de la Historia, y la franqueza resplandece en su texto como la verdad. Véala el lector:

«Es tu fama que comes y robas los bienes de propios y extraños, donde quiera que puedes haberlos. En tiempo de tu padre gozaban los vasallos á gran placer de la vida, y tú lo acabaste por las amarguras y desafueros en que los has puesto y pones cada día, haciendo en ellos muchas crudezas de sangres y muertes. Tanta es tu codicia que, por no separarte de tu tesoro, te estás asentado, en las postrimerías de tu señorío, en esta frontera, mientras apellidan todos rey á tu enemigo.

»Todos los grandes han puesto en olvido el amorío que solían tenerte. Siempre quisiste ser más temido que amado y loado de los tuyos, y hoy no quieren acogerte por ira ni por ruego. Dios te libre de que hagan algún movimiento contra tu persona.

»De próximo fin estás amenazado; y temo que se cumplan mis vaticinios, porque mi reputación de sabiduría me interesa menos que tu buena fortuna.»

Tan dominado se hallaba siempre D. Pedro por la impetuosidad é intransigencia de su carácter, que, aun reconociendo la lealtad que brillaba en la ruda respuesta de su amigo el árabe, no se resolvió á retroceder en el funesto camino que seguía.

Pidió ayuda al rey de Granada, al verse abandonado por sus compañeros de la Cristiandad, y se apresuró el moro á acudir á su llamamiento, poniendo á sus órdenes numerosas tropas.

Unidas estas fuerzas á las suyas, D. Pedro fué á poner sitio á la sublevada Córdoba, en vez de ir rápidamente al encuentro de su hermano, como le aconsejaban sus capitanes.

Ya estaba á punto de apoderarse de la ciudad, cuando los sitiados rechazaron á su ejército y le causaron considerables pérdidas, alentados y enardecidos por sus mujeres é hijas.

Vióse entonces precisado á levantar el sitio, y las tropas de su aliado emprendieron la vuelta á Granada, llevándose, como botín, centenares de cautivos y cuantiosas riquezas, y talando el territorio cristiano.

Tan gran desafuero irritó sobremanera á los súbditos de D. Pedro, contribuyendo no poco á acrecentar el número de los que se alistaban bajo las banderas de D. Enrique.

Los muros de Toledo habían detenido la marcha invasora del Bastardo. Los toledanos eran leales á su rey y confiaban en que les socorriese.

Este era el propósito de D. Pedro; había reunido con gran trabajo un pequeño ejército, formado de 600 mallorquines, las milicias de los concejos de Sevilla, Jerez, Carmona y Ecija y 1,500 jinetes árabes mandados por el caballero granadino Mohamad el Cabezani, total unos 4,000 combatientes.

Como desde más allá de Carmona los pueblos andaluces le eran muy contrarios, hallándose bastantes en abierta hostilidad contra él, no siguió el camino más indicado para subir á la Mancha, dejó á un lado á Lora del Río y por Cantillana se internó en las Sierras de Cazalla, Guadalcanal y Alanis, continuando luego hacia Llerena.

Podía y debía haberse dirigido de frente á Toledo, pero, bien fuese con la idea de desorientar al enemigo,

bien por detenerse en Alcaraz, que se había declarado en su favor, desde Calatrava se inclinó sobre la derecha, atravesó el camino llamado de los Emperadores, que enlazaba á Castilla con Andalucía, y se aproximó á Montiel.

Oportunamente recibió D. Enrique noticias de esa marcha, y comprendiendo el peligro de su permanencia delante de Toledo, pues era fácil que de sitiador se convirtiese en sitiado, si daba lugar á que su hermano le atacase allí, ganóle en diligencia, siguiendo el parecer de sus caudillos, y principalmente de los Maestres de Santiago y de Calatrava, cuyas aguerridas órdenes eran el más valioso elemento de sus fuerzas.

Por consecuencia partió con sigilo del campamento para ir al encuentro de su hermano, al frente de 2,500 jinetes y de las siniestras *compañías blancas* de Beltrán Duguesclín, dejando encomendada la continuación del cerco de Toledo al arzobispo D. Gómez Manrique, el mismo que, en las Cortes de Sevilla, había cedido á las exigencias de D. Pedro, dando por bueno el matrimonio póstumo de la Padilla, con infracción de los deberes que su sagrado carácter le imponía.

El primer día pernoctó el Bastardo en Orgaz, donde se le unieron otras fuerzas y le dieron noticia de que su adversario cruzaba los campos de Ciudad Real. Y lo extraño es que D. Pedro no estuviese enterado igualmente de los movimientos de su hermano: ya sea por las razones antes apuntadas, ya porque quisiera esquivar las escabrosidades de la Sierra, ó bien con el intento de correrse por los términos de Alcázar de San Juan y Alcalá de Henares, y caer de improviso sobre su enemigo, á quien suponía en Toledo, el rey de Castilla continuó su camino hacia Montiel.

La fatalidad le guiaba.

Mandaba en el castillo el ilustre caballero asturiano García Morán, de la orden de Santiago; y aunque sabía que dicha orden iba contra D. Pedro y que su

Gran Maestre le prohibiera acogerle, se apresuró á efectuarlo, rindiéndole pleitesía, quizás pensando que la resistencia hubiera sido inútil.

García Morán invitóle á descansar en Montiel, y D. Pedro aceptó, considerando lo mucho que su gente necesitaba el descanso, después de penosas jornadas.

III

La torre de la Estrella.—El combate

Al detenerse D. Pedro repartió sus tropas en los pueblos circunvecinos: Santa Cruz de los Cáñamos, Terrinches, Albadalejo y Almedina, diseminación que comprendía un radio de dos leguas, y que demuestra el desconocimiento de D. Pedro respecto á la situación de su hermano, porque, de haber presumido siquiera que se acercaba, no hubiese cometido error tan grave como el desparramar de aquel modo su ejército.

Al llegar á este punto da cuenta la tradición de una coincidencia extraña y singular: D. Pedro se alojó en el torreón más culminante de la fortaleza, y antes de entrar llamóle la atención y le hizo estremecerse un letrero que decía: «Esta es la torre de la Estrella».

Es que recordó que un astrólogo le había pronosticado que moriría hallándose precisamente en una torre de ese mismo nombre.

Y entonces él, tan resuelto, duda, vacila y está á punto de retroceder. Pero su vacilación sólo dura unos momentos, y desecha sus temores con el propósito de continuar al día siguiente su marcha hacia Toledo. Además se encuentra cansado, como su gente, y no es cosa de desaprovechar tan buena ocasión para el descanso ni de emprender de noche el camino.

Es la del 12 de marzo de 1369 aquella noche.

Los atalayas de la fortaleza anuncian que hacia la

parte de occidente aparecen movibles fuegos. García Morán considera alarmante el caso y resuelve despertar á D. Pedro.

Sube el monarca á lo alto de la torre y piensa que las luces deben proceder de las fuerzas que traen desde Córdoba los Maestres de Calatrava y Santiago, D. Pedro Moñiz y D. Gonzalo Mejía, para ir á juntarse con las del cerco de Toledo.

Alguno le advierte que esa unión se efectuó hace días, pero D. Pedro no le da crédito, porque ignora las jornadas dobles que hicieron para lograrlo. Sin embargo, se decide á enviar mensajeros á los pueblos donde se aloja la mayor parte de su ejército, con orden de que esté sobre Montiel al amanecer.

D. Enrique, entretanto, perfectamente informado de la situación de su enemigo, no marcha sino que corre á sorprenderlo, valido de la excelente caballería que forma el núcleo principal de sus fuerzas. Iban á su vanguardia las de Calatrava y de Santiago y las de Beltrán Duguesclín, y el resto lo mandaba él en persona.

«Topan los mensajeros de D. Pedro—dice la Historia—con las avanzadas enemigas, y retroceden presurosos á comunicar la alarma. Cunde entre los que moran en el castillo; dispone D. Pedro la resistencia; ármase y ordena las fuerzas que ha podido reunir, á fin de que el de Trastamara no le halle desprevenido; quiere con el deseo atraer las milicias que pernoctan en los pueblos del contorno; fija su mirada en el punto donde el cielo aparece esclarecido por los arreboles de la aurora, haciéndose la ilusión de que aun ha de llegar á socorrerle la mesnada que ha sacado de Carmona Martín López de Córdoba, y su impaciencia se exaspera á medida que la luz creciente del día le hace ver lo reducido de su tropa.

»Avanza la vanguardia enemiga, pero cuando menos lo espera pierde el camino y se estrecha en una cañada, encontrándose detenida á la postre ante uno de los altos barrancos que forman la cuenca del Jalón.

»Este contratiempo retarda su llegada: D. Enrique, que ahora ocupa el frente, cae sobre Montiel á la hora de prima, y advirtiendo que los moros granadinos le esperan, arremete contra ellos con gran empuje. Desordénase la caballería musulmana; vuelven grupas los más fronteros y resuena el «sálvase el que pueda».

»Corren unos, presos del pánico, por la campiña; sucumben otros mortalmente heridos por la espalda. Nota D. Pedro lo que ocurre, y blandiendo su hacha acerada, alienta á los pocos que le siguen descargando golpes mortales sobre los contrarios que se ponen á su alcance.

»Encarécenle cuantos le rodean el peligro á que se expone; dícenle que la ley de la necesidad le obliga á retirarse; las fuerzas son desiguales; el resistir es temeridad patente.

»Cede D. Pedro de mal grado al consejo, y mientras D. Enrique persigue y acuchilla á los musulmanes, él se encierra en la fortaleza, protegido por el valeroso caballero cordobés Juan Jiménez, que cae muerto á su vista.»

No se puede llamar batalla á esta función de guerra; ni los extranjeros han tomado parte en ella ni la mayor parte de las mesnadas concejiles que formaban el nervio del ejército de D. Pedro. Una sorpresa que no duró más que lo que tardaron en desordenarse los escuadrones musulmanes. Si éstos dejaron el terreno sembrado de cadáveres, fué en la huída más que en la lucha.

Con la audacia y con la rapidez de su movimiento triunfó D. Enrique, produciendo el aturdimiento y el desconcierto en el contrario. Cuando los capitanes de D. Pedro se aprestaban á defender la villa, ya la había invadido el Bastardo, ocupando los mejores puntos de defensa. En su ardor é impetuosidad intenta el asalto de la fortaleza sin aguardar á su vanguardia, pero es rechazado, pereciendo en este ataque la flor de sus caballeros.

Entonces se resuelve á aguardar la unión de todo su ejército, para poner á Montiel apretado cerco.

IV

León acorralado

El león está acorralado.

D. Pedro I de Castilla considera, harto tardíamente, su imprevisión al desparramar sus fuerzas por los pueblos de las inmediaciones, el exceso de su confianza en los auxiliares mahometanos, desbaratados al primer empuje de las fuerzas de su hermano, y sobre todo, su torpeza al encerrarse en el castillo de Montiel, en vez de retroceder al encuentro de los refuerzos que le traía Martín López de Córdoba.

D. Enrique ha colocado sus tropas de modo que nadie puede evacuar el castillo impunemente; ha interceptado todas sus comunicaciones con el exterior, y, para estrechar más el cerco, en la parte que da á la villa hace construir una recia empalizada que contenga á los sitiados si acaso intentaran una salida.

D. Pedro ve todo esto desde las aspilleras, sin fuerzas para evitarlo, y la ira le enfurece tanto más cuanto que se culpa á sí mismo de su impotencia. Él, señor de vidas y haciendas, tan absoluto en su dominación que atropellaba por cuanto se oponía á su voluntad, fuese justo ó injusto, y sin que lo sagrado le contuviese más que lo profano, siéntese ahora sujeto al albedrío ajeno, y á merced de su aborrecido hermano.

Ya escasean mucho los víveres, y se presiente la proximidad del hambre y de la sed: un traidor ha envenenado el agua de los depósitos vertiendo en ellos gran cantidad de trigo.

Así pasan algunos días. A D. Pedro le consume la fiebre de la impaciencia y una calma fatídica reina en

torno del castillo. Durante la noche silenciosa escucha entre las voces de alerta de los atalayas los groseros insultos de la soldadesca del Bastardo, y percibe el escarnio que hacen de su infortunio.

Era D. Pedro diestrísimo ballestero, y mientras le consumía la impaciencia ejercitaba su destreza desde las aspilleras, castigando á los deslenguados.

A este propósito dice la Historia lo siguiente:

«En vano, por ser *buen puntero de ballesta*, lanza sus dardos á través de la oscuridad, hacia el punto donde el eco de la voz guía su saña: los ultrajes se repiten, sin que le sea posible castigarlos. En vano aguarda los refuerzos de Martín López de Córdoba, pues le obligaron á retroceder las nuevas que le transmitieron los árabes fugitivos. Derrotado D. Pedro y sitiado en el castillo de Montiel, López de Córdoba ha atendido á cumplir como bueno la misión que recibiera: la de volver á Carmona, resuelto á defender á todo trance la prole y los tesoros de su rey.»

Martín López no podía hacer otra cosa. Sus fuerzas no eran suficientes para que hubiese logrado libertarle, pues mientras con la derrota se habían desalentado y disminuído considerablemente las que seguían al Cruel, en igual proporción se hubieran aumentado las del victorioso competidor, á quien la Historia conoce por D. Enrique el de las Mercedes, á causa de su excesiva prodigalidad para premiar amigos y comprar partidarios.

No hay imagen más propia que la anteriormente expresada para dar idea de la situación de D. Pedro I: un león acorralado. Recorre su cámara incesantemente, en un sentido y en otro, sacudiendo su melena, los ojos como brasas.

Aprieta convulsivamente el puño de su espada: la ha tenido siempre por cetro y parece apremiarla á que le saque del trance tremendo. Pero la abrumadora realidad viene á interponerse entre el filo de aquella espada y su voluntad, antes incontrastable.

Su furor no anubla su mente, que le evoca los recuerdos de advertencias leales, consejos desinteresados y pronósticos ciertos. Si los hubiera atendido ¡cuán otra sería su suerte!

Le sobrecoge la idea de un fin desastroso, y en seguida su valor temerario le sugiere el abrirse paso á través del ejército del Bastardo.

Llama con este objeto á su fiel capitán Men Rodríguez de Sanabria y le pregunta de qué gente pueden disponer. Sanabria responde:

—Señor: aumentan las deserciones tanto, por la falta de víveres, que aun me sorprende que los enemigos no intenten otra vez el asalto.

—¡Ah! los miserables confían en rendirnos por hambre...—replicó el Rey.

—El romper por entre ellos sería imposible. Pero queda un recurso para salvaros...

—Dilo...

—Sobornar á Beltrán Duguesclín.

—Ese codicioso francés me pediría la mitad del reino...

—No creo imposible que se avenga á lo razonable...

—¿Le conoces?

—Hace dos años: desde que caí prisionero en la batalla de Bribiesca. El aposento que ocupo da á la parte en que él tiene su tienda: si me dais licencia, señor, pediréle una entrevista secreta...

—Conforme.

V

Confianza y recelos.—El terrible pronóstico

Accedió Duguesclín á la entrevista que solicitaba Men Rodríguez de Sanabria y éste salió del castillo favorecido por la oscuridad de la noche.

El famoso jefe de las *compañías blancas* le esperaba en su tienda.

Como la Historia transmite, palabra por palabra, las que mediaron en tan memorable entrevista, el lector agradecerá que las reproduzcamos aquí, en el propio lenguaje de aquella época. Así habló Men Rodríguez:

—Señor Mosén Beltrán: el rey D. Pedro, mi señor, me mandó que fablase con vos, é vos dijese que puesto que siempre vos preciastes de facer fazañas é buenos fechos, que vedes el estado en que es él: é que si á vos pluguiese de le librar de aquí, é ponerle en salvo é seguro é ser vos con él, é de la su partida, que él vos daría las sus villas de Soria, é Almazán, é Atienza, é Monteagudo, é Deza, é Serón, por juro de heredad para vos é los que de vos viniesen. Otrosí que vos dará doscientas mil doblas de oro castellano. É yo pídovos por merced que lo fagades así, ca grand honra habrédes en acorrer á un rey tan grande como éste, é que todo el mundo sepa que por vuestra mano cobra su vida é su reino.

Duguesclín respondió:

—Amigo: vos sabedes bien que yo só un caballero vasallo de mi señor el rey de Francia é su natural, é que por su mandado só venido aquí en esta tierra á servir al rey D. Enrique, por cuanto el rey D. Pedro tiene la parte de los ingleses, é es aliado con ellos, especialmente contra el rey de Francia, mi señor: é yo sirvo al rey D. Enrique, é estó á sus gajes, é á su sueldo, é non me cumple facer cosa que contra su servicio é honra fuese, nin vos me lo debíades consejar: é si algún bien é cortesía de mí recibistes, ruego vos que non me lo digades más.

Insistió Sanabria, añadiendo:

—Señor Mosén Beltrán: yo bien entiendo que vos digo cosa que vos sea sin vergüenza, é pídovos por merced que ayades vuestro consejo sobre ello.

Así lo ofreció el francés, y Men Rodríguez de Sa-

nabria volvió al castillo con muy pocas esperanzas de lograr su objeto.

Los escritores franceses que tratan de atenuar la traición de Beltrán Duguesclín, le disculpan echando casi toda la responsabilidad sobre sus deudos y amigos, á quienes consultó, entre ellos su primo Oliveros de Manny, y que le aconsejaron que revelara el caso á D. Enrique, como lo hizo.

Lo que aparece indudable, según la Historia, es que en la celada que prepararon á D. Pedro, tanta culpa le cabe al Bastardo como á su satélite, el caudillo de las *compañías blancas*.

D. Enrique le sugirió que se mostrase decidido á salvar á su hermano, atrayéndole con engaño á su tienda, y el francés se prestó á efectuarlo.

El premio de esta traición fué el mismo que le había ofrecido D. Pedro.

Pero los que atenúan la felonía de Beltrán Duguesclín no pueden atenuar la severidad del juicio que forma cualquiera que conozca su vida. Al lector que la ignore, le bastará saber que, siendo adolescente aún el mal llamado Cid francés, su madre le deseaba la muerte, asegurando que deshonraría á la familia. Y, en efecto, de hombre se puso á la cabeza de aquellas cuadrillas de bandidos que deshonraban al ejército, á Francia y á quien los tomaba á sueldo.

Tornó Men Rodríguez de Sanabria á la tienda de Mosén Beltrán, y éste le prometió salvar á D. Pedro y pasarse á su bando. El leal servidor del rey de Castilla exigió prendas que asegurasen el cumplimiento de lo pactado, y aquel felón se apresuró á jurar solemnemente cuanto le pedían, «*en guisa que el rey D. Pedro se tovo asegurado dende*» como afirma la Historia.

Y seguro debía considerarse, por el cuantiosísimo cebo que ofrecía á la codicia del francés, si su conciencia y sus recuerdos nó le inspirasen un presentimiento que no podía desechar.

Veamos algunos de dichos recuerdos.

Durante la primera guerra con su hermano, como éste osara presentarse en los lindes de Castilla, por el lado de la Rioja, D. Pedro movióse del lugar de Asofía, donde acampaba, y, ardiendo en ansia de pelear, dirigióse á Nájera, que estaba en poder del Bastardo.

En el camino le detuvo un humilde sacerdote, que con inspirado acento le dijo:

«Señor: Santo Domingo de la Calzada me vino á comunicar entre sueños, y me advirtió que acudiese á vos, y que vos dijese que fuérades cierto que, si no vos guardáis del conde D. Enrique, vuestro hermano, que él vos ha de matar por sus manos.»

Airado escuchó D. Pedro la profecía, y sin parar mientes en la sinceridad y en el buen deseo que inspiraba al humilde sacerdote, le hizo quemar vivo.

Alternaba con este recuerdo terrible y turbaba su sueño la figura ensangrentada del rey Bermejo, el desventurado que llegara inerme á su alcázar de Sevilla, á pedirle hospitalidad, y á quien, en vez de hospitalidad, dió la muerte.

Del alcázar surgía también, para hacerle temblar de espanto, la imagen de su hermano D. Fadrique, rodando exánime bajo las mazas de sus ballesteros.

Venían asimismo á torturar su espíritu los recuerdos de su horrible injusticia con los infelices hidalgos de Bribiesca, que fueron á noticiarle que no habían podido sostener la ciudad contra las fuerzas de don Enrique, y á quienes arrancó la vida por darle aquella nueva.

Y, al acusarle su conciencia con memorias tan abrumadoras, le advertía que no se curase de promesas ni de juramentos, y concluía por grabar en su pensamiento esta sentencia inevitable: «quien la hace, la paga».

VI

La traición.—Caín, el de Trastamara

Pero, mientras sus presentimientos alteraban su resolución, adquiría alarmantes proporciones la deserción de los defensores del castillo; faltaba el agua y apenas había alimentos.

El tiempo y las circunstancias apremiáronle de un modo perentorio: era probable que le tendiesen una celada, pero también contaba con alguna probabilidad de salvarse. Conocía la codicia de Beltrán Duguesclín, y siendo enorme el cebo que le ofrecía... ¡Ah! ¡Quién le hubiera dicho á D. Pedro que con el mismo cebo aseguraba su hermano la traición del francés!...

En este punto viene á la memoria el notable romance histórico del Duque de Rivas y aquella escena en que el leal Men Rodríguez de Sanabria se dirige al aventurero caudillo, diciendo:

«¡Mosén Beltrán, si sois noble,
doleos de mi señor!...»

En fin, D. Pedro tuvo que resolverse á la fuga que le proponían, como quien se arroja á un gran peligro.

La noche del 22 al 23 de marzo de 1369 salió del castillo con las debidas precauciones, montando un ligero corcel, y acompañado de Diego González de Oviedo, Fernando de Castro, Fernando Alonso de Zamora, Gonzalo González Dávila, Garci Fernández de Villodre y Men Rodríguez de Sanabria, que á todos los guiaba.

No bien estuvieron fuera encontráronse con Oliveros de Manny, que les aguardaba para conducirlos á la tienda de Duguesclín.

La Historia dice que «mortificó á D. Pedro grave

sospecha, cuando vió que, pasadas las barreras, llevábanle por aquel camino, y temió por su vida».

Sin embargo, todavía las apariencias no anunciaban la traición, puesto que llegaron á la tienda sin obstáculo, y el silencio y la densa oscuridad de la noche les favorecían.

Pero nuevas sospechas se apoderan del ánimo de D. Pedro, al echar de menos la presencia de Duguesclín.

—¿En dónde está?—pregunta á la puerta de la tienda.

—Ahora llegará: entrad—le responde Oliveros, fingiendo la mayor cortesanía.

Apéase D. Pedro y penetra en la tienda.

Allí estaba Beltrán Duguesclín, inmóvil y frío.

—Cabalgad—le dice impetuosamente el rey de Castilla.

No contesta el francés, y se siente un rumor harto sospechoso fuera de la tienda.

Vuélvese D. Pedro airado, y levanta, para salir, la tela que cubre la entrada.

Entonces ve la traición patente. El Begues de Villaines había ocupado la calzada, y así que D. Pedro penetró en la tienda la rodearon las *compañías blancas*, arrojándose tan de improviso sobre los caballeros que le acompañaban que no les dieron lugar á defenderse y se apoderaron de ellos.

Echa mano á su espada D. Pedro y le sujetan aquella mano antes que logre sacar el acero.

Y al mismo tiempo aparece en la tienda el Bastardo, armado de todas armas, y tan furioso que en los primeros momentos no descubre ó no conoce al que busca.

—¡Ah traidor y cobarde!—prorrumpe el rey de Castilla.—¿Aquí estáis?

Lánzase á él D. Enrique; estréchanse uno contra otro y caen rodando al suelo.

Ninguna arma tiene D. Pedro en sus manos, pero,

más fuerte, domina y aprieta contra el suelo á su hermano, impidiendo que le clave la daga con que le amenaza. Y no solamente logra impedirlo sino que, forcejeando, está á punto de apoderarse de aquel acero.

Mas Duguesclín interviene en este instante, del modo villano que le da tan triste celebridad en la Historia.

Ayuda al Bastardo á quitarse de encima á D. Pedro, y queda éste debajo.

—*Yo ni quito ni pongo rey, pero ayudo á mi señor.*

Con esas cínicas y memorables palabras acompaña su acción Duguesclin.

Con su ayuda, libre la daga en la mano de D. Enrique, y dominando éste al que acababa de dominarle, en vano ya D. Pedro ruge de furor. ¡Cómo se acordaría entonces del pobre sacerdote á quien mandó quemar vivo por haberle pronosticado que moriría á manos de su hermano!

El arma se tiñe en su sangre una y otra vez, y á los rugidos del furor sucede el estertor de la agonía. Por la ancha herida que ha abierto en su garganta salta un torrente de sangre que mancha el rostro del fratricida, el cual, ciego por la rabia, ó ebrio por la sangre, repite sus golpes, ya innecesarios, y le introduce la daga por el costado.

La Historia nos revela que llevó su saña el fratricida hasta cortarle la cabeza, y que no se retiró del lugar del crimen sino después de haber profanado con su planta al que, siquiera por ser ya cadáver, merecía mayor respeto.

Y ante el cadáver celebraron los partidarios de don Enrique un triunfo logrado por medios tan viles, mientras los caballeros que iban con D. Pedro eran encerrados en calabozos.

Tenía, á su muerte, treinta y cuatro años, y llevaba diez y nueve de reinado.

El cadáver fué conducido á la Puebla de Alcocer, donde estuvo hasta 1446. En este año fué trasladado al convento de Santo Domingo el Real, de Madrid, á ruegos de su nieta D.ª Constanza, priora del mismo, y en virtud de Cédula de D. Juan II. Se le enterró en la capilla mayor, y allí permaneció hasta el derribo del edificio.

El Museo de Antigüedades guarda hoy los restos de D. Pedro el Cruel y, aunque momificados, muestran indicios que concuerdan con la siguiente pintura que de él nos queda:

«Fué D. Pedro asaz grande de cuerpo, blanco y rubio, y ceceaba un poco en el habla: sufridor de mucho trabajo, cuando hacía camino, andaba al día veinticinco leguas.

»Era muy templado, y sin dolencia ninguna en el cuerpo, de hijada, ni de piedra, ni gota, ni otro dolor, ni de muelas; y era bien acostumbrado en su comer y beber; y dormía poco; y era lujurioso.»

Por más que su muerte puso término á una devastadora guerra civil, y por más que tengamos en cuenta lo siniestro de su vigorosa figura, nada atenúa nuestra indignación ante la villanía de su matador y la de sus cómplices, que fueron recompensados con una prodigalidad escandalosa. La Historia nos lo dice en estos términos:

«Partió de Montiel D. Enrique á los dos días de consumado el asesinato, recompensando largamente á los extranjeros que le ayudaron en su empresa. Beltrán Duguesclín recibió las doblas y los pueblos ofrecidos; Oliveros de Manny el señorío de Agreda; el Begues de Villaines el título de Conde de Rivadeo y la mano de una pariente de la casa de Guzmán; Arnaldo Soler la villa de Villalpando; Jope Rechón la de Aguilar de Campos.»

EL BASTARDO

DE

DON ÁLVARO DE LUNA

EL BASTARDO

DE

DON ÁLVARO DE LUNA

I

Remembranza

¿Quién que haya hojeado siquiera la Historia, no conoce algo de la del célebre favorito de D. Juan II? ¿Quién no recuerda la indeleble impresión de haber visto rodar en el cadalso aquella cabeza altiva que se alzaba sobre la del mismo rey?

Es una de las figuras de mayor relieve del siglo XV, uno de los ejemplos más elocuentes de las mudanzas de la fortuna, y un espejo en que deben mirarse los poderosos engreídos.

Pequeño de cuerpo; grande de espíritu; brazo de acero, que durante muchos años sirvió de apoyo y de cetro á aquel monarca débil, hasta que una mujer, la reina, le enseñó á prescindir de ese apoyo; férrea

voluntad que revelaría á un hombre de Estado, cuando enfrenaba á los facciosos de la nobleza, si él, á la vez, hubiera enfrenado los ímpetus de su propia soberbia; D. Álvaro de Luna ha dado á la tradición no menos alimento que á la Historia.

Su trágico fin inspira más interés que su vida extraordinaria, y hay más grandeza en la humildad de su muerte que en el apogeo de su poder.

«Tres veces—dice la Historia—D. Juan II había apartado de sí al hombre sobre quien descargaba el peso de los negocios del Estado, cediendo á sus émulos, y las tres había vuelto D. Álvaro de Luna al lado del rey, más influyente y poderoso que antes.

»Sin embargo, las cosas variaron con el segundo matrimonio de D. Juan y el odio que al condestable cobró la reina. El instrumento principal de la última y definitiva caída fué el contador del rey, Alonso Pérez de Vivero, á quien D. Álvaro había sacado de la nada, elevándole *de zapato á lazo,* como cuenta la Crónica del Maestre. Poco á poco el rey se fué mostrando desabrido con el favorito; y, como la gota horada la piedra, la reina y Vivero lograron perderle en su ánimo, y que se decidiese al cabo á prenderle.

»Así las cosas, llegó la Corte á Burgos, después de haber ya evitado el condestable alguna celada que se le tendiera. El rey se aposentó en las casas del obispo y el condestable en la de D. Pedro de Cartagena, hermano del prelado. Durante la estancia en Burgos debía el rey confirmar la merced de Duque de Trujillo, que había hecho á D. Álvaro, y de Conde de Ledesma á favor de su hijo natural D. Pedro de Luna; pero otros sucesos lo impidieron.

»Era llegada la cuaresma. El condestable, bien con el fin de que Alonso Pérez de Vivero se arrepintiese de su defección y se apartase de ella, bien para el caso de que, decidiéndose á darle muerte, no le sorprendiera en pecado, encargó á su servidor Fernando

de Rivadeneyra que indujese á Vivero á confesarse con ocasión de penitencia.

»Negóse el contador, respondiendo que nunca se había hallado en peor disposición para hacerlo. Entonces el condestable no quiso dilatar su venganza, y más sabiendo que ya se había despachado la orden á su mortal enemigo D. Álvaro de Zúñiga, para que viniese á Burgos con las lanzas de que disponía.»

Era idea muy propia de aquellos tiempos la de atenuar el crimen procurando para la víctima los auxilios espirituales; pero no se contaba la hipocresía entre los defectos de D. Álvaro de Luna. Aunque llevase á un extremo terrible su odio á Pérez de Vivero, ya hemos visto harto fundados los motivos de ese odio. Todo se lo debía aquel hombre á D. Álvaro, y, sin embargo, no trabajaba sino para perderle.

No estaba aún muy cerca de conseguirlo Vivero, cuando su muerte precipitó los sucesos.

II

Muerte de Vivero.—La consulta al astrólogo

Su relación es en extremo curiosa é interesante. En las crónicas de aquella época aparece con gran riqueza de detalles. Extractaremos los suficientes para nuestra tradición, ampliando otros en armonía con los caracteres y con las circunstancias.

La casa de Pedro de Cartagena, donde se hospedaba el condestable, tenía un alto mirador que la daba el aspecto de verdadera torre, y una baranda no muy segura, á causa de faltarle algunas barras. Así era fácil simular allí como casual accidente el precipitar á un hombre abajo.

Acordado entre el condestable, su escudero Rivadeneyra y su sobrino D. Juan de Luna dar muerte á

Alonso Pérez de Vivero, fué á llamarle Rivadeneyra, que era astuto; al efecto fingió que Cartagena debía tratar con él un asunto importante y que una indisposición le impedía salir de casa; pero se guardó muy bien de advertirle que allá le aguardaba D. Álvaro de Luna.

Cayó en el lazo D. Alonso; era el viernes santo; entró en la casa; se le hizo subir á la torre donde se encontraba el condestable, y tembló al verle.

Mostróle D. Álvaro unas cartas, y con calma glacial le preguntó:

—¿Conocéis esa letra?

—Es mía.

—Leedlas, Rivadeneyra—dijo el condestable á su escudero.

Las cartas contenían pruebas evidentes de las maquinaciones de Vivero contra D. Álvaro.

—¿Podréis disculparos?—interrogó el condestable clavándole una mirada que le hizo palidecer como si fuese una estocada mortal.

—Obedecía las órdenes de la reina—murmuró don Alonso.

—¡Mentís! Obedecisteis á vuestra vileza, que convirtió en hiel toda la gratitud que ese corazón me debía.

—¡Perdón, señor!...

—Que os perdone Dios, que yo no puedo perdonaros. Con tiempo os avisé de lo que os esperaba.

No dijeron más ni uno ni otro.

En seguida asieron de Alonso Pérez de Vivero, Rivadeneyra y D. Juan de Luna, y, junto con la baranda, le lanzaron de la torre abajo.

Dió en una sien, al caer, contra un pilar del puente, y cuando llegó á tierra ya estaba muerto.

Para simular el accidente dieron voces los matadores, bajando con precipitación la escalera, en actitud de socorrer al caído, y se arremolinaron la gente de la casa y la de afuera, contemplando el triste espectáculo.

El hecho ocurrió al oscurecer de aquel memorable día.

Bien lejos se hallaba de pensar D. Álvaro de Luna que aquella muerte hubiera de ser la causa de la suya. Era tan omnímodo su poder, á pesar de la enemistad de la reina, que no lo temía, aunque se descubriese el asesinato, tan perfectamente disimulado.

A lo más, le amenazaría el destierro ú otra parecida muestra de disfavor, á que ya le había habituado el débil monarca, por ceder algo á las intrigas palaciegas.

Esto pensaba D. Álvaro, y sin embargo recordó entonces con una insistencia involuntaria cierta aventura respecto al horóscopo de su suerte.

Había consultado por curiosidad á un famoso astrólogo, durante el tiempo en que su poder y su fortuna se hallaban en el apogeo. El adivino pronosticóle bienandanzas, y cansado D. Álvaro de la monotonía de esa clase de augurios, le dijo:

—Vamos más adelante: me has pronosticado cómo continuará mi vida, pero no me has dicho nada de la muerte.

El astrólogo permaneció silencioso.

—Tu ciencia, por lo visto, es harto limitada—continuó impaciente el favorito de D. Juan II.

—Ya me han revelado los astros el lugar de la muerte de Vuestra señoría—respondió el astrólogo con calma.

—¿Y nada más? Dímelo...

—Vuestra señoría morirá en Cadalso.

Dijo esto el consultor de los astros con tal tranquilidad y con tal acento de convicción, que entonces ni remotamente se le ocurrió á D. Álvaro la siniestra idea que evoca aquella palabra. Muy al contrario, sonrióse y replicó en estos términos:

—Bien puedo creerlo; Cadalso es uno de los pueblos más atractivos de mis señoríos, y en él paso alguna temporada.

Y, sin preguntar más, el condestable dió por terminada su consulta al famoso astrólogo.

III

La prisión

«Amanecía el 4 de abril de 1453—dice la Historia—cuando precipitadamente vinieron á llamar á las puertas de la casa del condestable. Era D. Álvaro de Cartagena, que venía asustado con la noticia de que se acercaba mucha gente armada, que había salido del castillo llevando al frente trompetas. Pero, creyendo el de Luna que, como corría el rumor de que los del castillo trataban de robar á los judíos conversos, se dirigían ahora á casa de D. Pedro de Cartagena, que lo era, amonestó á su hijo D. Álvaro que corrieran luego á ella, y que se defendiesen como hombres, que él los auxiliaría.

»En esto llegaron á las puertas hasta 200 hombres, que eran los que tocaban las trompetas y venían gritando: "¡Castilla! ¡Castilla! ¡Mueran los traidores! ¡Libertad del rey!»

»Venían á su frente D. Álvaro de Zúñiga, Iñigo de Zúñiga, su tío, alcaide del castillo de Burgos y Mosén Diego de Valera en medio de los dos. Llególes á la sazón orden del rey de no combatir la casa, sino de cercarla no más, para que no se escapase el condestable; pero Zúñiga, á quien disgustaba esta orden, no la cumplió muy bien.

»Habíase asomado á una ventana D. Álvaro de Luna, por ver lo que pasaba, tal como se hallaba, en jubón, cuando vino una ballesta á clavarse en el marco de la ventana.

»Metióse dentro D. Álvaro, y echando mano con Chacón y Sesé, dos de sus servidores, de unos pedazos de encina que había allí para arder, comenzaron á arrojarlos á los de la calle; de suerte que los apartaron un trecho. Despertaron luego á la gente, que

aun dormía; cerróse el postigo por donde había entrado D. Álvaro de Cartagena, y por donde los de fuera no habían osado penetrar, temiendo una emboscada; y, armados ya los del condestable, comenzaron á hacer fuego con espingardas y culebrinas, causando algún daño al enemigo.

»Envió entonces Zúñiga uno de los suyos al rey, pidiéndole permiso para combatir la casa. No lo concedió D. Juan: antes mandó que con sus soldados se metiesen en las casas fronteras para impedir la huída del condestable.

»Al fin, sabiendo D. Álvaro de Luna que el rey estaba á caballo en la plaza, con intención de no moverse de allí mientras no le prendiesen, quiso verle y le envió á decir cuán maravillado estaba de que así se dejase inducir por los que mal le servían; que los que ahora le rodeaban eran los mismos que en la batalla de Olmedo fueron á darle casi con las lanzas en los ojos; pero que, así y todo, él estaba dispuesto á hacer su voluntad: para lo cual esperaba que mandase alguno de los de su Consejo y casa, con quienes pudiera hablar.

»El rey le mandó al obispo de Burgos y á Ruy Díaz de Mendoza, para que se diera preso á ellos.

»D. Álvaro pidió seguro, y el rey, que á toda costa quería prenderle, lo prometió. Un fraile de Santiago, que andaba de una parte para otra, fué el que medió para las condiciones. Mas, apenas firmado y sellado por el rey este seguro, en el que prometía librar al condestable y á todos los suyos de muerte, lesión y prisión, y conservarles sus bienes y haciendas, cuando fué violado, despojando los emisarios del rey á D. Álvaro de sus armas, y poniéndole preso.

»D. Juan II se vino á comer muy tranquilamente á la casa de Pedro de Cartagena. Y cuéntase que enviando el condestable á pedir permiso para verle, el rey le hizo responder: *que se acordase como en cierta*

ocasión le había aconsejado que nunca se dejara ver del hombre á quien hubiera mandado prender.»

De modo que D. Juan II no sólo faltó á su palabra, como el más ruin de los hombres, sino que, violando el seguro de su sello y de su firma, se puso al nivel de cualquier pillastre redomado.

Motivos tenía D. Álvaro de Luna para conocerle bien, pero falló el conocimiento cuando más lo necesitaba. Debió saber que, si es muy deplorable en cualquier hombre la debilidad de carácter, en el que ciñe una corona y rige un Estado esa condición se hace tan funesta que no hay otra que resulte peor.

Hartos ejemplos ofrece la Historia de que la debilidad de los reyes principia por la tolerancia y suele acabar por la infamia.

Pero la maestra de la vida también nos enseña cómo se ofuscan, ó mejor dicho, cómo ciegan hombres de superior entendimiento, cuando las circunstancias, la suerte ó la fatalidad los impulsan hacia un fin desastroso.

D. Álvaro de Luna pudo librarse de la muerte afrentosa que le aguardaba, y en la cual ni remotamente hubiera pensado. Las mesnadas de sus señoríos formaban un ejército que, bajo el mando suyo, el del vencedor de Olmedo, hubiera enfrenado al poder que le amenazaba. No eran bastante fuertes contra él los que servían al odio de la reina, aunque se amparasen á la sombra del trono.

Hubiera él conocido los siniestros propósitos que infundieran en el ánimo de D. Juan II, y con afrontar resueltamente la situación al propio tiempo que resguardaba su vida, ninguno habría logrado resistirle con éxito, ni aun el solapado monarca que tanto le debía.

III

El reo y su paje

Llegamos al último acto del terrible drama.

No es necesario que acompañemos á D. Álvaro de Luna, desde el instante en que fué preso, cuando le condujeron, primeramente á Dueñas, y luego al castillo de Portillo, siguiendo siempre al rey.

Vamos á encontrarle en la cárcel de Valladolid, á donde últimamente le llevaron.

Aquí, sin apartarnos de la verdad histórica, es preciso que armonicemos la tradición con la leyenda.

La tradición revela que D. Álvaro tenía entre sus servidores un paje, mozo de unos diez y ocho años, á quien quería entrañablemente, como lo demostró en el mismo cadalso.

La leyenda dice que aquel paje era un hijo bastardo, fruto de los misteriosos y últimos amores del condestable.

Ni siquiera lo sospechaba el mozo, pero acreditaba su sangre correspondiendo á aquel cariño con el suyo, que aun hubo de acrecentarse más, al considerar la desgracia de su señor. Santiago se llamaba.

Le vemos acompañando en la prisión á D. Álvaro la tarde del 1.° de junio de 1453, víspera de la ejecución.

La habitación que ocupa el ilustre reo parece la celda de un convento, pero de un convento perteneciente á alguna orden de estrecha disciplina.

Es muy reducida, pero alta de techo, limpia y con una ventanilla para el paso de la luz y del aire.

Sobre una mesa de pino, un crucifijo pintado de negro.

La cama es un jergón de poco más de un dedo de

grueso, y no hay otros muebles que una escueta silla, de respaldo toscamente labrado.

El hombre que la ocupa nos inspira el respeto que una gran desgracia infunde.

Es el en otro tiempo omnipotente valido de don Juan II, condestable de Castilla y maestre de Santiago, vivo ejemplo de la instabilidad de lo humano.

No parece llegado á la ancianidad, aunque en pocos días su barba y sus cabellos se han cubierto de nieve. Su rostro, de un bronceado pálido, denuncia un vigor extraordinario. En la espaciosa frente nos sorprenden los hondos surcos que arrancan de entre sus cejas y que revelan un pensamiento dominado por las energías de la voluntad. La mirada fija de sus ojos oscuros nos lo confirma.

En pie, frente al preso, está su gallardo paje Santiago, y el dolor y la inquietud, que refleja su inteligente fisonomía, contrastan con la apacible serenidad de D. Álvaro.

Rasgos hay en aquella juvenil cabeza, de contorno griego, tan parecidos á la del condestable, que no es extraño que esta semejanza haya dado pábulo á las hablillas del vulgo.

—¿Nada más me cuentas, Santiago?—dice el preso, reanudando una conversación interrumpida.

—Señor, que, á pesar de vuestras órdenes, se empeñaban en venir á libertaros...

—¡Una locura!... Les agradezco la intención... ¡No quiero más sangre!...

—Pues D. Pedro asegura que, puestos de acuerdo con los que en la ciudad se han armado secretamente, podrían llegar hasta aquí...

—Y me encontrarían asesinado, porque esa orden tienen mis carceleros, para un caso semejante... No se han descuidado en advertírmelo...

—Señor, si os han despojado de vuestras armas, tomad este puñal que he traído oculto para vos... Atended á mi ruego... Dejadme avisarlos para esta

noche... Yo vendré antes, para encontrarme á vuestro lado si se atreven á penetrar aquí los asesinos...

—¡Oh! mi querido Santiago...—exclamó el condestable levantándose y estrechándole entre sus brazos.

—Defendiéndonos los dos, señor, quizás demos tiempo á que lleguen vuestros salvadores.

—No, no, mi generoso niño... Ni puedo admitir el sacrificio de tu vida, ni las de los muchos que perecerían en vano. ¡En vano, sí, porque se han reforzado las guardias, y, aunque mis valientes lograran penetrar hasta aquí, no me sacarían vivo! Prefiero la muerte en el cadalso á que me asesinen causando la vuestra. ¡No, no, ya gozo de un gran consuelo con esa abnegación que me demostráis!... Díselo así. ¿Lo oyes, Santiago? ¡Es preciso!

Sucedió un silencio angustioso.

A poco interrumpióle el sonido de timbales y la voz tonante del pregonero público.

—¿Oís, señor?—clamó Santiago.

Y al ansia de su expresión acompañaba la elocuencia de sus lágrimas.

—¡Sí! no se contenta el rey con mi muerte... Mi condena sólo ha sido el pretexto para apoderarse de todos mis bienes... ¿Y por qué? Por repartirlos entre los lobos de cuya voracidad yo le había librado á él y á su trono...

—¡Esos infames os despojan de cuanto poseíais!...

—¡Ah! que no se fíen del rey... que todavía es peor que ellos... ¡Harto tarde lo he conocido!

En esto, habiéndose alejado el pregonero, un sonido más triste sustituyó al de los timbales. Era el de unas campanillas que parecían rotas.

Entre el silencio sepulcral que interrumpían, sus repetidos sones resaltaban más secos y lúgubres.

—Es la hermandad de las Ánimas—murmuró tranquilamente D. Álvaro.—Pedirán para dedicarme unas misas. ¡Dios se lo pague!

—Unos piden para eso, y otros para otra cosa, señor. ¡Oh!...

Era tan grande la emoción del paje, que al mismo reo se la comunicó. Prestando entonces gran atención, ambos oyeron distintamente estas palabras:

—*¡Una limosna para enterrar á D. Álvaro de Luna!* (1).

Miróle el generoso paje... ¡cómo le vería que desbordándose los sollozos que ahogaban su pecho, le hicieron vacilar, y hubiera dado con su cuerpo en tierra, si el mismo D. Álvaro no hubiese acudido á sostenerle en sus brazos!

Así permanecieron breve rato estrechamente enlazados, sin articular una palabra.

Pero hablaban los sollozos del mancebo y los ojos humedecidos del que paternalmente le abrazaba.

Era un impulso de la naturaleza, un mutuo arranque irresistible del corazón.

—¡Hijo mío!—murmuró al fin D. Álvaro.

Y en la pálida frente del paje imprimió un beso, como el sello de su afecto de padre.. . . . . .

. . . . . .

IV

Ante el cadalso. — Doble tragedia

Es la mañana del día 2 de junio de 1453.

El pueblo entero de Valladolid hierve en la plaza del *Ochavo*, célebre desde aquel día, y en sus inmediaciones.

Aunque espaciosa, la plaza no puede contener ni la décima parte del gentío que la ha invadido.

En los balcones, en las ventanas y en las azoteas

(1) Es rigurosamente histórico el hecho de pedir limosna para enterrarle.

se apiñan tantas cabezas como las que se agitan en torno del cadalso.

Del inquieto oleaje brotan murmullos de impaciencia.

La multitud espera el espectáculo anunciado.

El telón ya está levantado, como quien dice, pero en el tablado no ven todavía más que á uno de los personajes.

Es el verdugo.

Indolentemente apoyado en el tajo fatal, pasea una mirada despreciativa sobre la muchedumbre.

Algunos con terror, y todos con inevitable fascinación, contemplan el traje rojo de aquel hombre, y observan que, sea por la reverberación del sol, sea por una extraña coincidencia, ello es que las manos, el rostro y hasta los ojos del verdugo aparecen de color de sangre.

Y corrientes súbitas de hielo cortan el hervor del gentío.

De pronto el oleaje oscila: un movimiento eléctrico se comunica á la vez á todas las partes de aquella muchedumbre.

Por una calle próxima se abre paso la comitiva que el verdugo aguarda.

Los timbaleros llevan sus instrumentos cubiertos de bayeta negra, y su redoble seco hace estremecer.

En pos del pregonero llaman la atención las dalmáticas rojas de los ministros de justicia.

Después triples hileras de soldados, cuyas armas, heridas por el sol, despiden fulgores deslumbrantes.

Y allá en el centro el reo, montado en una mula, y acompañado de su confesor.

Redoblan recio los timbales, y la comitiva se detiene á la entrada de la plaza. Es el aviso que precede á la voz del pregonero.

Penetre el lector conmigo entre los espectadores, y oigamos algo de lo que dicen los buenos vallisoletanos ante el terrible espectáculo que se prepara.

Frente por frente del cadalso descuella un grupo de los que muestran mayor interés y animación.

Le forman: un buhonero, que se ve en grandes aprietos para resguardar sus mercancías, aunque las lleva metidas en un estrecho zurrón, un hombre de armas, obligado continuamente á lucir sus puños de hierro en el flujo y reflujo de la muchedumbre, un labriego, y un matrimonio de tenderos que ha venido á presenciar la ejecución con flamantes trajes de días de fiesta. Ella es una morena bigotuda, y tiene trazas de ejercer en el matrimonio iniciativas incompatibles con la cachaza que demuestra su barrigudo compañero.

—Maese Diego—le dice el hombre de armas—mirad qué sereno camina el condestable... Me parece verle en los días de batalla. No había cabeza como la suya para dominar el peligro, ni cuerpo más firme sobre la silla. Yo le vi arrancar de la suya con su lanza á Gómez Sarmiento, que tenía siete pies, y doble fuerza que yo. Aunque es pequeño se crecía más que los gigantes.

—Lo que más me choca es lo humilde que va—responde el panzudo—cuando era tan soberbio...

—A ti te choca todo—le replica mal humorada su compañera.—D. Álvaro era soberbio con los grandes que se le atrevían...

—Pero también lo era con el rey, y... ¡ya ves en lo que para su soberbia!...—añade filosóficamente el tendero, señalando con un guiño el cadalso.

—¡Bah! echa humos quien puede—murmura el labriego.—Parece muy difícil contentar á los reyes... A fe que más excelente caballero que el anterior condestable no le he conocido en Castilla, y, sin embargo, le armaron tales tretas que por poco va también al cadalso...

—Le confiscó el rey sus bienes, y murió en Valencia desterrado, y puede decirse que de pena. ¡Ah! no quisiera yo verme en el pellejo del que suceda á don Álvaro.

La observación precedente ha salido de labios del buhonero.

—¡Y era este mismo rey, Diego! Vuelve á defenderle...—clama la bigotuda tendera.

—Calla, mujer, no nos comprometas...

No necesitaba mandárselo. En aquellos momentos subía el reo las gradas del cadalso y un silencio sepulcral reinó en todos los ámbitos de la plaza y en sus inmediaciones.

En seguida surgió otra figura que atrajo preferentemente la atención.

Era la del paje Santiago, á quien el gentío abría paso con cariñosa deferencia.

—Está más pálido que el condestable—observa el tendero.

—¿No veis cómo se le parece?—exclama el hombre de armas.

—¡Pobrecillo! ¡Cuánto quiere á su señor!—añade el labriego.

—Dicen que es su hijo, y debe ser verdad—murmura la tendera.

—¡Silencio!—gruñe un alguacil de los encargados de mantener el orden.

Hay que omitir ciertos detalles del terrible espectáculo, para concentrar la atención en la patética escena entre el reo y su paje; escena que merecería el pincel de uno de nuestros grandes artistas.

Los ministros de justicia vacilan unos momentos en acceder á la súplica de Santiago para despedirse de su señor. Se advierte el supremo esfuerzo del mancebo por contener sus lágrimas, á fin de no turbar la serenidad del reo en tales instantes.

Pero el mismo D. Álvaro de Luna pone término á aquella vacilación. Al ver á su querido paje, se aparta del confesor, le tiende los brazos, dominando su intensa emoción, y el abrazo estrecho, tiernísimo, se efectúa en la grada última del cadalso.

—¡Hijo mío!—murmura á su oído D. Álvaro.

—¡Padre mío!...

Y cuando estallan los sollozos del paje no hay quien no llore en aquel inmenso gentío.

¡Hasta el verdugo se conmueve!

Pero D. Álvaro de Luna conserva hasta el último momento su asombroso dominio de sí mismo. Sus ojos se han humedecido, pero cuando levanta la cabeza, apartando suavemente al mancebo, parece que ya están secos aquellos ojos.

En seguida se quita un anillo, que llevaba en la mano derecha, y se lo entrega diciendo:

—«Es lo único que te puedo dar.»

Estas palabras las conserva fielmente la tradición.

Todavía el desgraciado paje mostró ser digno hijo de tal padre en el esfuerzo supremo que hizo para no caer allí mismo.

Quisieron ayudarle á bajar las gradas del patíbulo, pero él rechazó la ayuda con un gesto.

Cuando acababa su descenso tambaleándose, el hacha del verdugo cortaba la cabeza de D. Álvaro de Luna.

Y como si el golpe seco, que hacía estremecer de horror á todos los espectadores, le hubiese alcanzado al infeliz mancebo en el corazón, cayó como herido del rayo al pie del cadalso.

Acudieron á socorrerle, pero ya era tarde.

Dudando algunos de lo que veían, tocaron su frente y sus sienes, descubriéronle el pecho, pusieron sus manos sobre su corazón.

¡Y encontraron el frío de la muerte!

LA VIRGEN DE LA AZUCENA

LA VIRGEN DE LA AZUCENA

Descubrimiento

Había oído yo que la noble familia de los Fuertes conservaba como oro en paño, en su casa señorial de la montaña, un manuscrito de gran precio, en castellano antiguo, y que este manuscrito venía á ser la confirmación de una de las leyendas más interesantes del país.

Dirigí hacia allá una de mis excursiones veraniegas, provisto de la recomendación correspondiente, y el resultado de mi visita no pudo ser más satisfactorio. Desde aquí renuevo la expresión de mi gratitud á aquella distinguida y hospitalaria familia.

He tenido que traducir el manuscrito al castellano corriente, pero sin alterar ni un ápice de su texto, en la parte esencial. Respecto á la forma, bien poco la he variado también, porque se echa de ver en seguida la sinceridad del narrador, y una notable armonía entre lo que cuenta y la manera de contarlo.

Véalo el lector.

I

La huérfana de Orbigo

Al invadir á España los árabes habían ido destruyendo ó desmantelando gran parte de las fortalezas y castillos que no hubieran podido resistir á su empuje, y cuya situación les exponía á un golpe de audacia por su alejamiento de las fronteras propias y su proximidad á las que guardaban valerosamente los defensores de la Cruz.

Uno de los pocos que se libraran de esta desgraciada suerte era, en el reino de León, el castillo de Orbigo. Construído por los romanos durante los últimos años de la dominación de Augusto, había sido el valladar más formidable contra las irrupciones de los bárbaros y el baluarte más seguro de las legiones del Imperio.

Luego que los árabes se hubieron posesionado de sus muros á costa de torrentes de sangre, de donde procede, según tradición, el bermejo color de sus cimientos; cuando hubieron inundado, en la arrogancia de su victoria, desde el ancho patio á los altivos adarves, desde la sala de armas hasta el sagrado retiro de la paz y de la oración, pararon de súbito sus insolentes pasos.

Fué que, al trasponer los umbrales de la capilla, habían visto un milagro.

Era un milagro de hermosura: una hurí incomparable estaba postrada de rodillas ante el Dios de los cristianos, al pie del altar donde se veneraba la imagen de Nuestro Señor Jesucristo.

¡Cuán abstraída se hallaría en su oración la hurí cristiana, aquel ángel de la gloria en el mundo, que ni había visto entrar á los mahometanos, ni los había sentido aproximarse!

Cuando el fragor del combate hacía retemblar espantosamente aquel asilo de la fe y de la piedad, ella concentró toda su vida y todo su espíritu en la oración, elevándose de la tierra en alas de la esperanza suprema. Y como su arrobamiento la alejaba del suelo, no veía la realidad en torno suyo.

Aquel prodigio de hermosura se llamaba Elvira Cifuentes, ilustre apellido al que su padre D. Juan daba entonces nuevos timbres gloriosos, muriendo como un héroe en defensa de su patria y del castillo que era mansión de sus mayores.

Pero Elvira ignoraba su desgracia, y cuando pedía á Dios con tanto fervor por la vida de su padre, sus oraciones servían para encomendarle su alma.

La lumbre de la esperanza no es más dulce que lo era entonces la mirada de sus ojos celestes, y es más grata al alma la riqueza de su ondulante cabellera que el brillo del oro á la codicia del avaro.

Ante sus mejillas no pudieran ufanarse las rosas, cuando abren sus cálices al beso de la aurora, y para representar la gentileza de su talle no bastarían ni la palma ni la azucena.

Así la encontró la centelleante mirada del caudillo que conducía á los árabes vencedores, y por esto se detuvieron de repente á la entrada de la capilla.

Pasados los primeros momentos de sorpresa y dejando el asombro plaza nuevamente á la audacia, muchos de ellos iban á precipitarse sobre la castellana, acaso á arrancarla vida y honra; pero un ademán del caudillo los hizo retroceder, rugiendo de cólera y despecho.

Otro movimiento imperioso les obligó á salir de la capilla, dejando solos á Elvira y á su jefe.

II

Un enemigo salvador

Aquel hombre, ante cuyo gesto habían temblado sus terribles guerreros, quedóse frente á la joven cristiana, trémulo como un niño á quien hubieran sorprendido en grave falta.

Al fin dió algunos pasos hacia ella. Elvira se levantó, brillando en sus ojos un valor sobrehumano.

No cayó desvanecida; no arrojó siquiera un grito de sorpresa ó de dolor. Miró serenamente al terrible enemigo de su religión y de su patria, y luego majestuosa, irresistible, sin mover los labios le ordenó que no profanase más con su presencia aquel templo, y que saliera en el acto.

El árabe no pudo obedecerla, bajo el imperio de la fascinación que le cegaba y el del sentimiento que le abrumaba. Postróse á sus pies, contemplándola de hito en hito como á una aparición sobrenatural, y parecía adorarla con todo el exaltado fanatismo de los de su raza.

Vió Elvira tanta exaltación y tuvo miedo, y su serenidad desapareció con igual rapidez con que había surgido.

Pretender la fuga ¡imposible! La puerta estaba guardada por los vencedores; y salvajes gritos de triunfo resonaban por todos los ámbitos del castillo, mezclados con los ayes de los moribundos.

Pensando en su padre, cayó anonadada, presintiendo su inmensa desgracia; pero el noble caudillo la recibió en sus brazos, besando con transportes de veneración y de entusiasmo los bordes de su brial, y las manos yertas que ella enlazaba, implorando piedad é hidalguía.

Amir se nombraba aquel hombre entre los suyos.

Era el compañero de armas predilecto de Tarik y uno de los capitanes que más se distinguieran en la memorable jornada del Guadalete.

Mandaba Amir las huestes que sitiaron el castillo de Orbigo, que fué entrado á sangre y fuego después de una porfiadísima resistencia, y en cuanto cayó su heroico defensor, el padre de Elvira. D. Juan de Cifuentes exhaló el último aliento pronunciando el nombre de su hija, con la angustia más penosa acerca de su suerte. Era aquella hija adorada el solo vástago que de su familia quedaba, y se había criado sin madre, muerta al darla á luz.

Sus deudos, ó habían perecido en la lucha contra el invasor, ó yacían en las mazmorras de la esclavitud; é igual suerte sufrieron en el asalto del castillo todos sus servidores.

Pero la Providencia la deparó un salvador en el mismo que la traía la desgracia y la ruina.

Amir, hidalgo como el más perfecto caballero cristiano, mandó que apagasen el incendio que principiaba á devorar el castillo, dió libertad á las doncellas y demás servidumbre de Elvira para que la atendiesen, devolvió los objetos preciosos que la arrebataran, y dispuso cuanto era necesario para el respeto y seguridad de la huérfana.

¡Ah! ¡si el noble caudillo árabe hubiese podido devolver la vida á su padre, á su enemigo! ¡Con qué placer la hubiera evitado el dolor inconsolable en que está sumida!

Elvira lo conoce y lee esos hermosos sentimientos en la varonil fisonomía de su salvador.

Él ha sacrificado su ansia de verla, teniendo la discreción de alejarse durante los días consagrados á su duelo y á los funerales de su padre; pero después, al verse ella objeto de protección tan extraordinaria y delicada, le hizo llamar para manifestarle su gratitud.

III

El amor de un héroe

En pie, los brazos cruzados, la cabeza inclinada sobre el pecho, es un tipo de los más bellos que representan la pujanza y la cultura de aquella raza que absorbió á España, y cuya sangre llevamos en nuestras venas.

Es alto, atlético, con gracia y con majestad. La vívida llama de sus ojos negros rasgados, parece alimentada por dos focos abrasadores, inextinguibles; y no puede hallarse nada más airoso y correcto que el contorno de su cabeza dominadora.

Es una figura de acero, que hace recordar al león del Sahara y pensar en la facilidad de las asombrosas conquistas de su raza, deplorando el enervamiento de la monarquía goda.

Elvira, por abrumadora que sea su desgracia, por amargura que entrañe su sentimiento, no puede menos de reparar, á través de sus lágrimas, en el continente hermoso de su protector enemigo, en la nobleza de su comportamiento y en la piedad y veneración que le inspira.

También ha visto la pasión en los ojos del joven caudillo, y se estremece de temor... ¡de temor de corresponderla!

Tenazmente resiste á la idea de amarle, y sin embargo, quizás le ama ya... Ello es que instintivamente gira su vista por la estancia, para cerciorarse de que no se encuentra sola con aquel hombre.

Por medio de intérprete, le manifiesta cuánto deplora la fatalidad de que un guerrero tan generoso haya acaudillado á los matadores de su padre, y cuánto siente que al recuerdo de los grandes é inolvidables beneficios que le debe, tenga que unir el de la sangre que los separa.

No es necesario intérprete: bien revela el rostro de Amir la emoción que le embarga al escuchar aquellas palabras, y bien reflejan sus ojos la elocuencia que comunica al intérprete:

—Dios, señora, es Todopoderoso, y lo mismo que ha creado una maravilla como la de vuestra hermosura, podrá dar á vuestro corazón felicidad y consuelo, después de penas tan grandes.

El corazón de Amir, señora, va en busca del vuestro, como buscan sus ojos el paraíso que los vuestros reflejan, con la avidez con que busca el ciervo herido las cristalinas aguas de la fuente.

Amir es vuestro esclavo ¡oh! la más peregrina de las huríes... Y ahora, de vos se despide, á fin de no turbar con su presencia la soledad de vuestra pena. Pero vendrá un día á suplicaros que consideréis cuánto desconsuelo tendrá la ausencia para quien os adora.

Pronunciadas estas palabras, el joven caudillo se despidió, con efecto, de Elvira, y ella conmovida, mostrando un rubor que asomaba á su semblante como la aurora de una nueva existencia, le tendió la mano cediendo á un impulso irresistible.

Era darle una esperanza.

Amir, enajenado, imprimió sus labios en aquella ansiada mano, con el fuego del amor y la pureza de la veneración.

IV

El triunfo

Y pasaron días y meses; y fueron innumerables para Elvira de Cifuentes las pruebas de la adoración del gallardo caudillo árabe.

Hizo él que artífices cristianos restaurasen el cas-

tillo de Orbigo, guarneciéndole con gente de su confianza, que obedecía en absoluto las órdenes de la castellana; erigió un magnífico mausoleo, en honor del padre de su amada y de sus guerreros, y buscó un sacerdote de la religión de Jesucristo, para que sustituyese en la capilla al que la guerra había arrebatado.

Y era lo más hermoso de estas acciones que las realizó sin ostentación.

El amor de Elvira fué creciendo al nivel de su gratitud, sin dar por su parte, prueba ostensible de correspondencia; antes parecía dominarse y hasta esconder su afecto.

Ella sabía que todas las noches, á altas horas, un hombre embozado en blanco alquicel, dezlizábase bajo el muro de una torre, en la cual estaba la ventana de su cámara.

Sin embargo, á tales horas nunca se abría aquella ventana.

Pero Elvira dejaba que brillase una luz detrás de ella.

Y como los corazones de los amantes suelen entenderse, aunque sea sin palabras, vió el árabe reanimarse la luz de su esperanza ante aquélla que surgía siempre para saludarle á la hora de su ronda misteriosa.

Y, por consecuencia, pensó que acaso Elvira quería corresponderle, pero no se atrevía, á causa del obstáculo de la religión.

No podía confiar en que ella abjurase la fe cristiana; pero él, el capitán predilecto de Tarik, tampoco podía renegar del Islamismo; sería renegar de su patria y cometer el crimen de traición.

Cuanto más luchaba con esta idea, más torturaba su espíritu y su corazón. Pero también amaba á Elvira cada vez más.

Había empezado por vencer una dificultad muy grande, aprender el idioma que ella hablaba. ¿No habría de vencerlas mayores?

En aquel idioma entonaba cántigas de amor al pie de su ventana, expresando su pasión inextinguible y lamentando la fatalidad que se le oponía.

Sintiéndose correspondido, admiraba la delicadeza con que la joven cristiana evitaba el hallarse á solas con él las poquísimas veces que se hablaban, y aquel hombre, con ser el tipo acabado de la más fogosa de las razas, sentíase subyugado por el encanto de su pudor aun más que por su hermosura.

Perteneciente á una religión en que se premia estimulando el sensualismo, y á un pueblo en que la mujer no representa sino el placer material, el amor de Elvira trastornaba completamente sus ideas; sentía elevarse su espíritu, y su corazón experimentaba las emociones de una nueva vida.

Por fin llegó el día en que el amor de Elvira adquirió un imperio tan absoluto sobre el alma de Amir, que lo antepuso á todo, al deber, á la religión y á las creencias.

Fué el día en que tuvo celos.

Había venido al castillo un caballero cristiano llamado D. Tello, pariente de Elvira: era mozo, y habiendo sabido la muerte de su padre acudía á ofrecerla sus servicios.

Ella agradecióle el ofrecimiento, pero sin invitarle á repetir sus visitas, que era lo que él deseaba principalmente, porque en seguida se echó de ver la gran inclinación que la tenía.

Llegó á noticia de Amir la venida del caballero cristiano, y al conocer su mocedad y bizarría sintió el aguijón de los celos, aunque sin motivo evidente, puesto que Elvira no daba pruebas de correspondencia á D. Tello. Creyó el caudillo árabe que, sin embargo de eso, con el tiempo debería variar la situación, y que tal vez ella se vería precisada á tomar estado; y ante esta consideración, solicitó de Elvira, por vez primera, una entrevista á solas.

Grande fué la sorpresa de la joven, pero los fuertes

latidos de su corazón confirmaron un presentimiento de venturas. No podía negarse á lo solicitado por amante tan respetuoso, y á quien debía la honra y la vida.

Solos ya, Amir se arrodilló á los pies de Elvira, lo mismo que ante imagen santa.

—¡Celestial cristiana—la dijo—has triunfado! ¿Me amas?

—¡Amir!... bien debéis conocer que os amo, pero no puedo ser vuestra... O seré la esposa de un cristiano, ó la de Nuestro Señor...

—¿Pero no te he dicho que has triunfado?—prorrumpió él con ardiente entusiasmo.

—¡Ah! ¡Gracias, Dios mío!—clamó la joven, uniendo sus manos y elevando su mirada en éxtasis.

Había comprendido lo que el enamorado caudillo se apresuró á confirmar, añadiendo:

—¡Por ti seré cristiano!

Y se apoderó de aquellas manos llenándolas de besos.

—Y no sólo abjuraré de mi religión para ser tu esposo, sino que, si lo exiges, haré más por merecerte.

—¿Qué harías, mi heroico Amir?...

—Combatir á los míos.

—No, no exijo que derrames la sangre de tus hermanos.

La noche de aquel día, cuando el guerrero árabe se encaminaba al pie de la torre, vió por vez primera abierta la ventana de Elvira.

Sobre el alféizar de la ventana brillaba una imagen de la Madre de Dios.

Y al rayar el alba del día siguiente, junto á la preciosa escultura había un ramo de Azucenas, recién cortadas.

Era una ofrenda del árabe convertido.

La leyenda nos dice que aquel ramo no se marchitó

nunca y que estuvo con la imagen muchísimos años en la capilla del castillo.

El sacerdote católico que bendijo la unión de los amantes dió á Amir el nombre más oportuno, el de Juan Bautista.

Elvira y su esposo fueron á Roma en peregrinación, y el noble converso logró el honor de ser confirmado por el Padre Santo, que le dió el apellido Fuerte.

Aun existen vástagos de tan esclarecida familia.

Y ninguno ha olvidado la popular leyenda *La Virgen de la Azucena*.

REY VALIENTE Y DESGRACIADO

REY VALIENTE Y DESGRACIADO

I

Cabras por perros.—La batalla de Lucena

Una noche de abril del año 1483 tuvo aviso el Conde de Cabra, D. Diego Fernández de Córdoba, de un suceso grave que requería todo su valor y toda su actividad.

Hallábase á la sazón en Baena, la ciudad donde había nacido, y el aviso le recibió por medio del telégrafo de aquellos tiempos belicosos: fogatas encendidas en los montes y en otras alturas.

Le revelaban dichas señales que los moros habían entrado en territorio cristiano.

Inmediatamente se previno para salir á campaña, y dió conocimiento de la grave nueva á los pueblos vecinos. Pero no aguardó sus auxilios, y salió para Cabra el día 21 con 1,200 peones y 250 jinetes de los más aguerridos de Baena, llevando á sus órdenes capitanes tan expertos como el alcaide mayor Pedro Fernández de la Membrilla, Pedro Gutiérrez de To-

rreblanca, que lo era del Alcázar, Juan Pérez de Valenzuela, Diego Fernández de Pinedo, alguacil mayor, y otros.

Llegó el Conde con su pequeño ejército á Cabra á poco más de las siete de la mañana, y no permitió la entrada en la población á los soldados, á fin de no entorpecer la rápida marcha que llevaba, mediante la cual había atravesado en mucho menos de tres horas las tres largas leguas que se cuentan entre Baena y Cabra.

En las afueras de ésta dió un breve descanso y un refrigerio á la tropa, y en seguida continuó su marcha por el camino de Lucena.

Pero en el momento de emprender esta ruta advirtió que, con la prisa, se le había olvidado el estandarte de Baena, que era el que solía llevar á las batallas; y para remediar ese olvido mandó sacar el de Cabra, que hacía muchos años no le llevaba consigo.

Este pendón tenía por divisa las armas de la ciudad, que son *dos cabras en campo azul.*

Al colocarle en medio del ejército le acompañaron dos compañías de Cabra, de á 150 peones, y un escuadrón de 50 jinetes, entre los cuales iban el alcaide Pedro González de Hoces, el mayordomo Alonso Bernal, los hijos de las principales familias de la población, Pedro Gómez de Aguilar y los suyos, los Atienzas, los Merinos, los Ascanios, los Cruces y los Cáceres, con otros nobles de diferentes casas.

Así unidas ambas huestes bajo la misma bandera, dieron vista á Lucena, que estaba sitiada por un ejército moro, á las órdenes del rey de Granada Boabdil.

Eran estas fuerzas cuatro veces más numerosas que las cristianas, y, atendiendo á esta circunstancia, para explicarse que la memorable jornada fuese tan adversa al monarca granadino, que en ella cayó prisionero, sufriendo pérdidas muy grandes, hay que tener en cuenta otras dos circunstancias: la una, que el Conde de Cabra supo sacar partido del ardimiento de

su pequeño y aguerrido ejército y engañar al enemigo respecto al número de sus soldados, valiéndose de su exacto conocimiento del terreno. Los desplegaba por los olivares de las inmediaciones, y los concentraba de pronto sobre las partes más quebradizas de la falange mora.

La otra circunstancia fué una casualidad; y aunque es bien sabida la influencia que ejerce en el éxito de las batallas, y en el de otros sucesos de monta, la casualidad, se nos haría increíble una muy decisiva que ocurrió en esta jornada de Lucena, á no ver confirmada la tradición no sólo por nuestros cronistas de aquel tiempo, entre ellos Hernando de Baeza, sino por los de los árabes.

Fué el caso que su viejo caudillo Aliatar, que acompañaba á Boabdil en la batalla, padeció una equivocación extraña, confundiendo las dos cabras que figuraban en el pendón de Cabra con los dos perros que hay en el de Úbeda: y como donde quiera que iban las fuerzas de Úbeda nunca faltaban las de la ciudad de Baeza, á causa de la fraternal unión de ambas poblaciones, dió por indudable su concurso el moro, y expuso á su rey la gravedad del caso, diciendo:

—Toda Andalucía viene en contra nuestra, señor; hasta Úbeda y Baeza.

Y la preocupación de un jefe tan valiente y experimentado, como era Aliatar, llevó el terror á sus huestes. Se imaginaron atacados por un ejército cuatro ó seis veces mayor que el suyo, cuando precisamente sucedía al contrario. Por consiguiente aflojó su resistencia, mientras sus enemigos se crecían, y la derrota fué sangrienta y humillante.

«Los alcaides de Baena, Cabra y Doña Mencía —dice la Historia—fueron siguiendo con algunos escuadrones á los moros fugitivos, mientras dos soldados que andaban á caza del botín, se apoderaron del rey Boabdil, que entregaron al Alcaide de los Donceles.»

Sin embargo, Boabdíl había peleado muy animosamente; pero por algo los historiadores árabes le llaman el *Zogoibí*, palabra que significa desventuradillo. Le cogieron prisionero por haberle matado el caballo.

Tanto el Conde de Cabra como sus capitanes le trataron con gran miramiento y consideración, no sólo atendiendo á su calidad sino á lo afable de su carácter y á la resignación con que sufrió su desgracia.

Cuenta la tradición que el Conde de Cabra pasó revista á su hueste victoriosa delante del rey prisionero, el cual conoció entonces el error de su caudillo. No acababa de creer Boabdil el testimonio de sus ojos, al revelarle cuán escasas fuerzas habían vencido á su ejército. En tal circunstancia, á pesar de hallarse en presencia de sus enemigos, no pudo contener su dolor y prorrumpió en esta exclamación:

—¡Oh Aliatar, Aliatar, la debilidad de tu vista es la causa del principio de nuestra ruina!

II

La profecía del «Desventuradillo»

Y el último rey de Granada acertó en su triste profecía.

No faltarán lectores que, al recordar la rendición de Granada, y la simpática figura de aquel rey entregándose á los Reyes Católicos, á la vez que les presenta las llaves de la poética ciudad, cerca de nueve años después de la batalla de Lucena, se extrañen de verle en libertad después de haber caído prisionero en dicha batalla.

Para explicarlo conviene abrir las páginas de la Historia.

El año 1483 había dos reyes en Granada: uno, el

padre de Boabdil, Muley-Abul-Hacén, que era el legítimo, y otro un usurpador, el mismo Boabdil, elevado al trono por una rebelión, mientras su padre estaba en la Alpujarra.

«Los Reyes Católicos, cuando Boabdil fué hecho prisionero en Lucena, se valieron de tal coyuntura —dice Hernando de Baeza—para hacerle su vasallo y convenir con él la entrega de Granada.

»Muley-Abul-Hacén, sabida la prisión de su hijo, envió mensajeros á Granada con perdón general para sus enemigos, y fué de nuevo aclamado y recibido con su hermano Abu-Abdil-lah, por sobrenombre el *Zagal*.»

Nada más terrible que los últimos días de Muley-Hacén: murió ciego y loco de remordimientos, por haber mandado matar á otro hijo rebelde que se había encerrado en Almería con su madre, la altiva Aixa. El *Zagal*, cuando vió el estado de su hermano Muley-Hacen, le envió á Solobreña, donde falleció. Fué enterrado en la Alhambra, sin pompa ni ceremonia.

«Boabdil, favorecido por los Reyes Católicos—continúa la Historia—y puesto en libertad, vino entonces de la frontera y penetró en el Albaicín (1) donde le reconocieron nuevamente por su rey natural.»

Hay que advertir que el cronista Hernando de Baeza había sido designado por los Reyes Católicos para sus tratos con Boabdil y, por consiguiente, es testigo de mayor excepción. Después de contar el mencionado reconocimiento de Boabdil, dice:

«Pusieron mucho recaudo cerrando las puertas que estaban entre el Albaicín y la ciudad, arrimando á las puertas de madera, piedra y tierra y muchos maderos, para que los de la ciudad no pudiesen pasar á ellos. Así estuvo el rey en el Albaicín peleando con el rey su tío, que estaba en la ciudad, por espacio de

(1) Barrio granadino.

un año, poco más ó menos, y los Católicos Reyes le favorecieron.

»Durante esta larga y penosa contienda dentro de la misma Granada, atacó el *Zagal* dividiendo sus gentes, á fin de que unos acometieran por la puerta de Elvira y otros por la del *Solesillo*, ó de Guadix, para distraer á ambos puntos extremos las fuerzas de su adversario.

»Pero todos estos combates fueron infructuosos, hasta que, habiendo sentado los Reyes Católicos su campo contra Vélez Málaga, los faquíes y vecinos principales excitaron el celo del *Zagal*, para que acudiese al socorro de aquella ciudad, ofreciéndole mantener á su devoción la de Granada.

»Esta, sin embargo, alzóse á favor de su sobrino, apenas aquél hubo salido, y bajando hacia la puerta de Elvira, entró su *mezuar* pregonando el perdón acostumbrado.

»El rey se metió en la Alcazaba en las casas que ahora son del marqués de Cenete, y allí fueron luego todos los alfaquíes y viejos de la ciudad, á darle la obediencia, en nombre del pueblo, y á besarle el pie.»

Mas luego, para acatarle cual monarca, el pueblo granadino obligó á Boabdil á romper ó á dar por rotos sus tratos con los cristianos. Y hay que convenir en que la falta de patriotismo que tales tratos denunciaban, y que no era disculpable ni aun al precio de recobrar su libertad, supo compensarla el último rey de Granada con el valor que mostró, durante el sitio, en defensa de la ciudad.

Y si la tradición conserva las palabras amargas que le dijo su madre, la sultana Aixa, en el alto del Padul, al dar á Granada el último adiós, cuando ardientes lágrimas acompañaron al memorable *suspiro del moro*, la Historia ha probado la gran injusticia de aquellas palabras:

—*Llora como mujer, ya que no has sabido defenderla como hombre.*

A la misma Aixa la constaba que no eran motivadas. Y, sino, veámoslo:

Una de las más elocuentes demostraciones del valor de Boabdil es lo que ocurrió al saberse en Granada la decisión de la reina Isabel de establecerse con sus hijos en el real de Santa Fe, entre el ejército sitiador. Entonces hasta los granadinos más animosos consideraron irremisible la pérdida de su hermosa patria.

Hernando de Baeza describe con curiosísimos pormenores las escenas que en tal circunstancia sucedieron en el alcázar de la Alhambra.

De su relación tomamos lo siguiente:

«Boabdil acordó con sus caballeros salir con la más gente que pudiera, y dar batalla, y morir todos antes que recibir tal afrenta, que una ciudad tan grande se entregase así.

»Con este acuerdo otro día de mañana el rey se levantó, y adobó su cuerpo como suelen hacer los moros cuando se ponen á peligro de muerte, y pidió sus armas; y á la puerta de la sala de la Torre de Comares, siendo presentes su madre, mujer y hermanos, cuando se acabó de armar pidió la mano á su madre, y dijo que le diese su bendición.

»Movió tal actitud una tierna porfía entre el hijo y la madre, que intentaba disuadirlo de su extrema resolución, á cuyas razones el desgraciado monarca respondió: «*Señora: muy mejor es morir de una vez que, viviendo, morir muchas veces.*»

»Salió de Granada y se lanzó contra los cristianos al frente de sus jinetes y peones, peleando en primera fila y dando á los suyos repetidas muestras de valor y de osadía. Pero, derrotado al fin, sólo pudo salvarse de un segundo cautiverio merced á la velocidad de su caballo, que le condujo á la ciudad.

»El embajador francés, que acompañaba al real castellano, presenció el combate, y quedó admirado de la tenacidad con que los moros defendieron palmo

á palmo su terreno, apoyándose en cada tapia y cada árbol de la extensa Vega.

»Fué ésta teatro de repetidos encuentros, hasta que, al cabo de ocho meses de sitio, tuvo que rendirse la ciudad, principalmente por falta de subsistencias.

»De mil y doscientos cincuenta caballeros que había en la ciudad, al tiempo que el rey D. Fernando asentó sobre ella su real, no se hallaron más de ciento cincuenta el día de la entrega.

»La capital del antes poderoso reino—dice Jerónimo de Zurita—se hallaba desposeída de todo el territorio de su antigua soberanía, desfigurada y desecha como cabeza sin cuerpo y sin brazos.»

Y, puesto que Boabdil había sido el alma de la defensa, bien merece el recuerdo que en esta tradición se le consagra.

Le llamaron *El Chico* por su corta estatura, y el famoso cuadro de Pradilla «La Rendición de Granada» ha popularizado su figura, sus ojos árabes y su triste continente.

Pero no era pequeño el ánimo de aquel rey tan valiente como desgraciado.

«FUENTE-OVEJUNA LE MATÓ»

«FUENTE-OVEJUNA LE MATÓ»

Antecedentes

Cerca del nudo que forman Sierra-Morena y la Sierra de los Santos, sobre una colina dominante de extensa y amenísima llanura, entre cerros coronados de atalayas ruinosas, álzase la villa de Fuente-Ovejuna: y aun se diría que la guarda, como la guarnece, el en otros tiempos fortísimo castillo, con ayuda de un ancho cinto de muros, que no serían del todo despreciables á la artillería.

Ya en la época de la dominación romana tuvo importancia notoria la población, cuando el municipio se llamaba *Melliarense*, á causa de la abundancia de las mieles en la comarca.

La noticia de su riqueza no es ajena al interés extraordinario de nuestra tradición. Toda aquella parte de la Sierra cordobesa brinda á sus moradores con fertilidad prodigiosa. Aparte de los naranjales, olivares, granados, higuerales, cidras damasquinas y moreras de que se cubren sus faldas, aun negligentemente labradas, produce la montaña, sin intervención

de la mano del hombre, arrayanes, lentiscos, algarrobos, almezos de dulcísimo fruto, avellanos, castaños, pinos y acebuches.

Fórmanse, también naturalmente, numerosos colmenares en las concavidades de sus peñas. El jabalí, el gamo, el ciervo, el conejo, la perdiz, el zorzal, el tordo y el estornino, amigos de los cañaverales, estimulan al cazador á sus gratas fatigas; y los criaderos de plata, oro, cobre, azogue y carbón de piedra, que las entrañas de sus montes contienen, son poderoso incentivo á la laboriosidad de sus mineros.

Como es tan propia y tan fecunda la riqueza de aquella tierra, en casi todos los tiempos gozó de bienestar; y fácil es figurarse lo que debió ser en el próspero reinado de los Reyes Católicos, cuando empezaban á consolidarse entre el pueblo los principios del derecho común, á la sombra de la fortaleza del poder real.

Hubo, sin embargo, en aquella época un Comendador de Calatrava y Conde de Fuente-Ovejuna, don Fernando Gómez de Guzmán, que la empobreció por su tiranía y fué causa del tremendo drama que todavía hoy recuerdan todos sus vecinos, sin distinción, con los detalles más conmovedores.

I

Zozobra.—Bermudo

Era el año 1476. El Conde de Fuente-Ovejuna cometía contra sus moradores toda suerte de atropellos y desmanes. Toleraba que sus soldados devorasen las haciendas y deshonrasen los hogares: y él mismo se envilecía, y deshonraba sobre todo su alta dignidad de Comendador de Calatrava, arrebatando á los vecinos sus mujeres é hijas.

Tan insufrible tiranía hizo fermentar el motín. La mina de la indignación popular tanto se había cargado que, cuando estallase, los efectos debían ser espantosos.

Y precisamente un minero debía hacerla estallar.

El chispazo brotó del amor, de su amor atrozmente ofendido.

Bermudo se nombraba; era uno de los mozos más fuertes y gallardos de la comarca, y uno de los capataces más laboriosos é inteligentes de las minas.

Habíase prendado de Anita, hija única de un labrador acomodado, y el pueblo se hacía lenguas de la boda en proyecto, porque la honradez y la hermosura de ella correspondían perfectamente á los méritos del mozo.

El domingo de Pascua de Resurrección, era el día designado para consagrar la ventura de ambos.

La víspera, Bermudo, en cuanto acabó su trabajo, salió de la mina, se encaminó á un naranjal próximo y, después de hacer un precioso ramo de las flores características de la pureza, salió en busca de Anita, ebrio de alegría, para entregárselo.

La casa del labrador no distaba mucho de la suya: así no tardó en ver que Anita ni le esperaba, como otras veces, ni estaba con su padre.

Era la caída de la tarde, una tarde primaveral, una hora en que las gentes circulaban en todas direcciones por aquella hermosa campiña.

Por consiguiente no debía extrañar la ausencia de Anita.

Sin embargo, Bermudo sintió estremecérsele el corazón, y que le invadía una pena extraña, pues no se daba cuenta de ella, y el señor Geromo, su futuro suegro, estaba tranquilo.

—¿Y Anita?—le preguntó.

—Pronto estará de vuelta. Ha ido á llevar el regalito de Pascua á su ahijada...

—¿A Paquilla?

—Sí; la pobrecica perdió á su madre; y como Anita sabe muy bien, desde la edad de tres años, lo que es echarla de menos...

Bermudo interrumpió á quien trataba como á su padre, diciendo:

—Pero la casa de Paquilla está lejos...

—Es un corto paseo, muchacho...

—Y hay por allá uno de los caminos más frecuentados por la gente del Conde...

—¡Bah! pero también andan amigos nuestros... y otras veces ha ido Anita... A estas horas no tengas cuidado...

—Sin embargo, no estoy tan tranquilo como V...

—¡Pues, hijo, si mi ejemplo no te calma...!

—¿Hace mucho que ha salido?

—Media hora escasa: en seguida la verás, que me ha dicho que se hallaría aquí antes de que oscurezca...

—Voy á buscarla.

—Como quieras, hijo mío. Mañana os casáis: nada tendrá que decir la gente, si os ve solos... Te acompañaré hasta la salida del pueblo.

Y así lo hizo el señor Geromo, teniendo que avivar mucho el paso para ir al lado del novio de su hija, pero continuaba hablándole en estos términos:

—Los sabuesos del Conde no han entrado nunca en mi vedado, ni creo que se atrevan jamás... Saben que pecho todavía más de lo que debiera, y saben también que, gracias al respeto que merezco á los compañeros, he evitado al Comendador más de un disgusto gordo...

—Y aun puede asegurarse, padre, que le debe á usted la vida ese tirano maldito...

—Sí, casi solo iba el día que estalló la furia del pueblo por los atropellos de la familia del pobre Manco... Y, como yo no hubiera logrado contenerlos, demostrándoles que luego pagarían justos por pecadores...

—Le hubiesen hecho pedazos... ¡Lástima!

—Hijo mío, aunque ese hombre y sus infames favoritos merezcan cien veces la muerte, su asesinato por el pueblo sería una gran calamidad para todos nosotros.

—¡Mayores son los males que viene causando!...

—Pronto acabaremos con ellos de otro modo. Hemos enviado á Córdoba nuestras representaciones, y tengo noticia de que serán apoyadas ante los reyes, y entonces... como D. Fernando y D.ª Isabel son justos...

—Si les dejan hacer justicia, padre... El Comendador es poderoso y tiene en la Corte valedores que harán parecer lo negro como blanco...

En esto llegaron á la salida del pueblo, y el señor Geromo se volvió con la misma tranquilidad con que estaba en su casa, diciendo á Bermudo:

—Vaya, os espero en seguida...

Y, después de haber dado algunos pasos, añadió sonriente, alzando la voz:

—Si tú no me la entretienes...

El joven minero no respondió, limitándose á despedirse con un gesto.

Al quedar solo, su andar rápido se convirtió en carrera, y corriendo salvó la distancia que le separaba de la casa de Paquilla.

¡Alas hubiera querido tener; alas con el impulso de la zozobra que experimentaba, á pesar de la tranquilidad del señor Geromo y de las seguridades que le diera contra sus temores!

II

Rapto y salvación

Su primera sorpresa, la que dió fundamento á sus inquietudes fué el ver á Paquilla, la ahijada de Anita, sola á la puerta de la casa.

Era una graciosa morenita de unos cinco años, vivaracha y locuaz.

En cuanto divisó á Bermudo, levantó su delantal, metiendo dentro precipitadamente algunos objetos, juguetes y golosinas, y voló á su encuentro como pájaro alegre, pregonando que aquellos eran los regalos de su madrina.

—¿Dónde está tu madrina?—preguntó bruscamente el mozo.

—¿Pues no la ha visto V.?—clamó la niña.

—¡Si vengo á buscarla!...

La pequeñuela le miró con tan ingenua expresión de asombro como si oyese que no era Anita quien la había dado aquellos juguetes y golosinas que la pobrecilla le mostraba con tanta alegría.

—¡Respóndeme al momento, Paquilla! ¿De qué te asombras?

—¡Toma!... de que no la haya encontrado V., viniendo por el mismo camino, porque la madrina se ha vuelto á su casa.

—¡Oh! ¿Estás segura? ¿La has visto tú, hija mía?

—Yo la he visto salir de aquí, pero nada más, porque entonces me llamó tía Antonia, y fuí corriendo allá dentro á enseñarla los regalos de la madrina... ¡Mire V. qué hermoso niño! Yo le voy á hacer su cunita...

La niña suspendió su charla, porque Bermudo ya no la oía. Habíase lanzado á campo travieso en dirección á un bosque detrás del cual se alzaba el fuerte castillo sobre un cerro.

No había entrado en la casa á ver á la tía Antonia, por ser ésta una mujer medio idiota que, en lugar de servirle, le hubiera hecho perder un tiempo precioso.

A poco de haber penetrado en el bosque sintió el relincho de un caballo. En otras circunstancias no habría parado en eso su atención, pero entonces le hizo experimentar una emoción tan violenta que tuvo

que detenerse unos momentos, á la vez que se orientaba respecto á la dirección del sonido.

Pronto la averiguó. Una nube de sangre cubrió sus ojos, al ver á dos jinetes que avanzaban al trote hacia el castillo por una senda del bosque. Anita, atada y amordazada, estaba en poder de uno de ellos, que era un capitán, favorito del Conde de Fuente-Ovejuna.

—¡El infame Rojo!

Antes que éste viera á Bermudo, le descubrieron los ojos de Anita, que hizo un esfuerzo supremo para romper los lazos que la sujetaban y saltar del caballo. No lo consiguió, pero con este movimiento ayudó eficazmente á la acción de su novio porque, obligando al Rojo á asegurarla, no le dió lugar á defenderse de la acometida de Bermudo.

El joven minero, ágil como hercúleo, saltó á la grupa del caballo y clavó al Rojo un gran cuchillo, diciendo:

—¡Te mato como infame traidor: por la espalda!

El golpe fué tan certero que no tuvo que secundar; le había atravesado el corazón.

Antes de poder cortar las ligaduras de Anita se vió en la precisión de parar con su cuchillo, y muy difícilmente, un mandoble que le descargó el otro jinete.

La lucha hubiera sido muy desigual por la diferencia de las armas y porque Bermudo no quería separarse un instante de Anita; pero le ocurrió la oportuna idea de improvisarse un escudo con el cadáver del capitán.

Entonces se encabritó el caballo del que le acometía, y á éste le arrojó el minero su cuchillo con la destreza con que lo manejan los hombres del pueblo andaluz.

El cuchillo le quedó clavado en el pecho.

El encabritado bruto partió momentos después, disparado como una flecha.

La herida del jinete debía ser muy grave, pero no

mortal, puesto que no cayó, y Bermudo vióle hacer esfuerzos desesperados por sostenerse sobre su desbocada cabalgadura.

—¡Mi Bermudo!—murmuró Anita.

Y no pudo decir más. Las terribles emociones que en tan breve espacio había experimentado y la misma ventura de aquellos momentos de ver salvada su honra tan providencialmente, la hicieron desfallecer.

Cuando su novio acababa de cortar las ligaduras, tuvo necesidad de estrecharla en sus brazos sobre el caballo, para que no cayese. Estaba desmayada.

El caballo del raptor era entonces, para él, un elemento precioso, para librarse de una persecución inminente.

III

Anita

Fué tan rápida su carrera que en breve rato llegó Bermudo con su dulce carga á casa de su futuro suegro.

Aun no había vuelto Anita de su desmayo cuando el señor Geromo la recibió en sus brazos paternales con el asombro y sobresalto consiguientes.

Mientras la hacían volver en sí, Bermudo le refirió lo que acababa de suceder y exclamó:

—¿Y ahora, padre, seguiréis soportando al Conde y á sus favoritos?

—¡Oh! no.

—¿No ha sonado la hora del castigo y de la venganza?

—¡Sí, Bermudo!

Y á esta afirmación daba energía terrible la mirada del padre ofendido, precisamente á tiempo en que Anita volvía en sí.

Abrazóse la joven al cuello de él, llorando, y tan pronto volvía los ojos á contemplar amorosamente al elegido de su corazón como tornaba la mirada hacia la puerta con expresión de terror.

—No tengas miedo, Anita, no se atreverán á venir á esta casa—dijo el señor Geromo.—Quizás mañana penetremos nosotros en su castillo.

—¡Sí, mañana! gritó el minero.

—Puesto que ya te hallas más calmada, cuéntanos, hija mía, lo que pasó antes que llegase Bermudo.

—Me había despedido de Paquilla, á quien acababa de llamar la tía Antonia, y emprendía ya el camino de vuelta cuando se me presentó un mendiguillo muy lloroso, pidiéndome que le ayudase á levantar á su abuelo, que se había caído en una zanja próxima.

Yo le creí, porque aquel tunantuelo fingía admirablemente, y cuando llegamos á la zanja no había tal abuelo, pero allí estaban escondidos el capitán Rojo y otro...

—Tan bueno como él—dijo Bermudo interrumpiéndola y dirigiéndose al señor Geromo—el Lobezno. Ha llevado mi cuchillo clavado en el pecho. Si vive todavía, no dejará de venir á buscarme con una buena escolta; pero veremos quién llega más á tiempo, él ó yo.

—Sigue, hija mía.

—No me fué posible huir, porque en el momento de inclinarme sobre la zanja, me cogieron de un brazo; todavía me duele del tirón que dí inutilmente. En seguida me ataron y me amordazaron.

La joven calló, porque la indignación ahogaba su voz.

—¡Anita, habla!... ¿Y esos infames...?

—Si he salvado la honra lo debo á Dios, y á que esos infames disputaron entre sí... El Rojo entonces temió llamar la atención, aunque me habían arrojado dentro de la zanja, y propuso al otro llevarme en seguida al castillo donde echarían suertes...

—¡Ah! Bermudo, hijo mío. ¡Bendita sea la hora en que atravesaste el corazón de aquel miserable, y ojalá que el otro...!

—¡Padre! interrumpió Anita, demos gracias á Dios, que me envió á Bermudo...

Y la joven cayó de rodillas ante un crucifijo que ornaba la estancia, en tanto que su padre y su novio entraban en otra inmediata, á tratar de su proyecto de justicia y venganza populares.

El señor Geromo, á quien antes del atentado contra su hija, hemos visto partidario de los medios pacíficos para acabar con la tiranía del conde de Fuente-Ovejuna, ahora compite con Bermudo en decisión para acudir á la violencia. Con el lenguaje gráfico en que tan felizmente expresa el pueblo sus energías, le dijo:

—No somos más que dos para preparar la obra, pero bastan dos ruedas para que ande un carro. Tú te encargas de los mineros; yo de los labriegos. No se necesita mucho esfuerzo para convencer á gentes que arden en deseos de colgar de las almenas á toda la jauría del señor, y de despacharle á él mismo á lo caballero, para que no diga que se va de este mundo sin haberle guardado las debidas consideraciones. Pero no hay que perder ni un momento.

—Sí—respondió el minero—tenemos que trabajar toda la noche en la preparación de la mina, si ha de reventar mañana... Vamos.

—Y nos llevaremos á Anita de aquí, porque ni tú ni yo podemos permanecer en nuestras casas.

Ya no hablaron de su proyecto sino para advertir á Anita que hiciese un paquete con lo más precioso que hubiera en casa, para llevárselo.

Poco después salían á caballo cautelosamente los dos jefes de la conspiración popular.

Anita iba con su novio, á la grupa.

Los conducía el mismo caballo en que el capitán Rojo había intentado raptarla.

IV

La venganza popular

Llegó el día de la Pascua de 1476.

Los jefes de la sublevación habían realizado la primera parte de su proyecto, reunir más de mil hombres fuertes y resueltos á ejecutarlo.

Menos difícil era en proporción realizar la segunda parte, el asalto del castillo.

D. Fernando Gómez de Guzmán, Comendador de Calatrava y Conde de Fuente-Ovejuna, estaba tan lejos de figurarse en el pueblo la audacia suficiente para atacarle, que descuidaba las precauciones de defensa de su castillo algo más de lo que aconseja la prudencia. Como durante aquella época ya se había perdido el temor á los moros en el antiguo reino de Córdoba, no influía en el ánimo de aquel despótico castellano ninguna contingencia de lucha con enemigo alguno, y su desprecio á los pecheros era tan desmedido como el peso de su tiranía.

La señal primera de la explosión popular fué la muerte de los satélites del Conde enviados por éste en busca del matador del capitán Rojo. Ignorantes de lo que se tramaba, habíanse presentado á cumplir la orden de su amo con la acostumbrada insolencia, aun recargando más su papel con la apariencia de justicia que les guiaba, y por ser el muerto tan querido de su señor.

Pero el pueblo recordaba demasiado los crímenes del Rojo y su complicidad en los del Comendador, para que consintiese en entregar á sus verdugos á quien le había librado del odioso favorito. Aquellos hombres no se limitaban á insultar y amenazar á los vasallos de su amo; les apaleaban y herían; por esto la terrible justicia popular empezó por ellos.

Bermudo y el señor Geromo, ya aclamados como jefes, pusieron gran cuidado en evitar que llegase al castillo la noticia de aquellas muertes, mientras se iban reuniendo sus fuerzas.

Sabían que el Conde se disponía á salir con varios amigos y una fuerte escolta, y esta salida era la ocasión que aguardaban para el ataque.

El plan de Bermudo era acometerlos cuando estuviesen pasando por el puente levadizo. Por confiado que fuese el Conde, y por mucho que despreciase á sus pecheros, no hubiera dejado de prevenirse y tomar alguna medida de defensa, en el caso de conocer lo que le ocultaban.

Así, pues, el minero dispuso que sus fuerzas fuesen pasando á la deshilada, con objeto de concentrarlas con el mayor disimulo entre el boscaje de los alrededores del castillo.

Entretanto se formaba la comitiva del Conde en el ancho patio de la fortaleza, piafaban de impaciencia los caballos, ricamente enjaezados, y los jinetes rivalizaban en demostraciones de algazara.

Entre ellos había algunas damas, que se distinguían por su desembarazo no menos que por su arreo. Pero tales damas no pertenecían á la familia de D. Fernando Gómez de Guzmán: si este hombre hubiera tenido familia, probablemente no habría sido un tirano tan aborrecible. Su corazón estaba endurecido por la soberbia y el egoísmo, y su alma gangrenada por los vicios.

A las ocho de la mañana pusiéronse en movimiento los del castillo, saliendo delante unos cuarenta hombres de armas, que pasaron el puente al trote.

Las huestes de Bermudo los vieron desde sus escondites y no se movieron.

—Dejad que esos se alejen—dijo el minero á los suyos—nos interpondremos entre ellos y los que aparecen ahora, y cuando quieran volver sobre nosotros ya estaremos dentro del castillo.

En efecto, entonces salía el Conde con lo más lucido de la cabalgata, tras de la cual asomaban las lanzas de otro numeroso grupo de hombres de armas.

D. Fernando Gómez de Guzmán era alto y membrudo, moreno, de dura mirada y grande y aguileña nariz, cuyas ventanas entreabiertas parecían olfatear la sangre, cuando levantaba su orgullosa cabeza.

Detúvose en medio del puente, ocupado ya del todo por su comitiva, imitáronle los demás y entre profundo silencio, preguntó á un escudero con acento agrio:

—¿No han traído al asesino del Rojo?

Como la voz era fuerte y el sitio á propósito para la difusión del sonido, la oyeron perfectamente algunos de los de Bermudo. Este, al enterarse, hizo la señal que ansiosamente aguardaban los suyos, que era agitar una bandera roja. Al propio tiempo dijo con acento estentóreo:

—Yo mismo responderé al Conde. ¡A ver si me pueden coger!

Y en los momentos en que el castellano lanzaba un voto furibundo, á causa de la respuesta negativa del escudero, centenares de mineros y campesinos se arrojaron hacia el puente con la furia de un huracán.

Iban armados de hoces, de picas y de azadones, armas terribles en manos encallecidas, cuando las impulsan la cólera y la sed de venganza. Todo lo arrollaron penetrando en el castillo unos y otros en una confusión horrible. Los hombres de armas que valerosamente resistían, fueron cayendo con tremendas heridas.

Los acometidos, viendo que por doquier los acorralaban, y que la furiosa oleada invadía todo el castillo, trataron de rehacerse en el ancho patio, y allí concentraron los esfuerzos de la desesperación en torno del Conde sus más leales servidores.

Allí la lucha adquirió caracteres espantosos, porque no se daba cuartel, no había piedad. No les quedaba á los defensores del tirano esperanza alguna de socorro ni de salvación.

Bermudo y el señor Geromo respetaron únicamente á las mujeres, á quienes hicieron encerrar en una cámara.

Gran rato duró aquel combate encarnizado. Es preciso hacer justicia á D. Fernando Gómez de Guzmán: en momentos supremos no han solido distinguirse los tiranos por su valor: pero él luchaba como un héroe, haciendo honor á su raza.

Por fin se encontró con Bermudo.

—¿No preguntabais por mí? Aquí me tenéis.

Y esto diciendo el minero, le dió un formidable golpe de pica en medio del pecho; golpe que, á no ser por la resistencia de la cota, no hubiera necesitado otro.

El Conde, que blandía su hacha de armas con tanta destreza como vigor, le asestó uno que habría sido fatal para el novio de Anita sin la oportunísima intervención del señor Geromo. Éste logró apartarle con su hoz, pero resbalando el hacha sobre su brazo, le causó una herida que empezó á manar abundante sangre.

Casi al mismo tiempo la pica de Bermudo atravesaba el cuello del Comendador, que cayó entre los cadáveres de sus servidores. En las postrimerías de la lucha invadió el castillo todo el pueblo de Fuente-Ovejuna; hombres, mujeres y muchachos. Y aun se dice que algunas madres llevaban en brazos á sus pequeñuelos, y que otras, varoniles, tomaron parte en el combate.

Anita llegó muy á tiempo á vendar el brazo de su padre.

V

La Historia y la Tradición

Para dejar confirmada la tradición presente, hay que reproducir los términos en que la Historia consigna el terrible suceso y sus consecuencias:

«El pueblo, cansado de sufrir, se conjura contra el desalmado tirano; ruge el motín á sus puertas entre los imponentes gritos de «¡Fuente-Ovejuna! ¡Mueran los traidores! ¡Vivan los reyes D. Fernando y D.ª Isabel!» y, despedazadas las puertas del castillo, precipítanse dentro las turbas enfurecidas, como torrentes devastadores; hombres, mujeres, niños, ancianos, armados todos del valor de su ira sacrosanta, y de espadas, picas, hachas, azadones, palos y piedras.

»Aquello era una inundación de lava hirviente, arrojada por los volcanes del odio, é impulsada por el huracán de la venganza. Trábase en la más ancha pieza del castillo la encarnizadísima pelea: catorce servidores del comendador caen muertos á sus pies por defenderle, mientras que otros son ahorcados en lo alto de las almenas: y, en tierra el mismo magnate, es arrojado su cadáver por una de las ventanas, y recogido en las puntas de picas y espadas.

»Inmediatamente acuden las mujeres con adufes y sonajas á celebrar la libertad de la villa; los vecinos ancianos quitan en seguida las varas y cargos de justicia á los que estaban puestos por la Orden, y acuden luego á Córdoba, sujetándose á su jurisdicción y pidiendo amparo.

»Como era consiguiente, los caballeros de Calatrava quejáronse del agravio al Rey y al Pontífice, y D. Fernando y D.ª Isabel mandaron á la villa jueces pesquisidores.»

Sabido es que los Reyes Católicos establecieron en España el Tribunal de la Inquisición; pero debe advertirse que no tuvo en su tiempo el terrible poder ni las facultades omnímodas con que le vemos funcionar bajo la inspiración de Felipe II.

Los jueces pesquisidores eran los de la Inquisición, y no pudiendo averiguar quién ó quiénes habían dado muerte á D. Fernando Gómez de Guzmán, Conde de Fuente-Ovejuna y Comendador de Calatrava, porque todos los testigos unánimemente declaraban que ha-

bía sido Fuente-Ovejuna, pusieron á prueba de tormento á una porción de vecinos, hombres, mujeres, ancianos y muchachos.

La prueba resultó inútil.

Con igual firmeza, sin la menor vacilación, todos fueron respondiendo á los jueces:

—*¡Fuente-Ovejuna le mató!*

Se llegaron á ofrecer, por encargo de la Orden de Calatrava, cuantiosas dádivas á los pobres para moverles al descubrimiento del matador, y fué igualmente en vano: rechazaban el dinero como resistían al tormento. Todos repetían con la misma decisión:

—*¡Fuente-Ovejuna!*

Los jueces, llenos de asombro, tuvieron que considerar la significación elevada de aquéllo: al Comendador le había dado muerte el brazo del pueblo entero, y á un pueblo entero no se le podía dar muerte.

El Presidente del Tribunal acude á un último recurso: dirige la palabra á todo el pueblo reunido, y en nombre de la justicia y en representación de los reyes D. Fernando y D.ª Isabel pide la declaración que tanto ansía, ofreciendo indultar de la última pena al autor ó autores del crimen.

—¡No es crimen!—le responden ancianos venerables, y repiten todos.

Emocionado el Presidente les pregunta por última vez:

—¿Quién mató al Comendador?

—Fuente-Ovejuna—contestan todos.

—¿Quién es Fuente-ovejuna?

—El vecindario de la villa.

—¿Qué vecinos?

—*Todos: Fuente-Ovejuna.*

«Córdoba, sabedora del caso—dice la Historia—representa inmediatamente á los Reyes: los pesquisidores suspenden los tormentos: la ciudad prueba los

desafueros y las tiranías del Comendador asesinado; y los Reyes, convencidos de que su muerte fué castigo providencial, mandan sobreseer en la causa formada á Fuente-Ovejuna.»

Hay que oir cómo cuentan esta historia asombrosa los varoniles hijos de aquel pródigo suelo y cómo adornan la tradición con las galas y las energías de su lenguaje pintoresco.

—¿Y el Lobezno, el cómplice del Rojo?

—Le hallaron muerto en un despeñadero, en donde le arrojó su caballo desbocado.

En cuanto á Anita y Bermudo, la fiesta de su boda es uno de los recuerdos más vivos en Fuente-Ovejuna, y fueron tan dichosos como merecían.

El Sr. Geromo vivió con ellos hasta su muerte.

LA HERMOSA DE LA MANCHA ROJA

LA HERMOSA DE LA MANCHA ROJA

Una carta

Sr. D. Antonio María del Valle y Serrano, Marqués de Villa-Huerta:

Querido amigo: Entre los muchos y valiosos elementos que voy reuniendo para escribir esta obra, no podía olvidar el notable libro de V., *Viajes, hazañas y aventuras de un héroe del siglo XIII.* En la segunda parte, donde enlaza V. hábilmente la historia con la leyenda, después de la reseña del antiguo y maravilloso monasterio de Santa María de Huerta y de sus castillos, nos presenta V. á D. Suero del Valle, el héroe que arrojó á los moros de aquella hermosa tierra.

Sin perder un punto de la vigorosa realidad que tiene en las crónicas castellanas, su figura surge con nueva vida ante las actuales generaciones, y el colorido poético que ofrece, ha acertado V. á tomarlo de la misma verdad. Por consecuencia debo dedicar á V. la tradición presente, dándole gracias por haberme autorizado á tratar de asunto tan interesante.

Procuraré detenerme, sobre todo, en aquella parte de la tradición que vive y vivirá con preferencia en la mente del pueblo, por la fuerza dramática de los hechos.

Pródigamente he de aprovecharme en esta ocasión de la antigua amistad que nos une, haciéndole colaborar á V. en mi trabajo, porque así ganarán los lectores.

Disponga V., como siempre, de su affmo.,

Luciano García del Real.

I

Una tragedia que fué prólogo de otra

A D. Ruy, el histórico protagonista de dicho libro, se la contó un fraile del monasterio al visitar uno de los castillos, el principal del término de Huerta. Era el de Belimbre, y se alzaba sobre empinada loma.

Habíale llamado la atención el absoluto silencio que reinaba en la fortaleza. Llegaron ante la vetusta poterna sin encontrar un sér viviente; no había puente levadizo ni señales de que hubiese tenido guarnición en mucho tiempo, aunque el de entonces seguía siendo de guerra.

Una vez dentro, se encontraron con una esplanada espaciosa, cercada por sus cuatro lados de muros provistos de almenas y caminos de ronda, viéndose en el centro la bajada á un antiguo algibe y toda la extensión cubierta de altos y salvajes matorrales; demostración bien clara del abandono en que yacía la fortaleza.

—Tristes pensamientos infunde el ver así abandonado lo que es tan útil y respetable—dijo D. Ruy, sentándose con el monje sobre unas piedras.

—Más tristes serán cuando conozcáis lo ocurrido

en esa tierra que nos rodea y singularmente los hechos que podrían atestiguar estas mismas piedras en que nos sentamos.

—Espero que no me dejéis con el ansia de saberlos...

—Y mi gusto en contarlos, D. Ruy, obedece también á un deber, puesto que en ellos ha intervenido alguno de vuestros antepasados.

El caballero lanzó una exclamación de sorpresa y con vivo anhelo escuchó lo que sigue:

—Primeramente debéis saber que este castillo fué construído por los árabes en tiempos en que era de ellos toda esta tierra: servíales de avanzada y resguardo contra las acometidas de los cristianos, como igualmente utilizaban todos los que se alzan á la redonda por espacio de muchas leguas. Sus guarniciones comunicábanse unas con otras por medio de grandes fogatas, dispuestas de distinta manera, según señales convenidas, para enterarse mutuamente de las novedades y ayudarse en los casos de peligro.

Así, con tan fuerte organización de los infieles, no es extraño que los nuestros tardaran tanto en arrojarlos de aquí. Fué el victorioso D. Fernando I quien principió la empresa con fortuna: su ejército pasó por estas comarcas como huracán asolador; mas no pudo consolidar la conquista por haberle sorprendido la muerte en medio de sus triunfos.

Esa gloria estaba reservada á su hijo el gran Alfonso VI. ¿Y no adivináis quién mandaba las huestes que se apoderaron de este castillo y de toda la comarca?

—D. Suero del Valle.

—Una fatalidad le trajo, y otra fatalidad le hizo abandonar este país, cuando disfrutaba del premio que el rey le otorgara por su heroísmo y sus altas dotes como caudillo...

—¡Seguid!...

—D. Suero en la mocedad había sido señalero (1)

(1) El que llevaba las insignias del soberano.

en las huestes del conde soberano D. Pedro Páez de Begunte; y fué el caso que, con motivo de grandes discordias, cuya causa ignoro, andaban en lucha el Conde y el Adelantado de Portugal por los reyes de León, conde D. Men Suárez de Novelas. Parece que tuvieron una entrevista, y resultó que, acalorado Suárez de Novelas mató al Conde de Begunte en presencia de D. Suero. Vuestro antepasado, cediendo á su justa indignación, y al ímpetu de la sangre juvenil, al ver á su caudillo yerto cogió la misma espada que le hiriera y atravesó con ella el corazón del matador.

Esta tragedia ocurrió en el castillo de Nobrega, entre Duero y Miño, y obligó á D. Suero del Valle á desaparecer de aquel país, pues en ello le iba la vida. Fué á ofrecer sus servicios al rey D. Fernando I, y habiéndose distinguido acompañándole en su victoriosa expedición por estas tierras, Alfonso VI lo tuvo en cuenta cuando, años después, le honró con el mando de las huestes que definitivamente habían de asentar aquí el dominio cristiano.

Habíale elevado el rey á la envidiada dignidad de rico-home y anhelaba D. Suero mostrarle su agradecimiento cuando invadió estos términos al frente de un escogido ejército.

¡Cómo se portó!.. Primeramente le veréis victorioso y he de mostraros la bienandanza de su suerte. Después... os causará espanto su desgracia, D. Ruy... Le veréis vencido, pero no por los hombres...

—¡Continuad, padre, continuad!—interrumpió el caballero con acento de súplica.

II

El asalto.—Aparición de la hermosa

El complaciente fraile prosiguió así:

—Entonces aquí no existía sólo este gran castillo,

sino también otro menor, el de Huerta, más hacia la raya de Aragón; y, en medio de ambas fortalezas un pueblo considerable, el de Villa-Huerta, defendido por buenas murallas.

Según la crónica y la voz popular, llegó D. Suero con su ejército frente al pueblo y sus castillos en una oscurísima noche; de modo que los árabes no advirtieron su presencia sino cuando él, sin dilación alguna, dió orden de asalto. Como á la vez sonaron todos los tambores y la trompetería cristiana, fueron muy grandes el sobresalto y la confusión de los árabes, á pesar de su indudable valor. D. Suero supo aprovechar esa circunstancia, acometiendo á un tiempo á la población y al otro castillo.

A la mañana siguiente, escaladas ya las murallas de Villa-Huerta, seguía el combate en sus calles con encarnizamiento, y al mediodía tremolaba el estandarte de la Cruz en el castillo y en la villa.

Tal era el ardimiento de nuestros guerreros que, sin tomar descanso de tan ruda jornada, querían acometer á esta formidable fortaleza; pero su caudillo, que al valor y la audacia unía la prudencia, viendo la mucha sangre ya derramada, y avaro de la de sus soldados cuanto pródigo de la suya, suspendió el ataque y propuso una honrosa capitulación al alcaide infiel, haciéndole ver la imposibilidad de que se sostuviese aquí, después de haberse rendido las fortalezas del contorno.

La respuesta del alcaide fué tan arrogante que no hubo otro medio que emprender en seguida el ataque.

Y ahora voy, como quien dice á presentaros á la persona de influencia más decisiva en los extraordinarios sucesos que en seguida oiréis. Ha muerto hace dos siglos, y el pueblo la conoce cual si viva estuviese...

—¿Una mujer acaso?

—La hija del Alcaide. A vos, D. Ruy, que habéis estado luengos años en el Oriente, no necesito enca-

receros el extremo de hermosura á que llegan los tipos puros de esa raza. El pueblo ve todavía á Zulima, que así se nombra, con la figura indeleble del ángel caído, los ojos negros como focos de luz fatal, en un rostro de facciones perfectas, con la blancura del lirio, que aun resalta entre los negros rizos de una cabellera tan rica que flota mucho más abajo de sus hombros. La tradición revela que su padre la adoraba por las dotes de su espíritu, porque su entendimiento y discreción igualaban á su hermosura.

Y esto llegó á noticia de D. Suero antes de principiar el ataque al castillo, y cediendo á impulsos de su hidalga condición, envió un mensaje al alcaide ofreciéndole asilo seguro para su hija, con el fin de que no corriera peligro alguno durante los terribles encuentros que se preparaban.

Altivamente rechazó el agareno la generosa proposición de su enemigo, pero aduciendo razones que demostraban su gran valor.

Dijo que llevaba su hija en las venas noble sangre almoravide, y que, por consiguiente, era deber de su misma nobleza no esquivar el riesgo y menos á la sazón en que era igual para todos el peligro de muerte; y que, en cuanto á su virtud, ella sabría defenderla, aunque se viera sola entre enemigos mortales.

D. Suero respondió dando la orden para el asalto, pero al propio tiempo previno á sus soldados el mayor respeto á la hija del alcaide y á las demás personas débiles que hubiese en el castillo.

¡Qué tremenda aquella lucha! Por dos veces fueron rechazados los nuestros con los ímpetus que daba á los sitiados la desesperación, pues habían perdido la esperanza de ser socorridos, al ver al ejército sitiador dueño de las demás fortalezas que dominaban la comarca.

Por fin á la última embestida se logró escalar la muralla por muchas partes á la vez. D. Suero del

Valle iba delante el primero por el sitio de mayor peligro. ¿No adivináis cuál sería?

—El torreón de enfrente quizás...

—Sí, ese era el que escalaba; el de Zulima, llamado así porque en él tenía su cámara la maravillosa beldad...

—¿La hubiera visto ya D. Suero?

—Todavía no; pero vió concentrarse aquí el esfuerzo de los más valientes defensores, con el alcaide á su cabeza; aquí tremolaba la enseña de la Media Luna, y el caudillo cristiano no iba con otro afán que el de abatirla...

En vano lanzaron sobre los sitiadores todo un arsenal de los elementos defensivos de aquel tiempo, venablos, flechas, lanzas arrojadizas, plomo derretido, pez hirviendo, piedras enormes... Sin el ánimo heroico, sin la fuerza y la destreza de su brazo, sin la resistencia de su cota acerada, sin la del ancho escudo con que se cubría en la subida, y sin la protección ostensible del Cielo, D. Suero hubiera pagado cien veces con la vida su arrojo.

Dominado ya lo que parecía inaccesible, y abriéndose paso con su hacha de armas, penetró en donde el alcaide se defendía, como un león acorralado se defiende dentro de su guarida.

Y se encontraron frente á frente.

Sólo seguían á D. Suero cuatro ó cinco de los suyos, y al alcaide rodeábanle algunos más.

Iban los dos caudillos á acometerse, cuando les hizo volver el rostro á todos un penetrante grito de angustia y sobresalto.

Era Zulima que, con otras mujeres, andaba curando á sus heridos en una estancia inmediata, y que aparecía desolada ante los combatientes, al contemplar el peligro que su padre corría.

Tan maravillados quedaron con tal aparición don Suero y los suyos que suspendieron el combate como involuntariamente, y el enemigo aprovechó esta circunstancia para acometerlos con furia redoblada.

Acudieron otros guerreros de una y otra parte y la lucha se hizo encarnizadísima en torno de ambos caudillos.

El alcaide mandó á su hija con un gesto imperioso, que se retirara, pero ella permaneció inmóvil, sin apartar los ojos del terrible cuadro que ante ellos se ofrecía, y clavándolos por último en el gallardo caudillo de los cristianos.

Un pensamiento de los más nobles y generosos acudió á la mente de D. Suero, que, dejando el hacha, había desenvainado su espada para cruzarla con el alfange de su contrario: paró el primer golpe que le amenazaba, y le dijo:

—Detente un momento.

Bajó el alfange con visible contrariedad el padre de Zulima, y escuchó:

—Ya ves que está tomado el castillo, y que sólo vosotros os resistís: la mayor parte de tus soldados yacen muertos ó moribundos, otros han sido hechos prisioneros, y, por valientes que seáis, vuestra resistencia será inútil...

—¡Todavía no has vencido á Abén-Zaide!—rugió el árabe, volviendo á blandir su alfange.

Apartáronse los que acompañaban á ambos caudillos, y cual cediendo todos á igual impulso, suspendieron su lucha para contemplarlos.

Desde luego observaron que D. Suero del Valle se batía á la defensiva: era que no desistía de su pensamiento generoso.

—Abén-Zaide—le dijo, rechazando sus ataques —bien evidente me es tu valor, y por lo mismo no deseo tu muerte. Si te rindes te juro concederte la libertad, igualmente que á tu hija.

—¡No! no quiero gracia de un perro como tú! ¡El león del Sahara no se rinde hasta que muere, y quiere morir matando!...

Y al decir esto tiró un golpe terrible á la cabeza de su contrario, con tal rapidez que D. Suero no tuvo tiempo de pararlo.

Gracias á que su casco sería sin duda diamantino, ó á que la misma violencia del golpe desviaría algo la hoja de Damasco; ó gracias á la Providencia; ello fué que D. Suero quedó ileso de aquel formidable golpe que debió terminar el combate.

Solamente entonces renunció á su pensamiento generoso, al menos con respecto á aquel enemigo irreconciliable, que á su magnanimidad respondía con grosero insulto.

Ya no se batió á la defensiva: era el león castellano irritado y en toda su pujanza.

Y á la verdad, D. Ruy, no hubieran podido encontrarse, frente á frente, dos adversarios tan dignos el uno del otro.

Pelearon largo rato causando la admiración de los testigos de aquel duelo á muerte, porque se hallaban al parecer equilibradas las condiciones del valor, de la destreza y del empuje.

Pero ya corría su sangre: primero la de Abén-Zaide por una herida en el hombro, y luego la de D. Suero por otra en el mismo brazo con que blandía su acero.

Aguijoneado por el dolor de esta herida, aun acreció su esfuerzo; sus golpes ganaron en vigor y en precisión á los de su enemigo, y fascinándole con el fuego de la mirada y la rapidez de los movimientos, logró que flaquease un instante su defensa; y en ese instante le hundió en el pecho la espada.

Cayó muerto Abén-Zaide y se oyó un gemido desgarrador.

Era Zulima.

La infeliz huérfana se precipitó sobre el cuerpo de su padre, y los guerreros árabes trataron de vengarle, vendiendo caras sus vidas.

III

¡Sin esperanza!

El soberbio castillo árabe quedó en poder de Don Suero, y el triunfo de los nuestros, el triunfo de la Cruz fué completo en esta dilatada comarca.

—¿Y Zulima?

—No tengáis impaciencia, D. Ruy, que pronto hallaréis á la maravillosa hija del Oriente en los sucesos más inolvidables de esta historia, y veréis cuán fatal fué á vuestros preclaros antecesores.

—Me tenéis en ascuas...

—La muerte de Abén-Zaide dejó á su hija sola en el mundo; pero un enemigo tan generoso como el vencedor debía atenuar su desgracia y ofrecerla toda clase de auxilios en su desamparo.

Así lo hizo en la primera entrevista que tuvo con ella, después de disculparse noblemente por la precisión en que se había visto de herir á su padre. No le guardaba rencor la joven, porque había presenciado la terrible escena; se limitó á contestarle con triste resignación dos palabras solas:

—«¡Estaba escrito!»

El dolor y las lágrimas realzaban sus encantos, y D. Suero, sin duda no previendo malas consecuencias por su magnanimidad, puso á la disposición de Zulima la misma lujosa cámara que ocupaba en el castillo en vida de su padre, y ordenó que fuera servida como persona principal de su familia.

—Se enamoraría de ella...

—Os equivocáis.

—Pues he pensado que las malas consecuencias provendrían de ese amor y de negarse Zulima á su conversión al cristianismo. ¿No era entonces soltero mi antepasado?

—Sí, mas, antes de conocer á la mora, estaba muy

enamorado de una cristiana, también extraordinariamente hermosa, pero de belleza menos carnal que la de Zulima: se nombraba D.ª Luz, y era como una luz celeste en la tierra. D. Suero la había rendido el alma con juramento de matrimonio, y un modelo de caballeros, como él, no falta á sus juramentos.

—Decidme, ¿y cómo no se habían casado ya?

—Por dos motivos: el primero, algunos disgustos que tuviera con el padre de D.ª Luz, rico-home de Asturias; y el segundo, que abrigaba la noble ambición de ofrecerla el magnífico dominio que aguardaba por sus conquistas de aquí. Y, en efecto, el gran Alfonso VI premióle cual merecía, concediéndole por juro de heredad el señorío de Villa-Huerta, la población, las tierras y las fortalezas.

En seguida que recibió las reales cartas, dispuso lo conveniente para su boda, y estableciose definitivamente en este castillo, donde ya residía desde que cayó en su poder. Al mismo tiempo, y con esa idea, realizaba mejoras en la villa, fortificando más sus defensas, y construía un nuevo castillo al otro lado del río Jalón. ¡Ay! ¿Quién le hubiera vaticinado entonces que preparaba su desgracia en el colmo de la fortuna? Y la desgracia se la trajo el amor...

—¡El de Zulima!

—Bien fácil es de adivinar, por los antecedentes que os he referido.

Se había enamorado de él cuando vió su heroísmo en el asalto del castillo y cuando fué testigo del magnánimo rasgo que tuvo frente á su padre. No podía aborrecerle por su muerte, y, muy al contrario, su amor fué creciendo en la medida de las contrariedades que encontró y del obstáculo insuperable que se la oponía. No fué necesario que D. Suero la noticiara su proyecto de boda; ella, sin salir apenas de su torreón, el de enfrente, porque la devoraba la tristeza de su pasión sin esperanza, sabía los proyectos del castellano y cuanto pasaba en el castillo...

—¿Contaba con espías?

—Un esclavo abisinio, que debiendo la vida á Abén-Zaide, la consagraba al servicio de su hija con la fidelidad de un perro. Pero aquella mujer, apasionada como orgullosa, que se preciaba de descender de los príncipes almoravides, disimulaba su despecho, y aun en presencia del cristiano tan amado ocultaba su tristeza, para no causarle pesar. D. Suero la trataba como á una amiga, pero la visitaba poco, y sus entrevistas eran cortas, á fin de evitar la murmuración de su servidumbre. Además quien esquiva la ocasión esquiva el peligro, pensaba él como prudente, y algún peligro ofrecía el incentivo de la contemplación de aquella prodigiosa hermosura, por grande que fuese la firmeza de su cariño á la que había de ser su esposa.

—Paréceme, sin embargo, que Zulima no disimularía tanto que él no echase de ver su pasión.

—No está eso bien averiguado, pero creo que lo pensáis con acierto, D. Ruy, porque los sentimientos de amor rara vez pueden ocultársele á la persona que los inspira. Aquí me teneis á mí, servidor vuestro, que antes de hacer voto religioso, fuí hombre de guerra, y corrí mundo, aunque no tanto como vos: ¿á qué no adivinais lo que me hizo entrar en el convento?

—Quizás una pasión desgraciada...

—Un amor sin esperanza, como el de Zulima á D. Suero del Valle. Me enamoré de una mujer sin saber que fuese la esposa de otro hombre. Este la maltrataba y era indigno de ella; pero ella no faltaba á sus deberes y le sufría con resignación. Aquella mujer nunca me dijo que correspondía á mi amor, y sabía sofocarlo. Yo, sin embargo, lo adiviné y es el último consuelo mundano que encerré en mi alma. Pero volvamos á nuestros héroes:

D. Suero fué á celebrar la boda á la tierra de su esposa; en seguida la condujo aquí, y los recién casa-

dos fueron recibidos con grandes festejos y demostraciones de alegría por cristianos y árabes...

—¿Los enemigos también?...

—El convirtió en amigos á muchos, dejándoles completa libertad en sus costumbres y creencias. De esta manera conservó para su señorío los valiosos elementos de riqueza y de prosperidad que aquella gente representaba.

—Lo mismo que los árabes habían hecho con los nuestros en otras poblaciones.

—Cabalmente. Bien os figuraréis que Zulima no participaría de la satisfacción con que fué recibida la castellana...

—En esa raza el disimulo es una segunda naturaleza.

—Sí, pero su despecho se había convertido en odio y su pena en desesperación. ¡Ah! ahora veréis los terribles efectos que produjeron...

IV

El odio de una mujer

El sensible fraile calló unos momentos, como si esta pausa le fuera indispensable para reunir sus recuerdos y prepararse á las nuevas emociones que su relato iba á despertar lo mismo en él que en su oyente. Luego continuó en estos términos:

—No se le había ocultado á D. Suero lo violento de la situación de Zulima; y como el cumplimiento de los deberes para con su esposa no excluía la conmiseración hacia la rival desgraciada, trató de poner término á aquella situación de la manera más delicada y caballerosa. Tomando por pretexto lo que su salud se desmejoraba con la tristeza y la falta de ejercicio, pues cada vez salía menos de sus habita-

ciones, y pasaba en ellas semanas enteras sin dejarse ver sino de su servidumbre, la ofreció una quinta que poseía en Toledo en la hermosa ribera del Tajo. Era el mejor modo de alejarla y de dar alivio al cuerpo y al alma.

La ponía en absoluto á su disposición para ella sola y los servidores que quisiera en su compañía.

—¿Y no aceptó?

—La tradición dice que el mismo D. Suero la encareció la conveniencia de aceptar su espléndida oferta, á la que añadió la de una fuerte escolta que la acompañaría en su viaje. Ella, por toda respuesta, movió tristemente la cabeza.

—Zulima—añadió él—es tan encantadora la ribera del Tajo, que allí no sólo recobraréis la salud, espaciándoos con toda libertad, sino que se irá desvaneciendo la tristeza de vuestros recuerdos.

—¡Imposible!—murmuró ella.

—Seréis la reina de aquellos vergeles.

Al oir esto clavó la mora en el caballero una mirada magnética y dijo:

—Prefiero ser esclava aquí á reina lejos de aquí...

—No desvariéis, Zulima. Yo no os deseo ninguna esclavitud...

—Es la de mi dolor... ¡Déjame con esta esclavitud, cristiano, y no pretendas que me vaya!...

Y el castellano salió de la estancia, silencioso, y estremeciéndose ante la mirada sombría y ardiente de la hija de Abén-Zaide.

El, que no temía sino á Dios, no acertaba á explicarse el vago y repentino temor que le había infundido aquella mirada.

Por desgracia no debía transcurrir mucho tiempo sin que se lo explicase.

Entretanto habían ido pasando los días y los meses. Los castellanos de Belimbre disfrutaban ya de las caricias de un hijo, primer fruto de su amor, y el risueño cuadro de su felicidad se reflejaba en la sa-

tisfacción de las gentes del castillo y en las de todo el señorío.

Los esposos tenían sus habitaciones en el primer piso de esta misma torre.

Una noche, ya muy avanzada, cuando el profundo silencio del reposo era alterado solamente por los silbidos de un recio vendaval, oyóse de pronto, en lo alto del torreón de enfrente, una voz vibrante de espanto y de angustia. Aquella voz repetía:

—¡Fuego!

Ardía la villa, y el incendio era horroroso. Espesas columnas de humo y grandes llamaradas iban envolviéndola.

D. Suero despertó cuando comenzaban á resonar por un lado y por otro los acentos de la sorpresa y del terror.

Y, al asomarse á la ventana de su aposento, vibró con mayor fuerza la voz que salía del torreón de enfrente.

Miró allá y, al resplandor del incendio, vió á Zulima, que con los ademanes y el gesto aumentaba la expresión de su espanto.

Pero no vió á un hombre, mejor dicho, á una sombra humana que parecía huir del incendio con la rapidez de una exhalación.

Aquel hombre era negro, y negros también, horribles sus pensamientos. ¿Le habéis conocido, D. Ruy?

—Sí, el esclavo abisinio. Sería el incendiario, sin duda por orden de su ama.

—¡Escuchad... escuchad!... Al empuje furioso del vendaval corría el fuego por la población cual por entre regueros de pólvora. En vano D. Suero acudió con rapidez vertiginosa á dirigir los trabajos para dominarlo. Era tal su voracidad que de poco servía la proximidad del río Jalón y de sus abundantes acequias, construídas por los árabes. La confusión y el aturdimiento propios de circunstancias semejantes no le impidieron reparar en un caso harto extraño: que

el fuego partía á la vez de puntos diversos, circundando la población. Parecía indudable que había prendido en varias partes casi simultáneamente.

Y le ocurría la idea de una mano criminal, pero su noble espíritu la rechazaba al momento de concebirla.

No se tenía noticia de enemigos que hubiesen invadido la comarca; y no era presumible que el criminal ó los criminales fuesen vecinos de la villa, ni tampoco del resto del señorío. No había ninguno descontento.

Al mismo tiempo que así discurría, trabajaba con gran ardor en la extinción del formidable incendio, y sus soldados rivalizaban con el vecindario en los esfuerzos para conseguirlo. Tuvieron que luchar con el terrible elemento el resto de la noche; á la mañana siguiente estaba casi completamente dominado.

Más de la mitad de la población estaba convertida en ruinas humeantes, y habían perecido algunos vecinos.

No pocos de ellos debían la vida al temerario arrojo con que el noble castellano penetraba á arrancarlos de entre las llamas.

Hasta que ya no hubo peligro de que se renovase el incendio no pensó en retirarse al castillo.

Figuraos cuán pesaroso ascendería por esta cuesta y qué deseos tendría de encontrarse al lado de su compañera y de su hijo para mitigar con algún consuelo su pena.

¡Desventurado caballero! ¡Bien poco era lo pasado!

¡Bien poco lo que sufría, en comparación de lo que le aguardaba!

V

El crimen

Siendo ya algo entrada la mañana, pensó que su esposa le aguardaría mostrándole á su hijo desde la ventana de su estancia, que es la que ahí veis, como

solía hacer muchas veces; pero sus ojos encontraron la gótica ventana herméticamente cerrada.

—Sin duda me esperará en la esplanada—se dijo.

Y siguió, y penetró en la esplanada.

No estaban allí tampoco.

—Vamos—pensó—con el trastorno de esta noche se habrán asustado lo mismo ella que el niño y no habrán salido de su cámara.

Continuó adelante.

En una antecámara halló á Hermesenda, la doncella de más confianza de D.ª Luz.

—¿Y la señora?—la preguntó.

—Me parece que duerme. Como habrá pasado mala noche, no me he atrevido á entrar á despertarla.

—Bien hecho—repuso el caballero.

Y entró con pasos discretos.

Estaba cerrada la alcoba, y la oscuridad, unida á un profundo silencio, le afirmó en la creencia de que dormían la madre y el hijo.

Ya iba á salir, pero se detuvo en el mismo umbral.

Quería procurarse el placer de escuchar la dulce respiración de los seres queridos.

¡Qué extraño! A pesar de hallarse tan cerca de ellos no oía nada, absolutamente nada: y sin embargo, ningún ruido exterior turbaba aquel silencio absoluto, y debía sentirse perfectamente la respiración de un niño.

No quería abrir los postigos, porque la luz no despertase á los que suponía dormidos, pero se acercó de puntillas á la cuna de su hijo, que era lo que se hallaba más cerca.

Volvió á detenerse á escuchar. No necesitaría tocarle: allí tan próximo indudablemente le sentiría.

Hasta retuvo el aliento para percibir mejor el que tanto ansiaba.

Pero en vano, ni aun así sentía nada.

Pasó su mano febrilmente á través del cortinaje de la cuna...

¡Estaba vacía!

Podréis figuraros su sobresalto sabiendo que el niño siempre dormía en su cuna, y nunca se le acostaba en el lecho de su madre.

Ya trastornado por una idea terrible, corrió á los postigos, y entró á torrentes en el dormitorio la claridad del día.

¡Ay! en su lecho estaba la adorada esposa, pero muerta.

¡Había sido asesinada!

La mano asesina había dejado su arma clavada hasta el puño en el albo seno, y la sangre empapaba sus ropas y las del lecho.

La primera impresión fué espantosa; quedóse mudo y sin aliento, y aquel hombre tan fuerte vaciló como si hubiese recibido una descarga eléctrica, teniendo que apoyarse en el mismo lecho de muerte.

Y súbito acudió á su mente otra idea que la abrumó con doble horror. ¡Cómo la revelaban sus ojos, girando desde la cuna vacía hasta el último rincón de la alcoba! El niño no estaba allí...

¿Le habrían asesinado como á la madre?

El sentimiento desbordóse del corazón y los sollozos de su dolor se mezclaron con los rugidos de la cólera.

Gritó, llamó á sus fieles servidores como loco, y en todo el castillo resonaron sus gemidos de desesperación y sus potentes voces de venganza.

Era tan querido por los suyos que aquí surgió en seguida un cuadro inolvidable de desolación general.

Pero á sus apremiantes preguntas y mandatos para encontrar al asesino, ninguno podía satisfacerle. La guardia respondía de que ningún forastero ni desconocido hubiera penetrado en el castillo.

—Pues entonces, en el castillo está el asesino—clamó el caballero, pasando su mirada como un relámpago sobre los centenares de rostros que se alzaban hacia él en esa esplanada.

No encontró uno solo que le infundiera sospechas.

Inmediatamente gritó:

—¡Hermesenda!

Y acudió la doncella de confianza de D.ª Luz, llorosa y desolada.

—¿No has visto entrar á nadie en las habitaciones de tu señora?

—A nadie, señor.

—Sin embargo, tú apenas te apartabas de ella y del niño, y duermes en la antecámara.

—Es verdad.

—Pues el asesino habrá pasado por delante de ti.

—¡Imposible, señor!... Os juro que no he visto á nadie.

—Cálmate y reflexiona, Hermesenda, que no te inculpo. Bien pudo pasar estando tú dormida...

—¡Ah! no, señor, porque desde que vos salisteis, como salieron las gentes del castillo á causa del incendio ¿quién había de pegar los ojos?

—Pues si no estabas dormida y desde entonces no faltaste de tu puesto, ¿cómo has podido ignorar ese espantoso crimen?—clamó el castellano con tonante acento y con tal severidad, que la desolada joven quedóse aturdida y temblorosa ante la multitud.

Ya la miraban ojos acusadores; ya su señor iba á ordenar que la prendiesen, cuando Hermesenda alzó su rostro, en el que se distinguía la bondad y el dolor, y respondió:

—Señor, no os he dicho aún la verdad entera...

—¡Habla!

—Solamente me resta que falté un rato de mi puesto...

—¡Oh!

—Nada más... No os enojéis conmigo, que siempre he cumplido mi deber. El poco tiempo que falté anoche de mi puesto fué á ruegos de la señora...

—¿Qué dices?

—La verdad. Hacía una hora que vos habíais salido. De abajo, de donde estaban los guardias, salían

voces de asombro por lo que vos hacíais, señor, poniendo en peligro vuestra vida por salvar las de algunos de vuestros vasallos... La señora (¡Dios la tenga en su gloria!) se asustó al escucharlo, y me encargó que fuese á enterarme y, si os veía, á suplicaros que vinieseis, que no expusierais así vuestra existencia... ¡que ella os lo rogaba en nombre de vuestro hijo!...

Al llegar aquí la voz de la honrada muchacha fué ahogada por sus sollozos, y á los de ella se unieron los de la muchedumbre. El mismo D. Suero no podía contener sus desgarradores gemidos.

—Señor—continuó la joven—no sé porqué estuve á punto de desobedecerla, por no dejarla un momento sola... ¡es que la congoja del corazón me anunciaba desgracia!... Me ocurrió enviar el recado por otro de los servidores del castillo, pero no vi á ninguno; todos habrían ido á apagar el incendio. Se lo manifesté á la señora, revelando mi temor en dejarla sola, y acabó de decidirme advirtiendo que aunque creía mis temores completamente infundados se cerraría dentro del dormitorio con ánimo de reposar, ya que el niño dormía, pues se hallaba fatigada.

—Dí, Hermesenda,—replicó D. Suero—¿y ni cuando saliste á cumplir su mandato, ni luego, al volver, viste alguna persona sospechosa?

—A haberla visto ya os lo hubiera dicho, señor. El que encontré á la vuelta no es sospechoso para nadie.

—¿Quién? interrumpió con ímpetu el castellano.

—El pobre Nizio, el esclavo.

—¿Qué hacía?

—Lo que le celebramos todos los del castillo, sus refrescos, tan gratos en estos días de calor.

—¿No te habló nada?

—Nada más que ofrecerme uno, que le agradecí mucho, porque llegaba sudorosa y muerta de sed. Pero el refresco me sentó demasiado bien, pues momentos después de haberlo tomado me caía de sueño... Subí, encontré cerrado, como lo dejara, el cuarto de la se-

ñora, y pareciéndome que reposaba, puesto que no me respondió, cuando le anuncié mi llegada, á la misma puerta me puse, por oírla si me llamaba, y aunque me rindiera aquel sueño tan repentino...

—¡Que venga Nizio; que se me presente al momento! —clamó el caballero interrumpiendo á la doncella.

La relación sincera de la muchacha, y, sobre todo, sus últimas palabras, la coincidencia singular entre el refresco ofrecido por el esclavo de Zulima y aquel sueño tan repentino, confirmaron una sospecha que ya torturaba su espíritu desde que conoció que el asesino debía ser un habitante del castillo.

Se buscó inútilmente por todas partes. El esclavo de Zulima no parecía.

Entonces el castellano de Belimbre, cual ante la evidencia ya de la causa y del instrumento de la horrible tragedia, cruzó ese patio corriendo, subió de igual modo las escaleras del torreón de Zulima, y llegó al último piso, donde la hija de Abén-Zaide había trasladado recientemente sus habitaciones, habiendo ocupado antes el primero.

VI

Heroísmo de un padre.—La última tragedia

Llamó á la puerta, que estaba cerrada, y nadie respondió.

Repitió sus golpes con fuerza, y tampoco.

Hubiérase dicho que allí no había alma viviente.

Pero, examinando la puerta, conoció que el pasador de hierro estaba corrido por dentro.

Llevaba al cinto su hacha, y ya iba á hacer uso de ella para derribar aquel obstáculo, cuando experimentó una emoción tan viva é inesperada que el arma se desprendió de su mano.

Acababa de oir la voz de su hijo, de su Sesnando, que así el párvulo se nombraba. Aquella dulce voz no revelaba dolor.

—¡Gracias, Dios mío!—murmuró el caballero, apoyando en la puerta su frente enardecida, para escuchar otra vez y cerciorarse de que la providencia le protegía en medio de su horrible desgracia.

Volvió á llamar á la puerta: el mismo silencio.

Sintió impulsos otra vez de abrirla á hachazos, pero al momento le contuvo la reflexión: penetrar allí con violencia podría ser fatal para su hijo, puesto que sería anunciar á Zulima su castigo inmediato, y al verse perdida sin remedio, probablemente completaría su espantosa venganza sacrificando al niño.

Pensó también el castellano de Belimbre, que si la hija de Abén-Zaide se había apoderado del niño sería con ánimo de que le sirviese de rehenes para obtener alguna gracia.

Por consecuencia resolvió prescindir por completo de los medios violentos; para salvar á su hijo, únicamente se le ofrecía un recurso: el de la astucia.

«Contuvo su impaciencia—dice D. Antonio del Valle—y aquel hombre que acababa de recibir tan rudo golpe, y cuya mente no acariciaba sino proyectos de venganza y de inauditos castigos, logró acallar sus instintos y encubrir bajo una máscara de dulzura y mansedumbre la ira implacable de que estaba dominado.

»Transformando de pronto la expresión de su cara y el acento de su voz, D. Suero llamó á Zulima como se llama á un sér querido ajeno á nuestra desgracia. La rogó dulcemente que saliese, porque su presencia le era necesaria en aquel triste trance de su vida; y tal expresión de cariño y de tierno interés supo dar á sus palabras, que acabó por conseguir con la astucia lo que nunca hubiera alcanzado de malos modos.»

Pero el señor Valle, que tan feliz está en la expresión del recurso dramático á que hubo de apelar aquel

famoso ascendiente suyo, no nos revela lo que hablaron él y Zulima; y el autor de la tradición presente al considerar cuánto debe interesarle al público, va á transmitirlo á continuación, fundándose en los testimonios irrecusables que se deducen de la tradición misma.

Tuvo que principiar fingiendo que atenuaba su crimen.

—Zulima—dijo en tono cariñoso—no vengo á castigar tu crimen, porque le disculpo; si tú le has cometido, estarías loca, y no hay castigo para una desgraciada.

—¡Tú has sido la causa de mi locura! respondió sin abrir la puerta la vibrante y agitada voz de la hija de Abén-Zaide.

—No me acuses por haber cumplido mi deber. Ningún caballero falta á su juramento, y yo había jurado á otra el amor y la fidelidad...

—¡Y aun me lo repites!

—Cálmate, Zulima, que bien conocías tú que te hubiera amado, que esquivaba el verte por cumplir mi juramento, porque tu hermosura me fascinaba...

—¡No me engañes!... si eso hubiera sido verdad, habrías caído á mis pies, á pesar de todos tus juramentos á otra mujer.

—No, no, Zulima; tú no sabes lo que en mi religión se abomina el perjurio. Es la más grave ofensa que se puede hacer á mi Dios, y también la más grave que un caballero infiere á su honor.

—Yo sé que te amo, y veo que por el amor se arrostra todo... Recuerda... tú mataste á mi padre, y, sin embargo, yo te lo he perdonado... Y si viviera, le desobedecería por ti, y por tu amor hubiera sido capaz de abandonarle. ¿Y sabes cuál es la falta más grave entre nosotros? La falta de respeto y de obediencia al padre. Conocí que tú no me amabas, y no pudiendo sufrir tu esquivez, me inundó el corazón el odio; pero no el odio á ti, no, ¡el odio á la causa de

tu desvío! ¡el odio á la que disfrutaba de tus caricias!... ¡el odio á la madre de tu hijo!

Y como estas palabras las pronunciase con ronco acento que simulaba el rugido de la tigre celosa, tembló el castellano por la vida de su hijo, y ansioso, suplicante, tuvo el heroísmo de fingir ternura á la asesino de su adorada esposa.

—¡Déjala, Zulima, que está en el seno de Dios, y ya no debes hablar de odio ni de venganza! Yo te perdono tu crimen porque le cometiste en una hora de locura, porque tú antes eras buena y afable, y únicamente estando loca has podido asesinar á la inocente que ningún mal te hacía...

—Si me perdonas ¿me amarás?

—Sí; ¡abre la puerta!

—Temo que me engañes...

—¿Todavía sigues loca? Un caballero no falta á su palabra...

—Pero te harán faltar tus vasallos, ó me asesinarán, si conocen mi crimen...

—No lo sabrán... Diremos que lo ha cometido... quien á ti te parezca.

—Mi esclavo Nizio.

—Bien, y para librarle de la muerte le dejaremos huir...

—Ya habrá huído.

—¿Fué tu cómplice?

—Sí, pero él no entró en el dormitorio; fué mi mano la que clavó el puñal.

—¡Abre... que te vea! y déjame ver á mi hijo, que se habrá asustado...

—¿Juras que me amarás?...

—¡Zulima mía... juro que obtendrás de mí cuanto mereces!...

El apasionado acento de ternura que supo dar don Suero á su ambiguo juramento acabó con la duda y los temores de Zulima.

Descorrió el pasador de hierro y franqueó la en-

trada, apareciendo en el umbral radiante de hermosura y de gentileza, y el antes pálido rostro como encendida rosa de Mayo: multiplicaba sus encantos la felicidad que sentía.

Entonces hubiera hecho caer á sus pies á cualquier hombre, menos á D. Suero del Valle.

El, en cuanto la puerta quedó abierta, en vez de mirar á la fascinadora belleza, clavó sus ojos en el interior de la estancia, y se iluminaron con inefable expresión de ternura.

Veía á su hijo Sesnando entretenido en juegos infantiles sobre una alfombra del Oriente.

Precipitóse adentro apartando bruscamente á Zulima, cogió al niño cubriéndole de besos, y le acariciaba con igual frenesí que si le viera resucitado.

Sorprendida la mora por su acción, al pronto imaginó que, pasados los primeros momentos de la expansión paternal, volvería hacia ella su ternura, y, tanto lo creyó que, trastornada por la pasión, tendió al caballero sus brazos amorosamente.

—¡Aparta, asesino!—exclamó él, esquivando su contacto como el de un reptil.

—¡Ah! ¡Conque mentías!

—¡He salvado á mi hijo de tu puñal!... Sin embargo, Zulima, te cumpliré mi juramento. Te he jurado *que obtendrás de mí cuanto mereces...*

—¿Y qué merezco?—prorrumpió ella, sustituyendo al rosado de su rostro una palidez mortal.

—¡El cadalso!

Inmediatamente el caballero dió un paso fuera de la puerta con su hijo en los brazos para llamar á sus servidores.

Pero Zulima aprovechó el momento para volver á cerrar la puerta, y echar el pasador de hierro, diciendo:

—¡Yo me libraré del verdugo!

Inmediatamente el castellano oyó un ruido siniestro, que provenía del exterior.

Bien pronto le revelaron la causa el espanto y el horror de sus servidores.

La hija de Abén-Zaide se había arrojado desde una almena, estrellándose contra las rocas.

En este punto concluye la relación.

El esclavo Nizio fué preso, y habiéndosele probado su crimen de autor del incendio espantoso de Villa-Huerta, lo pagó también con la vida.

D. Suero del Valle cobró horror al castillo de Belimbre y la Historia nos dice que devolvió á Alfonso VI el cuantioso señorío que le había sido otorgado como premio por su conquista, yéndose á otras tierras con su hijo Sesnando, tan dramáticamente salvado.

Es imperecedera su memoria en todo el hermoso término de Huerta.

La gente del campo, y sobre todo los pastores, aun tienen más presente la figura trágica de Zulima.

Preguntadles si la han visto y os lo afirmarán con tal seguridad que tendréis que admitirlo.

La llaman *la hermosa de la mancha roja*.

A un pastor muy anciano, y tan respetable por su carácter como por sus canas, le interrogó el autor de esta tradición, en una apacible tarde de Otoño, á la hora de la despedida del sol.

Estábamos en la ribera del Jalón, y los recuerdos revivían impregnados en la inefable poesía de aquella hora en tal lugar.

—Esta noche no vendrá por aquí *la hermosa de la mancha roja*—me dijo.

—¿Y por qué?

—Porque en las noches serenas no se atreve. La luz que viene del Cielo es la del manto de la Virgen María que protege á esta tierra. La maldita mora no puede salir sino en las noches de tormenta, porque á ella sigue protegiéndola el diablo.

—¿Y á qué viene aquí?

—Trata de borrar con el agua del río una gran mancha de sangre que la cayó en un pie, cuando asesinó á nuestra señora. ¡Ya ve V. si han pasado centenares de años desde entonces!... Sin embargo todavía no ha logrado borrarla, y nunca lo conseguirá.

PRIMERA FUNCIÓN DE GUERRA

DEL

GRAN CAPITÁN

PRIMERA FUNCIÓN DE GUERRA

DEL

GRAN CAPITÁN

I

Sorpresa de amantes y sorpresa de guerra

D. Alonso de Aguilar y D. Diego Fernández de Córdoba, conde de Cabra, dos héroes del siglo xv que se cubrieron de gloria durante el último período de la Reconquista, andaban por desgracia tan discordes y reñidos, que más de una vez sus huestes tuvieron que ensangrentar el suelo de Andalucía en luchas civiles; derramamiento de sangre doblemente sacrílego que retrasaba la gran obra nacional.

Ambos caballeros suspendían la pelea con los moros para combatirse y hacerse mutuamente cuanto daño podían.

El Conde de Cabra, á cuyo dominio pertenecía, entre otras poblaciones, la ciudad de Baena, donde había nacido, juntó en una ocasión toda su hueste de baeneses, con el propósito audaz de dar un golpe

de mano contra Santaella, que pertenecía á don Alonso.

Era villa fortificada, como precisaba que lo fuesen casi todas en aquellos tiempos de guerra. La circunstancia de no hallarse el de Aguilar en ella á la sazón, y el deseo de vengarse de una correría que le hubiera causado mucho daño, decidieron al Conde á intentar una sorpresa.

Consideró que únicamente á favor de la noche podría realizarla, y escogió una noche oscura y tempestuosa.

Era el año 1481.

Merced al acierto con que fué elegida la ocasión, pudo efectuarse la sorpresa.

La vigilancia de los guardianes de Santaella tenía que flaquear por fuerza en una noche en que todos los rumores se desvanecían ante el rugido del huracan y en que la lobreguez era tan absoluta que nada se veía.

Pasaba ya de media noche, hora en que en una población agrícola todo el mundo suele dormir á pierna suelta.

Pero velaba el amor.

En las poblaciones de Andalucía, hasta en los tiempos más calamitosos, se ha pelado la pava. No hay tormentas ni rayos que impidan á un novio de veinte años acudir á una reja al reclamo de unos ojos cuyo brillo disipa todos los temores y todas las sombras.

Apenas tendría entonces los veinte años Gonzalo de Córdoba, que era el novio que trasnochaba en una de las estrechas calles de Santaella, cuando llegó á su oído un rumor que no confundió con el de la tormenta.

Tan alarmante le pareció, que, suspendiendo en el acto su tierno coloquio, tiró de la espada y se despidió bruscamente.

—¿Que tienes, Gonzalo?—clamó ella con espanto.

—¡Que asaltan la villa!... Avisa á los tuyos... ¡Adiós!...

Y, mientras la joven daba la voz de alarma, el futuro Gran Capitán acudía bastante á tiempo para precipitar del muro abajo á dos guerreros baeneses con la escala por donde subían, y para atravesar el pecho de otro que ya había saltado dentro y que le acometió súbitamente.

Gritaba á la vez, llamando al peligro á los que tan confiadamente se entregaban al sueño, pero en seguida observó que el enemigo había escalado el muro por otras partes, y que por desgracia no procedía con igual rapidez la corta guarnición á causa de lo inesperado del ataque.

No había en toda la población otra luz que la de algunas lámparas mortecinas que la piedad del vecindario alimenta en nichos callejeros; mas era suficiente para que se advirtiese por unos y por otros el valor heroico y la serenidad extraordinaria de aquel joven. Sin ser jefe, púsose al frente de la guarnición, multiplicándose en los puntos de mayor riesgo: acuchillaba con tal denuedo que su espada parecía un rayo.

Cortó la comunicación entre los invasores y acorraló á los más audaces, pero eran tantos y por tantas partes á la vez acometían que, resultando la proporción de uno contra veinte, se hacía imposible la victoria.

La vendió muy cara: palmo á palmo se defendían aquel puñado de hombres, alentados por su ejemplo, y mordían el polvo muchos de los que atacaban. La espada de Gonzalo no cesaba de herir.

El Conde de Cabra hizo desmontar á trescientos jinetes que no podían maniobrar en aquellas calles estrechas y con este refuerzo triunfó.

La guarnición quedó prisionera juntamente con algunos caballeros de la villa que ayudaran con gran valor á la defensa; pero Gonzalo de Córdoba no quería

rendirse, y su brazo parecía incansable. Arrimado á una pared, á la pálida lumbre de un nicho en que estaba la imagen del Crucificado, su espada trazaba un círculo infranqueable: algunos que se atrevieron más, tropezaron con la acerada hoja, y no volvieron á levantarse.

Tan desigual combate no podía durar mucho tiempo. Acometíanle con gritos de muerte, ansiando la venganza de las numerosas víctimas de aquella espada y aumentaban por momentos los acometedores; pero el Conde de Cabra, testigo de las asombrosas dotes para la guerra que tenía aquel joven casi imberbe, con voz tonante les hizo apartarse, añadiendo estas palabras memorables:

—¡Respetad á un héroe!

—Señor—murmuró uno de ellos—que ha matado á mi hermano...

—¡Y al capitán Núñez!—agregó otro.

—¡Y á Lope el Bravo!...

Y hubieran continuado la larga relación, si el Conde no les hubiese interrumpido, diciendo en tono que no admitía réplica:

—¡Los ha matado cara á cara!

Inmediatamente se dirigió á Gonzalo en estos términos:

—¿Y ahora no entregarás tu espada?

—Sólo á vos—respondió el futuro vencedor de Ceriñola y del Garellano, dando al Conde de Cabra aquella espada que, según la tradición, fué la misma que llevó en sus célebres campañas.

Hay que advertir que el Conde y Gonzalo llevaban el mismo apellido porque ambas familias procedían de idéntico tronco, de los más antiguos é ilustres de España.

II

La voluntad de Isabel la Católica

Se nombra *primera función de guerra del Gran Capitán* la defensa heroica de Santaella, porque durante la sorpresa de aquella población, donde él se encontraba accidentalmente, se vieron los destellos primeros del genio militar con que asombró al mundo.

Pero Gonzalo de Córdoba había guerreado ya, como en aquel tiempo lo hacían los jóvenes de la nobleza en edad muy temprana. Sólo 17 años tenía cuando tomó parte en el combate de Sierra de Yeguas, distinguiéndose entre los caballeros más esforzados.

Prisionero, como se ha visto, del Conde de Cabra, que era á la vez Mariscal de Castilla, procuró este poderoso magnate atraerle á su partido; y aunque puso en ello gran empeño, empleando los mayores halagos y las promesas más seductoras para un joven ansioso de gloria, no pudo lograrlo.

Respecto al caso, conviene consignar un dato importante, en los propios términos que usa la Historia.

«Gonzalo de Córdoba—dice—estuvo encerrado en el castillo de Baena por espacio de tres años, debiendo su libertad á una carta que la misma reina Isabel escribió al Conde de Cabra.»

Si tanto tiempo le tuvo preso, buena prueba es de la obstinación del joven héroe en rechazar las ofertas del Mariscal de Castilla.

Lo singular del caso, como la tradición nos lo revela, fué que el interés de la Reina por el futuro conquistador de Nápoles nació de los grandes elogios que de él hizo el que podemos llamar su enemigo, pero enemigo franco y generoso. El Conde de Cabra era un gran soldado, y cuando Isabel la Católica, al

saber la sorpresa de Santaella, le manifestó su sentimiento porque continuase su lucha con Aguilar, y se derramara fratricidamente la sangre de sus hijos, como nombraba á sus súbditos aquella gloriosa soberana, después de responderla disculpándose como pudo, la habló así:

—Mucho deploro, señora, la sangre vertida, y por mi parte haré lo posible porque concluyan tan graves querellas, si mi contrario se aviene á que sea sin mengua del decoro. Sin embargo, del último combate, á pesar de su horror me queda un recuerdo muy grato, indeleble...

—¿Cuál, Conde?

—El del mérito y las hazañas de un joven de veinte años, un rayo de la guerra...

—Pues para que vos os asombréis—repuso Isabel la Católica—ese novel guerrero ha de ser un verdadero asombro...

—Tan cierto que lo es como que ha de oscurecernos á todos los de este siglo y ponerse á nivel de los más ilustres de otros tiempos...

—¿Su nombre?

—Gonzalo Fernández de Córdoba.

—Contento estaréis, si es de los vuestros...

—Debía serlo, pero no lo es: peleó por mis enemigos.

Y luego de referir á la Reina los detalles del combate, añadió que tenía preso á Gonzalo.

—Espero, Conde, que no dejaréis pudrirse en la cárcel un guerrero á quien auguráis porvenir tan brillante.

—Ya le soltaré, cuando me pruebe que no es ingrato.

—¿Queréis que haga traición á Aguilar?

—¡Me debe la vida!

—Soltadle, que no hará armas contra vos...

—Señora; por mucho que valga ese guerrero, causó muchísimo daño á mi hueste, y temo el descontento y

la alteración de los míos, si le ven tan pronto en libertad.

Así disculpó el poderoso caudillo su falta en demorar el cumplimiento de la voluntad de la reina Isabel. Todavía la nobleza era prepotente por la fuerza propia, por los prestigios que la daba la guerra y porque, siendo tan pródiga de su sangre contra los enemigos de la patria y de la religión, era preciso tolerar algunas demasías de su soberbia.

Aun no había llegado la ocasión de que la enfrenase Jiménez de Cisneros.

Así se explica que á Gonzalo de Córdoba le costara tres años de cárcel la revelación de su genio militar, á pesar de la admiración que causaba á quien le retenía cautivo.

Y así se explica también la veneración del Gran Capitán á Isabel la Católica y el entusiasmo con que la sirvió. Ella fué la que, al enterarse de su *primera función de guerra*, después que logró su libertad, le dió mandos muy importantes; ella la que inspiró su elección para la gigantesca empresa de Italia, en donde Gonzalo adquirió el sobrenombre que le inmortaliza.

UN REY DE LAS LEYENDAS

UN REY DE LAS LEYENDAS

(A mi distinguido amigo D. José España y Lledó, uno de los granadinos más competentes en los recuerdos de Granada.)

Bosquejo

En España no es posible evocar leyendas ni tradiciones maravillosas sin que volvamos los ojos á esa maravilla de arte y de evocaciones poéticas, que se llama la Alhambra, á ese alcázar de las hadas y de los genios, emblema de la civilización más brillante de la Edad media.

Sus columnas afiligranadas sustentan el peso de siete siglos, tan firmemente como si ahora se acabase de erigirlas; y, por entre ellas nos parece que pasa la gallarda figura de su fundador; le vemos distintamente en el salón de Embajadores con su porte majestuoso, el tipo árabe en toda su pureza, y la mirada tan noble y penetrante que turba y atrae al que la encuentra.

Millares de extranjeros vienen cada año á España sólo por contemplar la Alhambra, y están más enterados de la historia de su fundador que de las de los reyes de sus naciones respectivas.

Sorprende que eso mismo nos suceda á los españoles, siendo más vivo, ya que no más grande, el interés que nos inspira el poético Alhamar que el de las figuras célebres de la monarquía castellana.

Es que lo consideramos tan nuestro como ellos, y les saca ventaja en lo legendario.

Alhamar I el Nazarita, fundador de la Alhambra, en medio de la verdad asombrosa de sus hechos y de toda su vida, verdad que atestiguan los cronistas de mayor respeto, es *un rey de las leyendas.*

Su cordial amistad con nuestro gran Fernando III el Santo, desde el momento en que se conocieron, y después de haber sido enemigos implacables, es uno de los hechos que le dan relieve más extraordinario. Ni aun aquellas figuras de antiguos reyes, idealizadas por una imaginación creadora, superan á la de Alhamar, aunque no la saquemos de la rigurosa realidad de la Historia.

Por eso no necesita los adornos de la fantasía; y con mostrársela al lector tal como fué, cual la dibujan los rasgos propios, y como le pintan los sucesos de su vida, como hombre y como rey, se le habrá dado lo que bien podemos llamar la leyenda de la verdad, muy superior á toda clase de narraciones.

I

El hombre y el rey

Alhamar, antes de ser rey, fué labrador.

Nuestro fidelísimo cronista de aquellos tiempos, el arzobispo D. Rodrigo, afirma que guiaba el arado poco antes de su elevación al trono «*...in valuit arabs quidam dictus Mahomet Abenalagmar qui paulo ante boum et aretra sequebatur*».

Los historiadores árabes, aunque expresando lo

que le enaltece tan modesto origen, cuidan de ensalzarle sobre todo como descendiente en línea recta de uno de los compañeros del Profeta, Sad-Ben-Obadah, señor de la tribu de Khazrej.

Cristianos y árabes convienen con rara unanimidad en sus prendas, todas eminentes. Era generoso hasta la magnanimidad y valiente hasta el heroísmo: rey para sus enemigos; padre para su pueblo.

Consumado político, sabía sacrificar su orgullo en aras de la conveniencia pública, hasta el extremo de ir alguna vez á pelear personalmente en favor de los cristianos, como veremos más adelante. No se equivocaba nunca respecto al tiempo en que debía guardar la espada, ni en el que debía desnudarla. Sabía el modo de excitar oportunamente las pasiones, como la manera de acallarlas, los medios más eficaces para templar y halagar el carácter de sus súbditos, y lograba siempre el hermoso contraste entre la humildad del monarca y la potencia y esplendor de la monarquía.

Más noble aun de corazón que de linaje, no conocía necesidad á que no atendiese, ni sufrimientos que no aliviase. Su primer cuidado, al asentarse en el trono, fué el de los enfermos, de los desvalidos y de los ancianos, haciendo construir hospitales y otras casas de beneficencia y dotándolas con esplendidez. Y no sólo auxiliaba á los enfermos; también los visitaba y atendía en su lecho de muerte.

Procuró mejorar, por todos los medios, y constantemente, el bienestar de sus vasallos, y nunca abandonó á ningún creyente al rigor de su suerte, ni aun en las épocas en que vió inundado su reino por avenidas de árabes proscriptos, que huían de las ciudades conquistadas por los cristianos.

Su esplendidez no se manifestaba sino para el mayor prestigio de su trono, que, en cuanto á su persona, no solamente se mostraba parco en el traje y en la mesa, sino también en su harem, donde más solían ostentar su lujo todos los reyes musulmanes.

Sentía mucho gravar con tributos á sus pueblos, y no creyendo decoroso en un monarca exigirlos para sus placeres, únicamente aumentaba algunos para hacerlos reproductivos, embelleciendo á su querida Granada con baños, fuentes, escuelas, paseos y sobre todo con la maravillosa Alhambra, hasta el punto de lograr que fuese superior á Bagdad y á Damasco.

Así el pueblo le amó con vehemencia, y le dió simultáneamente los nombres de *Padre*, *Vencedor* y *Magnífico*.

Daba audiencia pública dos días por semana á cuantos la solicitaban, consultando con expertos jeques y cadíes los negocios del Estado; y no los resolvía nunca sin la aprobación de ellos.

Realzadas sus prendas por la gravedad del rostro y la belleza varonil de la figura, por lo cortés del trato y los rasgos caballerescos del carácter, ¿cómo no hemos de asombrarnos ante el ejemplo que su reinado ofrece al mundo? ¿Cómo no considerarle como un rey ideal, *un rey de las leyendas?*

Alhamar consiguió impedir la ruina con que amenazaban los cristianos á sus despedazados dominios, y logró además lo que parecía increíble, darles unidad, robustecerlos y engrandecerlos.

Ya conocemos al hombre y al rey.

Ahora nos toca trazar á grandes rasgos lo que la Historia y la Tradición consagran, para justificar el juicio anteriormente expuesto.

II

Guerrero y político

Sostenía Bem-Hud con varia fortuna el trono de los Abderramanes, cuando fué asesinado en Almería en ocasión de acudir al socorro de Zeyán, emir de Valen-

cia, amenazado por la poderosa espada de D. Jaime de Aragón.

Muchos reyes y reyezuelos se alzaron en Andalucía cuando cundió la noticia de su muerte, pero logró prevalecer sobre todos Alhamar, cuyas extraordinarias condiciones de mando le habían atraído las simpatías de los muslimes buenos.

El walí de Almería, deseoso de alcanzar su amistad, hizo que se declarasen por él todas las tribus de aquella comarca, y el de Jaén, adicto á su persona, trabajó incansablemente para que se le abrieran las puertas de Granada. Y, en efecto, sus habitantes no tardaron en aclamarle con entusiasmo, como si previesen los días de grandeza, de prosperidad y de gloria que habían de disfrutar durante su reinado.

La fama fué repitiendo de unos á otros confines su patriarcal dulzura en el gobierno y su ardimiento en los campos de batalla, y en breve no hubo en las regiones árabes andaluzas pueblo que no le reconociera por soberano y no viese en los destellos de su corona esperanzas seguras para los creyentes. De manera que su dominio abarcó todo el Mediodía, á excepción de Sevilla, Niebla y los Algarbes.

Un hombre de su genio necesitaba el decaído imperio musulmán para su reposición y fortalecimiento. Sin la cabeza y el brazo de Alhamar hubiera sido imposible impedir que san Fernando llegase á plantar el pendón de Castilla sobre las mismas torres de Granada, antes de la construcción de la Alhambra.

Se necesitaban tanto valor y firmeza como prudencia y astucia para detener la marcha impetuosa del gran monarca cristiano. Alhamar ni vacilaba en blandir la lanza ni dudaba en abatirla cuando lo exigían la ventura de su pueblo y sus intereses. Lo mismo se arrestaba en demanda del enemigo que imponía silencio á sus propias pasiones.

Empezó poniendo en estado de defensa sus fronteras, á las cuales mandó numerosos cuerpos de zegríes,

y creó un pequeño ejército permanente. Con estas fuerzas no podía pensar aún en arrostrar la furia del castellano. Fernando el Santo continuaba sus conquistas con éxito creciente, y Alhamar tuvo que sufrir que pusiera sitio á Jaén, sin socorrer á esta heroica plaza.

El mismo año de la proclamación de Alhamar, efectuada el 15 de mayo de 1238, D. Martín Ruiz, maestre de Calatrava, salió de Martos con sus mejores caballeros y se apoderó de los castillos de Locubin y de Susana; al año siguiente el arzobispo de Toledo se apoderó á su vez de Cazorla, y en 1240, san Fernando acompañado de sus hijos D. Alfonso y D. Fernando, se hizo dueño de Porcuna, Lopera, Alcaudete, Alhendin y otros muchos castillos y pueblos, gran parte de los cuales se le entregaron sin resistencia por evitar el estrago de los asaltos.

Pero en cambio Alhamar obtuvo una serie de ventajas á que puso digno remate la señalada victoria que alcanzó sobre D. Alfonso de León, hermano de san Fernando. El leonés había penetrado de una manera audaz en los dominios de Alhamar. Éste aparentó esquivar su encuentro, dejándole avanzar imprudentemente hasta la misma Vega de Granada, y allí le atacó de frente con tres mil infantes y dos mil caballos, mientras que, reunidas las guarniciones de algunos castillos, acometían por retaguardia al ejército de don Alfonso.

La derrota de éste fué completa y muy sangrienta, causando entre los cristianos gran duelo, y consolidando la fama de que ya disfrutaba Alhamar como guerrero.

Ansioso de vengarla san Fernando fué á sitiar á Jaén por tercera vez. Durante la primera había tenido que limitarse á asolar sus campos; en la segunda (1242) rompió puentes, derribó torres, destruyó molinos y llevó á la ciudad el luto y la consternación. Sin embargo no logró abatirla y levantó el sitio; pero proponiéndose volver á su empeño.

A la tercera vez (1244), incitábale doblemente á su empresa el ansia de vengar la derrota de su hermano.

Taló primero los alrededores de muchos pueblos, y hallándose en el campo de Alcaudete, villa que habían vuelto á recuperar los granadinos, destacó sobre Arjona á D. Gonzalo Núñez de Lara con la mayor parte del ejército. Ordenóle que la cercara y la combatiese sin demora, y apenas habían empezado á cumplir sus órdenes cuando él se presentó entre los sitiadores, y con tanto denuedo se arrojó á la plaza, que la obligó en seguida á rendirse y á admitir las duras condiciones que la impuso.

No se contuvo mucho en Arjona la actividad de D. Fernando III: salió de allí á los dos días; tomó á Pegalajar, La Guardia, Cazalla y otros muchos lugares; envió contra Granada á su hermano D. Alfonso y á Sancho Martínez con los concejos de Quesada, Úbeda y Baeza; se dirigió á Andújar, donde estaba á la sazón su esposa la reina D.ª Juana, y partió con ella á Córdoba.

Fué luego á reunirse con su hermano; taló la Vega; peleó ventajosamente con los escuadrones de Alhamar y logró, por último, vengar la derrota de D. Alfonso obligando á aquellos temidos escuadrones á encerrarse al abrigo de las murallas granadinas. Quizás hubiera llevado su victoriosa osadía hasta atacar á la ciudad, si la noticia de que los moros gazules hablan caído sobre Martos no le hubiese obligado á correr en su auxilio.

Los gazules se retiraron sin aguardarle, y entretanto Alhamar respiró y reparó sus fuerzas.

Por cuarta vez tuvo que levantar san Fernando el sitio de Jaén, é invernó en Córdoba.

III

La célebre entrevista con Fernando el Santo

Entretanto Alhamar, al mismo tiempo que atendía á la guerra, meditaba sobre los medios de obtener la paz, y ponía en orden la administración de sus estados. Le preocupaba el considerar que pendía siempre sobre ellos la formidable espada de Fernando III, y previendo las contingencias del porvenir, mostraba gran respeto y deferencia á los reyes de Marruecos, Túnez y Tremecén, dedicándoles rogativas en todas las mezquitas de sus dominios.

Pero esos reyes, por unos ú otros motivos, no podían acudir en su auxilio, y entretanto san Fernando volvió sobre Jaén, con medios suficientes para no verse otra vez precisado á levantar el sitio.

Era indecible el sentimiento de Alhamar por la falta de fuerzas para socorrer eficazmente á la heroica ciudad, y conociendo que, si al fin caía en poder del castellano, fácil sería que otras muchas poblaciones se le rindiesen, tomó una de esas resoluciones extraordinarias y extremas que, si ante un juicio vulgar revelan flaqueza, ante el de la Historia representan la mayor fortaleza de ánimo, la que necesita un héroe para vencerse á sí mismo; la del rey que antepone á todo el bien de su pueblo.

Decidió acudir él solo, en persona, al real del ejército sitiador, á deponer su orgullo y su amor propio, pero no su dignidad, á los pies de Fernando III. Conocía su magnanimidad y fiaba en él como en sí mismo.

Claramente vió que no le quedaba otro camino para hacer duradero el naciente reino de Granada. ¿Para qué serviría su resistencia? Para que, dentro de poco, no quedase en España irremisiblemente ni un asilo para los mahometanos.

Alhamar, antes que la estéril gloria del rey belicoso é intransigente, que no teme aventurar su vida ni la de sus súbditos, aunque á su caída acompañe la perdición del reino, procuró atraer sobre su cabeza las bendiciones que derrama el Cielo sobre el que acierta á evitar esa ruina con abnegación sublime.

Vedle cabalgando solo, de Granada á Jaén, sin más compañía que la de un servidor. Iba vestido con la modestia que le caracterizaba, é hicieron de noche gran parte de la jornada, á fin de evitar fuese conocido.

Al aproximarse al real de los cristianos se adelantó el servidor con un pergamino escrito y firmado por Alhamar, cuya firma le era bien conocida á Fernando III. Era el aviso de su llegada y la petición de una entrevista.

Quedóse el mensajero á la entrada del campamento mientras Alhamar le aguardaba sin ser visto, á alguna distancia, y llevaron su mensaje á manos del monarca, que se hallaba en su tienda rodeado de los caudillos del ejército.

Fué tan grande la emoción de aquel gran rey, al enterarse de que Alhamar venía solo solicitando verle, que Núñez de Lara, testigo presencial, afirma que brillaron lágrimas en sus ojos.

—¡Que entre en seguida ese mensajero! —dijo al capitán de sus guardias.

Penetró el árabe en la tienda, prosternándose casi hasta tocar el suelo con su rostro, y el rey le hizo levantar, preguntándole en árabe (1):

—¿En dónde está vuestro señor?

—Cerca de este real—respondió.

—Caballeros—añadió Fernando III—salid á honraros acompañando aquí al Rey de Granada.

Y como algunos le mirasen atónitos por nueva tan extraordinaria, les dijo:

---

(1) Bien sabido es cuánto se esmeró en la instrucción de Fernando el Santo, su madre la reina D.ª Berenguela.

—Id pronto, que no se hace esperar á un monarca tan digno.

Partieron rápidos los nobles, siguiendo al mensajero; resonaron las trompetas y atambores en el real cristiano y formáronse las tropas para recibir al rey enemigo como si fuese á su propio rey.

Cuando Fernando III quedó solo en su tienda, arrodillóse ante la imagen del Crucificado que en ella ocupaba preeminente lugar, y oró en acción de gracias, por parecerle que aquel suceso presagiaba venturas.

Y, á la llegada del rey árabe, al advertir la honda preocupación que reflejaba su noble rostro, hizo seña á los caballeros que le acompañaban para que los dejasen solos.

Por pronto que obedecieron esa orden, pudieron ver los caballeros que Alhamar humilló su cabeza y besó á Fernando III la mano. Esta era señal de vasallaje.

Apenas se vieron solos, un impulso mutuo, tan espontáneo en el uno como en el otro, hizo que se enlazaran en un abrazo fraternal.

No eran entonces los dos grandes monarcas fieramente enemistados, como lo estaban sus pueblos respectivos, por la diversidad de religión é intereses. Eran dos hombres de espíritu superior y de corazón magnánimo, que mutuamente se admiraban y que en aquel abrazo consagraban una amistad nacida de irresistible simpatía.

—Ya ves—dijo Alhamar, aludiendo al acto de besarle la mano—vengo por la paz.

—¡Dios sea loado, y te traiga con bien á mi tienda!

—¡Es por el bien de mi pueblo, Fernando!

La honda conmoción con que el árabe pronunció esas palabras se comunicó al castellano y en una mirada se dijeron todo lo que eran capaces de sacrificar en aras de tan hermoso sentimiento.

Alhamar continuó:

—Por obtener la paz me haré tu feudatario, y en

toda guerra que emprendas contra otro te serviré con quinientos jinetes, los mejores entre mis valientes granadinos.

—¡Oh, Alhamar, cuánto he deplorado que mi deber de combatir á los de tu raza haya sido hasta ahora incompatible con mi afecto hacia ti!

—¿Cómo hubiera yo pensado en venir á humillarme á la tienda del rey de Castilla, á no ser tú ese rey?..

—Pues, si vienes por la paz, yo también te la ofrezco.

—Fernando, me ofrezco también á ir á las Cortes de tu reino á ratificar mi declaración de feudatario tuyo.

—No: ni es preciso para que asentemos la paz, ni quiero que sufras una humillación innecesaria, cuando el paso que acabas de dar te enaltece tanto.

Poco después de esta entrevista, que la Historia consigna entre los sucesos más memorables de aquel siglo, Alhamar salió del real castellano radiante de alegría y con los mismos honores con que había entrado.

IV

Por la conquista de Sevilla

Volvió á Granada en compañía de su fiel walí de Jaén, el valeroso Ben Muza, después de haber visto retirarse al ejército de san Fernando, y se dedicó á continuar tranquilamente la obra de la reorganización de su reino y la construcción de la Alhambra.

Entretanto su amigo el rey castellano se preparaba para la conquista de Sevilla, que debía compensarle de haber desistido de su empresa contra Jaén y Granada.

Fué á los ocho meses del tratado de paz cuando Fernando III le avisó por primera vez para que le ayudara en aquella empresa con los quinientos jinetes. Alhamar mismo salió á su cabeza, y puede decirse que iba con él toda la nobleza granadina, inclusos los Abencerrajes, tan famosos.

En la conquista de Sevilla se distinguió Alhamar tanto por su valor como por su generosidad. Como prueba relevante de esa generosidad, consigna Mármol el hecho siguiente: «Entró san Fernando en Sevilla acompañado del rey de Granada, que le sirvió en aquel cerco; y el rey de Sevilla, llamado Abén-Abid, se vino con él á Granada, y allí le dió ciertos heredamientos con que se sustentase, y son los que hoy día llaman los moros los heredamientos de Abid, que eran las casas de la Cartuja vieja y otras muchas posesiones.»

Es decir que, si la fuerza de la necesidad le obligó á servir á un rey cristiano en las empresas contra los de su raza, en cambio favoreció pródigamente al rey destronado, como lo hacía con los pueblos vencidos.

Venían á su reino gran número de musulmanes fugitivos, unos de Játiva, de Valencia, y demás conquistas de D. Jaime I de Aragón, y otros de Sevilla, etc., por no rendir vasallaje á Fernando III. Al acogerlos Alhamar no sólo atendía á los mandatos de su hermoso corazón sino que realizaba una obra de gran conveniencia para su reino. Sabía retenerlos, no reparando en gastos ni en estímulos para lograr que se estableciesen definitivamente en sus dominios; les repartía tierras y les eximía del pago de tributos por algunos años.

De este modo aumentaba y robustecía la población, harto escasa y decaída á consecuencia de tantas guerras. Conocía la capacidad como la abundancia de aquel suelo fertilísimo que contenía todos los tesoros de la naturaleza; temía que su pequeño reino fuera presa de una monarquía que había puesto ya

en grande aprieto á los imperios de los almohades y almoravides; y, convencido de que el mejor antemural contra sus invasiones consistía en suplir con el poder y el número de sus vasallos al de sus fortalezas, realizó hábilmente los fines de su alta política, duplicando la fuerza de sus Estados, sin acudir á nuevas conquistas.

Desde que Alhamar tornó de Sevilla continuaron con grande ahinco en su reino las tareas de la paz; animaba á sus súbditos el descubrimiento y la explotación de minas de oro y plata y la actividad del trabajo en talleres donde se tejían sedas con mayor perfección que en el Oriente y se fabricaban armas de finísimo temple.

La vida fecunda de la Industria, de la Agricultura y de las Artes vióse favorecida por un largo período de paz; y este período hubo de dilatarse todavía por la gran desgracia que afligió á la cristiandad en el año 1152, la muerte de Fernando el Santo. Lloróle Alhamar como un hermano, y envió una embajada á su hijo D. Alfonso, nuevo rey, que había de merecer el dictado de Sabio, solicitando que confirmase el tratado de Jaén bajo las mismas condiciones: acompañaba su proposición con regalos magníficos.

Accedió D. Alfonso; Alhamar pudo consagrarse tranquilamente otros dos años al bienestar de su pueblo, y al cabo de este tiempo llamóle su aliado el nuevo rey de Castilla, á fin de que le ayudase á la conquista de Jerez.

Del celo con que le serviría puede juzgarse por el hecho de haber sido Alhamar uno de los primeros que entraron victoriosamente al asalto de la ciudad, que ya era famosa por sus vinos.

De vuelta en Granada colmado de mercedes por D. Alfonso, acogió solícitamente, cual de costumbre, á los almohades que huían de los pueblos sojuzgados durante la campaña, y continuó poniendo todo su ahinco en proteger el trabajo y dirigir las obras ma-

ravillosas de la Alhambra, muy adelantadas á la sazón.

Granada se había hecho un emporio de civilización, uno de los centros más atractivos del saber en aquellos tiempos. Los hombres de ciencia, como los literatos y los artistas, obtenían la predilección de Alhamar, y con ellos alternaban los industriales y los guerreros ilustres. De las tres partes del mundo conocido recibía embajadas, presentes, homenajes y muestras de admiración y de respeto.

Ninguna apreciaba tanto como la de haberle armado caballero san Fernando el mismo día de su entrada en Sevilla.

D. Diego Hurtado de Mendoza en su *Guerra de Granada,* después de anotar ese hecho tan señalado, dice lo siguiente, que es tan curioso como interesante:

«San Fernando dióle por armas, para él y los que fuesen reyes en Granada, la banda de oro en campo rojo, con dos cabezas de sierpes á los cabos, según la traen en su guión los reyes de Castilla; añadió él las letras azules que dicen: «no hay otro vencedor sino Dios»; por timbre tomó dos leones coronados, que sobre la cabeza sostienen el escudo; traen el timbre debajo de las armas, como nosotros encima, porque así escriben y muestran los signos, y cuentan las partes del cielo y la tierra al contrario de nosotros.

»Mas las armas de los reyes de la Andalucía eran una llave azul en campo de plata, fundándose en ciertas palabras del Alcorán y dando á entender que con la destreza y el hierro abrieron por Gibraltar la puerta á la conquista de Poniente, y de allí llaman á Gibraltar por otro nombre el Monte de la Llave. Hoy duran sobre la principal puerta de la Alhambra estas armas.»

Pero, sin embargo de su gloria y de haber conseguido el principal objeto de su vida, que era la felicidad de su pueblo, el rostro noble del fundador de la

Alhambra revelaba una melancolía tenaz, recargada en ocasiones por nubes de tristeza.

Era que sentía en el alma los llamamientos é imposiciones de los reyes castellanos, principalmente porque le obligaban á emplear sus armas contra los suyos, los sectarios del Profeta, además de distraerle de las atenciones del Estado.

Invariable en su política de abnegación, no vislumbraba otros medios que la paz para la estabilidad de la monarquía granadina, y por conseguirla, con el bien de sus súbditos, no reparaba en ningún género de sacrificios; pero no faltaban walíes y jeques de los más respetables que le advirtiesen de lo que él mismo sentía, lo humillante de aquel vasallaje, si se prolongaba indefinidamente; añadían los consejeros que su trono estaba ya firmemente asentado, y que, habiendo crecido tanto la población en pocos años, podía contar con un ejército tan poderoso como el castellano.

Aunque no hallase Alhamar esas observaciones tan ciertas como ellos las suponían, no dejaba de considerar la notable diferencia entre su poderío actual y la situación de su reino en la época del tratado de Jaén.

Disimuló sus impresiones, eludiendo el tratar del caso, y siguió la línea de conducta que le aconsejaba la prudencia.

Pruebas dió también de diplomático consumado, y, entre otras, en una ocasión muy expuesta á graves contingencias: el infante D. Enrique se había enemistado con su hermano el rey D. Alfonso después de la toma de Jerez, y deseando la protección de Alhamar, fué á buscar un refugio en Granada.

Recibióle afectuosamente, colmándole de agasajos, pero á la vez supo moverle á pasar á Túnez, para cuyo emir le dió cartas de eficaz recomendación y así logró contentar á ambos hermanos.

Tan satisfecho quedó D. Alfonso que le envió un mensaje muy expresivo en acción de gracias, y trans-

currió mucho tiempo sin volver á pedirle su ayuda para empresas guerreras. Tres años después le llamó para la conquista de los Algarbes.

V

La melancolía de Alhamar

Muchas veces lo mejor es enemigo de lo bueno.

La profunda verdad que ese adagio contiene hubo de demostrarse entonces de una manera trascendental.

Cuando los reyes castellanos llamaban á Alhamar para sus empresas de guerra, siempre acudía él en persona á la cabeza de sus escogidos jinetes. Indudablemente lo hacía por mayor honra de quien le impusiera aquel deber.

Mas no sucedió así en la empresa de los Algarbes: fuese porque entonces diera preferencia á la ocupación de fortificar sus fronteras y visitar detenidamente sus dominios; fuese porque el Senado de los Jeques le representara con vivas instancias el disgusto del pueblo al verle honrar tanto al mayor enemigo de los muslimes, ello es que dió el mando de los quinientos al walí de Málaga, en vez de conducirlos él mismo á los Algarbes.

Esta primera deferencia al deseo de los suyos dió origen á otras de más consideración que habían de traer graves consecuencias. Encontrándose en Gibraltar recibió mensajes de Jerez de Arcos, de Sidonia y de Murcia, ciudades que se ofrecían á proclamarle rey, con tal de que las ayudase á sacudir el yugo de los cristianos.

Lo imperioso de las necesidades de la paz le obligaba á negarse á las tentadoras proposiciones, pero consideraba al propio tiempo que su deber le imponía el amparo de compatriotas indefensos y oprimidos.

Esta vez la fuerza de tal deber, unida á sus ímpetus guerreros y á la noble ambición de la gloria, arrolló en su ánimo á los consejos de la prudencia, y aunque no se decidió en seguida por una resolución belicosa, vino á ponerse en vías de tomarla al prometer á los mensajeros llevarla al Senado de los Jeques y atenerse á lo que éstos le aconsejaran.

Al efecto partió inmediatamente para Granada, reunió á los consejeros, manifestó las pretensiones de aquellos pueblos, recientemente conquistados por Castilla, y con casi absoluta unanimidad le aconsejaron que accediese á ellas, sacudiendo de una vez el yugo del castellano: esto es: la guerra.

Es fama que en estas graves circunstancias desapareció la melancolía que sombreaba el majestuoso semblante de Alhamar el Magnífico.

Buscó, sin embargo, un medio de no romper abiertamente con D. Alfonso, y propuso que, ante todo, se procurase el alzamiento simultáneo de la ciudad de Murcia y los pueblos del Algarbe, á fin de que, no pudiendo aquél atender á un tiempo á lugares tan lejanos, hubiese de llamarle en su auxilio. Entonces sería oportuno el negarse á la demanda, y por consecuencia vendría la declaración de la guerra por parte de Alfonso. Como el ejército granadino estaría ya preparado, al llegar aquel caso pasaría la frontera con provechosa anticipación.

El Consejo adoptó sus ideas con gran complacencia y Alhamar dispuso secretamente la sublevación de los pueblos que deseaban proclamarle.

En un mismo día le proclamaron Murcia, Lorca, Mula, Jerez, Arcos y Lebrija, cuyos habitantes, invadiendo las casas y fortalezas de los cristianos, pasaron á cuchillo á cuantos no pudieron apelar á la fuga.

Envió inmediatamente á Murcia un escogido cuerpo de tropas y, requerido por D. Alfonso, le escribió con la mayor cortesía que motivos de religión y de

política le impedían en aquellas circunstancias ponerse al servicio de un príncipe cristiano.

En seguida reunió á sus alcaides, apercibióse su caballería, mientras aguardaba noticia de la resolución del monarca cristiano, y luego que supo que era la del rompimiento de hostilidades, salió de Granada, corrió y taló los campos de Alcalá de Ben-Zaide, peleó á la vista de esta ciudad con un ejército castellano, y lo derrotó tan completamente que infundió el temor hasta en el corazón de Castilla.

Activo en la guerra, como en la paz, no dió descanso á su espada, ya en escaramuzas, ya en batallas, y mientras corrían el Algarbe los mejores capitanes de D. Alfonso anduvo acometiendo sin cesar á los pueblos de la frontera, recogiendo abundante botín y numerosos cautivos.

La campaña le era ventajosa, pero no consiguió su objeto, porque el genio más previsor, la voluntad más activa y la inteligencia más vasta tienen que fallar alguna vez: para acertar siempre sería preciso que contasen con la perfección de Dios.

Por el deseo de recompensar tanto á los que se habían distinguido en la jornada de Alcalá de Ben Zaide como en los combates sucesivos, concedió á algunos caudillos zegríes y zenetes gracias cuya cuantía pareció excesiva al walí de Málaga Abu-Mohamed-Abdalá, al de Guadix, Abu-el-Hasam, y al de Comares Abu-Ishac, ofendiéndose tanto de ello que, no solamente se separaron de Alhamar, y se negaron á continuar la campaña, sino que además se hicieron aliados y vasallos de D. Alfonso. ¡Suceso gravísimo, que le privaba de jefes prestigiosos y de fuerzas considerables, que iban á engrosar el ya harto poderoso ejército contrario, precisamente cuando más los necesitaba, cuando las huestes de Castilla, unidas á las de Aragón, estaban acampadas en torno de Murcia!

En tan crítica situación no perdió ni un ápice de la fortaleza ni de la serenidad de su ánimo, aunque

viese desaparecer muchas de sus esperanzas. Se previno á otra campaña é hizo jurar y proclamar á su hijo Mohamad como sucesor y asociado en el gobierno.

Como era de temer, se negaron á prestarle juramento los walíes de Málaga, Guadix y Comares, y se alzaron en armas contra él cuando el ejército de Alhamar acudía á Murcia.

Las fronteras de su reino fueron entradas por los castellanos á la vez que por los rebeldes walíes, y no pudo impedir que D. Alfonso se apoderase, una tras otra, de Jerez, Sidonia, Rota, Sanlúcar, Arcos y Lebrija. Además Alhamar se vió embarazado en sus operaciones por las avenidas de fugitivos de dichos pueblos, que llevaban el espanto y el desaliento á los demás dominios.

Ni aun con esto se desanimó: dividió su ejército; se puso al frente de aquella admirable caballería granadina, tan temida del enemigo, y yendo unas veces contra los de Guadix, otras contra los de Málaga, otras contra el mismo Alfonso, parecía que se hallaba en todas partes, logrando con su valor, su actividad y la fama de su nombre suplir la falta de fuerzas que equilibrasen á las de tantos enemigos.

Pero al cabo la lucha tenía que resultar desigual, por muy prodigiosos que fuesen sus esfuerzos. Por consecuencia trató de hallar un medio para suspenderla honrosamente: dió principio á las negociaciones con D. Alfonso, prometiendo renunciar á la conquista de Murcia y concediendo á los rebeldes walíes un año de treguas.

Fuéronle aceptadas dichas condiciones, y regresó á su corte, si no satisfecho, tampoco vencido.

VI

El pueblo y el rey

¡Con qué ardor se dedicó, durante el año de tregua, á reparar los desastres de la guerra!

Al cumplir aquel plazo, creyendo que no tendría que habérselas con nuevos enemigos, resolvió castigar con la merecida dureza la rebelión de los walíes; pero apenas había entrado en campaña descubrió que D. Alfonso los favorecía encubiertamente con el propósito de quebrantarle.

Sin embargo continuó su campaña de un modo tan feliz como vigoroso; derrotó á los walíes en varios encuentros; les tomó muchos pueblos y varias fortalezas, y ya había logrado ponerlos en gravísimo aprieto cuando tuvo que suspender su marcha victoriosa á causa de un mensaje amenazador del castellano.

D. Alfonso le conminaba con otra invasión si no suspendía su campaña y si no declaraba independientes á los tres rebeldes walíes. Con ser muy irritante esta exigencia, otra peor contenía el mensaje: la cesión de Tarifa y Algeciras, como quien dice, las llaves de su reino.

—¡Que venga á cogerlas, si puede!—rugió el león granadino.

Juntó incontinenti nuevas tropas y entró como un huracán por las tierras del que le amenazaba.

Además contestó al irritante mensaje en términos viriles, protestando de que protegiese á súbditos rebeldes, hasta el punto de pedirle su independencia.

—«¿Qué dirías, rey Alfonso—le escribía—si yo hiciese lo mismo respecto á algunos de tus súbditos poderosos, no bien avenidos contigo?»

Calificaba de audaz la pretensión de que le entregase aquellas dos ciudades tan importantes; y, por

último, demostrando que lo cortés no quita nada á lo valiente, le pidió estricta neutralidad en su cuestión con los walíes.

Fueron proféticas las palabras de Alhamar que poco antes quedan transcritas: pocos días después se vió sorprendido D. Alfonso por una rebelión de cuidado y, cediendo á la fuerza de las circunstancias, más que á la justicia de la petición del rey de Granada, concedió la neutralidad que le pedía, y cumplidamente.

Entonces Alhamar, siempre magnánimo, olvidando el reciente proceder, aprovechó la ocasión para prestar á D. Alfonso servicios muy señalados, acogiendo en Granada al príncipe D. Felipe, su hermano, á don Nuño González de Lara, á D. Lope Díaz de Haro, señor de Vizcaya, y á no pocos caballeros de los que se le habían rebelado, notables por su linaje como por sus hazañas. Porque al acogerlos, en vez de alentar su rebelión, los movía á desistir y á contenerse, exigiéndoles palabra de no hacer armas contra el rey de Castilla.

Con la ayuda de aquellos caballeros ilustres atacó y venció por tercera vez á los walíes. Confió á su hijo Mohamad un ejército para que fuese sobre Guadix, ciudad perfectamente fortificada y que tenía en aquella época mucha más importancia que hoy; y siguió la lucha con gran ventaja para sus armas; pero los pueblos sufrían daños considerables.

Talados los campos, saqueadas las poblaciones, la campaña se hacía interminable, á causa de la necesidad de dividir constantemente sus fuerzas, y á pesar de las proezas de su hijo y de los caballeros castellanos. Gran parte de los territorios de los rebeldes eran montuosos y con dificultad accesibles, y ellos solían batirse como los parthos, huyendo. Los de la serranía, montados en caballos fortísimos y veloces como el viento, hacían frecuentes y asoladoras incursiones en los dominios granadinos, y aunque se les escar-

mentase con rigor, las repetían con trazas de no acabarse nunca.

Al considerarlo Alhamar aferróse con tenacidad á un pensamiento de exterminio, un exterminio salvador. Era preciso el de los rebeldes, arrasar sus guaridas y arrojar para siempre de la montaña y de la llanura á los que se librasen del exterminio.

Mas, para esto, eran también precisas huestes innumerables, un ejército asolador que pasara por los territorios de los rebeldes como la langosta sobre los campos. Así castigaría la ingratitud inicua de aquellos pueblos que tanto le debían y que amenazaban acabar con su obra de paz y con el asombroso bienestar que, á su influjo, se había creado.

Aquel ejército no podía ser otro que el de su aliado Abu-Yussuf, rey de Marruecos: sus legiones de africanos llevarían la desolación, como las de Atila, y de antemano las dispensaba lo que se excedieran en su misión terrible, con tal que extirpasen aquellos focos de bandidaje.

Ya se hallaba en camino Abu-Yussuf, cuando Alhamar que, para prepararse á recibirle, había dado alguna tregua á las hostilidades, tuvo noticia de que los traidores walíes habían reunido sus fuerzas y penetrado en territorio granadino.

Ardiendo en furor, á pesar de que el peso considerable de sus años debía calmarle los ímpetus belicosos, pues ya había cumplido los ochenta, resolvió salirles él mismo al encuentro, al frente de sus temidos escuadrones.

Empiezan á desfilar los jinetes de su guardia bajo las bóvedas que preceden á la puerta principal del alcázar y una muchedumbre entusiasta aclama al recio y venerable anciano. Lágrimas de emoción brillan en los ojos de muchos que se prosternan aguardando el paso de rey tan querido. De pronto se arremolinan las gentes y resuenan gritos de sobresalto y exclamaciones de angustia, como las siguientes:

—¡Alá nos preserve de la desgracia!

—¡Sí, nos aguarda una desgracia!

—¿Qué ha sucedido?—pregunta un recién llegado.

—¡Que se ha roto contra la bóveda la lanza de uno de los guardias!

La consternación que este accidente va difundiendo por todo el concurso demuestra cuán supersticioso es aquel pueblo en medio de su gran cultura.

Y esta vez la casualidad vino á dar crédito á la superstición.

Ó quizás, de igual manera que el presentimiento agita el corazón del hombre en momentos supremos puede agitar también los corazones de la muchedumbre.

Media jornada solamente anduvo Alhamar I desde su salida.

Hubo de detenerle un repentino ataque al corazón, enfermedad cuyos síntomas habían empezado desde sus graves disgustos con D. Alfonso el Sabio.

Lo mismo que su médico, que le acompañaba, conoció él que se aproximaba su fin.

¡Con qué anhelo pidió que le volviesen á Granada, para contemplar por última vez su Alhambra y exhalar en ella el último aliento!

Conducíanle en andas, yendo desolado junto á él su hijo Mohamad; pero agravóse tanto el mal, que la comitiva hizo alto, levantando para él un pabellón al lado del camino.

Aquel fué su lecho de muerte.

Rodeábanle su hijo Mohamad y los principales caudillos de su ejército, y el infante D. Felipe, don Nuño González de Lara, D. Lope Díaz de Haro y los demás caballeros castellanos á quienes había acogido en su corte.

Tomó la mano de su hijo: la Historia guarda en letras de oro sus últimas palabras y el último consejo que le dió:

—Hijo mío: la herencia mejor que te queda es tu

inclinación al bien: la mayor ventura de un rey, la de su pueblo. La posteridad, que nos juzga, si ha de honrarnos, no prefiere al más afortunado, ni al más poderoso, sino al más justo. ¡No lo olvides, hijo mío!...

Y expiró aquel modelo de reyes entre los sollozos que ya no reprimían los suyos y el llanto de los mismos caballeros castellanos que veneraban al monarca como amaban al protector y al amigo, sin parar mientes en las diferencias de raza y de religión.

Alhamar I había reinado 35 años, desde el de 1238 al de 1273, que fué el de su muerte.

VII

Junto al sepulcro

La posteridad le honró confirmando el sobrenombre de Grande que le habían dado sus contemporáneos.

Respecto á su sepulcro transcribiremos lo que dice Mármol:

«Fué su cuerpo sepultado en la makbora ó cementerio general y antiguo, situado en el *sanam* ó loma de la *Assabica*, y sobre su sepulcro estaba aún grabado en mármol el largo epitafio que en su tiempo copió Abén Aljathib.

»Parece ser esta makbora ó cementerio el enterramiento real que más adelante quedó para el uso exclusivo de los monarcas; y, según otros pasajes del propio Abén Aljathib, estaba próximo á la llanura de Assabica, sobre la cual, en tal caso, debía de hallarse, en la cumbre ó loma que forma aquel llano por encima del Alhambra, al juntarse con la huerta real del Generalife.»

El epitafio á que se refiere lo hizo grabar su hijo y

sucesor Mohamad, en quien resplandecían las bellas cualidades del padre, sin llegar á su genio.

D. Antonio Conde lo tradujo y lo inserta en su *Historia de los Arabes*. Helo aquí:

«Este es el sepulcro del Sultán Alto, fortaleza del Islam, decoro del género humano, gloria del día y de la noche, lluvia de generosidad, rocío de clemencia para los pueblos, polo de la secta, esplendor de la ley, amparo de la tradición, espada de verdad, mantenedor de las criaturas, león de la guerra, ruina de los enemigos, apoyo del Estado, defensor de las fronteras, vencedor de las huestes, domador de los tiranos, triunfador de los impíos, príncipe de los fieles, sabio adalid del pueblo escogido, defensa de la fe, honra de los reyes y sultanes, el vencedor por Dios, el ocupado en el camino de Dios Abu-Abdalá-Mohamad-ben-Jusef, ben Nasar el Ansary, ensálcele Dios, al grado de los altos y justificados, y le coloque entre los profetas justos, mártires y santos.

»Complázcase Dios de él y le sea misericordioso. Fué servido que naciese el año 591, y que fuese su tránsito día giuma después de la azala de alasar á 29 de la luna giumada postrera año 671. ¡Alabado sea Aquel cuyo imperio no fine, cuyo reinar no principió, cuyo tiempo no fenecerá, que no hay más Dios que Él, el misericordioso!»

La fama de Alhamar estriba principalmente en la fundación del reino de Granada y la de uno de los monumentos más célebres del mundo.

Merecen consignarse aquí los términos en que Gonzalo Argote de Molina, en su *Historia de la Nobleza de Andalucía*, hace constar el mérito de la primera fundación: dice así:

«Asentó Abén Alhamar su silla y corte en Granada, dando principio á aquella casa y reino tan poderoso, cuya corona duró por espacio de 256 años, ofendiendo y defendiéndose contra la más fuerte nación del Universo.»

Era tan maravilloso el florecimiento del reino granadino que, á pesar de los males de la guerra en los últimos años del reinado de Alhamar, la Agricultura tenía un esplendor que no alcanzó en ninguna otra región, ni en los tiempos antiguos ni en los modernos. La de Valencia la recuerda, porque se puede afirmar que sigue siendo árabe, y remedo venturoso de aquélla.

Alhamar I contemplaba desde la Alhambra el resurgir continuo y prodigioso de la vida en el oceano de verdura de la Vega, la veía cruzarse de acequias, cubrirse de frutos y de flores, esmaltarse de pueblos, embellecer en grado sorprendente con palacios soberbios y cármenes deliciosos; por dondequiera el oro y la púrpura de los naranjos y granados compitiendo con la púrpura y el oro de techumbres y de paredes, entre mirtos, laureles, arrayanes, madreselvas. Un ejército de molinos se mostraba en las riberas del Genil y del Darro, y hasta sobre los arroyos blanqueaban los puentes.

A un lado y á otro percibía, ya el laboreo de las minas, ya el movimiento de los talleres, ya el bullir de los obreros en los caminos y en las calzadas; y si en una parte levantaban una mezquita en otras robustecían las fortificaciones para defender tantas riquezas.

Por igual se inundaba entonces su alma de los placeres inefables que causan el bien y la belleza. Su mayor satisfación, y á la vez la más íntima nacía de considerar el cambio operado en las costumbres y en el modo de ser del pueblo por la virtud de su gobierno.

La transformación de las costumbres provenía de haber creado una administración moralizadora, de haber castigado severamente á algún funcionario venal, y de que ya la Justicia inspiraba siempre á los jueces. Por consecuencia de esto se había acrecentado el respeto á la autoridad, predominando sobre los

instintos levantiscos que caracterizan á su raza, y que no se han extirpado todavía en algunas provincias españolas.

Su grandeza proviene principalmente de que en él se identificaron de un modo indisoluble, y en todas ocasiones, el corazón del hombre y el pensamiento del rey.

Así su figura se agiganta á través de los siglos y su memoria es acariciada en el seno de todas las generaciones. Por eso aunque arraiga tan hondamente en la realidad, Alhamar I, el creador de la Alhambra, es *un rey de las leyendas*.

LA PADILLA Y DON FADRIQUE

LA PADILLA Y DON FADRIQUE

Prólogo de esta tradición

Hace algunos años visité el castillo de Monteagudo, en Navarra, fortaleza que figuró mucho en el siglo xv, cuando por allá aparecieron los partidos de Agramonteses y Biamonteses, que se hicieron una guerra encarnizada desde 1438. Seguía el primero á los señores de Agramont, mientras el otro obedecía las órdenes del caudillo que le dió su nombre, D. Luis de Beaumont.

Era causa principal de las rivalidades de ambas familias el sostener respectivamente los intereses del infante D. Carlos y los del conde de Fox; y de tal modo se recrudecieron sus luchas, que vinieron á ser aquellos partidos los *Capuletti y Montechi* de Navarra.

Me acompañaba en la visita un amigo, hijo del país, y muy conocedor de sus crónicas.

—De seguro que tales luchas darían lugar á interesantes tradiciones, —le dije.

—Y yo tendré gusto en reunirlas y ofrecérselas á usted, —respondió. —Entretanto, y para hacer boca,

le citaré dos nombres que, al hallarse juntos, ya revelan una leyenda de las de atractivo dramático. ¿No sabe V. que aquí estuvo el infante D. Fadrique cuando le perseguían los celos de su hermano?

—¡Ah! pues entonces el otro nombre, el que hay que unir al del valiente y galán D. Fadrique, es el de la Padilla.

—Precisamente. No es el alcázar de Sevilla el único que puede ostentar, como inapreciable privilegio, bajo sus soberbias techumbres, el recuerdo trágico del Maestre de Santiago. No es privilegio de Sevilla que la sombra del gallardo D. Fadrique vague eternamente, sin hallar reposo, por las salas de la regia mansión manchada con su sangre.

También dentro de este nido de águilas de Monteagudo vive algo de aquella figura legendaria, sin que sea posible apartarla ni de la siniestra de su hermano D. Pedro I ni de la de su amante la fascinadora María de Padilla.

I

En el camarín de la Padilla

Llegaba á su término el año 1352 y llegaban á su apogeo los celos de D. Pedro.

Porque la perla de Sevilla, la peregrina hermosura, la soberana sin rival, la que tenía encadenado á su amor al regio león, de roja melena y ojos como volcanes, el que hacía rodar por el polvo las más altivas cabezas de su reino; la querida tan adorada; la favorita tan favorecida por la naturaleza y por la fortuna; doña María de Padilla, se había enamorado con delirio, con todo el fuego de Andalucía, del heroico y gallardo D. Fadrique.

Y cuanto más trataba de ocultarlo, más se lo revelaban á D. Pedro su instinto y su desvelo. No con-

taba con una prueba, no había podido sorprenderlos, y, sin embargo, su presentimiento era tan seguro, que casi podía afirmar que lo sabía, sin que nadie se lo hubiera dicho.

Y desde entonces corría inminente peligro la vida del Maestre del Santiago. ¿Qué le importaba al león furioso la sangre de un hombre más ó menos, aunque ese hombre fuera su hermano?

Pero el mágico poderío del amor, si ciega á unos amantes, á los ojos de otros descubre hasta secretos impenetrables. Si la pasión ofuscaba á D. Fadrique, en cambio hacía ver á la desvelada D.ª María toda la inminencia del peligro.

La perla de Sevilla desde el cielo de su amor contemplaba el abismo del odio, cuyas olas subían, amenazando devorarlos á los dos.

Ansiaba advertírselo á él, y ya rara vez podían hablarse. Por fin un día su fiel nodriza morisca, que poseía su secreto, la única persona de su servidumbre capaz de resistir al oro de D. Pedro, porque la había criado á sus pechos maternalmente, la dijo:

—Señora: hoy podrás verle y hablarle...

—¿Sin peligro?

—Ninguno. Ha llegado una embajada del inglés y dentro de una hora será la recepción.

—¡Ah! ¿y le has avisado?...

—Sí, señora, y no encontrará á nadie en la antecámara á la hora de la recepción.

—Mi excelente Juliana, bien mereces que yo te dé mucho más oro que el que el Rey te ofrecía por hacerme traición...

—Señora, yo no te sirvo por dinero; y por mucho bien que te haga nunca podré corresponder á lo que te debo...

—Sea, pero ya que he logrado verte cristiana, acepta al menos esta cruz, como recuerdo...

Y D.ª María se despojó de una de oro, que llevaba pendiente del cuello, y se la puso á la fiel morisca.

El cariño y el agradecimiento humedecieron los ojos de aquella humilde mujer, al besar las manos que la honraban así.

Una hora después D. Fadrique, guiado por Juliana, penetraba en el camarín oriental, donde le aguardaba D.ª María de Padilla.

No habría marco más propio que el que ofrecía aquel recatado rincón, aquel nido esplendente, para mostrarse en toda su atracción su belleza arrebatadora. Bien revelaba que, para crearla, se habían fundido las razas árabe y latina.

No permitió que se arrojase á sus pies D. Fadrique, en cuyos ojos garzos relampagueaba la pasión impetuosa, y le dijo temblando, con frase entrecortada:

—No, no... si he querido verte es... por la última vez... hasta otro tiempo menos peligroso.

—¡Exageras, María!... Yo no conozco otro peligro que el de que me enloquezcas...

—No es hora de lisonjas, sino de prevenirte para que huyas, y en seguida...

—¿Crees que se atrevería...?

—¡Ha habido más de un Caín, Fadrique mío!...

—¿Acaso ha descubierto lo que tan bien le hemos ocultado hasta ahora?

—Si lo hubiese descubierto, no estaría yo viva... Lo presiente, ó lo adivina... Ya no disimula que te odia, y ayer sus palabras me hicieron estremecer...

Y, al decir esto, dos lágrimas se deslizaron de los magníficos ojos rasgados de la Padilla.

Quiso beberlas D. Fadrique, pero al aproximar sus labios, ella le rechazó dulcemente, replicando:

—No... hasta que me obedezcas, y pueda yo huir también y reunirme contigo en Navarra.

—¡Oh, entonces huiré!...—prorrumpió él levantándose.

—Al momento, que ni aun trayendo tus insignias de Maestre, estás seguro en este Alcázar!

—¡Adiós, y cúmpleme tu palabra!
—¡Adiós, y espérame en Monteagudo!

II

De Monteagudo á Sevilla

Aquel joven príncipe cuya impetuosidad era popular; aquel héroe que no hubiera retrocedido ante un ejército y que no hubiera temblado ante la cólera del león, tembló y retrocedió á la idea de perder para siempre á D.ª María de Padilla. ¡Tan perdido estaba él por aquella mujer!

Sus lágrimas le habían hecho emprender la fuga, y pudo efectuarla con suerte, siendo recibido y muy festejado en el castillo de Monteagudo por sus leales amigos los caballeros y deudos de la casa de Beaumont.

Pero ni los obsequios de la amistad ni las distracciones de la caza lograban desvanecer ó atenuar siquiera su pena y su inquietud.

No recibía noticias de D.ª María, y pasaba los días y las semanas consumiéndose en impaciencia febril. La aguardaba en Monteagudo, obedeciendo al mandato imperioso de su amor, é iba perdiendo la esperanza de volverla á ver.

Pensaba que sin duda los celos de su hermano habían extremado su espionaje para impedirla que huyese, ni aun apelando al recurso de disfrazarse.

Y su impaciencia subía de punto al considerar que no regresaba un mensajero enviado por él á Sevilla muchos días antes.

Solía encerrarse D. Fadrique en una espaciosa cámara del castillo, de alta techumbre, decorada con numerosos trofeos de la guerra y de la caza.

Allí le vemos sentado sobre un macizo sillón de

roble, la cabeza apoyada en una mano y la otra en la empuñadura de oro de su toledana. Sus ojos altivos, de penetrante mirada, exploran el camino del Mediodía por la abierta ventana junto á la cual se encuentra.

De pronto se anima, lanza una exclamación y se levanta, mostrando su alta estatura en toda su gallardía.

Es que ha vislumbrado en la lejanía una nube de polvo, y á poco descubre un jinete que galopa hacia el castillo.

Es su mensajero.

¡Cómo resonó en el corazón del joven Maestre de Santiago el rumor acelerado de los pasos y de las espuelas de aquel jinete!

Cubierto de polvo llegó á su presencia. Era un hombre de armas de rostro agitanado y aire un tanto rufianesco; pero al llegar ante D. Fadrique afectó una humildad servil.

—¡Voto al diablo, Menendo, que ya pensé que no habías podido librarte de los bandidos de la frontera! —le dijo el príncipe.

—Esos, Alteza, ya conocen el filo de mi hacha.

—Vengan al momento las nuevas, que no deben ser malas según tu semblante.

—Hay de todo, buenas y malas... Á D.ª María no pude verla, pero sí á Juliana.

—¿La entregaste mi carta?

—Y se la guardó en el seno, asegurándome que todas las precauciones eran pocas, á causa de los espías del rey... Aquí está la respuesta,—añadió Menendo dándole la ansiada misiva de la Padilla.

—¿Y qué te dijo?—prorrumpió el amante, abriéndola y buscando con deleite la adorada firma.

—Que su señora está presa...

—¡Cómo!...

—Porque se puede decir que el Alcázar ya es una cárcel para ella. Ni á los jardines sale...

—¿Y no te ha explicado...?

—La nodriza me contó que no es porque no se la deje salir, sino porque la molesta el espionaje: desconfía de todos sus criados y hasta detrás de los árboles encuentra los espías...

—Pardiez, Menendo, que es preciso sacarla de allí...

—Á eso voy, Alteza, y será la parte buena de mis nuevas... Me he puesto de acuerdo con dos amigos, vendedores del mercado de los que surten el Alcázar, y podremos engañar á los espías del rey.

—¿Son de confianza?

—Partidarios de V. A.; y como además les he ofrecido buena paga...

—Toma,—interrumpió D. Fadrique, poniendo en manos de aquel hombre un bolsillo entre cuyas mallas brillaba el oro.

—Así mis amigos se echarían de cabeza al Guadalquivir, por serviros...

—Dime vuestro plan...

—Uno de ellos está casado con una huertana que se parece á D.ª María.

—¡Bah, bah!—murmuró el Príncipe con gesto de incredulidad.

—Ya comprenderá V. A. que el parecido de nuestra huertana á la *perla de Sevilla* es lo mismo que el de la Luna con el Sol... pero basta para nuestro objeto.

—Veamos...

—Se aprovecha un día que el Rey no se halle en el Alcázar; entran allá los tres por la tarde con muestras de la huerta y salen al oscurecer, antes de que hayan encendido las luces, cuando no sea fácil distinguir si la mujer es la huertana ó es D.ª María, que se ha puesto el traje de ella...

—Pero, si cambian de traje...

—Permítame V. A. acabar: no cambian de traje, porque la huertana está muy bien con su cabeza y no

tiene gana de regalársela al verdugo. Como se llevará á prevención, escondido en un canasto, otro traje igual al puesto, á poco de haber salido D.ª María, puede salir ella del Alcázar sin llamar la atención.

—Basta, Menendo. Tu plan sería muy eficaz, si no lo hubiesen de estorbar los cien ojos que vigilan en el Alcázar de Sevilla.

—Como presumimos que V. A. rondará por allá con su gente...

—Si es preciso que vaya...

—Ya contábamos con eso...

—¿Quién?—interrumpió vivamente D. Fadrique.

—Mis amigos y yo—respondió algo turbado Menendo.

El Maestre de Santiago atribuyó aquella ligera turbación á lo brusco de su pregunta, y le mandó retirarse, advirtiendo que, al día siguiente, al rayar el alba, emprenderían la marcha.

III

Arrullos del amor y emboscadas del odio

La carta de D.ª María de Padilla, después de las ternezas consiguientes, le pedía con todo encarecimiento que no abandonase el suelo hospitalario de Navarra, que continuara en Monteagudo. Referíale que se tramaban asechanzas contra su vida y le exhortaba á la paciencia.

La carta acababa en términos tan sentidos que trastornaron á D. Fadrique, moviéndole á arrostrar imprudentemente los peligros de que se le advertía.

—«Yo te doy ejemplo de resignación;—decía—si no fuese por la esperanza de volver á verte, rompiendo los lazos de esta terrible esclavitud con la ayuda de algún azar venturoso ¡cuántas veces hubiera realizado

la idea de arrojarme desde la terraza sobre las losas, y acabar de una vez!

»No lo hago, porque el dolor de mi muerte causaría la tuya. ¡No quiero morir porque te adoro!»

Sin embargo trató de atenuar la imprudencia de su proyecto con una precaución que le aconsejaron sus amigos, los nobles navarros, después de hacer inútilmente grandes esfuerzos por disuadirle: valerse de un disfraz.

El jefe de la casa Beaumont se ofrecía á acompañarle con cien lanzas (1) y le manifestó que esta respetable fuerza era preferible á todos los disfraces.

—Creedme—le dijo—si detrás de la frontera nos aguardan las lanzas vuestras, cruzaremos por Castilla como el viento de la montaña y entraremos por sorpresa en Andalucía. Adonde queráis llegaremos...

—No, gracias, no le podríamos sorprender á él, que se halla siempre harto prevenido...

—Pues aguardad unos días; bien sabéis que él saldrá á recibir al Príncipe Negro, y entonces...

—El Príncipe Negro tardará más de lo que pensáis, y yo no puedo ya contener mi impaciencia, querido Beaumont. Me valdré de la astucia, al menos por esta vez, y para despistar á mi enemigo, iré solo, sin escolta ni otra compañía que la de Menendo.

—¿Y el disfraz?

—Seremos dos trajinantes que llevarán mosto de Navarra para cambiarlo por Jerez y por Montilla.

—¿Estáis seguro de la fidelidad de ese hombre? le preguntó el navarro.

—Hasta ahora me ha servido bien.

—Porque habréis pagado sus servicios con esplendidez...

—¿Sospecháis de él?

—No, porque no podría fundar mi sospecha sino en una impresión; pero esta impresión bastaría para

(1) Cada lanza representaba cinco combatientes.

que no me confiase tanto á ese hombre, en vuestro lugar...

—¿Podéis denunciarme algo que...?

—Nada; no es más que esto: no me gusta.

—¡Ah! tampoco á mí: cara de gitano; pero como hasta el presente me ha prestado buenos servicios, y necesitaré de su astucia...

—¡Cuidado, D. Fadrique! No negaré la utilidad de esa clase de hombres; pero como sé que sirven mejor á quien más les paga, posible sería que por complacer á uno vendiesen á otro...

Estas palabras causaron impresión en D. Fadrique, pero procuró desvanecerlas diciendo:

—Bajo el disfraz de trajinante llevaré mi cota de malla, y además mi toledana no se separa nunca de mí.

Vió Beaumont que era inútil insistir, y al rayar el alba del día siguiente partieron el príncipe y Menendo convertidos en trajinantes.

Pero el previsor jefe de aquella hidalga casa de Navarra todavía no se creyó relevado del deber de velar por su amigo y huésped, y, por consecuencia, dispuso que seis hombres de armas de los suyos siguiesen disimuladamente á cierta distancia á los trajinantes supuestos.

Así regularmente lograría evitar el peligro más probable de una asechanza en el camino; peligro que era precisamente el que menos temía D. Fadrique.

No tardaron mucho en realizarse los presentimientos de Beaumont.

Acababan de pasar D. Fadrique y Menendo la frontera de Navarra; el segundo se había adelantado bastante á su señor con el pretexto de explorar el camino que cruzaba un bosque inmediato, muy frecuentado, según decía, por los bandoleros.

Hubo un momento en que se vió solo D. Fadrique, al desaparecer Menendo en una vuelta muy oculta por el ramaje.

Y en aquel momento, como si hubiesen brotado de la tierra, aparecieron aquí y allá, saliendo casi todos de detrás de los árboles, los tan temidos salteadores.

Eran diez y seis hombres de feroz aspecto, armados algunos de espadas ó puñales y los más de grandes cuchillos y de hachas.

Con la serenidad del héroe y con gran presteza sacó D. Fadrique su poderosa toledana, que trazó un círculo infranqueable en torno de su cuerpo.

Arrojáronse á él, sin embargo, con decisión los que llevaban espadas, que eran cuatro, y entre ellos el que parecía jefe, jayán de gigantesca estatura.

En un momento hizo saltar la espada del más próximo, que le acometía de frente á la vez que el coloso, y éste cayó en seguida atravesado el pecho por la suya, y para no levantarse más.

Simultáneamente se presentó Menendo, que fingía la mayor angustia, y dirigiéndose á D. Fadrique le dijo:

—No espongáis vuestra vida, que estos hombres se contentarán con el dinero que llevemos. ¿No es verdad, valientes?

—Sí—respondieron ellos, con unanimidad que á D. Fadrique le pareció tan sospechosa como la mirada de inteligencia que cambiaron con su interlocutor.

Entonces el Príncipe decidió apelar á la astucia para castigar á aquel traidor.

A la muerte del gigante habían retrocedido un poco los que le acometieran; circunstancia que aprovechó arrimándose al tronco de una encina, para guardar su espalda. Prevenido con esta defensa, bajó su espada, cuya punta apoyó en el suelo, y dijo á Menendo:

—Si es así, no tendré inconveniente en darles el dinero; y como desconfío de ellos por la acometida que acabas de ver, acércate tú solo, que únicamente á ti te lo entregaré.

No vaciló Menendo en obedecer, y la espada de su señor se hundió en su garganta. D. Fadrique gritó:

—¡Traidor: sólo siento que manches mi espada!

Menendo exhaló con una maldición su último suspiro, y cuando los bandoleros, dominado el primer movimiento de terror, iban á lanzarse todos á la vez sobre el Príncipe, resonó el galope de algunos caballos.

Eran los hombres de armas que le escoltaban á distancia, por orden de Beaumont.

Nada más que seis, pero bastaban aquellos fornidos y veteranos montañeses para acabar con triple número de tales canallas.

Si la arboleda no hubiese entorpecido la persecución, todos hubieran perecido á manos de D. Fadrique y de sus auxiliares.

Nueve quedaban tendidos en el campo, é iba á rematar al décimo uno de los hombres de armas, cuando el Príncipe se interpuso, perdonando al herido, si declaraba la verdad.

Y declaró que habían sido pagados por un agente del rey, en connivencia con Menendo.

Registrados los cadáveres de éste y del jefe de la cuadrilla, se les encontró una considerable cantidad, que sin duda era el precio del frustrado asesinato.

—Quien despoja á un ladrón tiene cien años de perdón—murmuraban los valientes navarros, concluyendo el registro de los demás.

El montón de oro y plata así recogido, llenó tres cascos que presentaron á D. Fadrique.

—Dad un puñado á ese hombre—les dijo el Príncipe, señalando al bandolero herido—y lo demás para vosotros.

—Con permiso de V. A., entregaremos ese dinero al asilo de menesterosos que ha fundado nuestro señor.

IV

La tragedia del Alcázar

La reciente emboscada debía servir de aviso á don Fadrique para suspender su viaje y volverse al hospitalario y seguro castillo de Monteagudo; pero no fué así, y desoyendo los ruegos de los leales navarros, resolvió continuar hasta Sevilla, adonde su pensamiento le guiaba con loca obstinación.

No se despojó del disfraz de trajinante, y hubo de figurarse que, muerto Menendo, nadie descubriría su huella.

En esta creencia, después de mostrarse muy agradecido á sus acompañantes, les mandó retirarse.

Con el mayor respeto se negó á obedecerle el jefe de la pequeña escolta, diciendo:

—Nuestro señor nos ha ordenado seguir á V. A. hasta el término de su viaje. Si se empeña V. A. en ir solo, sin embargo de lo que acaba de ocurrir, continuaremos nosotros atrás, como antes, pero ya sin perderle de vista.

Y así fué. No volvió á ocurrirles ningún incidente desagradable y los hombres de armas se despidieron de D. Fadrique á pocas leguas de Sevilla, cuando le vieron rodeado de algunos de sus amigos, prevenidos de antemano.

Horas después dió completamente al olvido los ruegos y hasta los mandatos imperiosos de su amada, los que le hiciera con lágrimas.

Entró en Sevilla y se atrevió á acercarse á la guarida del león.

No sólo no podía ver á D.ª María, sino que ni siquiera logró ponerse en relación con la fiel nodriza.

Sin tomar otra precaución que la de quitarse sus galas de príncipe y embozarse hasta los ojos en mo-

desta capa de hidalgo, rondaba algunas tardes por las inmediaciones del Alcázar.

Por fin una vez consiguió verla.

Doña María estaba en la terraza, acompañada de una de sus doncellas, y parecía absorta escuchando los gorgeos de los alegres pobladores de los árboles.

—¡Qué pálida y que triste!—murmuró el joven Príncipe.—¡Aun la encuentro más hermosa, y doy por bien empleado el riesgo de mi vida!

La contemplaba á distancia de unos doscientos pasos, sin bajarse el embozo, porque debía considerar á la compañante como una espía; pero el magnetismo del amor obligó á la Padilla á detener su mirada en aquel misterioso embozado.

Fué tan súbita y fuerte la emoción, que ella habría exhalado un grito y dado quizás con su cuerpo en tierra, sin el esfuerzo prodigioso de su voluntad, y si no hubiera estado apoyada en el muro de la terraza.

A D. Fadrique se le cayó el embozo, y, por pronto que quiso encubrirse le vieron los ojos de la espía.

Pero esta mujer supo disimular no menos que su señora, y el amante, con retirarse en seguida, creyó que bastaba para evitar los terribles efectos de aquel espionaje.

El amor le vendó los ojos ante ellos, y prevaliéndose de su cargo de Maestre de Santiago y del pretexto de tratar de un asunto importante para orden tan esclarecida, se resolvió á dejar el incógnito, entrar en Sevilla y presentarse en el Alcázar solemnemente.

La Historia, de acuerdo con la Tradición, da cuenta de aquel memorable paso de D. Fadrique.

«El Maestre de Santiago—nos dice—cubierto de ricas galas, ostentando sobre sus hombros el glorioso manto de la Orden, y seguido de lucidísima cabalgata, entró bizarramente en Sevilla.»

¡Quién le hubiera dicho á él entonces que era la víctima que iba al sacrificio!

¡Se sentía tan joven, tan lleno de vida y de espe-

ranza, tan venturoso con el amor de D.ª María de Padilla!

Ansiaba la gloria para depositar sus laureles á los pies de aquella mujer.

El asunto importante para la Orden lo era también para la patria, pues iba á proponer al Rey, su hermano, empresas guerreras contra los infieles, que todavía eran dueños de buena parte de la nación.

Cuando la lucidísima cabalgata pasó por el puente de Triana, tendió D. Fadrique la mirada por ambas riberas del Guadalquivir, con embeleso inefable. Nunca había visto en ellas tan vivos encantos; nunca le había parecido tan puro aquel cielo, ni jamás había respirado con tanto deleite los aromas que el aire traía de los próximos naranjales.

Entró en el Alcázar.

Llevaba la cabeza erguida, el paso resuelto y seguro, los ojos flameantes, como fluyendo las levantadas y ardientes ideas que bullían en su cerebro. Nunca el glorioso manto de la Orden de Santiago había aparecido sobre sus hombros varoniles tan majestuoso.

Dió los primeros pasos recibiendo los homenajes de la servidumbre.

A las puertas de la antecámara real había dos estatuas de hierro, al menos tales parecían por su inmovilidad, uno á cada lado, los guardias maceros, teniendo el arma terrible apoyada en sus hombros.

Acostumbrado á ver tales estatuas D. Fadrique no reparó en ellas hasta encontrarse muy cerca; advirtió entonces un movimiento extraño, el de asir las mazas con ambas manos.

Y ni pudo advertir más, ni tuvo tiempo de retroceder ni de resguardarse.

Una tras otra, con la rapidez del rayo, cayeron las mazas sobre su cabeza.

¡Ni un gemido; ni siquiera un suspiro!

Cayó en tierra el cadáver todavía convulso.

El pueblo cree á ciegas lo que os dice el guarda, cuando, al visitar el Alcázar, penetráis en aquella sala, y os llama la atención una extensa mancha rojiza, en el pavimiento de mármol:

«—Esta es la mancha de sangre de D. Fadrique, Gran Maestre de la Orden de Santiago, muerto en este mismo sitio el año 1358, de orden del rey D. Pedro, su hermano.»

Creo que mi relación de la muerte de D. Fadrique es la más conforme con la Tradición y con la Historia.

Sin embargo no faltan autores, nacionales y extranjeros, que cuentan el memorable crimen de diversas maneras. Por ejemplo: Fernández y González supone que el Maestre de Santiago cayó á un solo golpe de maza de Juan Diente, el tristemente famoso ballestero del rey D. Pedro, y que no intervino en la ejecución nadie más.

Otros escritores, por el contrario, afirman la intervención de muchos cómplices. Edmundo de Amicis en su *Viaje á Sevilla*, nos lo dice en los términos siguientes:

«Si uno puede reirse de la mancha de sangre, no puede hacerlo de la tradición del crimen á que se atribuye. El aspecto de aquel lugar despierta en el alma todos los detalles de aquel funesto suceso. Parece que uno oye retumbar por aquellas vastas salas doradas los pasos de D. Fadrique, perseguido por los arqueros armados de mazas. El palacio se halla envuelto en las tinieblas, y no se oye más ruido que el que producen los verdugos y su víctima.

»D. Fadrique quiere penetrar en el patio y Lope de Padilla le detiene. El Príncipe puede escapar; ya se halla en el patio; saca su espada... ¡maldición! la cruz de la empuñadura se ha enredado en el manto de la Orden de Santiago; los arqueros llegan; no tiene tiempo que perder; huye á tientas de un lado al otro; Fernández de Roa le alcanza y le derriba de un hachazo.

»Acuden los demás y también le hieren... D. Fadrique espira en medio de un lago de sangre.»

A D. Fadrique le perdió su temeridad al presentarse en el Alcázar, conociendo los celos de su hermano, y á pesar de los avisos y súplicas de la Padilla. Pero á ésta la Tradición no la exime de culpa, y además la acusa de no haber mostrado bastante aflicción por el asesinato de su amante.

LOS FARFANES Y DON JUAN I

LOS FARFANES Y DON JUAN I

I

El hecho histórico

Estamos en la ciudad donde nació Cervantes.

Pocos españoles ignoran que esa ciudad es Alcalá de Henares.

Cerca de la hermosa alameda que sirve de paseo en la población, y que se llama el Chorrillo, el día 9 de octubre del año 1390 ocurrió un suceso funesto, motivado únicamente por un acaso fatal, como lo refieren la Historia y la Tradición; pero al cual la fantasía del pueblo revistió de caracteres sorprendentes y legendarios.

Entonces se hallaba en Alcalá de Henares la Corte de Castilla y reinaba D. Juan I.

Tildábale el pueblo por su afición á las cosas de los moros y singularmente por las grandes mercedes que acababa de otorgar á los famosísimos *farfanes*, que servían al rey de Marruecos.

Aquí conviene transcribir lo que dice de ellos la Historia:

«Habíalos pedido D. Juan I al rey de Marruecos, y con permiso de éste y promesa de aquél de obtener en España heredades y bienes, y honrado mantenimiento, venían á servir en el ejército castellano, y traían consigo sus hijos y sus mujeres.

»Descendientes de los cristianos que vivían en tierras africanas, desde la invasión de España por los árabes, eran muy diestros en los manejos bélicos de aquellas regiones. Nadie los aventajaba en correr y en revolver los caballos, en montar y en apearse, después de dejarlos ir á rienda suelta, y en saltar gallardamente zanjas y barreras. Nadie jugaba las lanzas con la maestría y ligereza que ellos.

»Muestra de su habilidad guerrera iban á dar los *farfanes* el domingo 9 de octubre en los campos que rodean á Alcalá.

»El rey quería presenciar sus ejercicios y, después de oir misa, se dirigió en busca de los ponderados jinetes, que ya le esperaban, en número de cincuenta.

»D. Juan I era entonces de edad de 32 años, blanco el color del rostro y rubio el cabello, y montaba aquel día un fogoso caballo ruano, de raza castellana. Iba á su lado el arzobispo de Toledo D. Pedro Tenorio, y le seguía numeroso acompañamiento de cortesanos.

»En esta forma salieron por la puerta llamada de Burgos.

»¡Qué lejos se hallaban todos de creer que tanta alegría y pompa mundana pudieran trocarse en duelo y consternación son sólo andar algunos pasos!

»Ya fuese movido solamente de juveniles ímpetus, ya alentado por contemplar enfrente á los *farfanes* preparándose para saludarle, ó bien deseoso de probarles que era capaz de apreciar el mérito de sus ejercicios, es lo cierto que el Rey, apenas se halló en el campo, clavó las espuelas á su fogoso potro, y á escape corrió el breve camino que separaba su vida de su muerte.

»Desbocóse el bruto y, tropezando en los surcos de

la tierra labrada recientemente, cayó al suelo oprimiendo con su peso al jinete, sin que éste pudiera evitar tan terrible accidente.

»Lo rudo del golpe y la escasa robustez de D. Juan hicieron que la muerte fuera instantánea; de tal suerte que, cuando el arzobispo de Toledo y los cortesanos acudieron á levantarle, sólo encontraron un cadáver.»

Entre la consternación general tuvo el prelado sangre fría para considerar la situación y astucia para sacar partido de ella, haciendo creer que el rey alentaba todavía. Allí mismo ordenó que se armase una tienda; colocó en ella el cuerpo y, sin dejarle ver de nadie, consiguió que los médicos publicaran que el rey vivía, por más que su estado fuese en extremo grave.

Entretanto envió cartas á las ciudades, villas y lugares del reino y á los demás prelados y grandes, anunciando que el rey estaba en peligro de muerte, y excitándoles, en nombre del propio monarca, á guardar lealtad al príncipe D. Enrique, en caso de que falleciese.

Nadie dudó de la verdad de las cartas, encabezadas en nombre de «D. Juan I por la gracia de Dios» y firmadas, por no estar él en estado de hacerlo, por el arzobispo, el abad de Fucillos y un doctor cuyo nombre no publica la Historia.

En ancho círculo alrededor de la tienda habíanse colocado centinelas que contuviesen al pueblo curioso, con objeto de que no pudiese traslucir el engaño.

Al efecto teatral de la comedia ideada por el arzobispo Tenorio contribuían el entrar y salir continuo de los médicos en la tienda, las idas y venidas de diligentes servidores á la ciudad en busca de medicinas; aquí un cortesano que afirmaba que su estado era muy grave, aunque no desesperado; allá otro, que fingía perfectamente comunicar órdenes dadas por el mismo Rey.

En todas las iglesias de Alcalá se celebraban rogativas por la salud del monarca, que acababan de convencer á todo el mundo de que vivía, siendo así que tales rogativas resultaban preces de difuntos.

II

Á la luz del Sol y á la luz de la Luna

En esto silenciosa y apresurada comitiva llegó á Alcalá de Henares por el camino de Madrid. Era la reina doña Beatriz y su acompañamiento.

La esposa de D. Juan I, en el momento de recibir la nueva del triste suceso se puso en marcha desde Madrid, donde se encontraba, seguida del obispo de Sigüenza y de varios caballeros.

El dolor de la viuda descubrió la comedia. Sus gemidos desgarradores al abrazar el cadáver del esposo tan amado, fueron para el pueblo la revelación de la verdad.

Sin embargo el arzobispo D. Pedro Tenorio consiguió el objeto de su farsa: al mismo tiempo que el cadáver de D. Juan I era depositado solemnemente en el palacio de Alcalá, en Madrid se hacía proclamar por rey al príncipe D. Enrique, primero en una junta de grandes, y después en calles y plazas.

Al siguiente día, del propio palacio de Alcalá, de donde el pueblo viera salir poco antes á D. Juan I tan ufano y gozoso, salía para Toledo su féretro.

En opinión de algún cronista, los *farfanes* habían principiado ya sus maravillosos ejercicios de equitación cuando D. Juan I espoleó hacia ellos á su fogoso caballo ruano, sin darse cuenta de lo que hacía, fascinado por el caballeresco espectáculo.

Es posible.

El pueblo, que lo presenció, hubo de atribuir también el funesto accidente á la fascinación, pero no á la de causas naturales, siquiera sean tan asombrosas como la mencionada, sino á la fascinación exclusiva del diablo.

Dicen que era D. Juan I demasiado buen jinete para

que no lograse dominar el caballo ruano y otros más fogosos, máxime en un terreno tan llano y accesible; y que, á pesar de su poca salud, se había mostrado recio en los ejercicios corporales.

Así, pues, fué preciso que el mismo diablo se mezclase entre los gallardos *farfanes* (invisible, por supuesto) dirigiendo sus cabriolas ecuestres, y brillando en las puntas de sus lanzas, cuando jugaban tan prodigiosamente.

En Alcalá de Henares me dió esa versión un honrado labriego de las inmediaciones, y por cierto sin pelo de tonto, con tanta seguridad como si lo hubiese visto en el Evangelio.

—El efecto del maleficio—dijo—lo sintió primero el rey D. Juan al picar espuelas, separándose de su acompañamiento de una manera tan imprevista. En seguida lo sintió el caballo... Ni aunque hubiera sido el del Cid, que no me acuerdo como se llamaba...

—Babieca.

—Pues, ni aunque hubiera sido Babieca, que fué el caballo más bravo y de más conocimiento del mundo, no hubiese podido librarse del maleficio...

—¿Y es verdad que en esa llanura, en noches de Luna, se suelen aparecer los *farfanes* á repetir sus juegos?

—Yo los he visto casi tan bien como le veo á usted ahora. Véngase V. al Chorrillo una vez, muy pasada la media noche...

—Hombre, la hora es algo intempestiva... ¿No puede ser más temprano?

—No señor, porque ni Satanás ni sus ayudantes trabajan á gusto á otras horas.

—¿No trabajaron por la mañana el día de la muerte de D. Juan?

A esta pregunta quedóse unos instantes perplejo mi labriego, pero en seguida repuso con su habitual seguridad:

—¡Toma, toma!... Porque era día de fiesta...

—¡Ya!...

—Bien sabe V. que al diablo no hay cosa que más le agrade que llevarnos la contraria á los cristianos... y precisamente porque nosotros no trabajamos los días de fiesta...

—El se aplica mucho más que en los otros... ¿eh? Perfectamente... No me olvidaré de acudir una noche de Luna al Chorrillo, á la hora consabida.

Debo ser franco. Fuí con un anhelo que no sabría explicarme, toda vez que el diablo, por mi parte, quedaba completamente descartado de la aventura.

La noche era de viento, que en medio de un silencio absoluto agitando las ramas de los árboles remedaba sonidos lúgubres.

Ni un alma cruzaba por aquellos sitios.

Me senté, y mirando al horizonte casi á ras del suelo, vi algunas hileras de blancas nubes que, empujadas por el viento, ora en un sentido, ora en otro, con giros ya rápidos, ya acompasados, semejaban el marcial movimiento de un bizarro escuadrón. Las flotantes nubes eran los blancos alquiceles de los *farfanes*.

Entonces arreció el viento y me trajo entre sus rumores el relincho y el galope de los caballos, los gritos de estímulo de los jinetes y los sonidos de las fanfarrias.

Completa era la ilusión; tanto que me ofrecía visos de realidad.

De repente el viento cesó, y en absoluto, cual si lo hubiese encadenado la voluntad de Dios.

Un silencio de muerte sucedió á aquellos rumores que revelaban la vida y la bizarría.

No hubiera podido ser más verdadera la evocación del recuerdo y de las figuras que hacen inolvidable esta tradición:

Los *farfanes* y D. Juan I.

EL BANQUETE
DE LA MARQUESA DE FALCES

EL BANQUETE
DE LA MARQUESA DE FALCES

I

Antecedentes

Cuando el reino de Navarra fué sometido al yugo férreo de Fernando el Católico, llevaba ya un siglo de revueltas civiles; y por conservar sus fueros y aquellas tradicionales libertades que honran á un pueblo tan viril y que no están reñidas con la unidad nacional, amenazaba la renovación de la lucha.

Tiempo hacía que el cardenal Jiménez de Cisneros aconsejaba á aquel monarca una medida harto extremada: la demolición de todos los castillos y fortalezas del recién conquistado reino; pero al esposo de Isabel I debía parecerle el remedio peor que la enfermedad, pues durante su vida nunca consintió en ello.

Sin embargo, al firmar el nombramiento del cardenal de Gobernador de Castilla y Navarra para después de su muerte, vino en cierto modo á autorizar lo que tenazmente rechazara.

Viendo Cisneros que los gérmenes de rebelión cundían en aquel país de modo alarmante, quería que coincidiese tan rigurosa medida con su proyecto de repoblar la Andalucía con montañeses navarros; proyecto á que se vió precisado á renunciar, porque ni por la persuasión ni por la fuerza, ni con la perspectiva de próspera fortuna, se logró sacarlos de sus hogares.

Ya se inclinaba también á desistir de la destrucción de las fortalezas, acaso por considerar excesivo el rigor, cuando se le presentó un hombre ofreciendo ejecutar en breves días el plan devastador, sin graves trastornos y casi sin obstáculo alguno.

Aquel hombre era el funesto Hernández de Villalva, de corazón endurecido en los combates, insensible á las lágrimas, sordo á los lamentos y refractario á todo sentimiento de piedad. Era natural de Plasencia, y en la conquista de Navarra habíase distinguido por el encarnizamiento con que perseguía al enemigo y por el exceso de sangre con que manchaba sus victorias.

Hay quien opina que el mismo Villalva había sugerido á Cisneros la idea de destrucción, pero esto no concuerda con la iniciativa que en todo mostró siempre aquel célebre estadista. Más verosímil es que, concebido el pensamiento, hubo de facilitarle su realización el hallazgo de un instrumento como Villalva.

A éste quince días le bastaron para cubrir á Navarra de escombros y cenizas. Su paso era rápido y desastroso como el del incendio que el huracán impulsa.

Los moradores de los castillos contemplaban atónitos y llenos de furor la caída de aquellos gloriosos muros donde tantas veces se hubieran estrellado el valor y el orgullo de los más temibles enemigos. Pero, sin jefes que los guiaran, desunidos, desarmados y como enervada su antigua bravura por tanta lucha estéril, ninguno se atrevía á oponerse á aquel torrente asolador.

Ninguno se ha dicho, y es preciso ractificar.

Una mujer, recordando los días de Débora, de Judit y de Juana de Arco, osó detener á aquel tigre en su sangrienta carrera.

II

La heroína y el convidado

La nueva heroína se nombraba D.ª Ana de Velasco, Marquesa de Falces, nombre grabado con letras de oro en la historia de Navarra.

Era señora del castillo de Marcilla.

Hernando de Villalva se excedía terriblemente en su misión devastadora. Llevado de natural barbarie y del instinto vandálico innato en ciertos hombres, no se contentaba con demoler las fortalezas; también incendiaba aldeas y talaba campos. Si lo hubiera sabido Jiménez de Cisneros se habría arrepentido de valerse de tal instrumento.

En el castillo de Marcilla se tuvo noticia de su aproximación por los fugitivos, los moradores que corrían llenos de terror.

La Marquesa de Falces se engalanó con traje de terciopelo carmesí, con brocado de oro y pedrería, que realzaba su notable hermosura. Alta, rubicunda y majestuosa, se hacía respetar como adorar de sus vasallos, porque belleza tan atractiva era el espejo de su bondad y de sus virtudes.

Hizo llamar al jefe de la guarnición del castillo, y le dijo:

—¿Está todo dispuesto?

—Sí, señora.

—¿Hay provisiones suficientes?

—Podríamos sufrir un largo sitio.

—Está bien. Encubrid, por de pronto, el aparato bélico, y haced que el castillo se muestre á ese hombre con cara de fiesta.

—Pero, señora, ¿olvidáis que viene á destruirlo?

—Y saldré á la entrada del puente á recibirle con lucido acompañamiento...

—¡Honrar así á ese infame incendiario!...

—Id, Gutierre, y dejad vuestro asombro para después, que mucho más habéis de asombraros.

Fuése el jefe de la guarnición del castillo y entró el mayordomo en la cámara, diciendo:

—Señora, bien á mi pesar he cumplido la orden de preparar el banquete para esos bandidos...

—Cuanto mejor sea la comida, mayor será la indigestión que les aguarda. Así, pues, deseo que á Villalva le llame la atención la esplendidez del banquete.

En seguida se retiró el mayordomo haciéndose cruces por lo que suponía una locura de su señora, y ésta quedó aguardando con impaciencia la aparición de Villalva con su hueste real, convertida en gavillas de incendiarios.

La primera sorpresa del terrible demoledor fué el encontrarse con un recibimiento tan brillante como amistoso.

En otras partes encontraba ya abandonados los castillos ó le recibían con hostilidad más ó menos encubierta, aunque sin llegar en ningún caso á formalizarse la defensa.

En Marcilla salía la castellana á recibirle á la entrada del puente levadizo, con la sonrisa en los labios, regiamente prendida, y rodeada de los deudos y personas principales de su casa, un lucido acompañamiento, sin arma alguna.

Así sorprendido, no le fué difícil á la astuta doña Ana lograr otra sorpresa muy conveniente para sus planes.

Por grande que fuese la rudeza de Villalva, algo tenía que amansarle aquella acogida, y el personal obsequio que recibía de una de las más hermosas damas de Navarra.

Principió, pues, por mostrar su asombro y darla gracias, sin expresar el objeto de su venida.

—Hay que advertir que el obsequio es á vos solo—dijo la Marquesa—únicamente al famoso caballero D. Hernando de Villalva, á quien ruego que me acompañe al banquete que le ofrezco en la sala de honor del castillo.

Muy halagado ya, se dejó conducir al festín del brazo de aquella seductora mujer, sin que le acompañase ni uno solo de sus satélites.

A los principales de éstos, se les tenía preparada la comida en un departamento aparte, y á los soldados en el amplísimo patio.

La esplendidez regia del obsequio conmovió á aquel hombre, cuyo corazón, encallecido por la violencia, parecía ya exento de emociones.

Hiciéronle expansivo los alegres vapores de los más ricos vinos, pero nada decía de su vandálica misión. Se hubiera dicho allí que era un amigo de la familia y un mensajero de paz.

Entre los manjares descollaban soberbios trozos de jabalí en fuentes de plata.

Sirvióle la Marquesa, y al trinchar Villalva, dijo con aire zumbón:

—Si los navarros no tuviesen la cabeza más dura que éstos...

Y se detuvo.

—¿Qué?—preguntó D.ª Ana con aparente indiferencia.

—No me darían tanto que hacer.

—A fe que os quejáis sin motivo, pues hasta ahora harto blanda habéis encontrado á Navarra.

Al oir la réplica precedente miró Hernando de Villalva con ahinco á su interlocutora, cual si tratase de saber el propósito que envolvían aquellas palabras; pero encontró una sonrisa halagüeña y una mirada indiferente.

El banquete llegaba á su término. Apremiado por

las circunstancias, demandaba á su magín el medio menos rudo de dar cuenta de su misión, cuando la Marquesa le dijo:

—No falta ya sino que D. Hernando de Villalva se sirva manifestarnos en qué podemos complacerle...

—Señora, bien debéis saberlo, y puedo aseguraros que nunca he sentido como hoy la inflexibilidad de mis deberes de soldado...

—Acabad de explicaros—añadió con calma la dama.

—Si conocéis las órdenes terminantes del Gobernador de Castilla y de Navarra, y veis aquí al encargado de ejecutarlas...

—Quiero evitaros el disgusto de la ingratitud para con la casa que os ha dado hospitalidad...

—¡Señora!

—Volveos, D. Hernando de Villalva, y decid al Cardenal que con la devastación y el terror no se logra la fidelidad de los navarros.

—Marquesa—respondió bruscamente Villalva—á mí no me toca esa misión, sino cumplir la que he traído. Lo único que os concedo, en atención al recibimiento magnífico que me habéis hecho, es que antes de abandonar el castillo con vuestra servidumbre, recojáis las alhajas y demás objetos de valor que podáis llevaros, á fin de librarlos de la destrucción del castillo...

—Y lo único que os concedo yo á vos, hombre inhumano, indigno del nombre de caballero, es la vida ¿lo oís? ¡Os concedo la vida, porque no quiero manchar mi casa con vuestra sangre!... ¡A las armas, mis vasallos! ¡A las armas!

Tan soberanamente hermosa estaba D.ª Ana de Velasco con su actitud y su lenguaje de heroína, que es fama que el mismo Villalva hubo de contemplarla con admiración, sobreponiéndose por instantes al efecto de tan imprevisto arranque.

Veterano en toda clase de guerras, habituado á todo género de sorpresas, no había visto ni se hubiera

podido figurar ninguna semejante. Tentado estaba á no dar crédido á sus ojos ni á sus oídos, pero bien pronto vino la realidad á imponérsele con el elocuente brillo de las armas.

Penetró en la sala el jefe de la guarnición del castillo al frente de vigorosos ballesteros, y dijo algunas palabras á media voz á la castellana. Simultáneamente la Marquesa de Falces, dirigiendo su mano hacia la puerta con soberano imperio, erguida, majestuosa, le dijo á Hernando de Villalva:

—¡Salid!

III

Nuevas sorpresas

El cruel ejecutor de las órdenes de Cisneros se retiró mordiéndose los labios, tascando el freno que una mujer había impuesto á su desmedida soberbia; pero, á su pesar, se sentía completamente subyugado.

De tal manera que, al llegar al umbral de la sala de honor, volvióse cual movido por un resorte, y saludó á la castellana, inclinando su cabeza silenciosamente.

Entonces D.ª Ana le dijo:

—Vuestros soldados han sido desarmados por los míos porque algunos murmuraban ya de vuestra tardanza en mandarles destruir este castillo que á ellos mismos les había dado generosa hospitalidad... En mi derecho estoy de no devolverlas...

—Eso, señora...

—Permitidme acabar, D. Hernando de Villalva. Repito que estoy en mi derecho, porque ya apelaban á la violencia los vuestros; y sin embargo, no usaré de este derecho: las armas os serán devueltas, pero no dentro del castillo: cuando hayáis pasado el puente.

No le dijo una palabra más la noble heroína y se volvió majestuosamente hácia los suyos á dar nuevas órdenes para la defensa de la casa solar de sus mayores.

Otra sorpresa le aguardaba al salir á Hernando de Villalva: vió las almenas del castillo coronadas de defensores decididos; vió á los arcabuceros dispuestos á iniciar el combate y conoció, en fin, que todo en Marcilla estaba dispuesto para una briosa defensa.

La Marquesa de Falces al arriesgarse á dar tan memorable lección al despótico representante de Jiménez de Cisneros había adoptado medidas previsoras con notable acierto: había provisto su castillo, muy de antemano, de gentes aguerridas, de armas, de municiones y de víveres.

Asombrados Villalva y los suyos, no sólo abandonaron en seguida su empresa, llenos de despecho, sino que no se atrevieron á acometer á algunos otros castillos, á cuyos señores animaba á la resistencia el hermoso ejemplo de D.ª Ana.

¡Ah! si le hubieran seguido la mayoría de los nobles navarros, no habríamos de contemplar actualmente con amarga pena el sinnúmero de despojos de monumentos, las ruinas que por donde quiera se ofrecen á la vista del viajero, y que no sólo son restos del feudalismo sino también de preciosidades arqueológicas é históricas, representando memorias inapreciables.

No obstante, gran consuelo fué para los vejados navarros la acción heroica que es objeto de esta tradición, volviendo á respirar las auras de independencia que siempre orean sus montañas.

Hernando de Villalva murió al año siguiente de sus devastaciones, envenenado por mano desconocida.

El mismo Jiménez de Cisneros, el gran político, orgullo de España y asombro de su siglo, el gober-

nante cuya figura habría brillado más sobre el pedestal de la fama, si el rigor de su gobierno lo hubiera atenuado la generosidad con mayor frecuencia, murió olvidado y arrepentido del grave error que cometió respecto á Navarra.

Todavía ostenta el castillo de Marcilla en sus almenas el timbre con que le dió la vida de la fama la heroica Marquesa de Falces. También subsisten erguidas é inquebrantables sus torres y sus fuertes machones, aun pregonando el recuerdo glorioso de aquel singular *banquete*.

LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS

Y EL BUITRE DE ARCHIDONA

LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS

Y EL BUITRE DE ARCHIDONA

I

Evocación

Antes de referir la notable tradición conviene que el lector conozca algunos antecedentes históricos acerca de Archidona, la *Arx Domina* de los romanos, denominación que alguno de sus cronistas traduce *Reina de los Alcázares*.

Los cartagineses, que la fundaron, la llamaban *Escua*, palabra que, en lengua púnica, tiene el significado de cabeza.

Los árabes convirtieron el *Arx Domina* ó *Domna* en *Arxiduna*, viniendo luego nosotros á llamarla Archidona.

La Reina de los Alcáceres fué siempre una soberbia fortaleza, cuyos torreones y muros se extendían sobre las cumbres de tres cerros.

La población se asentaba en la falda de las tres

cumbres, y todo su aspecto anunciaba lo inexpugnable de su existencia.

En la actualidad, cuando contemplamos la pintoresca villa sobre la vertiente de una sierra, al abrigo de un castillo árabe; cuando examinamos los restos de las antiguas fortificaciones en medio de precipicios; al ver lo agreste y salvaje de aquellos alrededores, llenos de tajos enormes, de cuevas y de abismos insondables, se explican los alicientes que allí ha encontrado la tradición.

Nada más singular é imponente que el aspecto de la población. Cada casa parece un verdadero baluarte, porque ásperas cuestas forman sus calles transversales. Una ancha vega florece á los pies de lo edificado, y se extiende hasta cerca de Antequera, sin que el ser desigual y montuosa sirva de obstáculo á su feracidad.

Por todas partes la cercan elevadas cordilleras que se cruzan en todas direcciones, dando lugar á hondas cañadas y á valles quebradísimos.

Allí lo más pintoresco no es lo más ameno, sino derrumbaderos que espantan y que sirvieron de tumba á muchos caballeros cristianos, singularmente á los héroes de Calatrava; simas como la de Cea, cuyo fondo quizás fué removido por el fuego de los volcanes, y nadie se ha atrevido á explorarlo; los tajos tremendos como el del Moro, tan señalado en la tradición.

Otra circunstancia extraordinaria: el término de Archidona se halla atravesado por un río solo, el Guadalhorce, y por un solo arroyo de consideración, el del Ciervo: pues bien: las aguas de uno y de otro nunca corren tranquilas por aquel término; se precipitan rápidas y espumosas, saltando en forma de cascada, de peña en peña, y de barranco en barranco,

Allí hasta en el arte mismo influye el aspecto montaraz de cuanto le rodea, hasta las fortificaciones que ciñen el cerro como un doble cinturón de piedra.

Parece que todavía siguen desafiando á los siglos, como desafiaban á los hombres. Los ennegrecidos cubos y torreones se alzan todavía á los ojos del viajero, como imágenes de tiempos pavorosos.

Allí la musa popular encuentra tonos tan vigorosos como fatídicos, porque la Historia, la naturaleza, el arte, hasta la atmósfera, contribuyen á mostrar los objetos como cubiertos de una niebla formada por los vapores de torrentes de sangre.

La *Sierra del Conjuro* y la *Cueva de las Grajas* dan alimento en la imaginación popular á innumerables leyendas, consejas y cuentos espeluznantes.

Prescindamos de eso, para acudir á la pura tradición, á la que consagra la Historia. Ante el caudal riquísimo de su interés, todo lo demás mengua y casi desaparece.

Evocaremos exclusivamente el último siglo de la dominación árabe. Toda la vida de Archidona y su mérito romancesco se hallan concentrados en la época en que imperaba en ella el célebre alcaide Ibrahim, terror de los cristianos, á mediados del siglo XV.

II

El padre y la hija

«Ibrahim—dice la crónica—fué el héroe, el genio y el alma del Alcázar de los Alcáceres. No parece sino que, antes y después, no ha existido otro hombre en el seno de estas ruinas.»

Lo mismo los historiadores castellanos que los árabes se hacen lenguas de su valor á la vez que de su magnanimidad. Miraba al vencedor con respeto, al vencido con piedad, y no sacrificaba nunca más víctimas que las que exigía la honra de sus armas.

Su generosidad se ejercitaba con los cautivos cris-

tianos igualmente que con los guerreros que él guiaba al combate.

Pero un día cambió por completo Ibrahim; su corazón llenóse de hiel, y el héroe que atraía la admiración se convirtió en un déspota aborrecible.

Veamos cómo lo explica la tradición.

Diera el cielo á Ibrahim, para consuelo de su azarosa existencia, una hija llamada Tagzona, de belleza tan asombrosa, que no había poeta árabe que no la celebrara en sus kasidas.

Secretos eran los envidiados amores de aquella hurí de la tierra; ignorados de su padre, pero puros.

Un caballero granadino, llamado Hamed Alhaizar, el venturoso amante.

Los enamorados estaban á punto de descubrir su secreto á Ibrahim; pero el caso es que hasta entonces lo habían ocultado completamente, y entretanto el alcaide de Archidona, usando de la omnímoda autoridad paternal que rige en los pueblos de su raza, había ofrecido á Tagzona por esposa á su valiente compañero el alcaide de Alhama, ya de edad madura.

Ella no tuvo conocimiento de ello tampoco hasta que su padre la llamó á su presencia para mandarla que se dispusiese á la boda.

—Padre mío, debo obedecerte; me casaré con ese hombre, si es tu voluntad, pero no puedo amarle...

Al expresarse así Tagzona, la palidez del lirio sustituyó al rosado de sus mejillas.

—Le amarás cuando le conozcas, aunque no sea joven; la esposa de tan gran guerrero sabrá corresponder á la honra que recibe.

Ella no replicó, pero al mover tristemente su gentil cabeza bien protestaba contra la afirmación de su padre.

—¿Qué tienes?—preguntó impaciente Ibrahim.

—Que amo á otro hombre.

—¿Y osas decírmelo?...

—Alah me lo manda, pero también me manda

obedecerte, y aunque me cueste la vida te obedeceré, padre mío.

Conmovió al padre la sublime resignación que revelaban las últimas palabras de la hija, pero no desistió de su propósito, sin duda en la creencia de que el cariño del alcaide de Alhama y los festejos que preparaba, en celebración de su boda, contribuirían á desvanecer su tristeza.

—¿Quién es el hombre á quien has amado hasta ahora? Debes olvidarle.

—No podré. El corazón no obedece como la voluntad. Al que amo desde que le conozco es á Hamed Alhaizar.

—¡Bah! ese novel guerrero, que todavía no ha ilustrado su nombre combatiendo contra los cristianos...

—No le desprecies, que no es cobarde.

—¡No será su valor tan grande como su atrevimiento en poner los ojos en ti, en la hija de Ibrahim el Vencedor!...

—Su familia es noble también...

—¡Pero entre sus ascendientes hubo un traidor á su rey!...

—Padre, hoy Hamed Alhaizar debe venir á Archidona...

—Si antes hubiera sabido el objeto de sus pasos... ¡no habría vuelto más!

—Él no sabe la desgracia que le espera, y vendrá á pedirte mi mano...

Los sollozos cortaron la voz de Tagzona.

—Le daré la respuesta que merece.

—Pero no le afrentes, padre mío. Hamed es leal y no tiene culpa de la traición de uno de sus mayores...

—¿No sabes que la mancha del traidor cae sobre todos sus descendientes?... —prorrumpió iracundo Ibrahim.

No replicó Tagzona, pero aumentaron sus sollozos.

En aquellos momentos de angustia se oyó distinta-

mente la solemne voz del Muezín, llamando á los fieles á la oración.

Era nuestra hora del *Angelus*.

Una expresión piadosa sustituyó á la ira en el rostro varonil del guerrero.

—Vete, hija mía, al templo: ruega á Alah que mitigue tu dolor; que arroje de tu corazón la imagen de ese hombre indigno de ti, y que te haga venturosa con el que te destino.

Obedeció Tagzona; reprimió sus sollozos y acudió á la mezquita con paso vacilante.

III

Prisión del amante

Solo quedó Ibrahim, y ya no contenido por la presencia de su idolatrada hija, se mesó con furia la espesísima barba, recorriendo la cámara agitadamente.

Era alto y fornido; su musculatura anunciaba una fuerza hercúlea y los rasgos de su arrogante fisonomía una voluntad inquebrantable. Pero entonces la cólera alteraba la nobleza de sus facciones.

Hamed Alhaizar debía venir de un momento á otro.

—Mi hija me ha suplicado que no le afrente—murmuraba—y si viene, y le veo, no podré acceder á esa súplica... tendré que castigar su atrevimiento... Figurarse él que mi Tagzona, la hija única de Ibrahim, el Victorioso, el Fuerte, el leal servidor del Islam, iba á unir su sangre pura y nobilísima á la que está infectada por la traición...

Tal atrevimiento debe costarle la vida—continuaba. —Pero... ¡no! ¡no! matarle no... Ni yo quiero medir mis armas con ese vil, ni él consentiría en batirse conmigo. Lo mejor será negarme á recibirle, y, si entra en Archidona, que no vuelva á salir... El despecho le

haría publicar en Granada que había tenido relaciones con Tagzona, que había sido amado por mi gacela... ¡Ah! y la calumnia necesita muy poco para herir mortalmente á una honra... ¡No saldrá de Archidona! Matarle sería un asesinato; pero encerrarle aquí en un calabozo, donde no pueda comunicarse con nadie, y sin que ella lo sepa... será, á la vez que castigo, una precaución indispensable.

Inmediatamente de expresar así su sentimiento el famoso alcaide de Archidona, se dispuso á realizarlo, dando las órdenes convenientes con el mayor sigilo.

Casi al mismo tiempo el amante dichoso, amenazado de tan cruel medida se aproximaba á los muros de la formidable fortaleza.

Tagzona oraba en la mezquita, y, más que por ella misma, rogaba á su Dios por Hamed Alhaizar.

Llegaba el joven sobre un potro berberisco tan recio y ágil que corría y saltaba como un galgo por aquellos asperísimos cerros.

La circunstancia de venir solo favorecía el plan de Ibrahim.

Era un gallardísimo jinete cuyo tipo difería bastante del de la generalidad de los árabes. Tenía, sí, la cara larga, la nariz aguileña y moreno el cutis; pero sus hermosos ojos eran azules, de dulce mirada, y rubios el cabello y la barba.

Mostraba la fusión de dos razas: su madre era hija del norte de Europa.

Cuando se bajó el puente levadizo salieron á recibirle dos hombres silenciosamente; pidióles ser conducido al momento á la presencia de Ibrahim, y le llevaron á una mazmorra, después de despojarle de sus armas.

No le amordazaron ni ataron sus miembros por disposición del alcaide; pero le amenazaron con quitarle la vida si trataba de evadirse.

En aquel subterráneo, aunque gritase, nadie le habría oído.

Así pasó algunos días.

Cada mañana su carcelero le llevaba la comida y nunca respondía á las ansiosas preguntas del desgraciado amante.

Tagzona, por su parte, después que su padre la manifestó que había despedido á Hamed Alhaizar con la noticia de la boda, no se atrevió á preguntarle más.

En esto supo Ibrahim que los cristianos habían invadido territorios de la proximidad de Archidona, y en seguida salió con sus guerreros á combatir.

Entonces Tagzona, que concibiera alguna sospecha de engaño en la respuesta evasiva de su padre, se propuso averiguar la verdad acerca de la situación de su amante, poniendo término á las angustias de la incertidumbre.

Desde luego desechaba la idea de que le hubieran asesinado, porque su padre no era capaz de crimen tan vil. Mas, sin embargo, como él la aseguraba que no volvería á ver más á Hamed Alhaizar, dióse á discurrir sobre los motivos y acabó por pensar en las mazmorras del castillo.

Al subterráneo eran conducidos los cautivos cristianos, donde permanecían algunos hasta que lograban rescatarlos con dinero: otros eran canjeados por cautivos moros. A los más pobres, que solían ser campesinos arrebatados mientras labraban la tierra, Ibrahim los hacía trabajar en las suyas, tratándolos con bastante humanidad, como queda indicado en otra página.

Además permitía que de vez en cuando Tagzona ejercitara sus caritativos sentimientos en los cautivos; pero rara vez la dejaba entrar en el subterráneo al enviarles sus socorros, y aun en tales casos siempre la acompañaba él.

Al salir á campaña su padre, quedaba ella en el castillo por dueña con la misma autoridad del alcaide. Hasta el caudillo que le sustituía en el mando de la guarnición hubiera obedecido sus órdenes.

IV

Compromisos de un carcelero

La ocasión de la ausencia de Ibrahim era la más propicia para que Tagzona saliese de su incertidumbre.

Mandó que se la presentase el carcelero, y para disimular su intento, pues harto preveía las medidas de precaución de su padre, le preguntó si había algún cautivo enfermo.

El guardián de la cárcel la respondió que eran tres los enfermos.

—¿Se hallan en la misma parte del subterráneo?

—No, señora; en un extremo y en otro.

Era precisamente lo que deseaba la joven; ya tenía pretexto para recorrer todo el subterráneo, llevando algún socorro á los enfermos.

Con algo de astucia no la sería imposible averiguar si su amante estaba en las mazmorras.

Bajó acompañada de una esclava fiel, medianera de sus relaciones con Hamed Alhaizar. El carcelero las precedía.

Señora y esclava, Gilda de nombre, habían convenido en un medio sencillísimo: la voz de Gilda era tan conocida de Hamed Alhaizar como la de Tagzona. En cuanto se hallasen bajo las bóvedas del subterráneo, á las puertas de las mazmorras debían separarse una de otra algunas veces. Ésta separación motivaría el que se llamasen mutuamente en alta voz, y motivaría asimismo el descubrimiento que anhelaba la hija de Ibrahim.

¡Cómo la latía el corazón al penetrar por aquellos sombríos lugares!

En la primera galería del subterráneo se hallaba uno de los cautivos enfermos, un anciano.

Tagzona dispuso que Gilda entrase en su mazmorra con el socorro conveniente y continuó á paso lento hacia el extremo de la galería, precedida del carcelero.

Poco después resonó la voz de Gilda llamándola.

Claramente se la debió sentir de un extremo á otro, pero ni la señora ni la esclava advirtieron novedad alguna.

Juntas otra vez penetraron en la segunda galería.

Tagzona preguntó al carcelero si alguno de los presos estaba amordazado.

El carcelero contestó que la mordaza solamente la empleaban cuando algún cautivo blasfemaba de Alah, y que entonces no había ninguno tan malvado.

Al llegar al centro de aquella galería fingió Gilda que se había olvidado algo al socorrer al anciano y volvió allá apresuradamente, mientras Tagzona y el carcelero aguardaban junto al calabozo del segundo enfermo.

Pasados unos instantes no fué la voz de Gilda sino la de la hija de Ibrahim la que difundió sonoramente sus vibraciones argentinas por aquella parte del subterráneo.

Y casi simultáneamente salió un grito penetrante á través de la ferrada puerta de una de las mazmorras.

No había duda: el agitado corazón reveló á la enamorada quién lanzara aquel grito.

Pudo, sin embargo, dominarse y aparentar tranquilidad al preguntar al carcelero quién estaba allí.

Vaciló algo el carcelero, antes de responder, y dijo:

—Un cautivo moro, señora.

—Pues parece que sufre. Vamos allá, Gilda.

Y ambas se dirigieron á aquella puerta.

Mas el carcelero se adelantó, diciendo con el mayor respeto:

—Señora, debo advertirte que, por orden de tu padre, en esa mazmorra no puede entrar ninguno.

—Hoy ocupo yo el puesto de mi padre en Archidona, y esa orden no me alcanza.

—Perdón, señora, si insisto, repitiendo las palabras de tu padre, bien terminantes: «Ben-Jusuf: este preso ha de permanecer en absoluta incomunicación: aquí no dejas entrar á ninguno, *sea quien fuere;* y del cumplimiento de esta orden me respondes con tu cabeza».

—¿Es algún malhechor?

—Señora, no lo sé...

—Es extraño... ¿Y cuánto tiempo va á estar encerrado ese infeliz?

—Tampoco lo sé, pero tu padre es justo y...

—Ben-Jusuf—dijo interrumpiéndole con tono altivo la castellana de Archidona—si quieres mantener tu cabeza sobre los hombros, ábrenos inmediatamente esa puerta.

Conocedor el carcelero de las facultades omnímodas de Tagzona durante las ausencias de su padre, se dispuso á obedecer tembloroso, haciendo respetuosísimas zalemas.

Ya había metido en la cerradura la pesada llave cuando suspendió su tarea por haberle ocurrido la observación siguiente:

—Te advierto, señora, que este preso no se halla atado...

—No importa.

—Iré á buscar al segundo carcelero, que es quien me acompaña cuando traigo la comida.

—No hay necesidad; abre al momento.

Eran tan imperiosos el gesto y la voz de la hermosísima hija de Ibrahim, que el miedo de aquel hombre á que cumpliese su amenaza se echó de ver en el tembleteo de la llave en la cerradura.

Franca, por fin, la entrada, penetraron en la mazmorra las dos mujeres.

Las primeras palabras de Tagzona fueron para despedir al carcelero, que no dió lugar á que le repitiesen la orden.

V

La fuerza del amor

A pesar de la escasísima luz que allí había, pronto se vieron distintamente y se acariciaron los ojos azules de Hamed Alhaizar y los negros de Tagzona.

El amante se arrodilló para recibirla; tendióle ella sus manos para que se levantase, y él, antes de pronunciar una palabra, se las devoraba á besos.

—¡Hamed Alhaizar, desgraciados de nosotros!

—Pero ¿no vienes á salvarme, mi hurí?...

—Vengo á despedirme de ti para siempre...

—¡Imposible! ¡Me engañas, Tagzona!...

—¿No sabes ya la voluntad de mi padre?...

—Nada sé; ni quiso recibirme, ni le he visto siquiera. Por las precauciones y por el secreto con que se me ha conducido aquí, en cuanto llegué á Archidona, sospecho que tu padre, repugnando el verter mi sangre, me da esta mazmorra por sepultura...

—¿De modo que ignoras el mandato de que sea la esposa de otro hombre?

—¡Ah! No habría venido tan descuidadamente, si lo hubiese sabido... Aunque conozco la ambición de tu padre, confiaba en que te ama mucho para procurar tu felicidad, y en que el poder de mi familia no le parecería despreciable...

—Inútiles han sido mis ruegos y lágrimas, Hamed.

—¿Y con quién te manda unirte?...

—Con el alcaide de Alhama.

Calló unos instantes el preso y luego continuó con honda amargura:

—¿Y quieres que me resigne á perderte, Tagzona? ¿Has venido únicamente á anunciarme eso?

—¿Cómo podría oponerme á la voluntad de mi padre?

—Huyendo conmigo.

—No, Hamed; si yo huyese contigo, él se moriría de desesperación.

—¿Y no piensas más que en tu padre?...

—Y en ti, en salvarte, sacándote de aquí, devolviéndote la libertad...

—¿Para qué la quiero sin tu amor? Aunque mi vida haya de consumirse en esta cárcel, como mi sufrimiento vendrá de ti... ¡bien venido sea!

—¡Hamed mío! ¡Adiós! ¡Huye!... Aprovecha la ausencia de mi padre, que ha marchado contra el cristiano...

—¡Los dos, los dos huyamos!... Sin duda Alah nos ha prevenido circunstancia tan favorable... Pero, escucha, Tagzona, como no quiero que tu padre se muera de desesperación, cuando lleguemos á Granada le enviaremos un mensaje de hijos sumisos y de obediencia, y le suplicaremos el perdón. A ti sin duda habrá de perdonarte por el ansia de tu cariño y por el temor de perderte: y entonces ¿cómo no habría de perdonarme á mí también?

Este razonamiento y la fuerza irresistible de la pasión acabaron por vencer la resistencia de Tagzona.

Dió por completo al olvido la oferta hecha á su padre de someterse á su mandato: ya no la parecía un crimen la desobediencia.

La esperanza batía sus alas sobre el espíritu del amor, y la ilusión alfombraba de rosas, para la fuga, los espantosos precipicios de Archidona.

VI

La fuga

Reina en el *Alcázar de los alcázares* la hija de Ibrahim, en aquellas circunstancias, nadie se hubiera opuesto á su voluntad.

Sin embargo no se atrevió á abandonar el hogar paterno á la claridad del día.

Se aprovecharon de una noche de luna hermosísima. Nunca el astro de la noche se había mostrado tan propicio con los enamorados.

Salieron media hora antes del alba, con objeto de pasar de día por los sitios más peligrosos.

Gilda se despidió de su señora derramando tantas lágrimas, que la llenaron de tristeza, á pesar de su resolución.

En vano Tagzona la ofreció que volverían á verse con ventura, porque confiaba en obtener el perdón de su padre. Las lágrimas salían á cada momento más amargas de los ojos de Gilda, y al apremiante ruego de su señora por tranquilizarla, respondió:

—Alah os proteja: yo le pido el bien para vosotros, pero el corazón me anuncia el mal...

Y continuaron su camino los amantes completamente solos: ella sobre una dócil hacanea; él rigiendo el mismo caballo en que llegó al *Alcázar de los alcáceres*.

La hija de Ibrahim á la luz de la luna era una figura sobrenatural. Parecía la hada soberana de las montañas, que salía para mostrar en sus imponentes dominios que no había imperio como el de su hermosura.

Flotaba al viento su blanca toca y el fulgor de la luna formaba un nimbo radioso en torno de su cabeza.

De sus ojos fúlgidos desaparecía la tristeza causada por el llanto de Gilda, y su mirada pura revelaba la confianza que la infundía el rostro apacible y sereno de Hamed Alhaizar.

No pronunciaban ni una palabra, pero lo que entonces se decían sus ojos no hubiera bastado á expresarlo el lenguaje humano con toda su elocuencia.

El tiempo era primaveral, y del fondo de los valles y de las cañadas, que á la vez se extienden, se estrechan y se retuercen entre los precipicios, subían los perfu-

mes de las flores silvestres, mezclados con los del tomillo y del romero.

Avidamente los aspiraban los fugitivos, y cada ráfaga del aire embalsamado parecía llevar á sus almas otra ráfaga de felicidad.

Cuando el camino bordeaba muy estrechamente los abismos, descabalgaba Hamed Alhaizar y, con solicitud que pudiera llamarse maternal, si no se tratase de un hombre, tomaba la rienda de la hacanea hasta dejar atrás el paso peligroso.

En una de estas ocasiones se espantó la hacanea á causa de un incidente que hizo estremecer á los amantes. De la sima insondable surgió de pronto un buitre enorme aleteando con estrépito, y á no haber sujetado á la hacanea la mano de acero de Hamed, habría caído con Tagzona al abismo.

Sobre éste verticalmente alzó su vuelo el ave de rapiña, y lanzando un grito salvaje y fatídico, desapareció en lontananza.

Los árabes son supersticiosos, y aunque los fugitivos no lo fuesen, aquel imprevisto accidente y aquel grito lúgubre habría turbado su ánimo con augurios funestos.

Abrió él sus brazos y ella se arrojó en ellos llorando.

La ternura y la aflicción juntamente hacían brotar aquellas lágrimas.

—Amada mía, no te apenes, que pronto acabará este camino espantable... Ya vislumbro el de Granada, que serpentea allá... ¿Lo ves? ¡Aquel camino es el de nuestra salvación!... ¡Si ahora nos vemos obligados á ir muy despacio, al llegar allí volaremos!

La luz de la luna había empezado á debilitarse ante el fulgor de la aurora y pronto se extinguió por completo.

En esto dirigió la vista Tagzona hacia la parte de Antequera y un sobresalto repentino la sobrecogió.

Siguieron la misma dirección los ojos de Hamed Alhaizar, y vió á un jinete que se detenía á la distancia de poco más de un tiro de ballesta.

Indudablemente se paraba á observarlos á ellos.

Y su detención no duró más que unos momentos, volviendo grupas en seguida con tal rapidez que puede afirmarse que desapareció casi al mismo tiempo de aparecer.

—¿Por qué tiemblas, Tagzona?

—¿No has conocido á ese jinete?

—Un hombre de guerra...

—Yo le he conocido, Hamed: es un batidor de las tropas de mi padre...

—¿No te engañas?

—Tan cierto es como que él debe haberme conocido también á mí, y habrá ido á avisar á mi padre... ¡Ay! estamos perdidos, Hamed...

—¡Todavía no! Apresurémonos... Ven sobre mi caballo y abandonemos tu hacanea...

Y, hablando así, el amante levantó en sus brazos el peregrino cuerpo de su amada, lo puso delante de su silla y, ciñéndolo con un brazo, espoleó á su caballo.

En diversas direcciones sintieron al propio tiempo el galope de otros muchos.

Y alguno de ellos se iba acercando.

Tagzona sintió la voz terrible de su padre maldiciéndola, y se abrazó á Hamed llena de terror, murmurando:

—¡Perdidos! Perdidos!

Y llegaron á la famosa peña á la que dejaron su nombre, y que está al borde de una sima aterradora, erizada de peñascos, y cuya profundidad nadie ha podido medir.

Consideraron aquel abismo como salvador; bajaron del caballo, escalaron la peña, y cuando llegaron á su cima, Ibrahim llegaba igualmente al pie.

Sus guerreros no se atrevían á disparar sus venablos contra Hamed, por temor de herir á Tagzona.

Enlazados estrechamente, los ojos radiantes y fijos en el cielo, como si señalasen allá el camino que iban

á recorrer así juntos, los enamorados se arrojaron á la muerte que debía depararles la nueva vida.

Ibrahim, que los había maldecido, sin ocurrirle detenerlos con una palabra de perdón, llegó á la cima de la peña á tiempo de verlos rodar despedazados hacia las negras fauces del abismo, sin recoger siquiera ni un suspiro de su hija.

Quedóse tan petrificado de dolor que en largo espacio no pudo ni mover la planta, ni exhalar una queja, ni hacer brotar una sola lágrima de sus ojos, fijos en la huella sangrienta que en las rocas quedaba. Su vista intentaba en vano penetrar las lobregueces por donde había desaparecido el cuerpo de su hija.

VII

La toma de Archidona

Sus guerreros tuvieron que arrancarle á la fuerza de la *Peña de los Enamorados*.

La mirada terrible de Ibrahim no había perdido aquella fijeza vidriosa con que viera desaparecer el sangriento cadáver de su hija. Se le había embotado el corazón por la abrumadora carga de su duelo y por el horror de la escena.

Luego en todo su sér experimentó una transformación completa. Cual si el mundo entero fuese la causa de su desgracia, su antigua nobleza y generosidad se trocaron contra el mundo en aversión y en crueldad, en deseo de venganza y en sed insaciable de sangre.

Ya no era un hombre el hidalgo guerrero; se había convertido en un monstruo cuya voracidad no se satisfacía con toda clase de crímenes sangrientos.

Los cristianos aterrorizados diéronle entonces este nombre histórico: *El buitre de Archidona*; buitre que

caía sobre ellos y sobre sus tierras sin darles nunca espacio para reponerse, llevando por dondequiera la muerte, la destrucción, el exterminio.

Si podía coger á los que se libraban de su lanza en los campos de batalla, los ahorcaba, los descuartizaba y los hacía morir con otros suplicios todavía más horribles; maltrataba tan atrozmente á los cautivos que éstos envidiaban la suerte de los sacrificados.

Por rescate de otros exigía la ruina de sus familias, y por último dió en talar y destruir los pueblos que habían sido sus mejores aliados y amigos.

En vano sus propios soldados trataban de aplacarle. Las súplicas enardecían sus deseos de exterminio, en lugar de calmarle.

Cuando ya no tuvo fronteras que destruir dentro de la jurisdicción de Archidona, se dedicó á la guerra de algarada, dió acá y acullá rebatos sangrientos, saqueó, abrasó, asoló cuanto pudo alcanzar en sus incursiones. Era un loco que de esa manera, con tan horribles distracciones, trataba de alejar la imagen de su hija precipitándose al abismo, y acallar su remordimiento por no haberlo evitado. Su tremebunda nombradía, volando vertiginosamente por todo el ámbito de la península con el impulso del terror, llegó á darle en la fantasía popular las proporciones de un monstruoso buitre, de un dragón ú otra fiera espantosa como las que asolaban la tierra, según nos refieren las historias de la antigüedad, como las que la Mitología nos pinta devorando pueblos enteros, hasta que los dioses disponen la aparición de un héroe bastante animoso para vencerlas.

Y si no fué necesario que, para acabar con Ibrahim, viniese al mundo un Hércules ó un Teseo, sí lo fué que una de las más célebres comunidades de los guerreros del Cristianismo, la Orden de Calatrava, tomase á su cargo la empresa. La ínclita institución, que campeaba en favor de los oprimidos, cualquiera que fuese el número y la calidad de los opresores, se

hallaba entonces regida por D. Pedro Girón, adalid célebre por su heroísmo, y cuya autoridad no tenía superior en España, después de la de los reyes.

Girón llamó á su lado á todos los freires que defendían la frontera, y á la elocuencia de su voz no sólo acudieron todos los cruzados de Calatrava, sino que también vió agrupados, en torno de su enseña gloriosa, á los pueblos de Arjona y Osuna y á don Diego Fernández de Córdoba, el famoso Conde de Cabra.

Reunido así un ejército escogido, penetró en territorio de Archidona, al mando de D. Pedro Girón.

Salióle al encuentro Ibrahim con fuerzas no menos considerables, y la batalla fué larga, sangrienta y porfiada en extremo.

Al fin el terrible alcaide, el veterano de cien combates fué vencido por la primera vez y precisado á refugiarse en la fortaleza. El Maestre de Calatrava y los suyos acamparon al pie de los muros.

Sin embargo la empresa era todavía punto menos que imposible, porque en el *Alcázar de los alcázares* la inaccesibilidad no se advertía por un punto solo, sino por los cuatro costados.

La primera medida que tomó el previsor Maestre para formalizar el sitio fué cortar á los sitiados toda comunicación con Granada. Mas, como quiera que, transcurrido así un mes de riguroso asedio, no hubiese conseguido quebrantar el ánimo de los sitiados ni desvanecer sus esperanzas de socorro, envió á sus estados emisarios á que le trajesen máquinas de guerra; estableció luego sus baterías al abrigo de la Sierra del Conjuro; arrojó á la fortaleza tantas bombas y otros proyectiles incendiarios, y acosó á los sitiados con ataques tan incesantes, que ni tiempo les dejaba para apagar el incendio que destruía sus hogares.

Girón se procuró además otro auxiliar mucho más terrible que aquellos poderosos medios de destrucción: dicho auxiliar era la sed.

La sed obligaba á los de Ibrahim á bajar de las cumbres al llano, á disputar encarnizadamente con las fuerzas de la desesperación el agua de un pozo, situado á un tiro de flecha de la fortaleza.

Comprendiendo el caudillo cristiano la necesidad imprescindible de apoderarse de aquel puesto, encargó la empresa al Conde de Cabra, quien la realizó cumplidamente. Costó no poca sangre el posesionarse del precioso pozo, y fuéle preciso al Conde rodearlo de trincheras.

Así los sitiados viéronse reducidos al último extremo, privados de agua, casi sin alimentos, y aherrojados, como quien dice, dentro de su guarida.

¡Y aun no se rendían!

Manteníanse de carne de caballos y de animales inmundos, y sobre todo los mantenía el indomable valor de su jefe, y la sangre española, que corría por sus venas lo mismo que por las de los sitiadores.

Observaba D. Pedro Girón que, si su ejército destruía al enemigo, también éste diezmaba sus filas en salidas continuas, por más que en éstas nunca lograra abrirse paso mucho más allá de las puertas; é impaciente ya con tantas refriegas parciales y tantas demoras en la realización de su ardiente deseo de plantar sobre la fortaleza el estandarte de Castilla, resolvió dar el asalto.

Era éste empeño tan arriesgado, que el intentarlo solamente sería llegar en el heroísmo al punto más alto de la fama.

Para tal asalto primeramente habría que arrostrar un diluvio de dardos, piedras, balas, peñascos y ballestas, con objeto de arrimar la escala; y la escala había de ponerse á una torre altísima cercada de dobles muros, y con la defensa de hombres resueltos á morir antes que rendirse.

¿Quién había de ser el primero? Él, el mismo don Pedro Girón, el Maestre más glorioso que tuvo la Orden de Calatrava.

Él fué quien, tomando una escala de manos de un simple soldado, sin otra ayuda en su intento que la de su bien templada hoja toledana, entre el asombro y el aplauso de sitiadores y sitiados, llegó sereno al pie de la torre del Sol, afirmó la escala y empezó á trepar por ella, bajo el diluvio de proyectiles.

No escasa parte recorriera del peligrosísimo camino, cuando cayó una roca sobre su yelmo y le arrastró sin sentido al foso.

Pero su heroísmo había electrizado á los suyos, y en pos de él treparon los demás caudillos del ejército; siguiéronles los soldados, y la victoria coronó su heroísmo. Fueron pasados á cuchillo todos los defensores que encontraron, en castigo de los crímenes que se les imputaban.

Mas entre ellos no estaba Ibrahim.

VIII

En busca de Tagzona.—Las creencias populares

¿Qué había sido de aquel héroe siniestro?

Buscáronle con ansioso afán los vencedores, porque el *Buitre de Archidona* por sí solo representaba más de la mitad del valor de su inmenso triunfo.

Pero ni vivo ni muerto pareció por ninguna parte.

Interrogaron al único defensor del castillo que hubieran respetado á causa de su ancianidad, y él, extendiendo su brazo en dirección de la *Peña de los Enamorados*, por toda respuesta fijó en ella su triste mirada.

Rogáronle que se explicase y les dijo estas palabras:

—Ibrahim ha seguido á su hija.

—¿Se ha arrojado á la sima?

—¡Sí! Alah lo ha querido. Cuando él vió que caían

sus últimos guerreros, no quiso daros á vosotros la gloria que más hubierais preciado; la de arrancarle también á él su vida. Vivía loco de dolor desde la muerte de su hija, desde que la vió desaparecer en aquel abismo, y allá fué á reunirse con ella... ¡Yo lo he visto! ¡Alah permita que vayan juntos al Paraíso!

Con lágrimas dijo esto el anciano árabe, servidor de Ibrahim, y conmovió profundamente á los que tanto le habían aborrecido.

El *Buitre de Archidona* con su valor salvaje, tan generoso antes de la tragedia de su hija, con su dolor tremendo, con su desesperación bárbara ante los despedazados restos del ídolo de su corazón, con su independencia bravía sobre las rocas de Archidona, es una figura colosal en la España de la Edad media; y si bien por su carácter siniestro no pueda colocársela al lado de Suero de Quiñones, de Hernán Pérez del Pulgar, el de las Hazañas ó de Diego García de Paredes, téngase en cuenta que la culpa, más que suya, fué de su desgracia. En sus primeros tiempos llegó á ser tan querido como admirado de los mismos cristianos, hasta que la fatalidad trastornó por completo aquella existencia legendaria.

Entre los suyos muy pocos pudieran comparársele reclamando, como guerreros, tan alta memoria. Solamente le igualan: el famoso Reduán Venegas, á quien los árabes llamaban su Cid, Caleb-ben-Hafsum, el aventurero, terror de los Califas, señor de Toledo y de otras buenas partes del Imperio, y Muza-ben-Abil Gazán, el Héctor granadino, el héroe postrero de los desdichados príncipes musulmanes.

Ibrahim realzó su valor con una virtud muy rara entre los poderosos: la modestia. Si hubiera querido valerse del entusiasmo fanático que producía su nombre en el pueblo, con el poder de los reyes habría competido el suyo. Pudo enarbolar su estandarte sobre las torres de la Alhambra y prefirió encerrarse

entre los peñascos de Archidona, imperecedero teatro de sus hazañas.

Figura de roca, no debía desprenderse de las cumbres graníticas. Allí su grandeza se ostenta con el carácter salvaje más propio, con la majestad de reina de los abismos.

Si hubiese rodado á la llanura, se habría confundido con otras, ó hubiera quedado tal vez reducida á polvo.

Preguntad, viajeros curiosos é investigadores, artistas ó amantes de las artes, extranjeros ó españoles, hombres de imaginación viva ó de juicio reposado y maduro: preguntad á aquellos torreones desmoronados, á aquellos cubos ennegrecidos por el hálito de las tempestades, quién fué el arquitecto que los afirmó, el que les dió un aspecto tan imponente en medio del abandono actual, en medio de la desolación con que ha envuelto la naturaleza todo el panorama que se descubre desde su asiento.

El viento, al pasar por las quebraduras de las rocas, murmurará con acento lúgubre este solo nombre: ¡Ibrahim!

Allí no hay otra memoria; allí no vive otra imagen que la del trágico alcaide.

Si os detenéis á aguardar á las sombras de la noche, á los misterios del silencio, á los fantasmas de la soledad, acaso vuestros ojos descubrirán, á través de las brumas que ascienden huyendo del lecho del Guadalhorce, la blanca silueta de Tagzona, unida á otra sombra que la ciñe y trata de apresurar su fuga. Va entre los brazos de Hamed Alhaizar.

Los rudos habitantes de la Sierra no dejarán de explicaros ese encuentro con la lógica de la Tradición.

Dicen que el amante ha visto hervir la cólera de Ibrahim en el fondo de la sima, y alzarse su cimitarra sangrienta por encima de la *Peña de los Enamorados*, amagando golpes parricidas; dicen que Hamed, no teniendo ánimo para blandir la suya contra

el padre del ángel que le abraza, huye con ella subiendo á la roca más elevada, y cuando allá los desventurados imaginan encontrar la salvación y evitar el horrendo crimen que estremecería las entrañas de toda la naturaleza, descubren á sus pies un nuevo precipicio, sin fondo, y que en él hierve igualmente la cólera de Ibrahim.

También os cuentan los serranos lo más consolador, lo más bello de esta tradición: que cuando los amantes se encuentran en aquella angustiosísima situación, el cielo se aproxima á ellos para atraerlos, para infundirles aliento, para alzarlos sobre el trono de la Esperanza, como del seno de las aguas se elevan las nubes vaporosas.

Entonces Tagzona y Hamed, fundidos en un cuerpo, desaparecen en las negras profundidades del abismo, para desprenderse luego de allí, volando á las alturas supremas, formando un alma sola: ejemplo de eterna veneración para los enamorados de la tierra.

¡Cuán digno de respeto es el que tienen los pueblos á ciertas tradiciones, cuando estas tradiciones encarnan en la vida de la raza más interesante de las que hubieron de formarlos, y cuando, en vez de alterar, como otras, el cauce de las fuentes históricas, lo ahondan y esclarecen!

Así las tradiciones no solamente contribuyen á vigorizar los caracteres morales de un pueblo, sino que influyen hasta en los físicos.

Si vais á Archidona, observad los semblantes atezados y enjutos, la mirada viva y penetrante de los negros ojos; los cuerpos delgados y flexibles, pero con la flexibilidad del acero; la planta breve, rápida y segura; el lenguaje expansivo y pintoresco.

Entonces pensáis que si los soldados de D. Pedro Girón se vieron precisados á exterminar á los de Ibrahim en la fortaleza, ó ya se había efectuado la

fusión de sus razas, ó distó mucho de ser completo el aniquilamiento de los árabes en aquel suelo cuando tanto se les parecen los habitantes de hoy.

El tiempo, aunque todo lo borra, también hace resaltar lo que nunca debe confundirse. Ya no tenemos odio á nuestros sojuzgadores de siete siglos, y lamentamos la muerte de su civilización, un tiempo tan brillante; ya deploramos no haber conservado sus restos con mayor miramiento; ya hasta recordamos los hechos gloriosos que afirmaron su dominación sobre nosotros, cual si realmente nos correspondiera en ellos alguna gloria.

Por eso las tradiciones árabes son genuinamente españolas y su interés se aviva á cada nueva generación; cual sucede con la *Peña de los Enamorados* y el *Buitre de Archidona*.

LA LEYENDA

DE CERVANTES Y DE VELÁZQUEZ

LA LEYENDA
DE CERVANTES Y DE VELÁZQUEZ

I

Desesperación

Es la leyenda del genio, pero bien cimentada en la realidad.

Corre por Sevilla entre artistas y gente de letras.

Los hechos pasaron en los tiempos en que á Velázquez le apuntaba el bozo y Cervantes peinaba canas.

Y como esta leyenda la escribieron plumas valiosas, que es preciso respetar como las armas de Roldán, la pluma mía va á escudarse con una de aquéllas, la de D. José Bermúdez de Castro.

Desde que él trató el asunto, hace ya más de sesenta años, ningún otro escritor se atrevió á reproducirle.

Casi intacto, como él lo dejó, voy á exponerlo á los lectores, en la seguridad de que agradecerán muchísimo tal joya.

«En una callejuela sucia y oscura de Sevilla, había

una casa cuya fachada y distribución, desde los cimientos hasta las tejas, han sido alteradas por adiciones, sustracciones y composturas sucesivas, hasta mudar enteramente su forma y cambiarla en otra tan diversa de la de que hablamos, que no la hubiera conocido el pobre albañil que con orgullo de arquitecto la concibió y puso su primera piedra, muchos años antes del de gracia de 1616, en que la presentamos á nuestros lectores.

En aquel tiempo consistía dicha casa en dos pisos, si se puede contar por tal una especie de camaranchón de suelo terrizo y de techo bajo, que cubría las tres cuartas partes de la sala y al que se subía por una escalera de mano.

Este sobrado ó zaquizamí es el que nos interesa conocer; y más bien por satisfacer la curiosidad de algún lector ó lectora, que se distraería de nuestra relación por el ansia de adivinar el resto de la casa, diremos que ésta se componía, á más de la sala, de un patio grande y cuadrado, una cocina estrecha á un lado, y una mezquina cuadra para un caballo al otro: cuadra á la sazón vacía, y sea dicho esto de paso para no volver más á visitarla.

El camaranchón ó sea sobrado de que hablamos, tenía dos ventanas opuestas, una que daba á la calle y otra al patio que hemos mencionado.

Cuando se alzaba la cabeza perpendicularmente, al subir el último escalón de aquella escalera, y al sacarla por la especie de escotillón que servía de entrada, se veían varios lienzos y tablas, imprimados, apomazados y listos para pintar, que estaban colgados en diferentes sitios de las paredes, advirtiéndose á primera vista que no había entrado en la mente del que los puso idea alguna de adorno ó simetría en su colocación, pues unos estaban apaisados, otros colgando por un ángulo; todos con despilfarro y al descuido, inclinándose más á un lado que á otro, según que el clavo sobre el que se balanceaban en equili-

brio estaba más ó menos distante del centro del bastidor.

Algunas pinturas por concluir; algunos bocetos chispeando de imaginación y viveza, la mayor parte de estudio, acompañaban á los lienzos y tablas, alternando con ellos en adorno y simetría.

Dos ó tres tablas pendientes de cuatro cuerdas y apoyándose en una de las paredes, sostenían y se plegaban en arco, al peso de quince ó veinte volúmenes de poesía, filosofía escolástica y con ellos la *Simetria del cuerpo humano,* de Alberto Durero, la *Anatomía*, de Bexalio, la *Perspectiva*, de Daniel Bárbaro, la *Geometria,* de Euclides, y otros varios libros de matemáticas y pintura.

Junto á ellos había un rimero de dibujos, estudios de hombre, caprichos de pintor, países mal tocados y borrones, según se echaba de ver por algunos de ellos que habían rodado y que yacían esparcidos por el suelo.

Y más allá, y sobre un sillón de encina y dos bancos que había en el cuarto, otros papeles revueltos con una gorra, unos gregüescos desgarrados, una golilla bastante limpia aún, y un jubón que colgaba de la silla, bañando una de las mangas en un ancho barreño, cuya agua sucia y aceitosa mantenía en remojo, y fuera del contacto del aire que los secaría, cuatro ó cinco brochas y pinceles.

Una losa con su moleta, aun sucia de albayalde, descansaba sobre una mesa de nogal; un gran caballete y un lienzo en él ocupaban el centro del cuarto, junto á una ventana y á buena luz de norte, entrando por la izquierda.

Esta ventana, hábilmente cubierta de lienzo y papel ennegrecido, daba estrecho paso á la luz, que entraba en rayo vivo reflejando sobre la cara de un aldeanillo colorado y robusto que en actitud grotesca enseñaba dos hileras de dientes anchos, blancos y afilados, sin duda por el pan de Telera, fingiendo la más abierta

y extravagante risa, con tales veras que la hubiese comunicado al más afligido espectador.

Pero por una contradicción de esto mismo, el único que había en aquel aposento no participaba de ella.

Un joven, al parecer de diez y ocho á veinte años, de cara grave y silenciosa, de color moreno, de ojos vivos y mirada fija, estaba delante del bastidor, la paleta en la una mano, el pincel en la otra, copiando al parecer aquella extravagante y fingida risa del aldeanillo.

Y no debía de estar muy contento de su obra, porque sus cejas juntas, sus labios apretados, y sus movimientos prontos, bruscos y convulsivos de despecho, no dejaban duda de que estaba incómodo y fastidiado.

Dos ó tres veces se apartó un tanto para considerar su obra: sus ojos se dirigían rápidos del modelo á la copia; después tocaba; desfumaba, volvía á tocar, á retirarse, á comparar; y el resultado y desenlace de aquella maniobra fué exclamar con rabia:

—¡Voto á...!

Y aquí se detuvo como buen cristiano, pensando á quién votaría.

Al cabo se enmendó diciendo:

—¡Válame Dios! ¿Quién podrá imitar tales tintas?

Y por mucho que quiso contenerse, después de un rato de combate, de titubear y de esforzarse para contener su cólera, levantó la mano, tiró el pincel sobre el lienzo, que se deslizó, arrollando las tintas que encontró al paso y trazando una curva de todos los colores del arco iris; y no contento con eso, arrojó tiento y paleta y pinceles, descargó sobre el lienzo un fuerte puñetazo, que hizo un ángulo recto por donde pasó el puño, y exclamó ya sin consideración ni comedimiento:

—¡Voto á... Dios, que hace tintas que no puede imitar un hombre!

Y se arrojó desesperado sobre un sillón de encina,

sobre papeles y jubón, y con la mano en la frente cayó en un abatimiento cual si estuviese amortecido: el abatimiento, la desesperación del genio, que ve el cielo y no puede subir á él.

II

Encuentro dichoso

El aldeanillo que le servía de modelo, sin decir una sola palabra, sin parecer admirado del desenlace, y viendo que su amo nada hacía, plegó sus labios, se sentó en el suelo, y sacó de un rincón del seno y de debajo de su camisa rota y sucia, un pedazo de pan moreno, y empezó á morderle con tal ansia, que dejaba entrever que hacía tiempo que deseaba empezar semejante entretenimiento.

Acabó su almuerzo ó comida muy despacio, y saboreándose con cada uno de los últimos bocados: después se arriesgó á echar una mirada tímida sobre su señor: pero le vió inmóvil y en la misma postura.

Esperó, y esperando pasó el tiempo; hasta que, viendo que anochecía, se deslizó del cuarto sin que el pintor hiciese el menor movimiento.

Así permaneció el artista, abatido, pensativo, dando señales de estar en vela por alguna contracción convulsiva.

Una vez alzó la cabeza, miró al rededor y se cubrió los ojos, apretando los puños y golpeándose la frente con fuerza.

Así pasaron las horas, y no comió; así le encontró la noche y no durmió. Y sólo á la mañana siguiente, al amanecer, salió del cuarto abatido; pero más bien con expresión de tristeza que de la desesperación primera.

Tomó la gorra con una pluma rota y pelada y el ferreruelo.

Por un movimiento natural é irreflexivo torció y levantó el mostacho naciente; y llevando aún señales de la tormenta pasada, en los ojos hundidos y la color cetrina, bajó por la escalera, y después de santiguarse devotamente, salió á la calle.

Era buen cristiano, y cristiano del siglo XVI, pues el XVII empezaba entonces: así su primer cuidado fué dirigirse á la iglesia vecina.

Allí oyó misa, estuvo algún tiempo, y ya más tranquilo salía por la puerta, cuando una mano le tocó ligeramente en el hombro y una voz conocida le dijo al mismo tiempo:

—Vaya con Dios, seor Diego.

El que así le hablaba era un hombre de más de sesenta años, alto, bien hecho y con cara agraciada, de color trigueño; que daba señas de haber sido de muy buen parecer, ojos vivos y negros, ojos de genio que hablaban de guerras y artes con todo el ardor de un soldado y el entusiasmo de un artista.

La boca pequeña y despoblada, con sólo dos ó tres dientes descarriados; pero el cuerpo airoso, la presencia gallarda y de gentil ánimo.

Llevaba un ferreruelo de camelote negro, usado y raído; el jubón era de lo mismo con follajes y cuchilladas primorosas, pero no en mejor estado que su compañero. Llevaba calzas escuderiles ó *pedorreras*, como llamaban en aquel tiempo, con lazo de color, espada larga y brillante, gorra calada á un lado con aire soldadesco y marcial: todo maltratado, raído y diciendo pobreza á tiro de ballesta; pero limpio y acepillado con minuciosidad y cuidado.

¡Oh! era ciertamente un espectáculo digno de ser mirado, la reunión de aquellos dos hombres, el uno entrando en la vida, el otro saliendo de ella, el uno todo esperanzas, el otro todo memorias; y ambos combatiendo con el destino, ambos mirándose con ojos que dejaban ver un alma ardiente, un genio de fuego, una imaginación volcánica, una vida que el entusias-

mo gasta como una lima de acero: y esto á través del prisma del porvenir de la juventud y el velo de lo pasado de la vejez.

Quien los hubiera visto no los hubiera equivocado con almas vulgares y hubiera dicho: ó hay mucho bien ó mucho mal dentro de esas cortezas de carne: ó hay un cielo ó un infierno.

Al uno le esperaba el suicidio ó la gloria: al otro... El otro había arrostrado y sobrepujado cien combates de la vida contra un destino duro é intratable.

Y era así; el anciano era un gran poeta, pero ignorado, oscuro, sólo conocido y tratado por algunos artistas de genio ameno y entusiasta, que en aquella época podían solos apreciar la imaginación florida y ardiente del anciano.

Nuestro joven pintor le conocía, le quería y respetaba como profundo filósofo, humanista y valiente soldado, sabía de memoria sus trovas, y los jóvenes eruditos de Sevilla repetían con entusiasmo algún soneto con que se dió á conocer.

En aquel momento decía:

—¡Pero esa palidez, esos ojos encarnados, cansados y hundidos... No gastes tu vida, que puede ser tan gloriosa; no gastes tu corazón, niño... Eso...

—Eso significa—dijo el pintor interrumpiéndole con despecho—una noche de vigilia, de llanto, de tormento, rabia y desesperación.

Y apretó con fuerza el brazo de su compañero, y ahogó un suspiro convulsivo.

—¿Y qué? ¿Amores de la edad primera?—dijo el viejo con interés.

Pero no. Porque vió otro fuego que el del amor arder en aquellos ojos.

—No, no puede ser... Joven, dime ¿qué te ha sucedido?

—¿Qué me ha sucedido? Perder mis esperanzas de gloria, quemarme las alas... ¡Caer!

—Habrás emprendido más de lo que debes: no habrás escogido el momento de inspiración...

—No he podido pasar de una línea, de un punto... y allí me quedaré; allí me confundiré con otros...

—No, tú no has nacido para confundirte; no, alza la cabeza; álzala, pensando en la gloria...

—¡La gloria!... ¡sí! Yo soñé en la gloria, y á vos debí esos sueños que me desesperan... Yo quise ó vivir admirado ó morir... no una existencia media, de esas que empequeñecen la vida... Y ahora ¿cómo volar?

—¡Si yo tuviese tu mano, tu pincel y mi imaginación!—le dijo el otro con una mirada de entusiasmo, poniéndole la mano sobre el hombro, y chispeando de genio y poesía.—Tú no sabes el tesoro que posees; trabaja y yo te prometo la fama...

—¡Es en vano!... ya perdió para mí su prestigio... Yo me gastaré antes de salir de la nube...—respondió el joven con aparente indiferencia.

Y se quedó un momento silencioso. Después añadió:

—Vuesa merced también ha soñado con esa gloria... Vuesa merced ha compuesto trovas, comedias... ¿Y qué? ¿Qué ha conseguido? Su gloria está en ese ferreruelo, en ese jubón...

—¡Verdad!—repuso el anciano con tristeza.—Verdad: estoy pobre, olvidado, enfermo, perseguido... Ved mi gloria... esa mujer ingrata que yo he adulado, acariciado y contemplado tanto! ¡Qué pago, oh Dios!...

Y bajó la cabeza, pero por solo un momento.

—Soy pobre, es verdad—dijo en seguida con aire fiero y marcial de poeta y soldado.—Soy pobre, pero honrado. Y los sueños de amor y felicidad, y los personajes que yo he creado como un Dios, con sus virtudes, sus caracteres, sus pasiones; buenos ó malos, á mi antojo; esos personajes que amo cual á mis criaturas; esas obras que son mis hijas, esos ratos de ilusión y delirio, esas delicias celestes, ese vuelo libre como el aire, esos mundos en donde vivo, dime, ¿no

compensan todas las penas, todas las desgracias de la vida? Dime ¿quién me los quitará? ¿Qué vale la gloria de los hombres junto á las creaciones y los placeres de un Dios?

Las arrugas profundas de su frente se habían desplegado; sus ojos brillaban con el doble fuego de juventud y entusiasmo; su cabeza noble, erguida, su mirada desdeñosa, que parecía medir la tierra con el cetro del cielo... No era un hombre, no; era un genio, un Dios: ¡era el poeta, el verdadero poeta inspirado!

El joven pintor se encontró dominado por la mirada de águila y la elocuencia fascinadora del anciano. Bajó los ojos avergonzado de su debilidad, y cuando el anciano le dijo:

—Vamos á tu casa, vamos...

Se dejó conducir como un cordero.

III

El aguador

El taller estaba en el mismo estado en que le dejamos.

Subieron juntos aquellos dos hombres, que parecían padre é hijo.

—¿Dónde está el lienzo?—preguntó el viejo.

—Aquí—respondió el joven, alzándolo del suelo borroso, empolvado, roto y sucio de la tierra que se había pegado...

—¡Qué vergüenza! No tienes disculpa... ¿No estabas contento de tu obra? ¿Qué es, pues, lo que te contentaría? ¡Has destruído un prodigio!

Y decía esto considerando atentamente la pintura.

—Buena expresión—continuó.—Esta cara se ríe... toda ella ríe... ¡Buen colorido, viveza de concepto... extraño, valiente toque!... Esta media tinta... esta

sola es el lunar de la obra... ¿Por qué defumarla y lamerla tanto?

—¡Esa, esa!—dijo el pintor con viveza.—Esa sola me desespera y es la causa de mi despecho. Yo he visto ese azulado, esa tinta, vagar en derredor del labio del modelo, y reunirse sin confusión con el oscuro... ¡Yo la he visto, la he concebido, y no he podido ejecutarla!—exclamó lloroso.—Decidme ¿no es motivo para desesperarse?

—No: valor lo primero; pintar y salir del vulgo: sigue la inspiración; no imites...

—¿Y qué haré? ¿Qué puedo yo inventar? ¿Qué colorido puedo yo imaginar que no me haya robado el Ticiano con tanta hermosura y valentía de dibujo y suavidad?... ¡Ay! ya vino Corregio con su pincel de gracias, con su gusto exquisito, con su colorido encantador, su redondez, su relieve... ¡y sus vírgenes! Y mi imaginación, que vuesa merced pondera ¿de qué sirve? ¡Ya vino Rafael con su expresión, su gracia y su imaginación fecunda!... ¿Por qué haber nacido tan tarde? ¿Qué puedo hacer ya?

—¿Qué puedes hacer tú?—prorrumpió el anciano con entusiasmo.—¡Imitar á la naturaleza! Todos la han alterado, unos para embellecerla; otros para degradarla... Píntala tú como es, con su divina hermosura, con la majestad respetable que recibió del Altísimo, con sus caprichosos defectos, con sus tintas fuertes y decididas: como es: sin quitarle, sin añadirle nada... y tu imaginación, tu pincel hará el resto.

—¡Si vuesa merced no se engañara!...

—Trabaja, que te espera la gloria... Pero no te alucines... la felicidad no. Si titubeas, si temes la envidia y sus persecuciones; si temes, si dudas en cambiar la felicidad por la gloria, no naciste para artista; rompe el pincel.

—¡No!—respondió el joven con igual entusiasmo, agitado como en un torbellino por las palabras del anciano.—Ya no vacilo... Venga la fama; gane yo

la inmortalidad, y después no temo ni desgracias ni males: ¡vengan; yo los desafío!

Y alzó la cabeza con orgullo, y pareció que esperaba los objetos de su evocación, como si su voz hubiese sido un talismán, como si en sus palabras hubiese habido sortilegio para atraerlos.

—Así te quiero y esperaba verte, hijo mío—dijo el anciano enternecido.—Tú eres digno del dón que te concedió el cielo. ¡Ay! si yo hubiese tenido tu pincel soberano, tu arte encantador! El orbe hablaría de mí, y hubiera sido menos desgraciado. Mira mi frente. ¿No hay mil desgracias escritas en ella? Yo viví en un mundo que no podía comprenderme. Fuí infeliz: tuve que devorar mi alma, mi genio, porque no podía trasladarlo á un lienzo, ni cincelarlo en un mármol...

Tuve necesidad de comer y serví... pero mi alma de fuego era preciso que respirase ó se consumiera. El ardor militar sonríe á la juventud... también promete palmas y gloria sin fin...

Yo fuí soldado; y juro á Dios que no tengo de qué avergonzarme—dijo con una sonrisa fiera y marcial. —Pero Dios quiso cerrarme aquel camino, aquella vida que templaba el fuego de mi alma y la dilataba...

Mira—y enseñó al joven pintor una grande herida y un tronco mutilado.—¿Ves? fué preciso dejar la espada. Pero podía escribir: mi pluma fué mi pincel, y pinté cuadros con su colorido tan fuerte como el tuyo, y su dibujo tan correcto... dibujo moral, y muy difícil!

—¡Y cuán buenos cuadros!—dijo el joven con admiración.

—Pues no has visto mi obra maestra—añadió el viejo.—Mira; aquí está, sobre mi corazón, y se enterrará conmigo. Han creído ver un libelo; me han perseguido; ella es causa de todas mis desgracias... Pues mira: la quiero más por eso, por las penas y trabajos que me cuesta.

Sacó entonces con cuidado un grueso cuaderno, de

letra incorrecta y borrosa, y empezó á desplegar, á los ojos del pintor, aquel inmenso cuadro.

Especie de tela matizada como un tapiz del brillante bordado de historias frescas, aéreas, fragantes como las flores de un jardín. Mil extravagancias, mil locuras, con todos sus atributos de gracias y chistes mezclados, y que se pierden en mil arabescos fantásticos, con las más profundas y filosóficas sentencias del juicio y la razón sana, y con los amores imaginarios y ridículos, y con alucinaciones vaporosas: y alternando con ellos la candidez y la ternura, con sus episodios de amores inocentes y tiernos, desgraciados ó felices, con lágrimas y suspiros dulces, ó con la sonrisa del placer y el rubor del pudor, anacreónticas ó elegías.

La vida entera con sus fantasmas y visiones, con su risa y su llanto, con su placer y sus penas; con mil caracteres que cambian todos los días. Tela verde y florida, que desenrolla una existencia fastástica. Cuadro nuevo, sublime y nunca imaginado. Una profusión de chistes y extravagancias, capaces de hacer sonreir á un sepulcro.

Ya el pintor había olvidado su desesperación y su abatimiento, y todavía escuchaba cuando concluyó el capítulo.

—Ahora—dijo el viejo sonriendo, y gozando más en las sensaciones que se reflejaban en los ojos del joven que en los aplausos de una multitud—ahora pinta.

—¿Y qué pintaré después de lo que he oído?... Esa media tinta...

—Pinta la naturaleza virgen, sin alteración; y serás original, y te citará el mundo... No te preocupe esa media tinta—dijo considerando la tela rota y sucia.—Ya comprendo en qué estriba tu dificultad... sí, pero yo te prometo que saldrás bien de ella, si me juras, por Dios, hacer lo que te aconseje...

—Lo juro—contestó el joven, arrastrado por la superioridad del genio.

Abrió la ventana, preparó la paleta; puso de nuevo lienzo en el caballete; tomó el tiento, los pinceles; se colocó ante la tela, y sólo entonces se le ocurrió preguntar:

—¿Y qué pinto?

El soldado estaba junto á la ventana que daba á la calle, echó una mirada al oir aquella pregunta, y sin titubear respondió:

—Aquel viejo.

Y señaló un viejo aguador, de pellejo curtido, que en aquel momento despachaba agua á dos ó tres sedientos.

El joven titubeaba.

—¿No te he dicho que la naturaleza? ¿Qué importa que el objeto sea bajo? Dios es quien requiere una religión divina: nos sube al cielo con sus alas de ángel y su auréola de fuego; pero ha querido que al genio, para subir, le baste su pensamiento, sin necesidad de alas ni de fuego. No vaciles más; píntalo á lo vivo, al viejo aguador, mirando con esos ojos duros, con esa alma ruda... Ponme todo eso sobre un lienzo, y después yo te diré: Eres un Dios: y te adoraré.

IV

El triunfo

En un momento se penetró del asunto la imaginación del joven pintor, y lo dibujó deprisa, informe, pero ardiente como un volcán.

El soldado registró minuciosamente su bolsillo y sacó, después de exprimirlo, algunas monedas de cobre, su comida de aquel día, que dió sin titubear al rapaz Andrés, el mismo que sirvió de modelo al desgraciado lienzo del día antes.

Le hizo una seña, y el chiquillo, inteligente y vivo,

dió un salto y volvió ufano con el aguador, que se colocó, sin hablar palabra, delante del pintor.

Éste, sumergido en el fondo de su pensamiento y su obra, no dió las gracias al anciano sino con una sonrisa... ¿Para qué más? Ya él le había comprendido.

Ambos callaron. Ni una sola palabra se habló de una parte ni de otra.

¡Cómo volaba el pincel sobre el lienzo! ¡Cómo se mezclaban rápidas sobre la paleta las tintas más caprichosas, que se unían en el lienzo y figuraban todas las alteraciones de la luz!

Así, sin levantar cabeza, una hora y otra, y otra, hasta seis.

Mientras más se acercaba el término del cuadro, más se agitaba y se movía, y más atención prestaba el viejo soldado.

¡Cómo se reproducían, con qué verdad, las formas angulosas, las tintas verdosas, las sombras cortadas de aquella cara ruda! ¡Cómo nacían sobre la tela las manos encallecidas, el cutis tostado del villano!

El mismo Andrés participaba de la admiración y del entusiasmo que la obra divina inspiraba. En un momento se puso delante del hombre, en la actitud de tomar el vaso; y su amo, sin decir palabra, trasladó al lienzo el pensamiento del rapaz, con su cara picaresca, que en vano aparentaba inocencia.

Las horas volaban; la obra adelantaba.

Alguna vez exclamó el anciano entusiasmado y como involuntariamente:

—¡Bien! ¡No hay más que desear!

Ya la obra estaba para concluir; ya sonreía el joven artista, cuando de pronto se nubló su frente...

—¡Voto á!... ¡Maldita media tinta! ¡Todavía se presenta!

Tomó el pincel, ya iba á tocar, cuando el viejo soldado se le echó encima.

—¡Voto al diablo!—exclamó—no en mis días... no lo permitiré. ¡Miren si lo había yo acertado!

Pero el joven pintor luchaba con él.

—¡Dejadme, dejadme por Dios! ¡No me impidáis, señor, que lo haga, ahora que tengo la imaginación llena del asunto!...

—Acuérdate del juramento...

—¿Qué juramento tengo de recordar, señor, cuando se trata de mi vida eterna? ¡Dejadme! añadió rabioso.

—¡Antes matarás á este pobre viejo!

Y enfermo é inválido, y con una fuerza que desmentía sus años, impedía al pintor que se acercase al cuadro.

—¡Señor, señor!—dijo el joven apretando los dientes—dejadme os digo; dejadme concluir lo mejor que he hecho...

—¿No ves que vas á echarlo á perder, insensato? Descansa la vista.

Pero el joven no le escuchaba, pugnando por desasirse.

Y como en esto pasó algún tiempo, cuando pudo soltarse y se llegó al caballete, se paró como petrificado delante del lienzo.

Aquella media tinta tan difícil, escollo de sus obras, había desaparecido: la obra estaba concluída.

Era una obra maestra. El anciano se sonrió.

—¿Ves—le dijo—si tenía yo razón? ¿Estás convencido de que ese vapor, esa sombra leve que veías, eran sólo nubes de tus ojos, cansados de fijar el modelo? ¿Tenía yo razón en querer que apartases la vista? Dime, ¿qué le falta á ese cuadro?

—Ya muy poco, lo tocaré...

—No le toques más, absolutamente nada más; porque todo lo que ganaría en suavidad lo perdería en genio y en viveza. Considera tu obra, y dime si yo te anuncié sin razón una fama eterna.

—¡Oh, señor, cuánto os debo!

—Firma; firmala... Que pase tu nombre por los siglos hasta el fin del mundo.

Y el joven, con una sonrisa de agradecimiento y

satisfacción, con la cara encendida de entusiasmo y ventura, con la mano trémula de emoción, puso al pie de la obra: *Velázquez pinxit.*

—Tú serás inmortal, Diego Velázquez de Silva, dijo el anciano.

Velázquez le echó los brazos, lloró de alegría y le respondió:

—Y tú también, Miguel de Cervantes Saavedra. Eso que me has leído será eterno.»

Esta es la relación del hecho prodigioso que con el transcurso de los siglos va adquiriendo los caracteres de la leyenda más interesante para las letras y las artes españolas.

La intervención en ella de dos genios, que están á la cabeza de ambas, bastaría á darla un puesto de honor en libros de este género.

GUZMÁN EL BUENO

GUZMÁN EL BUENO

I

«Los buenos caballeros ni compran ni venden la victoria»

Al escribir tradiciones españolas, atendiendo, sobre todo, á las señaladamente históricas, hay una figura que se impone y un asunto cuyo capital interés sintetizamos en un nombre: Guzmán el Bueno.

Gil y Zárate engarzó esta joya para el teatro con el oro de su vigorosa inspiración, y apenas habrá español que no conozca su drama, aunque las compañías de la legua lo adulteran de un modo punible.

No hay necesidad de realzar con la fantasía al héroe de Tarifa para que resulte insuperable. Será la tradición más hermosa la más sencillamente contada.

Por eso el lector agradecerá la colaboración del ilustre poeta Quintana: su libro «Vidas de Españoles célebres» contiene la de Guzmán el Bueno, y la narración del hecho tradicional merece ser transcrita con toda su sobriedad.

Sucedió en el reinado de D. Sancho IV, llamado

el Bravo, en los últimos años del siglo XIII, poco después de la guerra civil que dicho monarca había suscitado contra su padre D. Alfonso el Sabio.

Dice Quintana así:

«Entre los personajes malvados que hubo en aquel siglo, y los produjo muy malos, debe distinguirse el infante D. Juan, uno de los hermanos del rey: inquieto, turbulento, sin lealtad y sin constancia, había abandonado á su padre por su hermano, y después á su hermano por su padre. En el reinado de Sancho fué siempre uno de los atizadores de la discordia, sin que el rigor pudiese escarmentarle, ni el favor contenerle.

A cualquiera soplo de esperanza, por vana y vaga que fuese, mudaba de senda y de partido, no reparando jamás en los medios de conseguir sus fines, por injustos y atroces que fuesen. Ambicioso sin capacidad, faccioso sin valor, y digno siempre del odio y del desprecio de todos los partidos.

Acababa el rey de darle libertad de la prisión á que le condenó en Alfaro, cuando la muerte del señor de Vizcaya, cuyo cómplice había sido. Ni el juramento que entonces hizo de mantenerse fiel, ni la autoridad y consideración que le dieron en el gobierno, pudieron sosegarle. Alborotóse de nuevo, y no pudiendo mantenerse en Castilla, se huyó á Portugal, de donde aquel rey le mandó salir por respeto á D. Sancho.

De allí se embarcó, y llegó á Tánger, y ofreció sus servicios al rey de Marruecos Abén Jacob, que pensaba entonces hacer guerra al rey de Castilla. Le recibió con todo honor y cortesía, y le envió en compañía de su primo Amir al frente de cinco mil jinetes, con los cuales pasaron el estrecho, y se pusieron sobre Tarifa.

Tentaron primeramente la lealtad del alcaide, ofreciéndole un tesoro si les daba la villa; y la vil propuesta fué rechazada con indignación. Atácanla después con todos los artificios que el arte y la ani-

mosidad les sugirieron; mas fueron animosamente rechazados.

Dejan pasar algunos días, y manifestando á Guzmán el desamparo en que le dejan los suyos, y los socorros y abundancia que pueden venir á ellos, le proponen que, ya que había hecho desprecio de las riquezas que le daban, si él partía con ellos su tesoro descercarían la villa.

«Los buenos caballeros—respondió Guzmán—ni compran ni venden la victoria.»

Furiosos los moros, se aprestaban nuevamente al asalto, cuando el inicuo infante acude á otro medio más poderoso para vencer la constancia del caudillo.

Tenía en su poder al hijo mayor de Guzmán, que sus padres le habían confiado anteriormente para que le llevase á la corte de Portugal, con cuyo rey tenían deudo.

En vez de dejarlo allí, le llevó al Africa, y le trajo á España consigo; y entonces le creyó instrumento seguro para el logro de sus fines. Sacóle maniatado de la tienda donde le tenía, y se le presentó al padre, intimándole que, si no rendía la plaza, le matarían á su vista.

No era esta la primera vez que el infame usaba de ese abominable recurso. Ya en los tiempos de su padre, para arrancar de su obediencia á Zamora había cogido un hijo de la alcaidesa del Alcázar, y presentándole con la misma intimación había logrado que se le rindiese.

Pero en esta ocasión su barbarie era sin comparación más horrible, pues con la humanidad y la justicia violaba á un tiempo la amistad, el honor y la confianza.

Al ver el hijo, al oir sus gemidos, y al escuchar las palabras del asesino, las lágrimas vinieron á los ojos del padre; pero la fe jurada al rey, la salud de la patria, la indignación producida por aquella conducta tan execrable, luchan con la naturaleza, y vencen,

mostrándose el héroe entero contra la iniquidad de los hombres y el rigor de la fortuna.

—No engendré yo hijo — prorrumpió — para que fuese contra mi tierra, antes engendré hijo á mi patria para que fuese contra todos los enemigos de ella. Si D. Juan le diese muerte, á mí dará gloria, á mi hijo verdadera vida, y á él eterna infamia en el mundo, y condenación eterna después de muerto. Y para que vean cuán lejos estoy de rendir la plaza y faltar á mi deber, allá va mi cuchillo, si acaso les falta arma para completar su atrocidad.

Dicho esto sacó el cuchillo que llevaba á la cintura, le arrojó al campo, y se retiró al castillo.»

II

El héroe y su esposa

Gil de Zárate afirma que arrojó al campo su espada, y no cuchillo:

«ahí vá la espada mia».

Pero me inclino á creer que ni fué lo uno ni lo otro. Ningún caballero ofrece su espada para cometer un infame asesinato. Cuchillos no solían usarlos sino en la caza. En campaña, al ceñirse la espada, la daban por compañera á la daga para rematar á los vencidos. Así, pues, su daga es más probable que fuese lo que arrojó Guzmán.

Realmente, cualquiera que fuese el arma lanzada á disposición de los asesinos, resulta un acto de provocación innecesario—dicho sea con todo el respeto debido á la memoria de un héroe tan esclarecido.

Consumado el hecho, no dejaría de tener algún remordimiento, puesto que tal provocación debió, al menos, de apresurarlo.

Quintana continúa su narración en los términos siguientes:

«Sentóse á comer con su esposa, reprimiendo el dolor en el pecho, para que no saliese al rostro. Entretanto el infante, desesperado y rabioso, hizo degollar la víctima, á cuyo sacrificio los cristianos que estaban en el muro prorrumpieron en alaridos.

Salió al ruido Guzmán, y cierto de donde nacía, volvió á la mesa diciendo: «Cuidé que los enemigos entraban en Tarifa.»

De allí á poco los moros, desconfiados de allanar su constancia, y temiendo el socorro que ya venía de Sevilla á los sitiados, levantaron el cerco que había durado seis meses, y se volvieron á Africa sin más fruto que la ignominia y el horror que su execrable conducta merecía.

La fama de aquel hecho llenó al instante toda España y llegó á los oídos del rey. Enfermo á la sazón en Alcalá de Henares, desde allí escribió á Guzmán una carta en demostración de agradecimiento por la insigne defensa que había hecho de Tarifa.

Compárale en ella á Abraham; le confirma el renombre de Bueno que ya el público le daba por sus virtudes; le promete mercedes correspondientes á su lealtad, y le manda que venga á verle, excusándose de no ir él en persona á buscarle por su dolencia.

D. Alonso, luego que se desembarazó del tropel de amigos y parientes, que de todas partes del reino acudieron á darle el parabién y pésame de su hazaña, vino á Castilla con grande acompañamiento.

Salían á verle las gentes á los caminos; señalábanle con el dedo por las calles; hasta las doncellas recatadas pedían licencia á sus padres para ir y saciar sus ojos, viendo á aquel varón insigne, que tan grande ejemplo de entereza había dado.

Al llegar á Alcalá salió la corte toda á su encuentro por mandato del rey, y Sancho, al recibirlo, dijo á sus donceles y caballeros que estaban presentes:

—Aprended, caballeros, á sacar labores de bondad: cerca tenéis el dechado.

A estas palabras de favor y de gracia añadió mercedes y privilegios magníficos; y entonces fué cuando le hizo donación, para sí y sus descendientes, de toda la tierra que costea la Andalucía, entre las desembocaduras del Guadalquivir y del Guadalete.»

La Tradición da mucho más relieve, que la pluma de Quintana, á la figura de la esposa de Guzmán el Bueno. Nos la representa grande en su dolor, necesitando más penoso esfuerzo que él mismo para sobreponerse á su amor de madre y para resignarse al sacrificio atroz de su hijo.

Sin embargo, comprende y admira el heroísmo de su marido, que es amantísimo padre, y cae de rodillas ante él como ante un semi-dios.

Si vais al campo de Tarifa no faltará quien os entere de que, cuando las brujas hacen su sábado, nunca faltan murciélagos enormes que las acompañan en la fiesta.

—Esos murciélagos son los diablos, que se llevan el alma del infante D. Juan Manuel.

Así dicen.

Y si preguntáis qué fin tuvo aquel asesino, responderán unánimemente:

—Los moros le degollaron á él como él había hecho degollar al hijo de Guzmán.

DON FERNANDO EL EMPLAZADO

Y LOS HERMANOS CARVAJALES

DON FERNANDO EL EMPLAZADO

Y LOS HERMANOS CARVAJALES

I

El asesinato de Benavides

En la provincia de Jaén está la famosa Peña de Martos y en torno de ella resuena el nombre de un rey á quien la Historia, con inexorable justicia, nos presenta abrumado de culpa.

Dos fantasmas vengadores son los que pronuncian ese nombre con acento fatídico, los que salen del sepulcro para dirigir á otro fantasma, á quien abruma el remordimiento, una imprecación que hará estremecer á todas las generaciones:

«Injusto rey: nos has condenado á muerte, y no la tememos; pero has mancillado nuestra honra, y esto no te lo perdonamos... Tiembla, Fernando, si nos han sacrificado tus pasiones, porque apelamos de tu fallo ante la justicia eterna, *y te emplazamos ante el trono de Dios dentro de treinta días.*»

Viven y vivirán eternamente los fantasmas vengadores, y no cesan jamás de velar por el cumplimiento de la justicia, que es su venganza.

Son dos ilustres caballeros, que no fueron sacrificados por el alarve en batalla gloriosa, sino por manos del verdugo y en un suplicio atrozmente espantoso.

Eran inocentes y pagaron culpas ajenas. Obstinóse la más cobarde é infamante calumnia en manchar su frente, tan pura como altiva: fueron despeñados como viles y degradados como villanos ¡ellos, tan nobles de alcurnia como de alma!

Están muy conformes la Tradición y la Historia:

Eran ellos hermanos y de la ilustre familia de los Carvajales. Animados de las mismas ideas y sentimientos, vivían juntos constantemente, corrían por igual los peligros, y vestían sobre sus armas el mismo manto y cruz de Calatrava.

Muy jóvenes eran, y de corazón entusiasta por todo lo grande y elevado, no menos que celosos de su honor; hasta el punto de que hubieran esgrimido sus aceros contra el mismo rey, si el rey tratara de vulnerarles.

Un día se creyeron afrentados por uno de los hombres más poderosos de la monarquía, y perteneciente á una familia rival de muerte de la suya, á la de Benavides.

El ofensor fué retado, y pelearon como leales caballeros en el campo del honor. Pero los Carvajales fueron vencidos, y llenos de tristeza maldijeron su aciaga fortuna, regando con amargas lágrimas el suelo testigo de su humillación.

En silencioso apartamiento hubieron de devorar su pena, pero sin que por ello concibiesen, ni remotamente, bastardos pensamientos de venganza. Sólo aguardaban á que se encendiese de nuevo la guerra contra Granada, con objeto de ir, á la sombra del pendón castellano, á restaurar el brillo de su blasón, que juzgaban empañado.

Ni esa suerte siquiera lograron los desdichados caballeros. La fatalidad los perseguía.

Benavides era el amigo íntimo, el favorito de Fernando IV, y por tal motivo diariamente concurría al alcázar regio. Tenía demasiada confianza en su gran valor personal, en sus fuerzas y en su destreza extraordinaria en el manejo de las armas: nada le importaba ir solo á todas horas ni por la ciudad ni por el campo.

Y, como suele suceder, tanta confianza le perdió. A un hombre tan influyente con el rey no le faltaban envidiosos y otros enemigos, más ó menos encubiertos: ello fué que una noche, al retirarse de la real cámara, fué acometido en la oscuridad por hombres armados de puñales, que le derribaron muerto á las mismas puertas del palacio.

La indignación y el dolor exaltaron á Fernando IV en términos de locura.

A no ser por los testimonios fehacientes de la Historia, no podría creerse con qué furia gritaba á sus cortesanos:

—¡Han muerto á mi mejor amigo! ¡Han muerto al mejor defensor de mi trono! ¡Decidme dónde están los asesinos!

Callaban los cortesanos y no se atrevían á salir del mutismo que les imponía el terror.

—¡Id todos y seguid sus huellas!—continuaba.—¡No omitáis medio ninguno para encontrarlos!... ¡Que lleguen á mi presencia cargados de cadenas!... ¡Gota á gota he de derramar su sangre, y aun la sangre de sus hijos! ¡Han asesinado al héroe primero de mi reino, y he de vengar el crimen hasta en los nietos de los asesinos!

El silencio de los cortesanos continuaba más temeroso y obstinado.

—¡Qué!—prorrumpió entonces el monarca—¿os hace enmudecer mi pena, ó es que ni uno solo de vosotros se atreve á señalar al asesino?

En estos momentos se alzó una voz recordando el

desafío de los Carvajales con Benavides, y el furioso rey no necesitó que fuese repetido el recuerdo fatal por los demás, para exclamar al punto:

—¡Ellos, ellos son los traidores! Aborrecían de muerte á Benavides y le han entregado al puñal de los asesinos. La gloria y el esplendor de mi amigo les atormentaba, y le han hecho morir en medio de la oscuridad sobre los umbrales de mi propio alcázar...

¡Oh! Corred y arrancad de sus hombros el manto de Calatrava. He de hacer en ellos una justicia que haga estremecer á los nacidos.

Han manchado de sangre mi palacio; han asesinado al mejor de los hombres; han arrebatado de mis brazos al súbdito que tenía más cerca de mi trono. ¿Qué castigo podrá haber en la tierra que iguale á su crimen?

Yo os pido consejo á todos los que honráis mi corte y lamentáis mi desgracia: ¿qué oprobiosa muerte merecen? ¿qué haríais de esos bastardos Carvajales?

II

El Confesor de los Carvajales ante el Rey

A tan apremiantes y terribles preguntas sucedió un silencio sepulcral.

Los cortesanos no se atrevían ni aun á mirar al rey.

Él mismo tuvo que interrumpir aquel silencio fúnebre.

—¿Amáis aún á los Carvajales? Traidores como ellos son indignos del afecto de un caballero. Deshonraron á la nobleza, y han abierto su tumba con sus propias manos; pero han de sepultarlos las del verdugo... ¡oh! ¡al momento!... ¡es preciso apresurar la hora de la justicia, que es la de mi venganza!

Con esta idea única preocupado, partió á Jaén con su ejército, cayó como un rayo sobre Martos, donde

se hallaban los Carvajales, hizo prender á los dos hermanos y los condenó, sin oirlos, á ser precipitados desde lo alto de la Peña.

En vano protestaron contra semejante iniquidad—dice la Historia—los sentimientos de todo un pueblo, los lamentos y maldiciones de una dignísima familia, la Orden de Calatrava, y los mismos acusados, que, proclamando su inocencia con su actitud, pedían que al menos se les sometiese á un juicio, lo cual no se niega ni á los mayores criminales.

A todos y á todo cerró Fernando IV sus oídos, y se negó obstinadamente á recibir á cuantos acudieron en pro de la justicia, á suplicarle que no se precipitase en su resolución.

Alguno le objetó que el asesinato de Benavides pudo ser cometido por ladrones, con el exclusivo objeto de robarle, pero en la escarcela del muerto no faltaba su bolsa, aunque casi vacía.

Se le recordó que tenía otros enemigos, y respondió impaciente:

—Pero ninguno afrentado, como los Carvajales, por su vergonzoso vencimiento.

Ni admitía observaciones, ni escuchaba ruegos, ni hacía caso de las personas de mayor respeto y autoridad, si intentaban abogar por los infelices hermanos.

Acababa de confesarlos un venerable monje, horas antes de la señalada para la ejecución, y solicitó con empeño ver al rey.

Después de vivas instancias se decidió Fernando IV á recibirle, pensando que acaso le confirmaría la culpabilidad de los condenados.

El monje imponía respeto por la austeridad de su semblante, muy parecido al de san Jerónimo, revelando la pureza de su alma y las maceraciones de la penitencia.

El monarca, pálido y febril, preguntóle:

—¿Venís de parte de ellos?

—¡Vengo de parte de Dios!

—Aunque Dios perdonase un crimen tan infame, yo, padre mío, nunca lo perdonaría.

—A esos hombres no tenéis que perdonarlos, señor.

—¿Qué decís?

—Que, cuando estaba confesándolos, Dios me iluminó sus conciencias...

—Entonces habréis visto su culpa...

—¡He visto su inocencia, señor!

—Os engaña vuestro buen deseo, como ellos os habrán engañado...

—Perdonad, señor; la misión mía, en estos momentos, más que de caridad, es de justicia. El cielo me ha permitido conocer la inocencia de esos desventurados caballeros con la misma claridad con que veo vuestro error...

—Padre mío, ya es enojosa la insistencia con que sostenéis el vuestro...

—Señor, aunque os enoje, aunque me arrojaseis de vuestra presencia, aunque me amenazarais con la muerte, trataría yo de evitar la de dos inocentes, cumpliendo además el deber de evitar á mi rey el más horrible remordimiento.

—¿Os ha obcecado vuestra misión de caridad hasta el punto de desconocer que todas las circunstancias del crimen señalan y acusan á los asesinos?

—Unicamente les acusa alguna coincidencia, que es hija del acaso...

—¡Basta, padre mío!...

Y Fernando IV, excitadísimo, sin querer escuchar una palabra más, dominando á duras penas su contrariedad y su cólera, despidió al venerable monje con un gesto, y con otro ordenó al capitán de sus guardias que le acompañase á la salida.

Dos lágrimas de dolor humedecieron los ojos del sacerdote al sostener con calma evangélica la mirada iracunda del rey, y salió elevando hacia el cielo el rostro y las manos, y murmurando:

—¡Qué obcecación, Dios mío!

III

El suplicio y el emplazamiento

El día de la ejecución, el cielo parecía tomar parte en el duelo de Martos.

Nubes lóbregas como el remordimiento impedían la salida del Sol, y los valles cubríanse de heladas nieblas.

Ni un solo acento humano interrumpía el silencio fúnebre de la naturaleza.

Era un día de Otoño del año 1310, y hoy lo recuerdan, como si fuese entonces, los descendientes de la generación que fué testigo de la luctuosísima escena.

Los Carvajales, maniatados, fueron conducidos entre lanzas á la cima del tremendo tajo, frente al cual se extiende la población en forma de anfiteatro.

No es necesario diseñar sus figuras.

¿Quién no conoce el cuadro de Casado, que la fotografía y la litografía han reproducido en innumerables ejemplares?

¿A quién no le han quedado grabadas para siempre en el alma las imágenes de ambos hermanos y la del mismo Fernando IV?

En torno de la *Peña* la muchedumbre invadía toda la llanura con un silencio pavoroso.

El monje confesor acompañó á los infelices comendadores de Calatrava hasta las penúltimas estribaciones del tremebundo despeñadero. Desde allí hasta la cima sólo les acompañaron el verdugo y sus ayudantes.

El venerable anciano, que tan virilmente había mostrado su inocencia al obcecado monarca, hubiera querido ir con ellos hasta su calvario, pero ya no podía exhortarles porque él mismo sentía flaquear su

valor y le costaba grandísimo esfuerzo reprimir sus sollozos.

Hombres, niños, mujeres, toda la muchedumbre lloraba también.

Unicamente las dos víctimas se hallaban serenos, y, entre los espectadores, únicamente Fernando IV permanecía impasible, allá en el balcón desde donde lo presenciaba.

Llevaban los verdugos una gran caja de hierro que pusieron junto al borde del precipicio. Al contemplarla cundieron entre la muchedumbre ráfagas de indignación y escalofríos de espanto.

El monje repitió la absolución que ya había dado al despedirse á los infelices hermanos y exclamó con la ardiente fe de san Jerónimo:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡haz que su inocencia se descubra!...

Los verdugos se acercaron á las víctimas, en ademán de asirlos.

—Aguardad unos momentos—les dijo el mayor de los hermanos—no necesitaréis tocarnos...

En seguida volvióse á mirar al rey, libró su mano derecha de las recias ligaduras que la sujetaban, sin aparentar el menor esfuerzo para ello, con sorpresa de todo el mundo, y transfigurado, como si iluminase su rostro la inspiración divina, con acento vibrante, que llegó á oídos de cuantos le miraban, dijo lo que sigue, y que con rigurosa exactitud recuerda la Historia:

—«Injusto rey: aquí á la faz de Dios y al borde de la tumba te repetimos que el crimen no ha manchado nuestras frentes. Nunca hemos derramado traidoramente la sangre de nuestros enemigos; nunca con el puñal del bandido; siempre con la espada del caballero.

»Benavides fué víctima de hombres inicuos; no de nosotros, que tenemos honor.

»Nos has condenado á muerte, y no la tememos;

te la perdonaríamos, si no hubieses mancillado nuestro honor. ¡Esto no te lo perdonamos! ¡Tiembla, Fernando, si nos han sacrificado tus pasiones, porque apelamos de tu fallo ante la justicia eterna, y *te emplazamos ante el trono de Dios dentro de treinta días!*

»Nos juzgará á todos el Señor, y si al condenarnos inocentes, eres tú el criminal, ¡seas despeñado por la espada de fuego de los ángeles, como vamos á serlo nosotros por las manos de tus verdugos!»

Mientras el pueblo escuchaba sobrecogido tan terrible conminación, Fernando IV la oyó impasible, inexorable, aguardando impaciente el cumplimiento de su venganza de hombre, no de su justicia de rey.

Los Carvajales se arrodillaron y una breve y fervorosísima oración brotó de sus labios.

Inmediatamente se levantaron con los ojos radiantes de placidez.

¿Quién hubiera dicho que iban á morir?

Su placidez reflejaba la pureza de sus conciencias y la seguridad de que se acercaba para ellos la bienaventuranza.

Con paso firme se aproximaron á la caja de hierro, que iba á ser su ataúd, y se metieron dentro.

Cerróla herméticamente el verdugo, hizo el Rey la seña fatal, y la caja rodó rebotando con estrépito pavoroso entre las rocas, al principio con lentitud, y luego con vertiginosa rapidez.

Al llegar á la base de la famosa *Peña* llevaba tanta fuerza impulsiva que no paró hasta que hubo rodado largo trecho por la llanura, mostrando ante el pueblo los despedazados y sangrientos cadáveres.

IV

La Cruz del lloro

El dolor y la indignación de hombres, mujeres y niños apenas podían desahogarse desbordando en sollozos y en roncos gritos. Habían visto siempre resplandecer en los rostros de los Carvajales la serenidad del alma y la nobleza del corazón; tenían seguridad instintiva de su inocencia.

Muchas miradas iracundas cayeron sobre el vengativo monarca; muchos rumores de amenaza surgieron de la muchedumbre; pero Fernando IV estaba rodeado de su ejército, y no había sonado todavía la hora de las revoluciones.

La muchedumbre no cesaba de gemir, y no se apartó de los cadáveres hasta que fueron enterrados.

Sobre el mismo punto donde pararon, después del espantoso suplicio, álzase una cruz de piedra que, en memoria de las lágrimas del pueblo, se denomina la *Cruz del lloro*.

Al día siguiente salió Fernando IV con su ejército á poner sitio á Alcaudete, sin dar muestras de que le hubiesen afectado en lo más mínimo ni el terrible suceso ni el desconsuelo y la indignación del pueblo.

Sin embargo, debe creerse que iba ya realmente afectado, aunque su orgullo le obligara á aparentar serenidad. No quería hablar con nadie, ni aun con los cortesanos íntimos, habiéndose limitado á dar las órdenes para la marcha de las tropas.

No pudo él llegar á Alcaudete, porque enfermó en el camino y tuvo que volverse á Jaén.

Aquí es donde Casado le representa en su famoso cuadro: se le aparecen los Carvajales cuando yace postrado por la imprevista y misteriosa enfermedad, que no conoce ninguno de sus médicos.

Uno de los hermanos le muestra el reloj de arena donde los ojos del monarca cuentan con terror las horas que van aproximando el término del plazo fatal; el otro levanta la mano señalándole al cielo.

Y es indudable que la enfermedad misteriosa de aquel rey joven, tan lleno de fuerza y de energía, fué el remordimiento.

Pero sorprende la coincidencia milagrosa del término de aquella enfermedad con el del plazo que las víctimas le impusieron.

En la historia de los reyes de España no hay un hecho que hiera más vivamente la imaginación popular.

D. Fernando IV apareció muerto á los treinta días justos del suplicio de los Carvajales. Y por eso le llama la Historia *el Emplazado*.

Así no sólo á los ojos del pueblo apareció evidente la inocencia de los Carvajales, sino también á los de todas las clases de la sociedad. Todos reconocieron en aquel hecho milagroso la culpa y el castigo del rey.

Con tal intensidad vive el recuerdo en Martos y en su comarca, que el viajero que llega allí por vez primera encuentra muchos que se apresuran á mostrarle la *Cruz del lloro*, el balcón desde donde Fernando IV presenció la inolvidable escena, y el templo que guarda las cenizas de las víctimas.

No hay campesino que no vaya á arrodillarse alguna vez ante la *Cruz del lloro*, á encomendar á Dios las almas de los Carvajales.

Pero el sitio permanece desierto y desamparado. En días tormentosos, cuando la *Peña* se cubre con los crespones de la tempestad, allí se recibe una impresión hondísima; nos parece que, al fragor de los elementos, se une el crujido siniestro de la caja de hierro, al rodar entre las rocas.

LA FUENTE DE GUANGA

LA FUENTE DE GUANGA

I

Una novia muy exigente

La tierra asturiana es de las más ricas en leyendas. En ellas alternan con los asuntos caballerescos los del repertorio pastoril, y con lo patético y terrible lo candoroso y tierno.

La fuente de Guanga existe en lo alto de una frondosa montaña, casi á las márgenes del Nalón, y dominando á la villa de Pravia.

Es un manantial cuyas virtudes maravillosas ponderan los campesinos de la actual generación con el mismo entusiasmo y la misma ingenuidad que los que vivieron luengos siglos atrás.

—Toda doncella que lava el rostro en sus aguas, lava también sus malos pensamientos.

Es la invariable respuesta que os dan, si les preguntáis por tales virtudes.

Entre las leyendas que relacionan con la fuente, he elegido la más dramática.

Según el cómputo popular, era á principios del reinado de Alfonso VI cuando, en el próximo concejo de Tudela, dominaba un castellano cuya generosidad y cuyo valor constantemente ofrecían motivos de alabanza á sus vasallos.

Y, no obstante, no hubo época más propicia que aquélla para el absolutismo arbitrario de los señores de horca y cuchillo, ó de pendón y caldera, á causa del impulso extraordinario que dió á la lucha con los árabes el conquistador de Toledo.

En las almenas del formidable castillo de Tudela no aparecían nunca ahorcados infelices labriegos por el delito de serles imposible pechar cuanto se les exigía. Allí únicamente colgaban á los malhechores.

El castellano D. Pelayo Téllez era tan generoso como justiciero, mereciendo el cariño y la veneración de sus vasallos.

Tenía el excelente caballero una hija hermosa como la primavera de los valles del Nora y virtuosa como la cristalina fuente de Guanga. Llamábase Susana.

Ningún mancebo podía envanecerse de haber atraído una mirada de sus ojos de color de cielo, por apuesto y gentil que le encontraran las demás doncellas del país.

Tanto la amaba su padre que la había ofrecido casarla con el hombre que fuera de su gusto: y en esta determinación no influía solamente su grande afecto, sino también la seguridad que abrigaba de que Susana entregaría su mano al más digno de poseerla.

Con frecuencia la repetía su oferta, y una apacible tarde otoñal, hallándose asomados al balcón principal del torreón de Oriente, para disfrutar del soberbio paisaje y de la pureza y suavidad del ambiente, trató don Pelayo de sondear su corazón.

—Ya tienes diez y nueve años, hija mía, y casi todas tus amigas y compañeras se han casado...

—Es verdad.

—¿No te has fijado todavía en alguno?

—Hasta ahora todos me son indiferentes.

—¿Y Don Mendo de Atares?

—Igual...

—Es el más gallardo y del mejor linaje...

—Me desagradan el exceso de su orgullo y el aire de superioridad que afecta entre sus iguales.

—¿Y D. Alvar?

—Le encuentro algo afeminado...

—¿Y el señor de Gauzón?

—Me habla más de sus riquezas, de su mesnada y de su jauría que del amor que me ha declarado. Ni le puedo querer, ni aconsejaría á ninguna amiga que se casase con un hombre á quien domina la afición á los perros.

—Y á D. Fernando, ¿qué defecto le encuentras?

—Ninguno, al menos de los graves.

—Pues es bizarro como valiente y...

—Pero tiene un inconveniente insuperable...

—¿Cuál?

—Que no me gusta.

—Vaya que, si continúas tan glacial para tus pretendientes, me temo que, á la postre, pararás en monja...

—Por ahora no pienso en convento...

—Y no es eso lo peor, hija mía...

—¿Qué será lo peor?

—Que me dejes sin descendencia.

—Padre, será lo que Dios quiera. Yo no me tengo por incasable.

—Pero con un gusto tan exigente...

—¿Quién sabe si al fin encontraré á mi caballero?...

Aquí llegaban de su interesante diálogo la hija y el padre, cuando apareció de improviso un jinete árabe que corría en dirección al castillo.

Venía cubierto de polvo y jadeante, perseguido por una turba inmensa de hombres, mujeres y muchachos, que le arrojaban piedras y ballestas.

Detúvose de pronto, revolviendo su cabalgadura sobre la muchedumbre, y blandiendo la cimitarra con el desembarazo de un caballero, cual si le avergonzase el llegar fugitivo de la canalla á la morada de otro caballero.

D. Pelayo, con enérgicas voces, y Susana, agitando su blanco pañizuelo, contuvieron á los perseguidores, que no tardaron en dispersarse, no sin que alguno protestara asegurando que habían querido matar ignominiosamente á aquel perro musulmán por traidor y por villano, más que por enemigo de su fe y de su patria.

Y hubo todavía quien se atrevió á suplicar al castellano de Tudela que les permitiese realizar su homicida proyecto, jurando y perjurando que sería un acto de justicia divina y humana.

Pero D. Pelayo, atento únicamente á su caballerosidad, movido de impulso generoso hacia un enemigo solo y perseguido, y perseguido por villanos cuando mostraba ser un caballero, un hombre de su altiva clase, mandó que en el acto fuese alzado el rastrillo del puente, y se dispuso á ofrecerle hospitalidad.

II

Flechazo

Momentos después el árabe descabalgaba briosamente dentro del patio del castillo, entre pajes, escuderos y palafreneros, que aparentaban disputarse el honor de servirle.

Susana vió á aquel hombre y su rostro de azucena coloreóse como aurora.

¿De dónde procedía aquel dulce fuego?

Debía ella preguntárselo á su corazón, único responsable, á juzgar por su temblor y su azoramiento repentino.

Hacer aquí un retrato del árabe caballero sería casi poner en duda el gusto exquisito de la bella Susana.

Basta consignar que no le faltaba ninguna de las perfecciones físicas ni de los rasgos característicos de la raza suya en toda su pureza.

Y si la curiosidad de las lectoras exige algunas señas más, se añadirán las siguientes: un moreno de ojos negros como la endrina, y ardientes, avasalladora la frente, nariz aguileña, barba sedosa y cabeza arrogantísima, sobre un cuerpo no menos arrogante.

D. Pelayo recibió á su huésped á la entrada de la magnífica sala de armas. Tuvo que hacerle levantar del suelo en donde el árabe había hincado una rodilla, obstinándose en besarle la mano con vivas muestras de agradecimiento.

Dijo el gallardo caballero su nombre, Abén-Zobey, expresándose regularmente en castellano, lo cual no causó extrañeza: los conquistadores, en contacto frecuente con nuestro pueblo, procuraban también conocer su idioma, y sobre todo los caudillos, los descendientes y los continuadores de las Muzas y de los Tariks ponían gran empeño en hablarle.

—¿Y á qué se debe vuestra venida?—le preguntó D. Pelayo.

—Tuve un disgusto grave en la corte de mi rey Almenón, y salí en busca de D. Alfonso VI, á quien había conocido y servido en Toledo cuando era huésped de Almenón, con ánimo de que vuestro gran monarca, á quien Alah proteja, me concediese hospitalidad por algún tiempo, é influyera para volverme á la gracia de mi rey.

Recibióme D. Alfonso afectuosa y cumplidamente, pero manifestó que no juzgaba oportuna mi permanencia en su corte, ofreciéndome una escolta para acompañarme al punto que yo designara. Entonces me acordé de que D. Pelayo Téllez disfruta igual fama de hidalgo que la mucha que tiene de valeroso...

—¡Abén-Zobey, cumplo mi deber!... nada más... Decidme ¿cómo habéis llegado sin la escolta?

—Porque la despedí al llegar al concejo de Tudela, creyendo que el nombre de su señor bastaba para mi salvaguardia...

Mordióse los labios el castellano y objetó que únicamente la ignorancia de los villanos hubiera motivado el perseguirle; pero á la vez le hizo reconocer su imprudencia en despedir á la escolta, que representaba la garantía del rey de que él venía como amigo á los dominios cristianos. Sin embargo le ofreció castigar á los culpables, y á esto se opuso generosamente Abén-Zobey, dándose por satisfecho con tan buena acogida, lo cual le atrajo las simpatías de todos en el castillo.

A la primera mirada que cambiaron el árabe y la hija de D. Pelayo, se fraguó el rayo del amor, que les hirió mutuamente.

El caballeroso castellano podía haber exigido alguna prueba que le garantizase las aseveraciones del árabe, pero juzgó la mejor garantía la nobleza de su rostro y la consideración de que era un hombre de su clase.

Ordenó que como á tal se le hospedara y acompañóle en persona hasta la bien exornada cámara que Abén-Zobey ocupó en el piso principal.

En seguida le ofreció D. Pelayo uno de los obsequios más preciados entre nobles, invitándole para el día siguiente á una soberbia partida de caza mayor.

Para el árabe tenía además el inapreciable atractivo de que Susana formase parte de la expedición.

Como en aquel tiempo nuestra nobleza se hallaba en excelentes relaciones con la corte de Almenón, á causa de su espléndida hospitalidad á D. Alfonso, antes de que éste subiera al trono, y por la amistad y alianza que hubieran contraído ambos príncipes, no ha de sorprender á los lectores que á tanta deferencia con el caballero toledano aun añadiese el señor de

Tudela su invitación para permanecer en el castillo cuanto le pluguiera.

No habiendo reparado en la mutua emoción de Abén-Zobey y de su hija, no podía pensar que sus obsequios agravarían el flechazo del amor.

III

Del idilio á la tragedia

Soberbia cabalgata la que al amanecer del siguiente día salió del castillo de Tudela.

Hubiérase dicho que aquella tropa de monteros y ojeadores y aquellas numerosas jaurías anunciaban el paso de un rey.

Al lado de D. Pelayo regía Abén-Zobey un potro negro, cuya ancha nariz parecía aspirar el fuego del África.

No hubiera querido el árabe apartar sus ojos de la hija del castellano, porque la gentileza con que gobernaba su jaca torda multiplicaba el atractivo de su hermosura.

Ambos tenían que esforzarse en disimular su inclinación, pero á Susana la delataba su rubor.

Principió la caza: el eco sonoro de la trompa retumbó de valle en valle y de montaña en montaña, asustando á los tímidos corzos y haciendo salir furiosos de sus guaridas á los jabalíes.

En la distribución de puestos había tocado uno de los más peligrosos á D. Pelayo y Abén-Zobey: Susana no había querido separarse de su padre.

Sin embargo, pasó algún tiempo sin novedad de importancia.

Unicamente les entretuvo una preciosa corza, que mató Abén-Zobey con su jabalina con tal destreza que le manifestaron su admiración.

Él se la ofreció á Susana.

Impaciente D. Pelayo, salió á recorrer los demás puestos, dejando entretanto á su hija encomendada á la guarda de su huésped.

La ocasión no podía ser más propicia á los primeros pasos del amor: la mañana esplendente; las brisas balsámicas susurrando entre la fronda; las aves cantando su alegría: solos, enteramente solos los enamorados.

Abén-Zobey la dijo:

—Yo había soñado con una virgen cristiana de ojos azules como ese cielo y de un rostro envidiado por la azucena y la rosa. ¡Ansia tenía de bañar mi espíritu en la luz de unos ojos así!... Jamás las huríes de mi patria habían hecho latir mi corazón, hasta que me trajo en tu busca el presentimiento de esta felicidad... ¡Oh! Susana, Abén-Zobey el Victorioso te ama más que á la gloria; Abén-Zobey el Fuerte se rinde á tu albedrío; el Poderoso te ofrece todas sus riquezas, y sus esclavos para servirte, y sus guerreros para defenderte...

Al expresarse de este modo se apoderó de una mano lindísima, que Susana no quiso ó no pudo librar de unos besos de fuego.

—¡Ámame tú, mi sultana! ¡Apiádate de este corazón cuya vida depende del tuyo!

Muy conmovida se hallaba la hija del castellano de Tudela, y harto revelaban su amor, su azoramiento y su sonrojo. No se atrevía á decirle con los labios lo que le respondían á aquel hombre sus ojos.

Transcurridos al fin unos instantes del más elocuente silencio, murmuró:

—Aunque quisiera corresponderos, tal vez mi padre no lo consienta...

—¡Huyamos!—prorrumpió el árabe.

—¡Nunca!—replicó ella.

Iba el enamorado musulmán á ofrecerla hacerse cristiano y á prometer y jurar cuanto el ímpetu de su

pasión le exigía, cuando hendieron los aires gritos de espanto y de dolor, que partían de lo más espeso del bosque, y anunciaban alguna terrible desgracia.

Susana y Abén-Zobey se lanzaron al lugar del peligro.

¡Qué espectáculo les aguardaba!

El de D. Pelayo moribundo, al lado de un oso gigantesco, al cual había herido también de muerte.

La fiera, aun cubierta de heridas y de sangre, afianzaba una de sus garras poderosas sobre el pecho desgarrado del caballero.

No pudo Susana dar un grito; cayó inerte junto á su padre, cuya sangre tiñó sus vestidos, y Abén-Zobey, después de rematar al feroz animal, la cogió en sus brazos y la condujo algunos pasos más allá, donde brotaba un arroyuelo.

A este tiempo llegaron corriendo varios monteros, y hallaron igualmente, y levantaron, de entre unos matorrales inmediatos, el cadáver de un compañero, horrorosamente despedazado por la fiera. Por intentar salvarle yacía su señor moribundo.

El duelo de aquellos hombres, rudos como fieles, fué conmovedor: sombrío y mudo en unos, ruidoso y exaltado en otros. Estos hicieron pedazos, en su impotente rabia, el cuerpo enorme del oso: aquéllos se apresuraron á restañar las heridas que desangraban á su señor.

¡Ay! lo que ya no podían retener era su aliento, el último soplo de vida que le quedaba.

Precisamente á tiempo que el caballero árabe, ayudado de uno de los monteros, hacía volver á Susana de su desmayo, valiéndose del agua, el castellano de Tudela exhalaba el postrer aliento.

IV

El caballo negro.—El último adiós

Enterraron á D. Pelayo al día siguiente en la capilla del castillo, y no fué, por cierto, el huésped agareno quien mostró menos sentimiento, aunque databa de tan poco el conocerle.

En cuanto á Susana, únicamente á su juventud debió el triunfar de la fiebre que la produjeron un trastorno tan súbito y un dolor tan hondo.

Abén-Zobey continuaba en el castillo.

No vió á Susana hasta que estuvo convaleciente, pero ya los tudelanos murmuraban de su permanencia.

Y pasaron muchos días más, algunas semanas.

Ya la murmuración tomó tal cuerpo que llegó á oídos de la castellana.

El vulgo atribuía al huésped musulmán la culpa de la muerte de su señor. Sólo en su obsequio había dispuesto D. Pelayo la cacería que le fué tan funesta.

Era indudable que aquel hombre había traído la desgracia al castillo.

Y esta creencia la fundaba el vulgo con el dicho siguiente:

—El caballo que monta el agareno es todo negro, como Satanás.

Pueden los lectores figurarse el asombro de los buenos tudelanos cuando corrió la noticia de que Abén-Zobey se convertía á su religión, que era el prometido de su señora, que por él desairaba á los mejores caballeros del país, y que, pasado el año de luto, se efectuaría la boda y tendrían por señor al del caballo todo negro.

No eran muy frecuentes los motines en aquellos

tiempos en que el feudalismo asentaba su mano de hierro sobre el estado llano; y, por otra parte, en Tudela no se conocían tales perturbaciones, á causa de los dilatados años del patriarcal gobierno de don Pelayo.

Pero esta vez fermentó la indignación popular en términos que, á no contenerla el afecto y el respeto hacia la hija de tan venerado señor, no lo hubiera pasado muy bien su amante.

No se atrevió el motín á amenazar al castillo, pero estalló en la plaza del mercado de Tudela, siendo los campesinos los más exaltados.

Los alborotaba la idea de tener por señor á un moro, pues para ellos, aunque se bautizase, continuaba como antes, y además el bautismo no había de librarle de la culpa en la muerte de D. Pelayo.

Quisieron castigar terriblemente á los cabecillas los mesnaderos de Tudela; pero lo impidió Susana, limitándose el castigo á unos días de cárcel.

Bien conoció la huérfana que, á menos de expatriarse, era imposible su boda con el hombre á quien amaba; pero, á la vez, echó de ver que su pasión crecía en la proporción de los obstáculos.

Abén-Zobey volvió á proponerla la fuga, y la leyenda dice que Susana llegó á vacilar, aplazando el darle una respuesta definitiva.

Era el plazo de unas horas; únicamente las que necesitaba para ir á la fuente de Guanga. En su vacilación recordó que toda doncella que lava su rostro en aquel puro manantial, lava también sus malos pensamientos.

Y allá se dirigió al rayar el alba, acompañada de la mujer de más respeto de su servidumbre.

Brotaba el purísimo raudal de una roca, y por su influencia surgían en torno margaritas, rosas, adelfas y otras flores que, aunque silvestres, eran encanto de la vista por su frescura y la viveza de sus colores.

Susana se arrodilló, y antes de bañar su rostro en

la fuente prodigiosa, alzó los ojos al cielo y oró con fervor, pidiendo á la Virgen Santísima que la inspirase la mejor resolución en el trance peligroso á que la exponía su amor. También invocó la memoria de su santa madre, inspirándose en sus virtudes y en su cariño.

En seguida bañó su rostro repetidas veces en el raudal cristalino.

La deliciosa frescura de aquella agua parecía filtrarse en su corazón.

De regreso en el castillo, Abén-Zobey la manifestó su deseo de que se apresurase la ceremonia de su ingreso en nuestra religión. Ella le dijo:

—¿Os haréis cristiano únicamente por casaros conmigo?

—¡Sólo por ti, sultana!

—Pues entonces no es necesario...

—¿Que no?...

—¡Adiós, Abén-Zobey! Por mucho que os ame, yo no puedo ser vuestra esposa.

El árabe quedó aterrado, porque la adoraba.

En vano se arrodilló á sus pies, y vanos fueron también los rayos magnéticos de su mirada. A sus apremiantes ruegos respondió Susana:

—Por la memoria de mis padres y la voluntad de mi pueblo tengo que sacrificar lo que era el anhelo de mi corazón. Adiós, por última vez, y procurad olvidarme. Os aseguro que á mí me será imposible olvidaros. ¡Adiós!

Abén-Zobey salió como loco del castillo, en su caballo negro.

Algunos meses después supo Susana que había muerto como un héroe en la guerra.

Y al cabo de dos años, Susana se resignó á casarse con otro, un caballero del país. Le hizo señor de

su castillo, pero no de todo su corazón, porque en su fondo quedaba siempre la bizarra imagen del árabe.

Dice la leyenda que nunca se olvidó tampoco de la fuente de Guanga, yendo con frecuencia á repetir la deliciosa inmersión en sus aguas.

MARISALTOS

Sr. D. Carlos de Odriózola.

Zaragoza.

Querido amigo: No hay placer más puro que el de la gratitud; y puesto que á ti te debo la adquisición de los datos fundamentales de este trabajo, nada más justo que me goce ahora en dedicártelo.

Tu valioso libro MEMORIAS HISTÓRICAS DE LA ORDEN DEL SANTO SEPULCRO *contiene un caudal tan aprovechable para la inteligencia y el corazón, que te prometo que (Dios mediante) no será* MARISALTOS *la única figura sacada de sus páginas para dar vida á mis* **Tradiciones y leyendas españolas.**

Tu afmo. de siempre,

LUCIANO GARCÍA DEL REAL.

MARISALTOS

Preliminar

Hace muchos años que estuve en Segovia, y ni el recuerdo de su asombroso acueducto quedó tan indeleble en mi alma como el de la visita que hice á un templo que en todo tiempo ha sido y será objeto de predilección para los hombres de ciencia y los hombres de sentimiento, para los arqueólogos y los artistas, para los historiadores y los poetas.

Es la iglesia del Santo Sepulcro.

El pueblo la nombra la de la Vera Cruz.

Su fábrica es el modelo exacto de la Basílica del Santo Sepulcro de Jerusalén, según se hallaba en la época de las Cruzadas, y no hay ejemplar más bello del estilo románico bizantino de principios del siglo XIII. La cripta del sepulcro está en el centro de aquel hermoso polígono de doce lados.

Fué consagrada el día 13 de abril del año 1208, como consta en la inscripción esculpida en piedra blanca, en caracteres góticos de los llamados monacales, sobre el arco que da al Mediodía.

Lo que más impresiona en esta iglesia es su famo-

sísima Vera Cruz, reliquia donada en mayo de 1224 por el papa Honorio II. En la relación auténtica de acto tan memorable, se ve que el Pontífice mismo tomó un pedazo de la verdadera Cruz é hizo con él dos iguales, que puso una sobre otra en forma de cruz Patriarcal ✝; luego la colocó dentro de otra de oro espléndidamente cincelada en estilo gótico.

Es el trofeo que Honorio II ofreció á la insigne Orden del Santo Sepulcro, y ante aquella Cruz prestaban juramento los caballeros á quienes tanto debe la cristiandad.

Allí se os doblan las rodillas sin que sea preciso el impulso de la voluntad y, si sois creyente, de vuestros labios sale una oración fervorosa.

Dirigís la vista á los muros del templo y os llaman la atención las ventanas aspilleradas, que revelan el carácter militar de la Orden y la hermandad en que vivieron canónigos y caballeros. Entonces también involuntariamente evocáis los rasgos mil de abnegación, de heroísmo y de caridad sublime que la enaltecen.

Después de largo rato de contemplación y de evocaciones fijé la vista en la inscripción latina esculpida en la piedra, y leí:

«¡SEAN ACOGIDOS LOS FUNDADORES DE ESTE TEMPLO EN LA MANSIÓN CELESTE, Y QUIERA DIOS QUE LES ACOMPAÑEN LOS QUE VIENEN Á ORAR AQUÍ!»

Y, confortado el ánimo por el espíritu de amor que de esas palabras se desprende, fué cuando surgieron ante mis ojos las conmovedoras escenas de la tradición más bella y más cierta de la provincia de Segovia.

Esta tradición es *Marisaltos*.

Nombre tan singular se lo dió el pueblo segoviano á una joven y encantadora judía el año 1237.

Al pronto el recuerdo parece muy profano para evocarlo en aquel templo y delante de la Vera Cruz.

Pero no, si se considera que *Marisaltos*, acusada de adulterio y condenada á muerte afrentosa, debió su

salvación á la fe cristiana que había logrado infundirla D. Lope Hinestrosa, uno de los caballeros que en aquel tiempo dieron mayor prestigio á la Orden del Santo Sepulcro.

Y ahora á la tradición.

I

Ester, D.ª Mencía y el mandadero

Marisaltos se llamaba Ester, y era hija de un rabino rico é influyente en la judería.

¿Quién no recuerda las mujeres de la Biblia?

Pues la figura de Ester no necesita de dibujo ni de reseña alguna.

Imaginaos á Rebeca, tantas veces reproducida por el pincel y por el buril y tendréis á la heroína de esta tradición.

No se tomó el rabino el trabajo de consultar á su hija, ni explorar sus sentimientos para casarla.

Y la casó con un comerciante que casi podía ser padre de ella. Era un asociado á sus negocios, y el matrimonio resultaba una garantía mutua para ambos negociantes.

Ester se resignó sin protestas ni quejas: de modo que parecía conforme.

No se la había conocido ningún amante, bien fuese por la sujeción y el retraimiento de la vida en la familia judaica, bien porque no hubiera sonado todavía en su corazón la hora de los amores.

Como el comercio de su marido era la compra y venta de telas y de paños valiosos, á su almacén concurría la gente principal de la ciudad. Los parroquianos más asiduos trataban á la familia del comerciante, y dejábase ver la hermosa judía, porque el marido reclamaba su auxilio para el servicio de las señoras.

Entre éstas se contaba la orgullosa D.ª Mencía Dávila y solía acompañarla su esposo D. Luis.

Ester, que tenía amable el natural, y una discreción que encantaba á cuantos la conocían, conversaba alternativamente con ella y con él, mostrando completa indiferencia á las galanterías más ó menos veladas que la dirigía el noble caballero.

Sin embargo, D.ª Mencía empezó á resentirse dando á entender unos celos á todas luces infundados, pues suponía que Ester le amaba. Dejó de concurrir al establecimiento, y, según voces que corrieron por la ciudad, trató de obligar á su esposo al mismo apartamiento.

No hizo caso D. Luis de celos tan mal reprimidos, y continuó concurriendo adonde ya le llevaba su pasión, porque en pasión, y avasalladora, hubo de convertirse al cabo su simpatía por Ester. Contrariada por los celos de D.ª Mencía, hubo de impulsarle á imprudencias peligrosas.

En vez de alejarse del almacén, concurrió allá más frecuentemente. Era harto poderoso para que el comerciante judío se atreviese á cerrarle la puerta.

Pero ya rara vez encontraba á Ester.

Más que las advertencias de su marido, la encantadora judía siguió los consejos de su recato, con objeto de no dar pábulo á la maledicencia.

Entonces D. Luis la escribió una carta que puso en manos de una criada de ella; criada no todo lo fiel que el caso requería.

Resentida ésta porque su señora no sólo se negó á recibirla sino que la despidió en castigo del atrevimiento de haber aceptado tal encargo, entregó la carta á su amo.

Después que el comerciante se enteró de su contenido que, si le revelaba la culpable pasión del caballero, también descubría la inocencia de su Ester, tomó la resolución de devolvérsela á D. Luis, en la esperanza de que le agradecería éste rasgo de discreción.

Para ello procuró no incurrir en la imprevisión del amante de fiar su misiva á manos inseguras: un viejo mandadero de toda su confianza fué el encargado de llevarla á casa del caballero á una hora en que siempre se le encontraba.

Pero hizo la fatalidad que precisamente aquel día no se le encontrase. En cambio estaba su esposa, y como este caso no lo había previsto el judío, el pobre mandadero hubo de verse en grandísimo apuro.

—Se la entregas á D. Luis, sólo á él—le había dicho el rico judío.—Y si te pregunta quién te envía... que no le conoces.

Y no le añadiera una palabra más.

Bien le decía su magín que, si D. Luis no estaba, no debía entregársela á nadie.

¿Pero su esposa era nadie?

No le dió tiempo la celosa D.ª Mencía á resolver sus dudas acerca del caso.

—¿Qué traes?

—Un recado... ¿No está D. Luis?

—No.

—Pues volveré...

—¿Qué recado es?

—Uno para él, señora...

—Puedes dármelo á mí...

—Es que... me han mandado que se lo entregue á él...

—¿No me conoces?

—Creo que sí, señora...

—Entonces ¿por qué vacilas?

—Como me han prevenido que sólo á él...

—¿Quién te envía, buen hombre?

—No le conozco, señora.

El pobre mandadero no estaba acostumbrado á mentir, y salióle á la cara aquella falta á la verdad.

D.ª Mencía le amenazó con hacerle apalear si en el acto no la entregaba el recado, y al momento la carta fué á parar á sus manos de las temblorosas del viejo.

II

La sorpresa

Si D.ª Mencía hubiese leído la carta con el espíritu sereno, habría convenido con el comerciante judío en que, si revelaba la pasión insensata de su marido, no indicaba culpabilidad ninguna por parte de Ester.

Fijóse principalmente en que la suplicaba una cita y que acudiese á un pueblecillo de las inmediaciones de la ciudad en donde residía la nodriza de la hermosa hebrea.

Guardó la carta D.ª Mencía, y, resuelta al disimulo para llegar á la venganza, guardóse muy bien de despertar en su marido sospechas de que conociese aquel paso imprudente.

Dió la coincidencia de que al otro día tuvo noticia Ester de que su ex nodriza se hallaba enferma de gravedad, y como la quería mucho, se apresuró á visitarla.

Al salir de casa de la nodriza la hermosa judía se encontró con D. Luis frente á frente, y aunque rehuyó su compañía, resuelta á lo que demandaba su honra, como ya lo demostrara al negarse á recibir la carta, no pudo evitar el saludo y el cambiar con él algunas palabras.

—¡Oídme sólo unos momentos, Ester!—dijo él suplicante.

—¡Apartaos, D. Luis, y no me comprometáis!...

En esto apareció D.ª Mencía á poca distancia, á la entrada del pueblo; la acompañaba una hermana suya y pudieron distinguir perfectamente la viva instancia con que aquellas breves palabras se pronunciaban.

Si los celos no obcecaran al espíritu humano hasta el punto de tornarle en negro lo blanco, á D.ª Mencía la hubiera bastado la expresión del rostro de la rival

supuesta y el movimiento de dignidad con que se apartó de su marido, para no culparla.

Pero entre las sombras de su mal pensamiento percibió solamente lo que la exaltaba, y se lanzó furiosa hacia la judía.

Ester, para evitar el escándalo, se apresuró á refugiarse en casa de su nodriza; pero antes de cerrar la puerta, volvió el rostro á su rival, diciendo con voz vibrante y segura:

— ¡Os equivocáis, D.ª Mencía!

Ésta revolvió sobre su esposo, apostrofándole con las palabras más duras del vocabulario de los celos.

Él, sorprendido y confuso al pronto, quiso confirmar la declaración de la hebrea.

—Te juro que te equivocas, Mencía.

—¡Falso! Debías sufrir el mismo castigo que ella; voy á denunciarla por adúltera...

D. Luis palideció, sobrecogiéndole un temor que era únicamente por Ester. Sabía que entre los judíos se castigaba el adulterio con la pena de muerte.

—No te creerán; no tienes pruebas...

—Tengo la de tu cita con ella: mira.

Y la irritada esposa le mostró la carta de que se había apoderado, dejando atónito á D. Luis, que la creía en poder de la hebrea.

—¿No se la pedías aquí la cita? ¿No os hemos sorprendido en ella?—añadió.

Era hidalgo D. Luis, antes que culpable, y optó por declarar la verdad, intentando con su confesión desarmar la cólera de su compañera, y librar del oprobio y de la muerte á la inocente así amenazada.

—¡Es inútil tu empeño!—prorrumpió D.ª Mencía. —Os hemos sorprendido; vendríais de casa de la nodriza, que será sin duda vuestra tercera... ¡No la defiendas, que no librarás á tu cómplice de ser despeñada!...

—Sería una horrible injusticia. Esa mujer siempre me ha rechazado. Mi juramento no es falso, puesto

que he jurado que ella no es mi cómplice. Yo no he estado en casa de la nodriza. En cuanto á mi culpa, te suplico que me perdones y te juro no volver á faltarte...

—¡Ya es tarde!

Y, al interrumpirle con estas palabras, D.ª Mencía volvió bruscamente la espalda á su marido, tornando á la ciudad con su hermana.

III

La pena.—El prodigio

El ilustre P. Fidel Fita menciona la presente tradición entre las más ciertas, en el Boletín de la Academia de la Historia; D. Alfonso el Sabio en su libro *Cántigas de la Virgen* la consagra una de las más sentidas, y el concienzudo cronista de Segovia Fray Rodrigo de Cerrato, de la orden de Predicadores, testigo de mayor excepción, puesto que vivió en la época de los sucesos, los refiere detalladamente.

El notario del cabildo segoviano D. Juan de Pantigoso, escribió una relación de los mismos en 1523. He aquí algo de lo que dice:

«Falsamente fué acusada con un caballero de esta ciudad, la mujer del cual la acusó de adúltera ante cierto juez seglar, el cual, algunos indicios ó sospechas habidas por entera probanza, la condenó á que fuese despeñada, y la entregó á su marido.

»Y así el marido, acompañado de la justicia y de mucha gente de cristianos, judíos y moros, la llevó á una peña muy alta, que se dice *la Peña graxera*, que está fuera y cerca de la ciudad, sobre la ermita, que agora se dice Nuestra Señora de la Fuencisla, que era lugar de donde en aquel tiempo despeñaban los malhechores; y puesta encima de la peña, desnuda

en camisa, las manos atadas atrás, hincada de rodillas, la echó de la peña abajo.»

No fué el marido sino el verdugo, un verdugo judío, quien ejecutó el despeño, según la relación más digna de crédito.

El marido se dejó convencer por D.ª Mencía de la culpabilidad de la compañera, á quien había tenido por virtuosa hasta que le contaron la coincidencia del encuentro junto á la casa de la ex nodriza.

Y naturalmente el marido fué parte en la causa, lo cual agravó la situación de la inocente Ester.

En vano declaró D. Luis en su favor, jurando por su honor de caballero que aquella mujer había resistido á sus instancias como sólo resiste la virtud. En vano acudió también al noble anciano D. Lope Hinestrosa, de la insigne Orden del Santo Sepulcro, y uno de los hombres más respetables de Castilla.

D. Lope acudió al juez á manifestarle que garantizaba la declaración de D. Luis porque le conocía desde niño y era incapaz de jurar en falso. El juez no quiso tenerla en cuenta, apreciando como suficientes las apariencias que denunciaban el delito; sin hacer caso del testimonio de la ex nodriza, honrada campesina morisca que afirmaba no haber puesto jamás los pies en su casa el esposo de D.ª Mencía.

Probablemente el juez se dejó influir demasiado por las sugestiones de aquella vengativa dama, y acaso con un delito verdadero fué pagada la declaración de uno falso.

Viendo D. Lope Hinestrosa que era imposible librar á Ester de la terrible y afrentosa condena, procuró infundir el espíritu cristiano en el corazón de la desventurada hebrea, y la resignación y el consuelo consiguientes.

A este propósito se refiere que el noble caballero, movido de su ferviente caridad, arrodilló[illegible]e un día ante la Vera Cruz del Santo Sepulcro, [illegible]diendo el auxilio divino para obra tan benéfica.

Y dicen que luego hubo de sentirse tan lleno de esperanza, que al cabo logró comunicársela á la infeliz Ester el mismo día de la ejecución, poco antes de emprender el camino hacia la peña fatal.

Iba pensando la hebrea en los consejos de don Lope, en la Misericordia infinita, y en la infinita bondad de la Madre de Dios; la invocaba mentalmente cuando la subieron al lugar del suplicio, y experimentaba un bienestar y una beatitud que, al reflejarse en su hermoso semblante, causó el mayor asombro en la lúgubre comitiva que la rodeaba, desde su marido hasta el verdugo. Unicamente no se asombraba don Lope de Hinestrosa, que también la acompañaba para infundirla valor.

Ni una sola lágrima, ni una queja, ni un suspiro.

Al contrario, sonreía plácidamente, cual si en aquella roca maldita la aguardase la felicidad.

En los momentos en que la colocaban en la cima se puso de rodillas y, antes de que el verdugo la empujase, alzando el rostro al cielo transfigurada por la fe, pronunció estas palabras:

—«¡Virgen Santísima: tú, que amparas á las cristianas, protege á esta judía, que cree en ti, y es inocente!»

Entonces ocurrió el milagro cantado por el rey don Alfonso el Sabio, que el día del suceso tenía diez y seis años.

Al ser despeñada por el verdugo no rodó su cuerpo ni se hizo pedazos por entre aquel derrumbadero espantoso.

Como si su cuerpo no cediese á la fuerza vertiginosa de la gravedad, cual si fuera hecho de pluma ó de otra materia tan leve, descendió lentamente, evitando los picos de las rocas, ante los ojos estupefactos de la muchedumbre.

Y así llegó al suelo, de pie, al lado de una higuera, aun con la cara y las manos elevadas al cielo, dando

gracias á la Madre de Dios por favor tan grande y maravilloso. Inmediatamente se arrodilló.

—¡Milagro! ¡Milagro!—clamó transportada la muchedumbre.

—¡Milagro!—tuvo que repetir atónita D.ª Mencía, la rencorosa dama, que había ido á presenciar el suplicio para gozarse en su venganza, y se encontraba con aquel prodigio, que despertó sus remordimientos.

Los moros y los judíos humillaban sus frentes aterrados, y el anciano caballero, D. Lope de Hinestrosa, exclamó:

—¡Ya lo veis todos, esta mujer es inocente!

Y cubrió la desnudez de Ester con el manto de la Orden del Santo Sepulcro y se doblaron también sus rodillas, imitándole todo el pueblo.

Por el valle y por la montaña resonaron al mismo tiempo los ecos de la más ferviente oración.

El académico de la Española D. Leopoldo Augusto de Cueto, marqués de Valmar, en las notas y comentarios de copiosa erudición con que ilustró las *Cántigas* de D. Alfonso el Sabio, se expresa en estos términos:

«La judía se hizo cristiana, recibiendo el nombre de María, y pasó el resto de su vida dando ejemplo de austera virtud y de acrisolada devoción en la Catedral, donde fué sepultada. El pueblo segoviano la designó con el apodo de *Marisaltos* por genial costumbre, no con burlesco espíritu; pues demostró constantemente veneración y afecto á la mujer que había alcanzado tan visiblemente la protección del cielo.»

D. Carlos de Odriózola, autoridad también muy digna de tenerse en cuenta por los caudales valiosos que nos ofrece su libro *Memorias históricas de la Orden del Santo Sepulcro* (1), refiere el caso de la ma-

(1) Madrid, 1893.

nera más completa y dice: «Actualmente el cuerpo de *Marisaltos* se conserva en el claustro de la Catedral de Segovia, en lugar eminente, como acreditando su preclara virtud, con un antiguo letrero y pinturas que enaltecen este hecho tan glorioso.»

Figúrese el lector cuánto se acrecentaría desde entonces la devoción á la Virgen de Fuencisla y cuán popular y querido será en la tierra segoviana el nombre de *Marisaltos*.

ÍNDICE

PÁGINAS

El fratricidio de Montiel. 5
El bastardo de don Álvaro de Luna. 27
La Virgen de la Azucena. 45
Rey valiente y desgraciado.. 59
«Fuente-Ovejuna le mató».. 69
La hermosa de la mancha roja. 89
Primera función de guerra del Gran Capitán.. 119
Un rey de las leyendas.. 129
La Padilla y don Fadrique.. 159
Los farfanes y don Juan I. 179
El banquete de la marquesa de Falces. 187
La peña de los enamorados y el buitre de Archidona. . 199
La leyenda de Cervantes y de Velázquez.. 227
Guzmán el Bueno. 245
Don Fernando el Emplazado y los hermanos Carvajales. 253
La fuente de Guanga. 267
Marisaltos. 283

47479

LS.

G2187tr

Author Garcia del Real, Luciano

Title Tradiciones y leyendas españolas. Vol.1-2 in

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU